



PILAR EYRE

CARMEN

— LA —

REBELDE

Una novela apasionante sobre la tortuosa relación de amor entre Alfonso XIII y la actriz Carmen Ruiz Moragas, una mujer única, libre y valiente

Pilar Eyre



Carmen, la rebelde

Para mis lectores digitales,
esperando que se sumerjan en
este libro con la misma pasión
con la que vivió esta mujer
rebelde y aventurera.

Pilar Eyre

 Planeta

Índice

Portadilla
Sinopsis
Dedicatoria

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16

Agradecimientos
Bibliografía
Créditos
¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Los ojos del rey de España, Alfonso XIII, se clavaron en los de la actriz Carmen Ruiz Moragas y en ese preciso instante comenzó una pasión turbulenta, intensa y peligrosa, como el desdichado tiempo histórico que les tocó vivir. Carmen había tenido una vida azarosa y un matrimonio trágico con un famoso torero, y aunque el amor del rey era tan profundo y desenfrenado que estuvo a punto de convertirla en reina, ella se negó a renunciar a su profesión, su independencia y su libertad.

Pilar Eyre, con una voz narrativa magistral, teje una novela apasionante, llena de sorprendentes revelaciones sobre la locura de amor de estos dos seres únicos, el rey y la actriz, que marcaron toda una época a sangre, fuego, escándalos, sexo, lujo y fracaso.

*Si la amistad tuviera nombre,
llevaría el tuyo, querido Ángel Alonso*

Con un rápido movimiento de lengua me limpié los dientes de delante por si me habían quedado manchados de rojo, me ajusté la piel de *renard* al cuello y aún tuve la presencia de ánimo de guardar en el último momento en mi bolsito de malla el anillo con el brillante gordo como un garbanzo de Fuente Sauco que me acababa de regalar Alfonso para hacerse perdonar alguna trastada. Recorría el pasillo del teatro Fontalba rumbo al palco real como si estuviera en un sueño algodonoso, las señoras de Madrid, y alguna no tan señora, salían a mirarme sin disimulo y susurraban tapándose la boca con la mano:

—Mira, la Moragas.

Leticia Bosch Labrús, duquesa de Dúrcal, que había jodido con Alfonso antes de mi tiempo, chilló con su cerrado acento catalán:

—¡Es la querida del rey!

Yo caminaba con la cabeza muy alta, no solo por orgullo, sino para disimular una incipiente papada que algunos kilos de más habían puesto en mi rostro. El fotógrafo Kaulak me había enseñado que apretando los dientes y levantando el mentón pasaba desapercibida, pero yo había suprimido el pan y los pasteles, todos, excepto los canutillos de huevo hilado de Tortoni, que me volvían loca.

Emilio de Torres, al que Alfonso, en uno de sus rasgos de estúpida generosidad, acababa de hacer marqués, me precedía obeso y plantígrado como una oca satisfecha. Saludaba imperceptiblemente aquí y allí. A las mujeres, si eran título, les dirigía una pequeña reverencia que ellas recibían con complacencia avergonzada, a los hombres casi un guiño de complicidad porque estaba haciendo de *chevalier servant* de la amante oficial del rey, conduciéndola ¿adónde?

¿Es que al final se iba a producir un encuentro que todo Madrid llevaba ocho años esperando con glotonería? Incluso vi como el Negro

Fabregat me miraba y se relamía como mi gato Micifuz delante de un plato de leche. Después se santiguó y, como los horteras, se besó el dedo gordo.

A medida que nos íbamos acercando al palco real yo me sentía como un dragón arrojando chorros de fuego por las narices, la expectación aumentaba, el siseo se volvía ensordecedor, se desorbitaban los ojos, los golpes de abanico se hacían más frenéticos. Totó Alba le preguntó a su marido en un murmullo perfectamente audible:

—No irá esa sinvergüenza a...

Jimmy meneó la cabeza y se ajustó el monóculo para dirigirme una mirada sabia, triste y humorística porque sabía que yo era capaz de cualquier desatino.

Alfonso, cobarde como todos los hombres, había preferido refugiarse en el foyer, a fumar nerviosamente un cigarrillo y tomar una copa de brandy. Tenía un gusto infantil por los uniformes y las medallas, él, que no había participado en ninguna guerra, y esa noche, y de forma innecesaria, iba vestido (disfrazado, le decía yo) de húsar de Pavía. Lo había atisbado a lo lejos pasándose la mano por el pelo como hacía siempre que estaba alterado, y ese gesto suyo lo sentí por un instante hasta en la médula de los huesos, incisivo como un bisturí. ¡Cómo nos habíamos amado!

¡Alfonso!

Me reí por dentro, cómo se había resistido el menda, yo sabía que este encuentro era para él como una patada en la entrepierna y solo había accedido por mi pesadez y mi insistencia. Pero al fin lo había conseguido. ¡Verme con la reina, yo, Carmela Ruiz Moragas! ¡Por mi insensata propensión al peligro, pero también por mi chulería y porque a la hija de mi madre nadie le hacía ningún desprecio, no había parado hasta conseguirlo!

Todo empezó el día en que el modisto Crippa, que era mi confidente, pasó por mi casa después de ir a palacio a llevarle unos figurines a la reina, postrada en cama con flebitis. Tomando una taza de chocolate y arrebolado como un adolescente, me contó:

—Su majestad me ha hecho entrar en el gabinete y tenía sobre el sofá una revista con tu foto en la portada. —Dejó la taza en la mesita y cogió una lionesa de nata—. ¡Yo no sabía dónde mirar! Intentaba hablar de una

cosa y otra, pero ella no me escuchaba y al final me dirigió una de esas miradas que te hielan el corazón y me dijo...

Aquí, Crippa, que es muy teatrero, fingió un repentino pavor por las consecuencias y puso una voz atiplada y temerosa.

—No, no, mejor no te lo digo. —Le pellizqué la muñeca y se quejó—. Oye, basta, duele, ¿sabes?

Tengo mucha fuerza y le dije que no lo soltaría hasta que no desembuchase y, al final, se decidió a regañadientes frotándose el brazo.

—Qué bruta eres, Moragas, me dijo, y jódete —puso acento extranjero—, «a veces pienso que lo único que me mantiene con vida es mi odio por esa puta».

Y añadió, a mi parecer superfluamente:

—La puta eras tú.

El pecho se me llenó de carbones encendidos.

Esto no se lo conté a nadie, pero ese día me prometí a mí misma que había llegado la hora no de verla, que ya lo había hecho demasiadas veces, sino de conocerla. De que alguien me la presentara y no tuviera más remedio que saludarme. Y que verificara que era fragante, hermosota, alhajada, sana y con caderas de buena paridora se convirtió en mi martirio y en mi obsesión.

¡Restregarle por los morros a ese pescado hervido lo que es una hembra de verdad!

No quiero contar aquí todas las artimañas de que me valí para conseguir mi propósito. Al final fue Emilio de Torres el que sugirió:

—En una función benéfica se suele presentar la artista a la reina.

Hastiado, Alfonso accedió y se fue de cacería, dejando los preparativos en nuestras manos.

O sea, que decidí abandonar mi retiro para interpretar un monólogo de los hermanos Quintero a beneficio del montepío de artistas viejos y pobres. Pero si me hubieran llamado para salvar la vida de percebes y berberechos también lo hubiera hecho, no solamente porque los animalillos me gustan a morir, no solamente como pretexto para conocer a la reina, sino porque cualquier excusa era buena para volver a respirar el polvo del escenario. A mí me pasaba lo contrario que a la gente común, ¡necesitaba el pestazo a humedad, sudor, camerino, humo, para que mis pulmones se ensanchasen, como el que respira el aire puro de la sierra!

¡En casa, a solas con mi hija y mis padres, me aburría! ¡No se ha hecho para mí la vida doméstica!

Juan Chabás, como es poeta, lo expresa con sutileza, «ponemos en altos parajes nuestras trampas para la dicha», pero yo se lo digo sin tantos florilegios, a lo bruto: «¡la vida, sin teatro, es una lata y un aburrimiento!».

Así pues, la bobada esa de los Quintero había terminado, me había cambiado la batita de percal de la función costumbrista por un vestido de imitación Worth de muaré dorado y Torres me había venido a buscar con pretendida naturalidad a mi camerino y, con pretendida naturalidad, ni un solo espectador había abandonado su butaca, pendiente de aquel encuentro.

—Su majestad quiere verla en su palco, señora Ruiz Moragas.

—Muchas gracias, señor marqués, a su disposición.

Iba caminando sobre la alfombra algo raída del pasillo que lleva a los palcos sin mirar ni a izquierda ni a derecha, uno dos, uno dos, hacía un calor sofocante, las pieles me oprimían como si el zorro hubiera vuelto a la vida y me diera un abrazo mortal, la faja de goma que estrenaba ese día me apretaba el vientre, en el que empezaba a nacer otro hijo. ¡Otro hijo, un hermano para María Teresa!

¿Hermano del todo?

Bueno, bueno, ya se verá.

Aún no se lo había contado a nadie.

Me toqué ligeramente la cabeza para sujetar bien un camafeo de zafiros que me había regalado el que fue mi marido y me dije, Carmela, olvídate de todo, goza de este momento, quién te iba a decir a ti que al final ibas a ser presentada a «la bella estatua indiferente», como la llamaba el Caballero Audaz, a la Pava Real, según los cortesanos de Alfonso. La Otra, la llamaba yo para mis adentros, porque mis adentros hablaban pueblo, como me decía siempre Alfonso mientras me daba mordibesos en el hombro y más abajo. En la parte sur del hemisferio Carmela.

Me recorrió un escalofrío y a continuación sentí por toda la piel un estrépito de fogonazos.

Precisamente mi íntimo amigo José María Carretero, que firmaba sus crónicas como el «Caballero Audaz» y que había venido con Rafael Rivelles y con María Fernanda Ladrón de Guevara, me hizo un gesto simpático con su larga boquilla y yo se lo agradecí con una sonrisa, la única que esboqué esa noche. María Fernanda se acercó para cotillearme:

—Oye, tú, ¿sabes que a Mercedes Prendes le pagan veinte duros diarios en el Español y que don Jacinto...?

Era uno de esos chascarrillos que a la gente de teatro nos encantan, y yo, inconscientemente, ya detenía el paso para escucharla con una sonrisa prendida en los labios, ya me asombraba, «¿será guarra?», cuando Torres se volvió y me reprendió con severidad:

—Carmela.

Seguí avanzando, hacía unos años había interpretado a María Antonieta camino del cadalso en una pieza de Linares Rivas y procuré acordarme de cómo abordé el papel: con tranquila dignidad e indiferencia, y me metí tanto en el asunto que cuando llegamos a la puerta del palco me sobresalté y miré azorada a mi alrededor, buscando la guillotina y esperando que el apuntador me diera el pie para empezar mi parlamento.

Torres me detuvo con una mirada, entró y oí su voz respetuosa:

—Señora, aquí está la primera actriz, doña Carmen Ruiz Moragas..., es una gran admiradora de vuestra majestad y querría presentaros sus respetos.

Qué momento, Virgen santa, qué momento.

Yo también tuve ganas de persignarme como Fabregat y darme un beso en el dedo gordo.

Torres me hizo un gesto conminatorio. Como si me tirara al agua, adelanté uno de mis zapatitos de *satin* y entré en el palco real del teatro Fontalba, que olía a perfume Coty, a cigarrillos egipcios Abdullah y a canapés revenidos.

El mundo se detuvo, los murmullos se apagaron, ante la puerta entreabierta se agolparon las damas curiosas, de los palcos vecinos asomaron cabezas, emplumadas unas, con diademas resplandecientes otras, ellos con tanto fijador y tanta brillantina que parecían cráneos de charol, la platea era un mar blanco de caras blancas vueltas hacia nosotros. Hasta el humo espeso, el polvo en suspensión, parecieron paralizarse.

Aunque en ese momento no me di cuenta de nada porque me acuchillaron las impresionantes aguamarinas de los ojos de la reina Victoria Eugenia. Una mirada de acereña dureza que me taladró de arriba abajo y que me dijo sin palabras: «Ya sé quién eres, so puta», aunque en realidad permaneció en un silencio mineral que se podía masticar.

Yo la miré entre maliciosa y cándida.

Entrecerró los ojos con desprecio, se llevó el cigarrillo a la boca y, mientras chupaba ávidamente, me tendió muy abajo una mano fea, blanda y pálida, de forma que me tuve que hincar de rodillas en el suelo para besársela. Así nos quedamos unos segundos que a mí me parecieron siglos, ella alta y erguida, pero ajada por las penalidades que le infligían su marido y sus hijos enfermos más que por los años. Y yo, humilde, de hinojos, pero la triunfadora: ¡el rey me deseaba!, ¡había tenido una hija sana!

¡Y llevaba otro dentro! ¡Chúpate esa, reina!

Tenía ganas de gritárselo a esa mujer altiva y desdeñosa a la que nadie había visto llorar y que no había sabido ganarse el cariño de los españoles, «¡chúpate esa!, ¡de la puta de tu marido!». Pero en ese largo instante que duró toda una vida advertí que el cigarrillo temblaba entre sus dedos, que pequeñas arrugas verticales rodeaban sus labios y que un ligero tic le abría y cerraba el ojo izquierdo.

Su nariz, afilada y grande, estaba enrojecida y tenía la cara a manchas, como si se la hubiera frotado con fresas; Crippa me había contado que padecía alergia y coriza. También advertí en un rincón del palco un bastón con puño de plata, aunque ella permanecía derecha, algo vencida hacia un lado, como si le molestara la cadera.

¡Qué victoria más fácil! ¡Era un ejército contra un tullido!

Sentí no sé si decepción o lástima, pero, como no soy una santa, me eché las pieles hacia atrás y me cuidé de agacharme lo más que pude para que advirtiera mis pechos pequeños pero duros, de chica joven y frescachona, que tanto placer le proporcionaban a su marido, ya que sabía por Alfonso que su cuerpo estaba deformado por los sucesivos partos, seis hijos vivos, uno muerto y cuatro abortos. También incliné la cabeza para que se diera cuenta de que mi cabellera era fuerte y espesa sin necesidad de recurrir a los postizos que le confeccionaba a medida Antoine, que venía expresamente de París para peinarnos a las dos.

No hubo más. Se retiró tan de repente que casi caí al suelo, sus damas se apresuraron a acercarle una silla para que se sentara, pero ella se negó. Pidió una copa de *champagne* y la apuró con ansias de borracho sin ofrecerme. Rosario de Lécera, de quien se decía que la amaba contra natura, me dirigió una mirada de asco que no me afectó, pero la reina hizo revolotear la mano despectivamente, como se espanta un insecto molesto, y aún tuvo la presencia de ánimo de decir con triste ironía:

—Gracias, Emilio.

Torres hizo una reverencia con la que si llevara sombrero empenachado hubiera barrido el suelo, que falta hacía, por cierto, y yo, sin volverme de espaldas, según había representado en tantas comedias galantes, volví a realizar una pequeña reverencia llena de gracia y dignidad, idemonios, por algo soy actriz, y no tan mala como dicen algunos críticos!

Salí al pasillo con una fatiga tremenda, añorando de pronto y de una manera insoportable la dulce tibieza de mi cama. Todo el mundo fingió dedicarse a sus asuntos, solamente el Caballero Audaz, que iba enguantado, me rindió un aplauso mudo. Y María Fernanda me dijo en voz baja:

—Hija mía, roína, esto es como una de esas guarrerías en francés que hace Irenita López Heredia, pero en más fino.

Alfonso, que tiene mucho tupé, no apareció.

Esa misma noche, muy tarde, se presentó en mi casa de la avenida del Valle. Se había cambiado y vestido de sport; de las mangas de su chaqueta de *tweed* sobresalían los puños blanquísimos de su camisa. Nada más verme, hundió su cara en el hueco de mi hombro y rebuznó humedeciéndome la oreja, algo que detestaba, pero que él hacía expresamente para enrabiarme:

—Golfona, tu soldadito te necesita.

—Qué cuentista eres, mi amor.

Como siempre cuando estábamos en mi dormitorio, colocó mi camisa de muselina encima de la luz eléctrica para atenuarla y, después de muchos meses, supe que me deseaba. Me besaba en la frente, en el hombro, en el cuello, en el escote, en cualquier lugar menos en la boca, y puso la voz zalamera de un golfillo de Carabanchel:

—Gitanaza, ¡quítrate todo eso!

Todo eso era ya muy poco, tan solo las ligas y las medias. Hicimos el amor rápida y convulsamente porque él, ya mermado de fuerzas, disparaba atropelladamente sus últimos cartuchos. Pero, mientras, yo gemía fingiendo un placer que él ya no sabía darme y miraba al techo sin verlo pensando en la reina, en sus manos feas que siempre ocultaba en las fotografías, en sus párpados caídos, en su cutis estropeado, en sus brazos flácidos, pero sobre todo en su sufrimiento de mujer porque yo

comprendía que, a pesar de los desplantes e infidelidades, se moría por los huesos de mi soldadito.

Y en mis adentros se pusieron en pie Agustina de Aragón y Mariana Pineda a la vez y me dije: «¡Pues yo voy a tener un rasgo también de gran señora!».

Y me vi a mí misma llegando al Palacio de Oriente y diciéndole con magnanimidad:

—Quédatelo, te lo regalo.

Porque en los sueños no existen los tratamientos ni el protocolo. Iría sencillamente vestida, un poco como Juana de Arco en la hoguera... ¡Carmela, chiquilla, parece que no hayas representado otra cosa que mujeres a punto de espicharla! Me arrodillaría como una novicia, solo provista de mi deslumbrante belleza (creo que eso era de *Manon Lescaut*), le daría el brillante de Cartier y le soltaría:

—Aquí te lo entrego.

Aunque quizás en lugar del brillante le llevaría las pantuflas que Alfonso se deja siempre en casa, que es una cosa más íntima y más entrañable.

Después me giraría hacia el patio de butacas y declamaría en un trémolo que me queda casi tan bien como a la Xirgú:

—Pueblo de Madrid, os devuelvo a vuestro rey.

—Carmela, ¡Carmela!

Me sobresalté.

—Ay, perdona, mi vida, no te oía.

—¿Qué decías del pueblo de Madrid? —Se golpeó el pecho—. Yo soy el pueblo de Madrid, imás pueblo de Madrid que yo no hay nadie!

Lo abracé, cariñosa, entre risas, y no quise reconocer que lo mío era una generosidad sin mérito porque había dejado de amarlo.

Alfonso se desasíó y se metió tras la cabeza mi almohada doblada en dos según tenía por costumbre, ya que así mantenía los pulmones más altos y respiraba mejor, y se dispuso a pegar la hebra porque cuando se sentía con el alma aterida, como hoy, se calentaba con nuestras charlas y mis carantoñas. Yo le pasaba distraídamente la mano por el pecho, la bajaba hasta los muslos blandos como tentáculos de medusa, qué diferente de los de Juan Chabás, duros como columnas de granito. Claro que son veintiocho años frente a cuarenta y dos y no olvidemos que el pobre Alfonso es hijo póstumo de un tuberculoso, mientras que el padre de Juan es un robusto notario capaz de ir caminando todos los días ida y vuelta de Denia a Jávea.

Alfonso había terminado su sinfonía amorosa, que ahora, más que sinfonía, era género chico, zarzuela, pero ¿y yo? Ay, cómo añoraba ese ardor de macho de Juan, su olor a carne muy lavada, a frescura de agua que corre, sus caricias enloquecedoras, ¡él nunca terminaba hasta que yo no estaba satisfecha! Suspiré, cogí dos cigarrillos de la pitillera de Alfonso, los encendí en un gesto cotidiano desprovisto de pasión pero lleno de ternura y le puse uno entre los labios. Él me miraba con curiosidad y me dijo:

—Tienes más pecho, me parece que vuelves a estar preñadita. A ver si me vas a resultar coneja tú también.

Asentí sin palabras; puso su mano sobre mi vientre.

—Que sea un tío de pelo en pecho... Que sea militarote como Juan de Austria, el bastardo de Carlos I.

—... O poeta... —le repliqué con audacia, jugando con fuego.

Pero Alfonso miraba pensativamente la punta de su cigarrillo, se le notaba empapado en desgana por la noticia.

—Qué machote soy, donde pongo el ojo pongo la bala, porque total, ¿cuántas veces hemos follado este último año, Carmelilla?

Se incorporó apoyándose en un codo, le sobresalían las clavículas tanto que parecía que la carne fuera a agujerarse, me miraba con curiosidad.

—Pero si yo creo que no hacemos cochinas desde hace siglos, mi seña Carmela.

Yo me eché a reír de una manera exagerada.

—Qué desastre eres para las fechas, mi vida, ¿no te acuerdas de que viniste en junio a tu regreso de Santander? Te quedaste a dormir varias noches, tu mujer estaba en...

Cerró los ojos y negó con la cabeza, no le gustaba a mi soldadito que yo mentara a la reina, aunque él sí se explayara sin fin hablándome de su frigidez desde que...

—Ah, sí, es verdad.

—Ladrón.

—¡Sultana!

Entre suspiros concedió sin mucho interés:

—Tienes razón como siempre, hija, con todo este follón de Primo de Rivera se me olvidan los temas sicalípticos.

Se removió, golosón, en la cama y se puso nostálgico, como le pasaba ahora casi siempre.

—De lo que no me he olvidado es de la primera vez, Carmelilla, ¿te acuerdas? Tú estabas en... —Apagó el cigarrillo y después se tumbó de nuevo en la cama—. Sigue, sigue...

Porque había vuelto a acariciarlo, le pasaba la mano por la espalda como se pasa la mano por la hierba cuando caminamos por el campo.

Después se quedó dormido en uno de esos sueños agitados que tenía siempre, en los que lloraba, gemía y se abrazaba a mí tan fuerte que me hacía daño. El resplandor apagado de las farolas de gas que se colaba en la habitación a través de los leves visillos fue poco a poco sustituido por la luz amarillenta del amanecer ya casi otoñal.

La mañana se levantaba deliciosa, el cielo decorado con algunas nubes barrocas que viajaban lentamente hacia el norte como enormes galeones con las velas desplegadas. Me estiré voluptuosamente, me puse en la boca una ramita de canela que siempre tenía en mi mesa de noche, mastiqué un grano de pimienta y luego me incliné sobre Alfonso para despertarlo de la forma que a él le gustaba.

Cuando se estaba yendo, en un impulso que ahora no sé explicarme, le metí en el bolsillo una caja que me acababan de enviar de París.

—Toma, es un tarro de crema Elizabeth Arden.

Frunció el ceño, se lo sacó con gesto indignado.

—Pero... qué cojones...

Yo le detuve.

—No te ofendas, ya sé que no eres julandrón, mi rey... Es muy bueno para las rojeces..., ya sabes, lo que tiene ella..., la reina, en la cara. ¡No le digas que te lo he dado yo!

Alfonso iba a protestar, pero algo vería en mis ojos, que se encogió de hombros, se dio la vuelta, chasqueó los dedos a lo gitano para que surgiera Torres de entre las sombras del jardín y salió de casa.

¡La Moragas! ¡Así me conocen todos ustedes y las gentes del teatro! De buena familia. Distinguida. Gentilísima. Padres estrictos y conservadores. Alta sociedad. Internados suizos, franceses e ingleses y todo el ringorrango... ¡Piano, institutrices, la biblia en verso! Sí, así es como me describen siempre las revistas desde el primer día en que coloqué un pie en un escenario haciendo de damita joven, y luego me hacen fotos tumbada en un canapé con un brazo resbalándome hasta el suelo como el cuadro de madame Recamier que sale en las cajas de bombones y ponen: «La exquisita actriz, la de los dorados cabellos, los bellos ojos y la frágil figura, descansando después de interpretar en la intimidad de su cuarto una fogosa Polonesa de Chopin...». ¡Polonesa de Chopin! Amos, anda, que mi cuarto y mis fogosidades están para otras cosas, no para aporrear el piano; menos mal que, cuando te hacen la foto con las manos en el teclado y una cara melancólica, la kodak no va provista de micrófono, porque mis «admiradores» iban a ver que cuando canto, en vez de voz, tengo graznido.

Y lo de frágil figura vamos a dejarlo, que así, a la baja, creo que mido metro setenta y cinco centímetros y doy setenta kilos en la balanza; en el teatro, cuando hay un baúl que pesa mucho o un mueble que tienen que arrastrar de un lado al otro del escenario, llaman a la Moragas para que eche una mano a los tramoyistas. A mi soldadito le gusta acariciarme los brazos y decirme con cierta envidia:

—Si yo tuviera estos bíceps...

Pero, si me da la gana, puedo parecer frágil y tísica. Y es que, señores, no nos olvidemos, ¡soy una cómica! Y el papel de niña bien, de hija de familia acomodada, superferolítica y estrecha, ha sido la mejor interpretación de mi vida, y la más larga: ¡la he turnado desde los diecisiete a los treinta y seis años, los que ahora tengo!

Bueno, va, tengo treinta y nueve, pero quién no se quita tres añitos.
¡Dejadme esta última coquetería!

Porque mi origen no es ese, no... Ya lo contaré más tarde.

El papel de requetefina llegó a salirme que ni bordado, dejar caer una insinuación aquí, un suspiro allá:

—Cuando papá fue gobernador civil de Granada...

—Mis ayas no me dejaban jugar con otros niños...

—Mamá nunca entró en las cocinas de casa...

Claro que tenía un público fácil, porque los receptores de mis confidencias eran periodistas que nunca en su vida habían tenido casa propia y que a lo máximo que llegaban era a cenar de gorra en Lhardy, donde aprovechaban para sonarse con las servilletas y abrillantarse los zapatos con la punta de los manteles, o cómicos muertos de hambre que vivían de pensión con olor a garbanzo y dejaban todas las noches los pantalones debajo del colchón para que se planchasen solos. Y me escuchaban con la boca abierta y luego se iban a escribir: «La mil veces archiguapísima Carmen Ruiz Moragas nos recibe gentilmente poniendo de manifiesto la alta cuna de la que procede. Su distinguida parentela, poseedora de minas en Almadén y fincas rústicas y urbanas...».

Así se fue tejiendo la leyenda de que la Moragas era hija de una familia aristocrática. Aprendí a bajar los ojos con recato, a reírme tapándome la boca, a caminar con pasitos cortos, a moderar la lengua, a tender la mano lánguida para que me la besaran, a hablar de mis parientes, un senador, un marqués, una dama chica de la reina, y, envalentonada, intenté darle el pego al mismísimo Alfonso cuando lo conocí.

¡Al rey de España!

Sí, sí, si ahora lo recuerdo tengo ganas de desaparecer del mapa y noto esa sensación tan difícil de explicar que te roe las entrañas y que se llama hacer el ridículo.

A ver, conocí a Alfonso en... Era por 1920, se me ha olvidado la fecha exacta. La compañía de don Jacinto en la que yo había actuado se había disuelto, e iba por libre, y Alfonso vino al Español a ver *La dama de las camelias*, donde yo hacía, naturalmente, de Margarita Gautier. Acudió a buscarme a mi camerino el marqués de Viana, que era el que entonces le

conseguía los planes y le cubría sus trapisondas, y me dijo en plan ordeno y mando que el rey quería saludarme en su antepalco.

Mi compañera de camerino era María Fernanda Ladrón de Guevara, que hacía de Armando Duval porque en esa época estaba de moda que las mujeres hicieran papeles de hombre; yo misma había interpretado al príncipe de *La Cenicienta*. Me dio un codazo cariñoso.

—Tu turno, cochina.

Porque que el rey quisiera verme solo podía significar que iba a acostarse conmigo.

Bueno, yo solo digo una cosa: ya era hora.

Los teatros eran el coto de caza de su majestad según sabíamos todas; eran innumerables las artistas que el rey se había pasado por la piedra, aunque a él, más que el género fino, que venía a ser el teatro que hacíamos nosotras, le iba el *music-hall* y las varietés, donde las mujeres eran más viciosas. Y si no las tenía de una en una, era de tres en tres, pues se contaba que el rey estaba aquejado de un priapismo feroz que le obligaba a mantener relaciones varias veces al día.

Y que no se limitaba solo al suelo español, que en París le había comprado a la Mistinguette las mismas joyas que a la reina e incluso había tenido amores con Mata Hari, además de haber sembrado de hijos la corte española y parte del extranjero.

A pesar de todo me hice la despistada y le contesté a María Fernanda poniendo falsos ojos inocentones:

—Creo que quiere discutir conmigo la cuestión de Marruecos.

Merceditas Prendes, otra compañera que solo tenía dos líneas en la obra pero era muy graciosa, chilló:

—Sí, mira, Marruecos me lo meto por aquí...

E hizo un gesto obsceno que a todas nos hizo reír mucho.

A Viana no, que solo estaba allí por mandato de su Señor y se limitaba a repiquetear los dedos sobre un extremo de nuestro tocador, atiborrado de cremas y potingues.

Yo ya había visto al rey varias veces, la primera en La Gran Peña, con La Chelito, que era su fulana de turno. Ella, ya mayor, grandota, tetuda, llevaba puesto su famoso chaleco de esmeraldas y cantaba por lo bajinis con voz aguardentosa tratando de reverdecer la fatigada atención de su amante:

*Hay una pulga maligna
que a mí me está molestando*

*porque me pica y se esconde
y no le puedo echar mano.*

Yo, que iba con María Fernanda y el Caballero Audaz, lo observaba de reojo y lo veía aburrido y mustio como una acelga mustia. Después supe que, como yo —la música era una de las cosas que más odiaba en el mundo—, tenía tan poco oído que Viana debía propinarle un codazo cuando sonaba la Marcha Real para que se pusiera en pie porque, a pesar de haberla oído cientos de veces, no la reconocía.

Y, además, no hay nada que cause más hastío que un amor caducado, y solo veía a la Chelito por caridad. Y ella debía saberlo porque mientras cantaba le corrían por las mejillas embadurnadas de colorete gruesos lagrimones, dando a su rostro el aire grotesco de un payaso de circo.

Después lo volví a ver...

Se me enrojecieron las mejillas y tuve que poner las palmas de las manos sobre ellas para refrescarme. ¡Le había sacado la lengua!, ino sé si lo contaré luego!

Así, la noche de *La dama de las camelias*, cuando Viana vino a buscarme, inconscientemente erguí el busto frente al espejo, crecí un poco más. Eh, que aquí llego yo. ¡Paso a la juventud!

¡Ha llegado mi hora! ¡Cambio de guardia! ¡Tropas de fresco!

Pero no se lo iba a poner fácil al rey, porque no tenía ninguna intención de ser flor de un día. No era una niña inocentona e inexperta, que yo ya había pasado lo mío, pero era joven, guapa, apetecible, icarne fresca! No se lo iba a poner fácil, quería jugar mis cartas con astucia.

No empecé bien, sin embargo. Iba pintarrajeada de moribunda, porque mi personaje fallecía en el último acto, con ojeras tiznadas con carbón, la cara y los labios con polvos de talco blancos, el pelo pegado a la frente como si estuviera sudando, y pedí permiso para adecentarme. Pero Viana no me dejó y con aquella facha tuve que presentarme delante de Alfonso. Estaba de espaldas, y apenas se giró para preguntarme sin mucho interés mientras encendía un cigarrillo:

—¿Cómo estás?

Yo contesté:

—Como veis vuestra majestad, a punto de morirme, pero por otra parte muy bien.

Se rio, tiene una forma de reírse Alfonso que distiende su cara como si fuera de goma, se le pone la boca grande, los ojos chicos, la piel

arrugada, y aunque dicen que es muy feo, a mí me parece tan gracioso como un monito.

Apagó la cerilla e hizo que cerraran la puerta, lo que luego supe que era una señal convenida con Viana para decirle que le interesaba el género. Me hizo sentar en una butaquita de dos plazas. Él se puso a mi lado y para empezar, zas, la mano en mi rodilla con toda la voracidad de una primera vez.

Yo me aparté de un salto y, sofocada, grité:

—¡Majestad!

Él levantó la mano y una ceja:

—¿Cómo? —creía que hablaba en broma, pero al verme seria como un obispo rezongó—: perdona, mujer, ¡es que estás tan rica!

Me puse de pie y él me preguntó con sorna:

—Ah, ¿te vas?

Yo debía tener una pinta ridícula maquillada de muerta, pero me molestó que me confundiera con una de esas pelanduscas prestas a entregarse porque era el rey, y además adivinaba oscuramente que a Alfonso, en el fondo, le gustaba la pieza difícil.

—Majestad, si no necesitáis más de mí, debo retirarme para... —lo miré insinuante y picantona— desvestirme... Si no, no pueden cerrar el teatro.

Con altivez y una punta de enfado me espetó:

—¿Aún no sabes que el teatro solo cierra cuando me da la gana a mí?

Respiré hondo y volví a tomar asiento. Cuando él ya creía que esa plaza estaba ganada, le pregunté con voz tenue:

—¿Vuestra majestad sabe quién es Manolo el Riojano?

—Pues no —respondió burlón—, no figura entre mis amistades.

—Manolo el Riojano es el vigilante, el que echa el cierre al teatro cuando ha salido todo el mundo. Hasta que no se va el último espectador, él tiene que estar aquí porque es el que apaga las luces y atranca la entrada principal y las puertas de atrás, por donde salen los artistas.

—Sí, sí, ¿y? —protestó con impaciencia.

—Manolo tiene cinco chiquillos y la mujer enferma del pecho —apartó la vista incómodo—, son seis bocas que dependen de él para subsistir y lo esperan como pajarillos en su nido con el pico abierto. Manolo vive en Vicálvaro, tiene dos horas de camino a pie, y para no gastar suelas va descalzo.

El rey se había recostado en el asiento y me contemplaba fumando en silencio con expresión inescrutable. Proseguí:

—Si Manolo cierra, pongamos que a las cinco, no llega a su casa hasta las siete... Tiene que limpiar, hacer la comida, aviar a la mujer... y después salir otra vez para la función de las cuatro de la tarde.

Tiró el cigarrillo al suelo, lo pisó con saña y me dijo con un poco de fastidio:

—Vale, niña, lo he comprendido, puedes irte y dile a Viana que prepare el coche, por favor.

Le hice una reverencia y me dispuse a salir, pero antes me cogió del brazo, sentí su aliento en mi nuca y su voz enronquecida en mi oído:

—Gitana rubia, ¡volveremos a vernos!

Fui a mi camerino, me quité la pintura con *cold cream* y salí fresca como una lechuga por la puerta de atrás silbando una tonadilla. Manolo el Riojano, un solterón putero que vivía en una pensión de la calle Carretas y que no tenía más hijos que los que iba diseminando por ahí sin enterarse, roneaba con la Alcayata, una paisana suya que vendía flores a la puerta del teatro. Me preguntó:

—¿Te vienes a tomar un chato al Gato Negro? Esta tiene el cuerpo de jota.

—Hoy no, estoy cansada, adiós, Manolo... y la compañía.

—Adiós, prenda.

La siguiente vez que nos vimos fue en mi piso de la calle Lagasca, se había invitado con una esquelita y vino directamente desde el Tiro de Pichón.

¡Ahí iba a cometer yo mi gran planchazo!

Lo había dispuesto todo para que estuviéramos a solas, incluso había encerrado en la cocina a mi Greñúa, un cachorro abandonado que había recogido de la calle. Había preparado en mi saloncito un servicio de té completo y fingía tener migraña porque me parecía ordinario exhibir mi restallante salud y el vigor pujante de mis veinticuatro años. Le iba a demostrar que yo no era una más y que cuando los revistas hablaban de la distinguida dama no mentían, porque a distinguida no me ganaba ni Dios.

Yo no era la Chelito, a la que su madre subastaba de niña, desnuda, cada noche, en un teatro de varietés, yo no fui modistilla como Raquel Meller, ni mi madre era bailaora como Pastora Imperio, ni una humilde campesina gallega como La Bella Otero. No, claro que no, en lugar

destacado había puesto una fotografía de mi padre con su banda de gobernador pintada de rojo para que Alfonso viera que todavía hay clases.

Iba vestida con cuidadoso descuido con mi bata adamascada de seda auténtica y chinelas guarnecidas con plumas de marabú. Me sentía muy seductora y me llevaba el dorso de la mano a la frente como hacían las marquesas que salían en *Blanco y Negro*, y me quejaba:

—Es una enfermedad que tenemos todas las mujeres de la familia, desde la dama de la reina regente, en gloria esté, hasta mi pariente lejano el duque de Alba... —Levanté mi tacita de té con el meñique más enhiesto que el mástil de la bandera, lo que, como todo el mundo sabe, es una muestra de finura exquisita, y no supe interpretar la mirada sardónica de Alfonso—. Mi mamá solía acudir a Baden-Baden para recuperarse, claro que a mí me dejaba con las institutrices, pero no era ningún cambio porque en realidad nunca la veía porque siempre estaba en fiestas y...

La imaginación me empezaba a fallar, ¿dónde repuñaes iría esa gente? Al final solté, no muy convencida:

—... en la verbena...

Alfonso se golpeaba la pantorrilla con la fusta que llevaba y miraba por la ventana con impaciencia ahogando algún bostezo, yo enseñé un poco más de tobillo para acicatear su deseo y seguí:

—Este té nos lo traen desde Ceilán porque mi tío, el hermano de papá... —señalé con la taza la foto de mi padre, por si acaso Alfonso no había reparado en ella—, ha sido virrey...

Yo no sabía si en Ceilán había virrey o archipámpano de las marismas, pero proseguía ya de forma ingobernable, como el tren que baja sin frenos a punto de despeñarse.

—... Mis señores padres están en su hacienda de Granada cuidando al ganado..., ay, cuidando no, claro, ellos tienen sus mayoresales y su gente... Están en la casona con sus sirvientes tomando té y..., y...

Y aquí Alfonso se incorporó con un suspiro exasperado, se inclinó hacia mí y, cuando pensé que quería callarme con un beso, me cogió el meñique, que continuaba de guardia, le dio un tirón, acercó sus ojos a los míos y me silabeó tan cuidadosamente que se le escaparon algunas gotas de saliva:

—Carmela, por Dios, quiero ver ese dedo bien pegado a sus hermanitos, así, ¿ves? —Me cerraba el puño con fuerza—. Y óyeme bien, delante de los demás me importa un pito lo que inventes, pero que sepas que a mí me gustas pueblo.

Con la fusta me abrió la bata enterándose de que debajo solo llevaba una camisita de seda, se le ensancharon las fosas nasales, una vena le empezó a latir en la frente, pero prosiguió:

—Quiero que seas pueblo, esta teta es pueblo, esta otra también — bajó el bastón por mi vientre causándome un delicioso estremecimiento y me sometí al navajeo erótico de sus ojos—, este coño es pueblo, ¿no ves, tontuna, que si quisiera una marquesa no me movería de la corte, no ves que las tengo a puñados?

Y tiró la fusta a un lado. Cuando vio mi expresión de desconsuelo, que hacía pucheros y estaba a punto de llorar, se levantó de la butaca y me abrazó:

—Pero, sultana, si yo también soy pueblo, soy un mil leches, como esos perrillos que recoges... ¡Ni siquiera sé si soy Borbón al cien por cien porque mi abuelo fue un soldado catalán que se llamaba Puigmoltó y que se acostaba con mi abuela...! —Me apretaba y se reía—. Ay, Carmela, Carmelita, mira que te como. ¿O sea, que tu tío era virrey? Monísima, ¿sabes que te voy a querer mucho?

Yo avergonzada escondí mi rostro en su pecho (tuve que agacharme un poco porque era más alta), pero él me alejó, me acarició el pelo y me tomó por la barbilla.

—Conmigo sé tú, auténtica, como eres de verdad..., como fuiste la noche en que te vi por primera vez en el Real y me sacaste la lengua y como el otro día, con tu cara de difunta, por eso me enamoré en el acto de ti, ¿te acuerdas?

Que me dijera que se había enamorado de mí me puso chiribitas en los ojos, pero los bajé avergonzada cuando me riñó con falsa severidad:

—A pesar de esa pirula que me metiste de Manolo el Riojano y su media docena de chiquillos.

Con una sonrisa al bies le pregunté:

—Ah, ¿te enteraste?

—Pues claro... Quise socorrerlos y me dijo el gerente del teatro que se gastaba el dinero en mujeres y en vino. Ojo, que a mí no me parece mal, eh, pero una cosa es una cosa y otra es otra.

Nos miramos en silencio y soltamos una carcajada al unísono, pero Alfonso se puso serio de pronto.

—Pero atiende a lo que te digo, de puertas afuera haz lo que te dé la gana, si quieres te enseño a dar el pego y no habrá en toda España una aristócrata más finolis que tú, pero conmigo, con este... —se señaló el pecho con el pulgar—, con este gato, no.

Asentí con grandes cabezazos como los críos, y él cogió traviesamente la taza de té, la vertió en una maceta y me dijo:

—Y no hace falta que me des más agua de fregar, ¡la detesto! ¡Ponme chocolate y mojaremos churros!

Me ilusioné y junté las manos suplicante, porque tengo delirio por el chocolate con churros:

—¿Podemos mojarlos? —De pronto me asusté—. Quiero decir, ¿es elegante hacerlo?

Se atusó el bigote con suficiencia.

—Tonta, si lo hago yo será elegante..., pero al mismo tiempo me la repampinfla, yo quiero hacer contigo lo que no puedo hacer en otro sitio..., ¡pequeña mía!

Se levantó, la Greñúa rascaba desesperadamente la puerta para salir de su encierro, y Alfonso rio:

—Déjala salir, mujer, si mis hijos también tienen un perro recogido en Carabanchel, se llama Peluzón. —Fue la primera vez que me mentó a los hijos, y aún siguió—: Le ponen gafas y gorro para ir en coche, ¡tendrías que verlo!

Sonreí con timidez y la cabeza se me llenó de pájaros. Y aún dijo una última cosa que me tocó el corazón, en voz muy baja:

—Y estoy al tanto de lo tuyo con Gaona y ya puedes presentarme a tus padres cuando quieras... Me he enterado de que viven en Madrid y que son buena gente... Vale más eso que tener un marquesado —y añadió con amargura—, ¡sé de lo que hablo!

Se fue y me dejó sin palabras.

¡Y yo que pensaba que lo había hecho tan bien!

Madre tenía una obsesión que era su cruz y que le causaba un escozor permanente. Que mi padre, Leandro Ruiz, no estaba casado con ella. Porque cuando se conocieron, él ya lo estaba con una mujer fea, áspera, antipática y pretenciosa que le hacía la vida imposible. Mi madre estaba de criadita en su casa en Málaga, un hogar sombrío sin hijos, en el que el amo era lo que todos los españoles de mediana familia, abogado, y había sido incluso gobernador civil interino de Granada, a la vez que su amigo Natalio Rivas era presidente de la Diputación. Por tal motivo y aunque el cargo solo lo ocupó dos semanas, tuvieron que irse a vivir, servicio incluido, a Granada.

Él había viajado una vez a París comisionado por el ayuntamiento para una cuestión de aranceles, tenía una finquita en Almadén y un sueldo de funcionario, pero los cuartos eran de la esposa avinagrada.

Cuando mi madre se quedó embarazada, mi padre, que era una buenísima persona, en lugar de desentenderse, ingresar al niño en la inclusa y a ella desterrarla a la prostitución o la mendicidad, la llevó a Madrid, donde vivía su madre, a la que llamaban la Banderillera nadie sabía muy bien por qué. Aunque tenía domicilio propio, se trataba de un cuchitril en una casa vieja de la calle Lagasca, y padre prefirió alquilar un bajo en la calle Zurbano, donde la Banderillera se trasladó a vivir con su hija para cuidarla y ayudarla con la criatura que estaba a punto de venir al mundo.

Fue mi abuela la que me contó la gran preocupación de mi madre cuando alquilaron el piso:

—Leandro, ¿y a nombre de quién lo pongo? Porque, si va al tuyo, si te mueres yo me veo en la calle porque no estamos casados.

Mi padre, que era apocado y timorato, le contestaba:

—Mujer, pues lo ponemos a tu nombre, Mercedes Moragas.

Y mi madre se soliviantaba:

—A mi nombre no, porque en la casilla de estado tendré que escribir soltera y en el barrio qué dirán.

Por el qué dirán también, y no por los sufrimientos propios del trance, mi madre estuvo llorando durante todo el parto, el 11 de septiembre de 1896, porque no tenía muy claro con qué nombre habría de inscribirme en el registro. Mi padre recorría arriba y abajo el angosto pasillo hasta que mi abuela salió de la habitación, le puso a su hija, que era yo, en brazos y le dijo:

—Espero que te portes como un hombre y le des tus apellidos.

Así lo hizo, y después tuvo que volverse en el tren correo a su casa de Granada al lado de su mujer, que estaba al tanto de todo, pero solo lo dejaba entrever tratándolo con despotismo y grosería.

Nunca me pareció raro que mi padre viniese de visita cada quince días, y jamás eché en falta criadas o institutrices porque no sabía que existieran siquiera. Sí recuerdo la matraca con que asaetaba mi madre a papá incesantemente, y su voz quejumbrosa:

—Leandro, que la portera me ha tirado un cubo de agua a los pies.

Papá la miraba con sus ojos bondadosos de enorme perro San Bernardo.

—Mercedes, te lo habrá parecido.

—No, que ha dicho que esta casa está llena de golfas y arrejuntados.

La portera era una mujerona elemental, de labios gordos, que fregaba todas las mañanas las losas de mármol de la portería con una bayeta sucia y colocaba una fila de hojas de periódico como las piedras con que se vadean los ríos. Si te salías, te gritaba:

—Tú, tontalaba, la hija de los arrejuntaos.

Mi padre, medroso, le preguntaba a mi madre:

—¿Quieres que le diga algo?

Mamá se desesperaba y se retorció las manos.

—No, déjala, si al fin y al cabo tiene razón...; vivimos amancebados, tú tienes mujer.

Y mi padre decía tristemente al recordar el carácter maniaco e irascible de Dorotea:

—Como si no la tuviera.

La casa era pequeña y mis padres se habían acostumbrado a hablarlo todo delante de mí. Recuerdo otra ocasión. Mi madre, que apenas se movía de casa, había salido diligentemente a primera hora y había vuelto con el semblante demudado. Mi padre estaba pasando con nosotras «sus días» —a su mujer le decía que debía resolver en Madrid asuntos de su negociado— y mi madre alzó la voz, sustituyendo su habitual tono plañidero por palabras desabridas e indignadas:

—¡No han querido a la niña en el colegio porque es hija natural, Leandro!

Y mi padre se encogió sobre sí mismo hasta alcanzar el tamaño de un enano de los bosques, eso que era bastante alto.

—Pues que no vaya. En París los niños se educan en casa.

Mi madre estaba tan agitada que le dio a aquel hombre al que amaba con locura un golpe en el brazo.

—Por Dios, Leandro, que no estamos en París, ¿por qué no hablas con tu amigo Natalio Rivas? A ver si él puede... —Ante la mirada de perplejidad de su compañero, prosiguió atropelladamente—: Sí, ya sé que nuestra situación es anormal, pero como me has dicho siempre que es tan buena persona, a lo mejor se hace cargo del problema y tiene mano para resolverlo.

Mi abuela, mientras, rezongaba por lo bajo:

—Bah, menudo problema... Como si le sirviera de algo a una mujer hacerse sabia.

Supongo que la recomendación de un político importante como Natalio Rivas surtió efecto, porque al cabo de unas semanas entré en el

colegio del Sagrado Corazón de Chamberí. Un colegio caro al que iban las hijas de la pequeña aristocracia o los comerciantes pudientes de la capital, pero las monjas, piadosamente, acogían también a un número reducido de niñas con pocos recursos.

Cuando fui con mi madre el primer día, la reverenda superiora le dijo:

—Su hija tiene una gran suerte al venir recomendada por ese ángel de bondad que es don Natalio Rivas.

Mi madre mintió:

—Es su padrino.

La monja la contempló con acritud a través de unos impertinentes que se sujetaban por una larga cuerda a su cinturón y prosiguió:

—Y, a pesar de las condiciones en las que ha venido al mundo —mi madre bajó humildemente la cabeza—, la vamos a educar para que sea una mujer de bien.

Mamá se puso a hacer reverencias y no paró hasta que llegó a la puerta. Y me dejó en el convento, muy contenta y orgullosa de ella misma, sin saber en qué se traducirían las palabras retorcidas de la monja.

Y es que no puedo recordar ese colegio sin que me suba por la garganta la náusea del vómito y la pena. Porque mientras las niñas ricas entraban por una puerta y jugaban en el jardín, las pobres o «irregulares» nos alojábamos en un pabellón destartado y antiguo, sin calefacción, con el mobiliario estropeado, sin pizarras y con la monja más torpe y más joven dándonos «clase». Durante el recreo debíamos permanecer en el pasillo mirando por la ventana cómo se divertían las otras niñas.

Mientras las ricas estudiaban geografía, historia, idiomas y música, nosotras aprendíamos tan solo a sumar, restar, escribir, leer y, sobre todo, mucho catecismo. El día de la Virgen de la Cruz de Mayo, las niñas ricas nos visitaban y cada una nos entregaba un bollo.

La monja, a nuestro lado, nos preguntaba:

—¿Qué se dice?

Nosotras teníamos que hacer una reverencia y contestar «gracias, servidora de usted». Nos habían enseñado a coger el bollo sin tocar los dedos de las niñas ricas para no contagiarles piojos o suciedad. Cuando yo, que era una polvorilla y no podía estar me quieta, impulsivamente me lancé a darle un beso a esa niña tan guapa, con su uniforme azul marino y las trenzas muy apretadas alrededor de la cabeza, la monja me agarró por la bata y me gritó:

—¡No la toques!

La niña se echó atrás con ojos de pánico y haciendo escudo con las palmas de las manos. Y retrocedió hasta caerse al suelo.

Ahí fue el acabose; como una ola de voces, se extendió por todo el colegio, primero, que había empujado a una benefactora y, finalmente, que le había pegado e intentado asesinarla.

La niña en vano intentaba decir que no era verdad, que se había caído sola, pero, al adivinar que ese no era el comportamiento que se esperaba de ella, se puso a llorar, patalear y gritar que había intentado matarla.

Cayeron sobre mí las monjas como las furias del infierno, me puse a chillar como una salvaje, lo que me valió dos bofetadas de la madre superiora. Yo, a la que nunca habían puesto la mano encima y vivía arrullada por el cariño blando de mis padres y mi abuela, me acurruqué en el suelo con los brazos sobre la cabeza hasta que el jardinero me echó una silla por encima como a una fiera rabiosa para inmovilizarme.

Daba grandes voces llamando a mis padres:

—Papá, mamá, abuela... ¡Venid a buscarme! —y les gritaba a las monjas en el lenguaje de la portera de casa—: ¡Arrejuntadas!

Quedaba claro que no sabía lo que quería decir la palabreja.

Las monjas esperaron desde la puerta, sin atreverse a entrar, hasta que mi padre fue a buscarme.

Apareció y, al verme en ese estado, se llevó las manos a la cabeza porque estaba chocho de cariño por mí y, mientras me abrazaba con ternura, pidió explicaciones a las monjas, que le dijeron que era rebelde, malvada, criminal y que no había sabido agradecer el gesto caritativo de una alumna que me regalaba un bollo para desayunar. Mi padre se asombró.

—¿Cómo? Pero si mi hija no necesita ni bollos ni bollas, oiga, usted, pero ¿qué se ha pensado, que somos pobres de solemnidad? Que yo soy abogado y he sido gobernador civil de...

Y la monja, con melosa suavidad, le dijo:

—Sí, pero en realidad esta hija no es como si fuera suya, ¿no? No ha nacido en el seno de un matrimonio consagrado y eso se nota en la mala sangre.

Mi padre, que era hombre temeroso y sin carácter, se puso rojo escarlata, pero se mordió la lengua y me cogió del brazo para irnos; la superiora, mientras nos acompañaba abriéndonos paso entre grupos de

niñas y monjas que nos miraban con terror, dijo en voz muy alta y solemne para que ellas también la oyeran:

—Qué pena que haya desaprovechado esta oportunidad, nosotras la hubiéramos preparado para servir en una buena casa..., al fin y al cabo, es lo que era su madre antes de que cayera en ese horrendo pecado de fornicación, ¿no? ¡Criada!

—¡Calle, so arpía!

Papá no pudo contenerse más y la cogió por la garganta, y si no los llegan a separar, la ahoga. El jardinero volvió a intervenir y nos puso a los dos de patitas en la calle.

Nos cogimos de la mano en silencio, y en silencio llegamos a casa. La portera estaba fregoteando y dijo su consabido:

—¡Eh, pisen por los papeles, que una no es una esclava!

Y mi padre, como si fuera muda y trasparente, levantó un pie, luego otro, se salió de la estricta tiranía de las hojas de periódico y empezó a dejar sus huellas enormes por toda la portería, porque encima esa mañana había llovido barro. La mujerona se alzó con los pelos enhiestos y el rostro coloradote de los gordos apopléticos, y cuando ya estaba cogiendo fuerzas para soltar algún denuesto espantoso por su boca podrida de putona vieja:

—¡Piojosos!

Pero antes de entrar en casa, padre, ese hombre delicado y pulcro, que se lavaba los calzoncillos dos veces a la semana y nunca cogía la comida con las manos, ni siquiera las cerezas, ese hombre que detestaba las corridas de toros y el garrote vil, le hizo un enorme corte de mangas.

De la cara de la portera se podrían escribir dos comedias, una tragedia y media docena de farsas. Pero, oye, no pio más.

Nunca vi a mi padre, ni antes ni después, tan furioso como ese día, del que no volvimos a hablar nunca.

Y, por supuesto, no regresé a ese colegio, ni tampoco a ningún otro. Mi madre, que también tenía pasión por mí, pero no me trataba con tanto mimo como mi padre porque su ternura se revestía de severidad o dureza, trataba de disculpar a las monjas.

—Si en el fondo tienen razón.

Pero mi padre le contestó abruptamente:

—¡Mi hija no va a ser la criada de nadie!

Y a ella en el fondo le halagaba ese individuo mandón y algo violento que sabía defender a los suyos como un hombre de las cavernas.

Mi madre no sonreía nunca. Era una mujer modesta, acomplejada por su situación, que temía que Madrid entero supiera que estaba liada con un hombre casado y, en consecuencia, salía poco de casa. En ese piso de la calle Zurbano seguirían viviendo, ya unidos santamente, cuando la mujer legítima, llena de males por su difícil carácter, tuviera a bien irse al otro barrio.

—¡Viviremos los tres juntos como tres soles!

La Banderillera protestaba:

—Y yo, qué, ¿a la puta calle?

Y mi padre, que era hombre fino y delicado, le indicaba:

—Usted tiene su piso de la calle Lagasca, lo voy a mandar arreglar a mi costa. Supongo que lo que quiere es que convierta a su hija en una mujer decente.

La hija hacía callar a su madre, soñando con ese futuro burgués y sin miedo de los tres juntos como una familia normal, sin que nadie les echase en cara que vivían en pecado.

Cada noche se postraba de hinojos delante de una imagen de la Virgen de la Victoria, patrona de Málaga, y de una estampa de Jesús del Gran Poder, y les pedía:

—Sin sufrimiento, eh, Virgencita, pero si envías a la Dorotea al cielo después de confesarse, claro está, te lo agradeceré toda la vida. Llévatela, oh, Señor.

Claro que el Señor solo respondía con un sobrio silencio y a mi madre le parecía que arrugaba un poco el ceño, que no tomaba nota, y terminaba entristeciéndose porque el tiempo de espera se le estaba haciendo muy largo.

Yo empecé a crecer en todas las acepciones: en estatura, en edad y, según me decían los ojos de los hombres con los que me cruzaba en la calle, en belleza. Y en elegancia, aunque esté mal que lo diga la misma interfecta. Sorprendía a mi madre mirándome muchas veces pensativamente, cavilando a quién había salido ese cisne, porque la verdad es que ella, que no conocía otro afeitte que el agua clara, tenía un rostro franco y saludable, pero nadie la consideraría una belleza.

Y también le preocupaba cuál podría ser mi futuro: quedaba descartado hacer una buena boda por mis orígenes... y tampoco teníamos tanto dinero como para hacernos perdonar mi nacimiento ilegítimo. ¿Debía ser una señorita ociosa hasta que la bestia de la mujer de mi padre

la espichara? ¿Y si no lo hacía nunca? ¡Casos se habían visto en que estas mujeres con mala salud de hierro terminaban por enterrarnos a todos!

Pero yo, ajena a sus cuitas, me educaba a lo salvaje; en el colegio me habían enseñado a leer y escribir, no por méritos suyos, sino porque yo era lista y tenía hambre de conocimientos. Al lado de casa, en el número seis, operaba el taller de modistería Monsieur Manolo, y las oficialas que trabajaban allí me dejaban leer revistas de moda, y empecé a darme cuenta de que había un mundo elegante, de mujeres bien vestidas y hombres caballerosos con sombrero de copa y bigote fino, del que yo algún día quería formar parte.

Me llamaba la atención que todos sonrieran siempre.

Adèle, una modistilla francesa lista pero analfabeta, venía a que le escribiera cartas a su novio en París. Me las dictaba en francés y yo apuntaba al buen tuntún lo que podía, pero poco a poco se me fueron quedando estos vocablos y, mal que bien, empecé a chapurrear gabacho.

Mi padre se impregnaba de nostalgia al oírme.

—Oh la la, me siento como en la Ciudad Luz, qué de recuerdos.

Las modistillas me enseñaban figurines de vestidos que mi abuela intentaba copiar con más o menos fortuna con telas viejas de cortina; yo me ponía aquellos pingos y me comportaba como si estuviera en un baile de la corte. Me inclinaba delante de mi propia imagen reflejada en el espejo, «madame, qué bella eres, ¿quieres casarte conmigo?».

Me asomaba a la ventana y, viendo pasar las gentes, inventaba una historia para cada uno. Era el único desahogo que tenía mi corazoncito sediento de drama y de una vida ajena.

Un día mi abuela le contó a mi padre entre carcajadas:

—Las chicas del taller me han dicho que Carmelilla les ha contado que era hija de un príncipe alemán y que la teníamos escondida aquí en casa porque la perseguían los enemigos políticos de su país.

Mi padre, que era y es un pedazo de pan, se echó a reír:

—Esta niña va para cómica.

Yo sonreí en secreto porque ya me sabía destinada al teatro.

Mi madre y mi abuela habían empezado a secretear y a traerse algo entre manos. Viéndome fantasiosa, novelera y guapa, habían empezado a llevarme a ver comedias por si se me despertaba la vocación. El dueño de un teatrillo pequeño que hacía entremeses para niños, el Príncipe Alfonso, salió a saludarnos después de una representación de Caperucita Roja y le dijo a mi madre:

—Esta chica debería ser actriz, es guapa y apunta maneras.

Mi madre preguntó que eso dónde se aprendía y el hombre rio:

—Hay dos caminos, ir al conservatorio que dirige la actriz que hacía de abuelita en la obra o...

—¿O?

El hombre se salió por la tangente:

—Mejor no se lo digo.

Ese día volvimos a casa muy cogiditas del brazo las dos, emocionadas y unidas por el mismo deseo. ¡Artista! La misma palabra me llenaba de un profundo e inconcreto anhelo.

A la altura de la calle Alcalá nos rodeó un grupo de muchachas de mi edad con *El Herald* en la mano, daban grandes voces y empezaron a empujarnos al grito de:

—¡Palurdas, palurdas!

Trataban de arrebatarle a mi madre el bolso a la fuerza, y al no poder hacerlo porque lo llevaba fuertemente cogido, nos rodearon girando locamente, mientras yo me abrazaba a mi madre:

Viruta, viruta, esta tía es una puta.

Un guardia de la porra las dispersó y nos explicó acompañándonos unos pasos:

—Se han librado ustedes de una buena, son prostitutas.

Mi madre se horrorizó.

—Si son niñas...

El policía se rio.

—A los once años ya ingresan en las casas de lenocinio. Pero estas van por su cuenta, roban, duermen en cualquier rincón, apenas comen y les dan unas palizas terribles. Para sobrevivir deben ir en grupos... Huyan de ellas, son más peligrosas que una manada de lobos hambrientos.

Me miró con procacidad y le dijo a mi madre:

—Suerte tiene esta chica, isi no fuera de familia honrada se vería como ellas! Claro que es tan guapa que a lo mejor la retiraban enseguida y no se estropeaba.

Esta escena y las palabras del guardia nos impresionaron muchísimo, llegamos a casa sobrecogidas de espanto.

Al día siguiente llegaba padre. Cada vez venía más a menudo huyendo de su mujer dura, seca y desabrida y del clima de odio sordo que impregnaba su casa. Y además aquel hombre renegaba de su tierra porque era lo menos andaluz del mundo: queda dicho que odiaba los toros, pero también el flamenco y todo lo que oliera a gitanería.

Aunque el bajo de Zurbarán era húmedo y oscuro, para él centelleaba como el palacio de las mil y una noches. Tenía su sillón orejero, sus zapatillas, su petaca de tabaco y, sobre todo, la paz y el orden que proporciona a los espíritus quebrantados la rutina doméstica. Pero mi madre, ese día, iba a dar un golpe de Estado.

—Leandro, esto no puede seguir así.

Mi padre miró melancólicamente su periódico, se quitó las gafas y se dispuso a contestar, acobardado ante este ataque avasallador y enérgico. Lo interpretó mal y arguyó:

—La Dorotea parece que está mal..., tiene arcadas y cólicos, y empieza a flaquearle el corazón.

A mi madre se le animó la expresión por un momento, pero luego se desinfló, ise había hecho tantas ilusiones que luego habían resultado infundadas! Yo, que fingía leer una revista, no me perdía palabra.

Pero se rehízo:

—Ahora no se trata de eso, Leandro, sino de la niña. ¿Y si la metiéramos en el conservatorio? Lo dirige una tal señora María Tubau, muy respetable.

Mi padre exclamó estupefacto:

—¿Para que haga de artista?

Pero mi madre, en uno de sus pocos actos de rebeldía, le razonó:

—Vamos a ver, Leandro, ¿qué salida tiene si no nuestra hija? Vamos a ponernos en lo mejor, porque lo peor es que siendo tan guapa y tan vistosa no se desgracie como...

Mi padre levantó vivamente la cabeza y le intentó coger la mano, aunque mi madre se la hurtó con presteza.

—¡No te irás a comparar, Mercedes!

—No, ya te digo que nos vamos a poner en lo mejor, ¿qué futuro tiene?, ¿casarse con un menestral que la deslome a trabajar? ¿No ves lo fina y guapa que es?, iella merece algo más! Pero ¿y la mancha de nacimiento?

Mi padre rezongó:

—Lees demasiados folletines.

—No, hijo, no, tú sabes en qué sociedad vivimos, nuestra niña es adúltera, ilegítima, natural, llámalo como quieras... ¡Y que no vaya a peor, que no se haga fulana de lujo como la Mistinguette, ahora que le ha dado por lo francés!

Mi padre se horrorizó.

—Eso no, que tiene muy buen fondo.

—Sí, yo también tenía buen fondo y mira como caí.

Mi padre detectó la amargura de su voz, consiguió cogerle la mano y se la besó caballerosamente.

—Lo nuestro es distinto, Mercedes, sabes que te quiero y que eres una mujer decente.

—Sobre todo lo eres tú, porque yo, al fin y al cabo, me metí en la cama con un hombre casado..., pero eres tan bueno que me has dignificado, porque lo normal sería que, después de dar a luz, la sociedad me hubiera arrastrado por el barro.

Mi padre se levantó y la abrazó tiernamente mientras le decía con una risa húmeda de lágrimas:

—¡Qué melodramática eres! Tú sí que tendrías que hacerte artista.

—Quita, quita, que soy demasiado mayor; sin embargo, tu hija puede tener un gran futuro. —Ya veía que el hombre estaba vencido, pero aun así quiso remachar el clavo—. Y no es un mundo corrompido, mira, doña María Guerrero es marquesa por su matrimonio. ¿Quién te dice que tu hija no va a acabar como ella?

Mi padre, ya claudicando, se volvió a sentar y cogió su periódico.

—O como Sarah Bernard...; ¡ya sabes que la vi en París!

Mamá, que estaba harta de oír hablar de aquel único viaje de mi padre a París, le atajó:

—Sí, sí... Es una profesión muy digna.

Mi padre aún se vio obligado a poner una última objeción para que no pensara que se había rendido con demasiada facilidad:

—Pero ¿no la despreciarán por su origen?

Ella denegó con impaciencia porque ya tenía la autorización paterna en la punta de los dedos y no quería que un detalle insignificante la desbaratase.

—No te preocupes por ella, que ya saldrá con bien de eso; parece tímida, pero ingenio para embrollar no le falta a la niña.

Mi padre asintió ajeno a la mirada de triunfo que intercambiamos mi madre y yo, sacudió su periódico para alisarlo, tendió su copita para que mi abuela la llenara de anís y dijo mansamente:

—Dispón como quieras.

Se le fue cayendo el periódico de las manos hasta que se quedó dormido.

Entonces me levanté e inicié una danza india por toda la habitación..., y así se decidió mi futuro.

Cuando le conté a Alfonso cómo me había iniciado en esto del artesteo y que con lo del teatro me había salvado quizás de ser puta y entrar en una casa de lenocinio, me dijo melancólicamente:

—Tú dices lo de puta con asco, pero en París las putas tienen más poder que la mujer del presidente de la República..., ¡o que el mismo presidente!

—Anda la órdiga, pero ¿tú crees que eso le puede apetecer a alguna?

Me había sentado a lo moro sobre la cama mientras le recorría con el dedo la estructura ojival de su fino costillar esculpido bajo la piel amarillenta y le daba tirones al ligero plumón de vello negro y rizado que lo cubría. Y él me decía por enredar, porque le gustaba defender cuestiones contradictorias y patafísicas:

—Aquí, en España, en este país tan atrasado, las putas no tienen vocación..., ¡si lo primero que te piden cuando cogen confianza es una máquina de coser!

Y yo le tiraba un cojín por encima protestando:

—Máquina de coser te voy a dar a ti, demasiadas cosas sabes, ¡so mamarracho.

—¡Fierecilla!

Y así se terminaban siempre nuestras conversaciones, en un revuelo de carne tibia y caricias cachondonas.

Una vez que mi padre dio su consentimiento, me apuntaron al conservatorio que dirigía la actriz María Tubau: «Doctora en dramaturgia, diploma que le fue otorgado por don José Zorrilla, don Emilio Castelar, don Ramón de Campoamor, don Gaspar Núñez de Arce y don José Echegaray», rezaba un cartel pegado a la puerta de entrada.

¡Dramaturgia!

¡Qué diablos sería eso...! Algo muy serio para que lo otorgaran unos señores bigotudos y con el reloj de bolsillo cruzándoles la oronda barriga, que yo los había visto en *La Ilustración Española* que traía mi padre desde Granada para entretenerse en el largo viaje en el tren correo. En fin, fuera lo que fuese, bastó para impresionarme, y cuando traspasé el umbral del conservatorio por primera vez, sentía latidos tumultuosos en el pecho y me temblaban las piernas.

Aunque mi madre me acompañó, insistí para que se fuera y me dejara sola porque por algo ya tenía la proveyta edad de quince años. Apretados en el puño, sudados, llevaba los doce duros que costaba la matrícula.

Las clases se daban en un gran salón de baile que estaba detrás del Teatro Real. Era tarde y el local permanecía en penumbra. Al fondo estaban colocadas unas tablas a la manera de escenario con una fila de sillas delante. Di unos pasos dubitativa. En un asiento había lo que al principio tomé por un bulto de ropa, hasta que vi que se removía y una voz grave me ordenaba con cortesía desdeñosa y heladora:

—Ponte frente a mí.

Me detuve y tuve que entrecerrar los ojos para ver bien, apoyándome ora en un pie, ora en otro. La voz poderosa surgía sorprendentemente de un rostro demacrado y exangüe, con los ojos hundidos en huecos violáceos bajo las cejas negrísimas y rectas. Solo la voz, aterciopelada, llena de matices, se mantenía joven. María Tubau me contempló largo rato en silencio y, después de acercarse a los ojos un papel, volvió a utilizar el hermoso instrumento de su voz para preguntarme:

—Tú..., Carmen Ruiz Moragas, ¿por qué quieres estudiar aquí?

Noté una corriente glacial que me subía por la columna, pero aun así me aclaré la garganta y, fingiendo una seguridad que no sentía, le contesté una frase que me había preparado cuidadosamente:

—Quiero aprender para llegar a ser una gran artista como usted.

La mujer estaba derrumbada en su asiento y se envolvió aún más en su gruesa toquilla como un gusano de seda. Solo se veía su carita pálida y su nariz puntiaguda como de marfil. Pero su voz tenía una extraordinaria potencia cuando me espetó:

—¿Qué dices? Habla más alto.

—Que quiero aprender para llegar...

—Más alto, desde aquí no se oye.

Grité:

—Gran artista, aprender...

La Tubau se giró hacia un electricista que estaba trasteando con unas luces y le preguntó:

—Morales, ¿tú la oyes?

El hombre se encogió de hombros sin dejar de realizar su tarea y ella me miró expresivamente. Yo había olvidado mi parlamento, pero aun así me puse a vociferar despropósitos como un marinero borracho en medio de una tormenta:

—Que si usted, que si yo..., quiero ser como yo...

Con tono de extrañeza y las cejas alzadas con incredulidad impostada, se dirigió a una sirvienta que estaba barriendo el suelo:

—Manolita, ¿pero tú la oyes?

La mujer dijo que no con el dedo y doña María se volvió hacia mí con expresión falsamente desolada, entonces tomé aire y me puse a aullar de tal manera que un gato surgió de la oscuridad y salió huyendo con la cola levantada.

—¡Artista, quiero ser artista! —Desesperada, me daba grandes golpes en el pecho, pateaba el suelo y hablaba a lo indio—: ¡Yo! ¡Artista!

Me callé sin resuello, el local semivacío y enorme devolvió el eco de mi formidable bramido y después hubo un silencio lúgubre. Largo no, larguísimo. Y, al final, se oyó cloquear a María Tubau, ise estaba riendo! Levantó un perrillo de aguas de su regazo que hasta ese momento me había pasado desapercibido y se dirigió a él y no a mí:

—Eh, eh, eh, ¡artista! ¡Se dice pronto! Le falta mucho para eso... — Frotó su nariz contra la del chucho—. No nos ha gustado, ¿verdad, Molière?

Lo dejó a un lado y prosiguió:

—Para empezar, tienes que aprender a respirar y después a vocalizar, ¿no ves que no se te entiende? Y a hablar alto, lo que no quiere decir gritar como si te estuvieran desollando, tienes que aprender a susurrar:

No jures por la luna, no.

La luna inconstante que cambia cada mes su órbita redonda.

*No sea que tu amor, como ella,
se vuelva caprichoso.*

Su acento tenía un matiz tan íntimo, tan sensual y tan inocente a la vez, que me subió un sollozo desde la garganta como una burbuja que

traté de disimular con un estornudo.

La Tubau, que era muy consciente del poder que tenía su forma de decir el verso, prosiguió burlona:

—Gritar lo hace cualquier pregonero de pueblo para anunciar que han llegado las burras de leche, pero tú has de conseguir que hablando bajito te oigan desde allí —señaló al electricista— hasta allí —la fregona.

No sabía qué hacer, sentía frío de fiebre y moqueaba compungida sin atreverme a levantar la mirada.

—¿Te ves capaz de lograrlo a base de mucho trabajo, o te pondrás a gimotear en cuanto salgas a la calle y correrás a refugiarte en las faldas de mamá?

Denegué con la cabeza porque ya me sentía envenenada por ese virus ponzoñoso que se me enroscaba en el pecho como una culebra: ¡el teatro!, ¡ya no quería otra cosa en el mundo!

Nos miramos, sonrió como si me hubiera leído el pensamiento, después recogió sus cosas y se dio la vuelta. Se giró a medio pasillo sobre un pie con una gracia inigualable, aunque alguna enfermedad cuyo nombre no conocía empezaba de nuevo a devorarle los rasgos, y me lanzó una mirada benevolente y compasiva.

—Pues vete a rellenar los papeles, paga y que te den un recibo. Empiezas el lunes.

Lo curioso es que para temas tan mundanos y corrientes utilizaba la misma voz de diosa.

Me quedé sin atinar qué hacer, tiritando, sin saber si tenía que alegrarme o echarme a llorar y, de pronto, oí un alboroto de voces juveniles, una ráfaga de aire frío, y entraron taconeando muy fuerte por una puertecita trasera dos chicas de mi edad, ataviadas con la gracia un poco estafalaria de la gente del teatro. Me chistaron:

—Chis, chis. —Ya no pude aguantarme los sollozos, se acercaron y observaron con curiosidad el desquiciamiento que aquella entrevista me había producido—. Boba, te ha impresionado, ¿verdad?

Como me había quedado con la garganta apretada sin poder hablar, una de ellas me pellizcó cariñosamente.

—¿Te ha hecho el paripé ese del electricista? —Remedó con muy poco respeto la voz de la Tubau—: Más alto, más alto, Morales, no se le oye.

La otra completó dando un grito tan enervante como una tiza en una pizarra:

—¡Manolitaaaa! —y añadió con la indiferencia cruel de los quince años—: está muy enferma..., ¡se va a morir pronto!

El electricista prendió un foco y pude ver a mis nuevos conocimientos, que se presentaron formalmente:

—Mira, yo soy María Fernanda Ladrón de Guevara —tenía una cara larga y muy blanca, con unos ojos grandes y seductores a los que sabía sacar mucho partido, me dije que sería muy buena representando tragedias y dramas—, y esta con el pelo de zanahoria es Carola Fernán Gómez.

Carola era una pelirroja que ni aun con toda la buena fe del mundo se podía llamar guapa, de nariz con la punta caída, labios finos y ojos de vaca triste, pero tenía una sonrisa bella a pesar de su dentadura defectuosa. Y detrás de ellas surgieron un chico y una chica cogidos campechanamente del brazo.

—Y estos son Elena Salvador y Ricardo Calvo...; aunque los veas juntos no están enamorados, eh, porque Ricardo evidentemente es un viejo y está casado, pero es nuestro profesor de verso y cuando no estamos en clase somos camaradas.

Me daban vueltas en la cabeza los apellidos de todos ellos, Ladrón de Guevara, Salvador, Calvo, Fernán Gómez, ¡los había visto tantas veces en las carteleras de los periódicos! ¡Todos eran hijos de artistas! Ricardo, que lucía el bigote fino terminado en dos colitas de ratón que había puesto de moda el rey, se quitaba el sombrero con grandes espavientos para saludarme, y veía su cabello negro, peinado con una raya muy bien trazada desde el centro de la frente hasta la nuca. Elena era una rubia de esas que la gente llama monillas, pero tenía una inesperada voz de sereno:

—¿Cómo te llamas?

—Carmela Ruiz Moragas.

Se miraron entre ellos escamados.

—Qué raro, no nos suenan los nombres; ¿tus padres en qué compañía trabajan?

Yo, intimidada y disminuida por mi procedencia adulterina y encima ajena a las tablas, tartamudeé:

—Mis padres no son actores... Mi madre es... Mi padre ha sido gobernador civil de Granada.

Se sobresaltaron tan asombrados como si el día se hubiera vuelto noche y se retiraron un poco como si tuviera una enfermedad infecciosa, observándome de arriba abajo con una mueca de repugnancia. Me cayó una gota helada en el corazón y me arrugué, pero después se miraron entre ellos y terminaron encogiéndose de hombros. Ricardo terció confianzudamente:

—Bueno, chacha, pues tienes un aspecto normal y corriente como nosotros...; no parece que hayas nacido de la pata del Cid.

Carola opinó temerosamente:

—Espero que no te des humos. —Iba a desengañarla, pero después un instinto superior y poderoso que no reconocía me hizo erguir la cabeza y cerrar los ojos como hacía la reina en las fotos de *Blanco y Negro*. Con humildad prosiguió la pelirroja—: Aunque seas de una casta superior, podemos ser amigos.

Me dijeron que los acompañara a escuchar a la Paretto, que los alumnos del conservatorio podían entrar gratis en el Real siempre que fueran al paraíso y aplaudieran sin descanso. Distraídamente les iba diciendo que no, que tenía que ir a casa, meneaba la cabeza, hacía gestos, olvidada ya de que me habían tomado por un miembro de la aristocracia. Oía lo que decían, pero apenas sabía interpretarlo porque me había quedado cautivada por una palabra, la más dulce a mis oídos, la más desconocida... ¡Amigos! ¡Íbamos a ser amigos!

Los primeros que iba a tener en mi vida.

Aún ahora me puedo llenar la boca con sus nombres: Carola, Elena, Ricardo, María Fernanda... No hay mejor música que esa.

En realidad, la Tubau todavía tardó dos años en morir. Cada noche arrastraba su cuerpecillo castigado hasta el teatro de la Princesa y se convertía durante dos horas en una chica joven enamorada por primera vez, en una novicia, en una vampiresa, en una gitanilla, en la Inés de *Don Juan Tenorio*, en una dama de alta alcurnia, y nadie del público se daba cuenta de que se estaba muriendo a chorros.

—¡Bravo! ¡Bravo!

Y ella salía a saludar con las mejillas al rojo fuego.

En lugar de admirarla, a sus alumnas nos parecía obscena la pasión con la que se agarraba al oficio y no nos dábamos cuenta de que era su forma de no morir.

—¡Yo, si estuviera así de mal, me retiraba a Aranjuez y no daba ningún espectáculo!

Lo decíamos con una mueca de repulsión, y resultaba imposible que entendiéramos entonces que lo único que la mantenía viva era poder subirse cada noche al escenario. ¡Lo he visto después tantas veces! ¡Cadáveres ambulantes que salían del camerino como si les hubieran hecho una transfusión de sangre!

Además de estudiar, también aprendí a cuidar de mi atavío, a hermosearcharme; me pasaba largas horas delante del pequeño espejo de mi casa estirando el cuello para verme a trozos. Vestida solo con una camisa, admirando la curva perfecta de mis hombros nacarados, mis muslos poderosos, levantaba mis manos llenas de hoyuelos y las agitaba encima de mi cabeza y me oprimía con saña los pechos para que crecieran más, como los de la Gelabert, a la que en Cataluña llamaban «Mamelles».

Claro que esto duraba hasta que mi madre me llamaba a gritos:

—¿Quieres venir, Carmelilla, que la sopa se enfría y tu padre se está enfadando?

¡Enfadarse esa alma de dios! ¿A quién engañaban? ¡A otro perro con ese hueso!

Pero con un suspiro me apresuraba a guardar mis humildes atavíos e iba corriendo al comedor a reunirme con mis padres.

¡Porque en casa también había novedades!

—Carmelilla, estás todo el día en Babia.

Mi familia asistía a aquel prodigio de que la niña solitaria, ordinariota e introvertida se fuera convirtiendo en una adulta con amistades y conocimientos que iban más allá de mi pequeña y perniquebrada familia y de la vecindad de la calle Zurbano. Me iba por la mañana temprano con mi tartera con el almuerzo como una obrerita, con una sardina escabechada, un trozo gordo de bacalao, tortilla de patatas, y volvía por la noche enardecida, con la cabeza llena de planes y sueños, y me sentaba en una sillita baja al lado de la clara luz de carburo a leer revistas y recortar las fotos de mis ídolos, sobre todo de Antonio Vico, cuya imagen presidía mi habitación y al que a veces besaba porque había interpretado una obra que se llamaba *La muerte en los labios*.

Entonces mi madre empezó a quejarse de que estaba todo el día sola y mi padre tuvo un rasgo de valor: por mediación de su amigo don Natalio Rivas consiguió un puestecillo en el ministerio de Fomento ¡y decidió quedarse a vivir con nosotras!

Dejó a la mujer y sus propios hermanos, los tres dedicados admirablemente a la administración del Estado y que se daban mucho pisto, aunque ninguno pasara de primer oficial, y el pobre llegó con lo puesto, su maleta vieja, el bastón, el gabán, y en la puerta abrió melodramáticamente los brazos, porque a todos se les había contagiado el veneno del teatro que yo había introducido en nuestro hogar, y dijo con un trémolo de voz digno de El Gran Galeoto:

—Aquí me tenéis, isoy todo vuestro!

Mi madre no se alegró tanto como él se imaginaba porque, por mucho que se lamentara, ya se había hecho a su vida de mujer sola y se puso muy nerviosa al tener que organizar la casa para que en ella habitara un hombre, no un día cada quince, sino para siempre. Además, su unión seguía sin estar bendecida por la Iglesia, no había sobrepasado el estatus de «querida» porque lo suyo continuaba siendo una relación «por lo criminal», como decía mi abuela, que, rezongando, recogió sus cosas y se fue a su piso de la calle Lagasca advirtiéndome con cachondeo:

—Si te cansas de vivir con este par de tórtolos, puedes venir conmigo.

Cuando estaba en la puerta, mi padre llegó con un fardo largo envuelto en papeles de periódicos y le dijo:

—¡Las banderillas!

Mi abuela se lo metió debajo del brazo y mi padre se excusó:

—Ya sabe que no me gusta tener en casa ningún recuerdo de esa costumbre propia de pueblos primitivos, y Carmela y Mercedes abominan de las corridas como yo.

La Banderillera se limitó a despedirse con cierta retranca:

—Abur..., yerno.

Solo por la noche, papá le dijo a madre en tono casual mientras hundía la cuchara en la sopa de menudillos:

—Que sepas que «esa» ronda por Madrid...; te lo digo para que no te coja de sorpresa.

¡Esa! ¡La legítima!

Y entonces «esa» se convirtió sin saberlo en una más de la familia porque mi madre todos los días comentaba compungida, «creo que la he visto en el mercado de San Miguel» o «en la Mallorquina», o si no le preguntaba a mi padre:

—¿Es baja y gorda?

Mi padre inquiría con inocencia:

—¿Quién?

Ella se sulfuraba.

—Pues quién va a ser..., ¡la Dorotea!

—Ah, no, es alta y flaca como un poste de telégrafos.

—Es que en la misa de San Ginés había una que me miraba mucho y me parece que me ha hecho visajes.

Mi padre levantaba los brazos al cielo.

—Vas a enfermar, Mercedes, deja de darle vueltas —y protestaba débilmente—: mujer, si lo sé, no te digo nada.

Pero mi madre estaba sometida a la penosa esclavitud de la idea fija y no podía pensar en otra cosa. Todas las noches se postraba de hinojos ante sus imágenes a suplicar ya sin disimulo ninguno:

—¡Que se muera, por Dios, Virgencita!

Claro que todos estos problemas domésticos a mí me importaban poco, lo realmente vital para mí era saber si me quedaba mejor el sombrero de ala o tipo tubo, si María Cancio era tan guapa como salía en las fotografías y si era verdad que esa Raquel Meller, que acababa de llegar de Barcelona y cantaba en el Trianón una canción que se llamaba *La violetera*, embrujaba de tal manera a los hombres que hacían cola para ver quién le regalaba el pedrusco más valioso. María Fernanda, que era procaz y verdulona, nos contaba:

—Hace el sesenta y nueve y la carretilla.

La Tubau, cuando nos veía de cháchara, nos pegaba con su bastón y nos decía:

—Menos hablar y más trabajar.

Hombre, sí, aprendí, a fuerza de mirarla a ella, a caminar por un escenario y a que se me entendiera cuando hablaba. Sus métodos para conseguir una buena dicción y que dejáramos de comernos las eses eran un tanto primitivos: como Demóstenes, nos llenaba la boca, pero no de piedras, sino de piñones, y nos obligaba a recitar versos.

¿Qué es la vida?

Una ilusión, una sombra, una ficción.

Cuando hacía buen tiempo me iba con otra alumna, Irenita López Heredia, que era elegante como una lady inglesa, a la plaza Real a hablar con los piñones en la boca con gran jolgorio de los arrapiezos y las amas de cría, que nos tomaban por dementes escapadas de Leganés.

¡Y precisamente fue una de esas mañanas cuando se cumplieron los pronósticos de Manolita y doña María estiró la pata! Y si digo esta expresión tan ordinaria es que la cosa fue así, estaba ensayando una obra de Verneuil y se echó en el suelo para hacer de moribunda, y de repente extendió la pierna que tenía doblada y todos comprendieron que se había muerto de verdad.

Se cerró el conservatorio. Se la llevaron a su casa en la carrera de San Jerónimo, y la expusieron en el comedor, donde habían tapado cuadros y espejos con lienzos negros. A sus alumnas nos dejaron entrar en fila, sin detenernos; la habían vestido con el hábito blanco de santa Teresa de Jesús y, como ella, llevaba una vara de nardos entre las manos, sobre las que se posaban unas cuantas moscas. Pero la pena no nos duró demasiado porque nos fuimos a la calle y empezaron a desfilarse ante nuestros ojos *La Esfera*, *Nuevo Mundo* y el *Blanco y Negro* en vivo, como esos *films* que echaban en el cinematógrafo Lux Edén, un arte que despreciábamos profundamente y al que no le dábamos más de un año de vida.

Un señor bajito de hablar gangoso.

—Don Jacinto Benavente.

Dos caballeros con un frívolo canotier.

—Los hermanos Quintero.

Un grupo de señores con la afectación grandilocuente de los actores, que se detuvieron un momento para que les tomaran una fotografía.

—Enrique Borrás, Emilio Thuiller, Ernesto Vilches, Ardevín...

—Mira, María Cancio.

Era bajita y no tan guapa como en las revistas.

Y, de repente, nos pusimos a chillar sin recato:

—¡La Bárcena!

Era nuestra heroína. Un poco mayor que nosotras, caminaba con toda la gracia de Cuba, ondulante como una sirena, y al mismo tiempo sonreía graciosamente mientras unos hoyuelos encantadores se marcaban en sus mejillas debajo de una filigrana en forma de pájaro recién traída de París. Llevaba un abrigo muy ajustado de terciopelo, muy sobrio, pero yo, que me había hecho experta en moda por mi vecindad con el taller de costura, les susurré a mis amigas:

—Se lo ha hecho Paul Poiret.

Nos miró simpáticamente y agitó una manita enguantada hasta la muñeca. A su lado, conduciéndola por el codo, iba un hombre maduro, feo pero interesante, que, a pesar de acompañar a una de las mujeres más

atractivas del mundo, nos dirigía miradas incendiarias y nos guiñó un ojo. Por una comisura de la boca, María Fernanda me cotilleó:

—Es su amante, el autor de sus obras, Gregorio Martínez Sierra.

—¿Y la fea que va detrás?

—Dicen que es tan inteligente que es la que de verdad las escribe... Es su mujer, María Lejárraga.

Un guardia nos miró con severidad y nos hizo un gesto para que nos calláramos, y es que se había detenido un Hispano Suiza con el escudo real en las portezuelas. Se extendió un rumor entre la multitud apostada en la calle:

—¡La reina, la reina!

Se abrió la puerta, se tendió la escalerilla.

¡Puedo recordar momento a momento esa primera vez que la vi! A la que iba a ser mi rival, aunque yo entonces no lo sabía, por eso resulta inexplicable lo que me ocurrió.

Todas nos callamos, pero yo fui la que me callé más de todas. Desde que descendió del coche, no pude apartar mis ojos de ella, absorbía ansiosamente su forma de caminar, sus vestidos, su rostro. ¡Ciega a todos, subí la escalera al mismo paso que doña Victoria, lo más cerca que pude, acechándola, sintiendo una atracción o una aversión que no supe explicarme! Mis compañeras me dieron con el codo:

—Cierra la boca, mujer, que pareces el niño de Coria.

Llegó hasta a dirigirme una mirada de fría bondad que apartó rápidamente. Alta, rubia, algo torpe al caminar, vestida con suntuosa elegancia, muy enojada, no era tan bella como explicaban los cronistas de la corte: tenía una boca blanda, el mentón débil y la expresión dolorida, aunque casi no pude verle el rostro, medio cubierto por el sombrero. Pero despertó en mi alma un deseo especialísimo: deseé parecerme a ella, quise tener su aire de señorío y decencia, y esa elegante y triste aura de ser superior, solitario y extranjero.

¡Me llené de un desmadejado anhelo: ser como ella! ¡Ser ella!

La reina entonces tenía veinticuatro años. ¡Los mismos que yo tendría cuando conociera a su marido!

Al explicarle a Alfonso este primer encuentro, se revolvió incómodo, pues no le gustaba que hablara de su mujer. Él solo lo hacía en la alta noche, con varias copas encima o si se había fumado una de esas pipas de

haschichina que lo dejaban físicamente noqueado, pero con la mente despierta y perspicaz. Y aun así solo eran gemidos y palabras sueltas que me costaba interpretar.

Cuando se lo conté, recuerdo que nos acabábamos de acostar y que las sábanas recién planchadas estaban tan rígidas que crujían. Intentó cambiar de conversación, pero, a pesar de darme cuenta de su maniobra, era tal mi ansia de saber y de conocerla que tensé la cuerda preguntándole:

—Pero, entonces, en esos años, cuando vino a ver a la Tubau, ¿la amabas? ¿Estabais bien?

Con desagrado abrió la boca para contestarme y me cruzaron por la mente dos sentimientos contrapuestos, por una parte, quería saber la verdad, y, por otra parte, tenía miedo. Con una punta de nostalgia, que me llenó el corazón de ese sentimiento tan feo que se llama envidia, dijo lentamente, como si solo lo recordase de forma confusa:

—En esa época la pobre se esforzaba mucho en que fuéramos felices. ¡Ay, duele!

La reina estuvo apenas unos minutos en la casa mortuoria, y cuando ya se metía de nuevo en el coche, un hombre bien vestido se apresuró a besarle la mano. María Fernanda me aclaró:

—Mira, es el marido de doña María Guerrero —y añadió reprochona —: ¡y no se descubre para hablar con doña Victoria!

Fernando Díaz de Mendoza, marqués de San Mamés, de Fontana, conde de Balazote y conde de Lalaing, podía permanecer cubierto delante de la reina porque era dos veces Grande de España.

Era un noble arruinado, un actor de cartón piedra que le era infiel a su mujer con toda damita joven que se pusiera a tiro, pero doña María, la primera actriz de la escena española y una empresaria temible, se hubiera dejado cortar en pedacitos si a él se le hubiera antojado pedírselo.

Fue Elena la que la identificó, cubierta con un velo negro, y bajó la voz al nivel respetuoso de una oración:

—Doña María Guerrero.

A su paso le hicimos una reverencia que ella fingió no advertir.

Al cabo de poco rato se oyó un tumulto de voces, salieron de la casa algunos desconocidos por la puerta a escape, los fotógrafos se ajustaron sus enormes armatostes y prepararon las luces de magnesio, y se oyó:

—¡Ya bajan la caja!

Aparecieron curas, monaguillos, autoridades de frac, chistera y condecoraciones, y mucha gente enlutada. Aguzamos el oído, pero no hablaban de la muerta, sino de la guerra inminente: «El káiser atacará de un momento a otro... El conflicto será mundial...». El guardia sacó la porra y nos dijo:

—Dispersarse.

María Fernanda, indignada, se encaró con él:

—Eh, guindilla, que nosotras somos sus hijas.

El policía nos miró con sorna:

—¿Todas?

—Somos sus hijas espirituales, tenemos que acompañarla al cementerio.

El guardia rio:

—Las mujeres no van a los entierros, además que vosotras no sois de la familia, dispersarse.

Volvió a levantar, amenazador, la porra. Carola, Irenita, María Fernanda, Elena y yo nos cogimos del brazo y plantamos cara, aunque nos temblaban las rodillas y teníamos mucho miedo. Sin percatarnos, sin que nadie lo organizara, se fueron uniendo a nosotras Ricardo, su mujer Lola, sus amigos los hermanos Machado, que eran poetas, un actor joven llamado Rafael Rivelles, las muchachas que cosían los vestidos de doña María, con su jefe, Vila, al frente, los escenógrafos Amorós y Martínez Gori, las chicas del guardarropía que habían venido andando desde muy lejos con sus mejores galas. ¡Todos ellos, al morir doña María, se quedaban sin trabajo! Como los acomodadores, las taquilleras, Manolita y las mujeres de la limpieza, los tramoyistas, Morales, los electricistas, los carpinteros, los músicos y los contables, que esa noche quizás ya no tendrían dinero para comprar comida para su gente, pero ahí estaban, despidiendo a la Insigne. ¡La gran familia del teatro!

¡Qué orgullosa me sentí de pertenecer a ella!

Unos obreros que habían venido en representación de la Casa del Pueblo se quitaron respetuosamente la boina porque ya bajaban la caja a hombros del marido, los dos hijos y el administrador, y, todos a una, sin habernos puesto de acuerdo, nos unimos al cortejo. El guardia se echó encima de nosotros con intención de agredirnos, se levantó algún puño, alguien gritó:

—¡A por él!

Una mujer se dio la vuelta y se apartó el velo que la cubría. Era doña María Guerrero, que preguntó mirando al guardia y a nosotros:

—¿Qué pasa aquí?

—Son alborotadoras, mujeres de la calle.

Yo me adelanté, furiosa, golpeándome el pecho y señalando a mis compañeras:

—¡Nosotras somos las discípulas de doña María Tubau, somos sus hijas del corazón, y toda esta gente es su familia del teatro! ¡Tenemos tanto derecho a estar aquí y acompañarla como ustedes!

Había lágrimas en muchos ojos, en otros, rabia. Un murmullo de descontento fue tomando la calle como un mar embravecido. Doña María sacó la misma voz que ponía en *La fiera*, de don Benito Pérez Galdós (que también estaba), y dijo de forma despótica y arrogante:

—Guardia, retírese, yo me hago cargo de todo.

El hombre se inclinó ante la autoridad que emanaba aquella primera figura de la escena y doña María organizó rápidamente:

—Tú, Morales, y tú, Amorós, Manolita —los conocía a todos—, caminad detrás de nosotras.

Y, sin transición, los tranquilizó:

—Y no os preocupéis, a partir de mañana me quedo yo el teatro de la Princesa y os mantengo en vuestros puestos.

Nadie dio las gracias, pero aquel grupo humano exhaló un suspiro que debió oír hasta la Tubau dentro de su caja.

Luego nos pidió a las chicas:

—Juntas, no os separéis de mí.

Y por primera vez por las calles de Madrid y hasta el cementerio de la Almudena, hubo un entierro con un puñado de muchachas detrás, cogidas del bracete.

Me volví a casa triste, y no precisamente por la muerte de la Tubau, sino por mi infancia y mi vida de estudiante, que ya había quedado atrás. La excitación del momento había ido calmándose y había sido substituida por un blando y fastidioso sosiego.

¿Qué me esperaba ahora?

Tragar saliva muy amarga.

El conservatorio ya no tenía secretos para mí, me habían dado un diploma, incluso un premio de declamación, y mi nombre había salido

publicado en la *Gaceta de instrucción pública*, pero ¿de qué iba a servirme? No tenía enchufes, ni influencias. A mis amigas las habían solicitado otras compañías. María Fernanda se iba con doña María Guerrero, como Irenita; Ricardo con su tío Enrique Calvo. Elena empezaba con sus padres una *tournée* por provincias... Solo yo me quedaba atrás como un pajarito con el ala rota que ya nunca podría seguir a sus compañeros y siempre iría retrasado... ¡Si es que alguna vez conseguía alzar el vuelo!

Me dejé llevar por la mansa corriente de los días, las semanas y los meses siempre iguales, dormía mucho y mis padres no sabían muy bien qué hacer conmigo. La luz de las farolas se colaba a través de las persianas de mi cuarto y dibujaba una piel de cebra sobre mi cuerpo desnudo. Una noche oí a mi padre lamentarse:

—¡Dos años perdidos!

Y después:

—Menos mal que España no entrará en esta guerra...

Había arrancado las fotografías de mis artistas favoritos de las paredes y solo me sentía a salvo en la penumbra dulce y reparadora de mi habitación. De pronto sentí que llamaban a la puerta y las voces de mis amigas, la de Carola tan fuerte que parecía un guardia que hubiera venido a prenderme. Mi madre entró con timidez a decirme:

—Ahí están esas chicas del teatro.

Me puse la bata, salí al salón, habían venido Carola y María Fernanda, era la primera vez que entraban en mi casa, y si se sintieron defraudadas por el piso modesto con colgaduras en las paredes y muebles isabelinos pasados de moda, nunca me lo dijeron. Saludaron con finura a mi padre, que se levantó con el periódico en la mano dejando en evidencia que iba en zapatillas viejas y con una ropa de estar por casa manchada de ceniza y con lamparones de grasa, y estuvo a punto de hablar de París, pero mi madre lo cogió del brazo y lo llevó a la cocina. Nos dejaron solas. Carola me ordenó:

—Tú, roína, arréglate, ponte unos pingos guapos, que doña María quiere verte.

—Sí, nos ha preguntado por ti, por la chica que encabezó el mitin en el entierro —María Fernanda, la envidiosa, se apresuró a precisar—: yo ya le dije que la acción había sido... colectiva.

Carola, que estaba versada en teatro clásico, añadió:

—¡Como Fuenteovejuna!

—Calla, burra —la interrumpió María Fernanda—, yo le dije que no había cabecillas, pero ha insistido mucho para que fueras a verla. Ahora se ha quedado el teatro de la Princesa.

Yo, ganada por la lasitud de esos días y el peso de tanto tiempo de soledad, me resistí acobardada:

—No sé si debo...

María Fernanda hizo un gesto horrible con el revés del brazo como si fuera a pegarme y dio un mugido:

—¡Tía bruja, si no te vistas y vienes, te arranco la cabeza de una patada!

Desperté de golpe de mi letargo y empecé a sacar ropa; mamá, los botines, las medias, no, eso no, la blusa de punto, fue un frenesí de enaguas, de sombreros y, al final, salí con la falda desbaratada, un sombrero enorme; creía soñar, me reía sola y notaba una nube de fuego en el estómago. Como hacía mucho calor, María Fernanda llevaba una sombrilla para proteger del sol su piel blanquísima y me iba azuzando con ella como si fuera un caballo de carreras en el hipódromo.

—¡Arre, cabestro!

Entramos en el teatro mientras un señor de buena pinta, acompañado por un mozo de cuerda cargado con unos bultos enormes, protestaba en voz muy alta:

—Yo te dejo los tapices para adornar el escenario, pero cuestan ocho millones de pesetas y el protagonista de tu obra se suicida por un millón... Tú verás, María, pero la cosa no tiene lógica.

Y la Guerrero le contestó mirando el género con ojos iluminados y palpándolo como si se tratara de un fabricante de paños de Sabadell:

—Calla, Tamames, que tú de esto no entiendes.

Doña María Guerrero nos miró de arriba abajo y se detuvo en mí:

—Eres un horror de guapa.

Y cuando yo ya me adelantaba a saludarla poniendo rodilla en tierra como los caballeros de la tabla redonda, sacudió su corta melena gris que la asemejaba a un senador romano, tiró los tapices a un lado, hizo un gesto conminatorio con la cabeza y nos ordenó:

—Subid.

Desde el bar nos observaban con sorna tres actores vestidos de capa y espada con las gabardinas sobre los hombros que tomaban café, uno de ellos era Ricardo Calvo, que se llevó la mano a la frente haciéndonos un saludo militar. Fernando Díaz de Mendoza, el marido, ya venía corriendo y recitando con voz de falsete:

—Aquí me tenéis, señora / para lo que me gustéis mandar.

Doña María se detuvo y cerró los ojos a la manera de los miopes, preguntando:

—Tú, marqués, ¿no es ese el domador Leduq?

Se adelantó un hombre vestido con capa y pantalón blanco, que se inclinó ante la pareja:

—*Bon soir, chère Marie.* Sabrás que trabajo con el Circo Americano... Estoy esperando unos leones muy mansos que me envían desde Lyon, de esos en los que puedes meter la cabeza y cuando la sacas se queda dentro la peluca.

Doña María no se rio, pero nosotras sí, y el domador se quedó complacido haciendo molinetes con la capa para que viéramos que estaba forrada de terciopelo rojo. Doña María nos repitió con impaciencia:

—¿Queréis subir? ¡Que no tenemos todo el día!

Miramos temerosamente la precaria escalera con algunos peldaños desaparecidos y el resto tan destrozados como la dentadura de un cura

pobre, pero ella ya ascendía con una ligereza impropia de su gordura, recogíendose a un lado la falda del traje sastre y volviendo apenas su enérgico y varonil perfil de busto de mármol para decirnos:

—Cuidado, no vayáis a escacharraros.

Cuando llegamos arriba, las tres amigas miramos remilgadamente a nuestro alrededor, no había paredes, de los techos tan altos que se perdían en la oscuridad colgaban trozos de paja y el suelo era de tierra, pero doña María se puso en jarras y sentenció con ojos brillantes:

—Aquí arriba construiremos nuestro hogar; oye, Tamames, tienes que enviarme la cornucopia que te pedí y el biombo ese que me gusta con las golondrinas de nácar en relieve.

Al hombre se le caía la baba y se dejaba engatusar con la gracia entre aristocrática y chulapona de la Guerrero, pero aun así fingía resistirse:

—¿No se le antoja nada más a su señoría? También podría traerle mi finquita de Toledo, el palacio de Villamejor, a mi primogénito y veinte doncellas vírgenes.

—No te hagas el gracioso, que no has estudiado para eso. —Ahora en dirección a su marido—: Y tú vete preparando las doscientas pesetas de Valle Inclán, que luego va a venir a buscarlas.

El hombre protestó:

—Pero ¿vamos a pagarle? Si la obra fue un desastre... ¡Solo estuvo un día en cartel!

—Sí, pero tiene cinco chiquillos que se mueren de hambre, y la obra no funcionó porque el público es imbécil, pero Valle es un genio.

Y se puso a gritar de pronto sobresaltándonos a todos:

—¡Antonia, vete a Doña Mariquita y tráenos para merendar!

Una mujer mayor, ese tipo de actriz retirada que nunca ha triunfado y ha debido emplearse en labores subalternas, apareció por la puerta metiéndose el dedo en la nariz y preguntando con indolencia:

—Pero ¿cuántos somos?

—Pues diez o veinte, qué sé yo; Fernando, dale dinero.

Pero tuvo que ser Tamames el que aflojara la mosca, porque Díaz de Mendoza nos había conducido con ligeros empujones a un ventanuco.

—Mirad qué vistas tan bonitas.

Solo se veía una marea de tejados a distintas alturas y allá al fondo el campanario de Santa Bárbara. Pero Díaz de Mendoza no estaba ni para vistas ni para campanarios. Una sonrisa rijosa distendía sus labios. En contraste con su mujer, que tenía una apariencia hombruna, él era sonrosado como un querubín, con una boca gordezuela en forma de beso

y la nariz respingona. Se acercó tanto que me humedeció la oreja con sus palabras:

—Qué guapina eres.

Después, con la respiración agitada y ademanes frenéticos, bajó la mano, palpó a tientas y, ante mi asombro morrocotudo, me la metió a lo bruto entre los muslos. De pronto se oyó la voz escandalosa de doña María:

—¡Fernando! ¿Qué haces?

Me dio un último estrujón, se apartó y avanzó inocentemente con su sonrisa de angelote hacia donde estaba su mujer, que se había dejado caer en un desfondado sofá de dos plazas, resto de algún viejo decorado, y se abanicaba con un rasgueo rápido.

—Hablaba con las chicas.

Su mujer le lanzó el libreto con fuerza mientras me dirigía una mirada suspicaz. Sin dejar de observarme, le dijo:

—Léete este guion de Pérez Galdós, a ver qué te parece... Si le añade algunos años a la protagonista, lo puedo hacer yo.

Su marido, regalón, se inclinó hacia ella y le cogió la cara, mirándola con expresión risueña.

—María, tú puedes hacer de chiquilla de quince años.

Ella se puso como la grana, y, como si realmente tuviera quince años, se derritió toda entera:

—Qué exagerado eres. —Le pegó con el abanico, pero irguió el busto—. Va, vete a la taquilla a por esos duretes para el bueno de Valle.

El hombre salió sin dirigirnos ni una mirada, cantando no demasiado mal con voz de barítono:

*Cosas pretenden de mí
bien opuestas en verdad
mi médico, mis amigos
y los que me quieren mal.*

Yo, furiosa, estuve a punto de irme también, pero me detuve por miedo a encontrármelo y porque María Fernanda me apuntó en voz baja:

—No seas tonta, lo intenta con todas.

Este comentario me desconcertó.

—Pero ¿nadie le para los pies?

Se encogió de hombros y me dijo con voz extrañamente serena:

—¿Y qué vas a hacer? ¡Es el empresario y marido de la Egregia y ella está loca y ciega! No tienes a quién acudir, te echaría a patadas del teatro. Y si en este oficio adquieres fama de conflictiva y enredona, ya puedes despedirte, ninguna compañía te va a contratar.

De pronto sentí un miedo sin límites, di un suspiro hondísimo y tuve ganas de echarme a llorar sobre mi camita de niña.

Carola, María Fernanda y yo, ahora, no sabíamos muy bien qué hacer; teóricamente formábamos parte de la compañía, aunque de manera formal nadie nos hubiera contratado. Por eso recibimos la presencia de Ricardo Calvo con tanto alborozo que empezó a darnos guantazos para librarse de nuestras carantoñas, como si fuéramos mosquitos. Nos sentamos en el repecho de la ventana y el sol poniente era como la lengua tibia de un perro que nos lamiera la espalda. Ricardo iba aún con traje de espadachín y nos ofreció cigarrillos. Empezaron a caer una a una las campanadas de todas las iglesias de Madrid. Nang, nang, Santa Bárbara, nang, nang, San Ginés, nang, nang, la iglesia de San Pedro el Viejo... Y la más atrasada de todas tenía un timbre cascabelero y desordenado, nang, nang, porque no era campanario, sino reloj: el de Gobernación de la Puerta del Sol.

Me entretuve en contarlas: siete.

Doña María dio una palmetada a su lado levantando una nube de polvo y le dijo al marqués de Tamames:

—Siéntate, Pepe, ¿has ido a palacio?

El noble estiró las piernas, sacó su petaca, le ofreció un cigarrillo y él cogió otro. La Guerrero alargó el cuello para que se lo encendiera y después los dos dieron lentas bocanadas en dirección al techo.

—Sí, estuve en las capillas reales con mi sobrino Jimmy y luego desayunando con sus majestades en la sala de los espejos.

—Y el rey, ¿cómo está?

—¿Por la guerra, dices? Parece que al final estos alemanes la van a armar, pero nosotros nos mantendremos neutrales, lo ha dicho Dato y el rey me lo confirmó a escondidas de su mujer y de su madre... Como una es inglesa y la otra austriaca, militan en bandos opuestos.

María le propinó un golpe en el brazo.

—Déjate de eso, estoy harta de oír hablar de la guerra, digo cómo está el rey... como persona, ya me entiendes.

Y es que, aunque Fernando Díaz de Mendoza y Aguado podía quedarse cubierto frente a la reina, ni él ni su mujer eran recibidos en palacio por su condición de cómicos, y esta era la gran pena de doña María, que los dos hijos que había tenido con su marido tuvieran que criarse lejos de la corte.

Por esta circunstancia tan injusta, a doña María le interesaba todo lo que le ocurría a la familia real y fingía compadecerse de su mala suerte, aunque en el fondo, e inconscientemente, se alegrase. Tamames, que lo sabía bien, cargaba un poco las tintas para complacerla:

—Al pobre rey lo llevan aquí y allá, no lo dejan en paz... ¡No hay un hombre en toda España más desgraciado! Figúrate que ayer teníamos que ir a cazar a Riofrío con los hermanos de la reina antes de que los movilicen, aunque los pobres están regular de salud, y le pusieron a última hora una recepción de embajadores... ¡Y la semana pasada le cancelaron un viaje a Deauville con la excusa de que no podían garantizar su seguridad!

—¿Y él qué dice?

—Ya sabes los cojones que tiene... ¡Que si lo matan son gajes del oficio!

—¿Y tu sobrina, qué? ¿Siguen siendo... amantes?

Tamames lanzó una larga bocanada de humo.

—¿Sol? No, ya no, pero es su única amiga. Ella adora el suelo que pisa. Si no fuera por Sol, aquello sería tristísimo... Lo hace reír, se lo lleva a Aranjuez de excursión; la otra tarde se fueron en motocicleta a la cuesta de las Perdices, como van con guardapolvos y gafas nadie los reconoció. Solo es feliz cuando está lejos de...

Agucé el oído como una liebre intentando entender aquella conversación que de pronto me interesaba muchísimo. Doña María musitó con un temblor truculento en la voz:

—Y esos pobres príncipes enfermos...

Trajeron unas jícaras con chocolate y bandejas con bollos que tuvimos que comer de pie con grave riesgo para nuestros atavíos; Díaz de Mendoza protestó mientras dejaba su plato en el suelo:

—Esto no es normal, María, si se me cae un poco en un pie, deberán amputármelo, ¿no ves que esto no es chocolate, sino ladrillo?

María hizo un gesto airado con la mano para que la dejara en paz y prosiguió su conversación con Tamames, agucé el oído, ardía en deseos de saber más, y con la excusa de coger más bollos, me acerqué...

—Entonces, ¿ya lo saben seguro? ¿La enfermedad de los príncipes es irreversible?

—Sí, es una dolencia muy grave que se llama sangría, que te cuente el doctor Pérez de Petinto el susto que se pegó cuando operó de fimosis al príncipe de Asturias..., los niños se desangran hasta morir por la más pequeña herida, y él tiene el grado más alto de la enfermedad.

Doña María exhibía una boca tan abierta y tan grande como el desierto del Gobi; despiadado, Tamames proseguía:

—Este mal de la sangre, que es incurable, lo ha traído la reina a España, pero el rey no tiene derecho a quejarse porque su tía la infanta Eulalia le avisó antes de la boda, le dijo, ten cuidado con las Battenberg, que están enfermas, pero aun así...

—... pero aun así se casó...

—Sí, se fio de su baraka, pero la suerte no ha estado de su lado. La enfermedad la sufren los varones y las mujeres la transmiten. Los hermanos de doña Victoria, los príncipes Mauricio y Drino, también la padecen. ¡Y muchos de sus sobrinos, hasta el zarévich de Rusia!

Sentí el corazón como si me lo tocaran con un cuchillo afiladísimo.

Tamames continuó su letanía implacable:

—Y el segundo hijo, Jaime, es retrasado y se ha quedado sordo por una otitis mal curada. Iba a ir a un médico en Burdeos, pero ahora, con esto de la guerra, no sé yo...

Doña María suspiró con la vaga complacencia de la madre cuyos hijos, aunque plebeyos, están completamente sanos.

—¿Y todos los que dé a luz la reina serán así?

El otro se encogió de hombros.

—Las dos siguientes son chicas, o sea, que no sirven para nada —advirtió el gesto de animosidad de María, que era feminista y partidaria del sufragio de la mujer—, tú ya me entiendes, no sirven para el tema dinástico... Luego va Juan, veremos qué tal sale... Y ahora la Pava vuelve a estar en estado, para variar.

Fernando, que no se perdía palabra, se colocó el plato de los bollos bajo la chaqueta y empezó a cantar con tono afectado poniendo una mano flácida como una cupletista y colocándose la otra sobre el vientre como si estuviera embarazado:

*Un mes de placer,
ocho meses de dolor,
tres meses de descanso*

*y en marcha otra vez.
¡Oh, qué dura es la vida
de la reina de España!*

María intentó aguantarse la risa y le hizo un ademán admonitorio a su marido, diciendo en tono falsamente apenado:

—No me extraña que el pobre Alfonso busque distracciones fuera de casa...

Tamames, que solo había exhibido una sonrisa glacial durante la cancioncilla, dio una larga calada al cigarro, me miró con prevención, pero yo fingí que estaba ocupada recogiendo los cacharros, y prosiguió:

—Sol le ha buscado una francesita...; se ha cansado del género autóctono, dice que la raza ha degenerado, que la española ha perdido su esencia y que, además, es muy aburrido obtenerlas sin necesidad de pelear... Bueno, la *nurse* de los niños acaba de tener una hija y es igual a él, solo le falta el bigote!

Doña María se echó a reír. Cuando se calmó, se secó los ojos y entre carcajadas contó:

—Pues la otra noche el rey estaba con Pastora Imperio cenando en un reservado del Lyon d'Or. —Se levantó y se puso a caminar levantando los brazos por encima de la cabeza a la manera flamenca, los tenía tan gruesos que las costuras de las mangas parecían a punto de reventar—. Ella, desde que se ha separado de El Gallo, está en un plan..., llevaba un levitón con pliegues y un cuello a lo María Estuardo, ¡quería estar elegante y estaba ridícula!

Los tres hombres presentes en la sala, Fernando, Tamames y Ricardo Calvo, la miraban con ironía sin pronunciar palabra, así que se sentó algo corrida y se vio obligada a reconocer:

—Sí, ya sé que es un bellezón..., tiene unos ojazos verdes, así como trágicos, ¡aunque luego te diga servidora de usted y que aproveche! — Pero cambió el tono diametralmente para acoger a un nuevo visitante—: Hombre, qué gran honor, el Caballero Audaz, adelante, José María... y acompañante.

Ese día conocí a José María Carretero, un periodista andaluz de Montilla, por otro nombre el Caballero Audaz, un gigantón de casi dos metros, de bigotes rizados, mofletudo, ojos hermosos y ardientes y frente despejada, que se quitó el sombrero y declamó teatralmente:

—Señoras, señores, cómicos...

Se iba a convertir en mi mejor amigo.

Ramón María del Valle Inclán, a su lado, sonreía oficiosamente. Los dos contrastaban, el Caballero Audaz iba vestido con cierto rebuscamiento, como un *dandy* de casino de pueblo; Valle iba de bohemio estrafalario, con sus largas barbas de chivo, poncho mejicano y chambergo. Además, era manco y la manga vacía colgaba a un costado del abrigo, prendida a la altura del codo con un imperdible.

Ambos besaron la mano de la Egregia y ella le preguntó a Carretero:

—Qué tal esa revista nueva donde escribe... ¿Cómo se llama? ¿*La Esfera*?

—Sí, esta fetén, he debutado con una interviú a la viuda de Canalejas.

—Pues a ver cuándo se estrena usted conmigo.

—Ahora, cuando haga usted la Raimunda de *La malquerida*.

Y mirándonos de reojo dijo:

—¿Y estas chicas? ¿Género nuevo? ¿Estarán en la obra?

Entonces doña María pareció reparar en nosotras, pero se enfadó:

—Hombre, Carretero, no diga usted eso con ese tonillo de «carne fresca», que no estamos en una charcutería. —Y luego concedió, pues al fin y al cabo se trataba de un periodista que escribía en una revista importante—: Sí, son las nuevas incorporaciones, vienen del conservatorio; tenemos que quitarles las mañas y los vicios que han adquirido allí, porque la pobre María Tubau, en paz descanse...

Todos nos persignamos. Prosiguió:

—... era buena actriz...

—No tanto como tú —se apresuró a halagarle su marido.

—... pero un poquito anticuada, itan exagerada! —Con un trémolo de voz ululante y desmedido, con grandes gestos y los ojos en blanco, recitó en tono alto:

¡Ah! ¡Gracias, gracias, Señor!...

Al fin... al fin soy amada,

al fin una mano amiga podrá ya enjugar mis lágrimas.

¡Ya no estoy sola en el mundo

como hace un instante estaba!

Y aquí coreó Ricardo Calvo con la voz finita:

¡Ya no estoy sola en el mundo

(pausa larga)

como hace un instante estaba!

El Caballero Audaz aplaudió dando cabezazos de complacencia, Valle Inclán no podía aplaudir porque era manco, pero con el puño de su bastón de caña americana se puso a golpear el suelo y doña María, mudando de expresión y después de su rasgo feminista, nos miró tan desapasionadamente como si fuéramos caballos en venta.

—Faltan Irenita López Heredia, Elena Salvador, la Gelabert, que son de la misma camada; son monas, ¿verdad? Sobre todo esa, la del sombrero grande, que además es revolucionaria. Carmen, Carmela...

El periodista se acercó a mirarme atentamente, casi temí que me levantara el labio superior para juzgarme la dentadura.

Doña María vociferó:

—Es una chica de buena familia, pero buena buena... —Tamames también me observó con curiosidad—. Tu padre es... ¿Qué es, Carmela?

Tartamudeé:

—Abogado. Gobernador.

Doña María chasqueó los dedos:

—Es de los Ruiz estos..., los de...

Tamames añadió rápidamente:

—¿Los Ruiz de Castilla y Loeches? Son medio parientes de mi mujer por la parte Palafox. ¿Tú de qué rama eres?

Pero doña María, que, aunque le gustara propalar que sus actrices pertenecían a la nobleza, no tenía un pelo de tonta, le dio un golpe en el brazo.

—Hijo mío, la estás asustando.

Yo permanecía muy cortada, con los ojos bajos, y el Caballero Audaz se cuadró delante de mí.

—Sí, ya te veo otro aire que estas mocetonas —me miró de arriba abajo, sin deseo carnal, como el que observa un cuadro, y sentenció—: eres demasiado guapa, pero como estás harta de saberlo prescindes de atavíos que te favorezcan. Abusas de tu belleza.

Yo lo miré como si me hablara en chino, y prosiguió:

—Te falta estilo, yo de ti me colocaría una gorra de medio lado para que se te vieran esos ojos matadores.

Me hizo dar la vuelta cogiéndome por el codo.

—Y en este lado ondúlate el pelo, que te tape las orejas...

—Sí, las orejas no están de moda —chilló doña María.

—... rizado, ¿ves? Así...

Remedó en su propia cabeza un peinado vaporoso, los amigos se reían, «este Carretero nos va a salir *coiffeur* de señoras», y él me guiñó el ojo de forma muy cordial y me dijo en voz baja:

—Tú y yo vamos a ser muy amigos, un día te llevaré a comer al salón japonés de Lhardy y hablaremos.

Doña María gritó:

—Déjala, Tenorio, ¿cuándo aprenderás que mi compañía no es un lupanar como la de Linares Rivas?

El Caballero Audaz replicó un poco picado:

—Me interesa porque es una mujer de aquí —hizo un gesto arracimando los dedos junto a la boca y luego extendió el brazo a la máxima distancia—, allí..., ¡pero no es mi tipo!

Pero la Guerrero ya no nos hacía caso porque le estaba ofreciendo un fajo de billetes a Valle Inclán.

—Tenga su dinero por la obra que estrenamos en el Principal de Zaragoza.

Valle contó los billetes con pericia con su única mano y puso tal cara de desilusión que se le cayeron los párpados al suelo, doña María se volvió a su marido:

—¡Pero si eran trescientas pesetas, Fernando! ¿Por qué te has equivocado?

El hombre puso los ojos en blanco y se encogió de hombros y ella tuvo que recurrir de nuevo a Tamames:

—A ver, Pepe, dame veinte duros y mañana te los devuelvo.

Valle Inclán dijo con su gracioso y típico ceceo:

—Muchaz gracias, doña María..., ezpero que *La marquesa Rozalinda* fuera un éxito.

Tamames se irguió súbitamente alerta:

—Pero ¿no era esa pieza que te patearon? No había visto un escándalo como ese desde que hiciste la *Teresa* de Clarín. ¡No entiendo cómo lo aguantaste!

Sin advertir la expresión de dolorida susceptibilidad de Valle Inclán, la Guerrero se quejó:

—Sí, no me había visto en una así desde entonces, a mí me gustaba la obra, pero el público no entró... Desde la primera escena del acto primero pitaron, patearon, tiraron tomates y huevos al escenario, ¡no sabíamos qué hacer!

Fernando terció regañón y displicente:

—Es que no sé cómo te traen esas cosas, y tú te prestas porque eres demasiado buena. —Volvió enseguida a su actitud officiosa—. ¡Claro que te portaste como un ángel! Saliste a saludar como si no hubiera pasado nada, con el huevo chorreándote por la falda.

Y casi babeando, manifestó ampulosamente al mundo entero:

—¡Es que mi mujer es de seda con nervios de acero!

Y aquí Valle terció sombrío, rápido y vengativo:

—Puez ezo ez un paraguaz, querido Fernando.

Todos rieron, hasta la misma doña María, que sabía apreciar una frase ingeniosa, aunque fuera a su costa, pero yo no podía apartar de mi mente aquella reina que vivía en un palacio, pero a la que criticaban sin piedad, tenía unos ojos tristes y solo paría hijos enfermos.

Esos niños que ya no son niños, los príncipes reales, venían al teatro de la Princesa a las matinés infantiles y, como en su palco había una celosía que comunicaba con los camerinos, los observaba, pálidos y cansados, alguno se quedaba dormido con la boca abierta. El príncipe de Asturias a veces venía en camilla y levantaba la cabeza de forma angustiosa para no perderse ni una escena.

El viento de la historia, las elecciones de 1931, la República, se los llevó por delante. ¿Qué habrá sido de ellos?

Mirando a los dos míos, que esta tarde jugaban en el jardín al pillapilla con el gato Micifuz, me lo pregunto a menudo. Al final llegaron a ser seis, seis animalillos lisiados y defectuosos, que estarán vagando por el mundo solos, sin que ninguna noche sobre su frente se deposite el beso de una madre.

Mientras fuimos amantes, Alfonso apenas me hablaba de sus hijos. Solo un día en que me asombré de lo bronceado que estaba, me contó:

—Ayer fuimos a la Zarzuela —y ante mi extrañeza, me aclaró—: es un pabellón de caza muy destartalado, pero con un campo magnífico... Los niños se empeñaron en ir.

¿Con su mujer? ¿Con Ena? Esperé disimulando a ver qué me decía, porque no me atrevía a preguntar.

Sus ojos adquirieron esa tonalidad oscura que yo había empezado a detectar cuando hablaba de su familia... Acabábamos de llegar a París, inos encerramos en nuestra habitación del hotel Meurice y no salimos en cuatro días! Nos subían bandejas con pollo frío y *champagne* de la Viuda

Clicquot, aunque Alfonso fingía detestarlo y decía que era bebida de putas y que la Mistinguette se empeñaba en que lo bebiera en su zapato, pero que le daba mucho asco porque tenía callos y juanetes en los pies.

Sí, yo me reía y le tiraba los huesos como venganza, y luego él cogía una pata de pollo y yo otra y hacíamos esgrima, las cruzábamos como si fueran sables y nos subíamos a las camas, el otro brazo en alto como el más elegante de los espadachines.

—*Touché*, Carmela.

Se llevaba la mano al pecho como si tuviera una herida sangrante y caíamos sin aliento sobre el colchón.

Sí, nos reíamos, pero yo tenía un runrún dentro porque lo que me importaba de verdad era su vida familiar, esa vida de la que yo estaba proscrita. Para darle cuerda a su memoria, le preguntaba como quien no quiere la cosa:

—¿Hacía buen tiempo?

Él ya se había olvidado del asunto.

—¿Dónde, cuándo? Ah, ¿en la Zarzuela?

Se animó mientras encendía un cigarrillo.

—¡Un día magnífico! Vinieron también mis primos, Ali y Bee, y sus chicos, que son muy amigos de los nuestros. —¡Cómo me dolió este nuestros!—. Estaban, dentro de lo que cabe, felices y contentos, los pobrecillos... Llevaban arcos y tirachinas y se metían en el río con toneles y hacían carreras de burro.

Yo me asombré porque sabía por mi modisto Crippa que no podían llevar una vida normal, pero traté de sonsacarlo con delicadeza:

—¿Jugaban, entonces?

Arrojó con impaciencia el cigarrillo al suelo para encender otro inmediatamente y, creyendo quizás que sabía más de lo que sabía, prosiguió:

—Mujer, Alfonsito y Gonzalín no, tienen que estar atados en sus coches sin levantarse y tienen que ir..., ya sabes... —hizo un gesto con el dedo alrededor de su torso—, vendados para que no se den golpes y eso...; y claro, empezaron a protestar porque ellos quieren jugar como los otros, y Jaime, que es un bruto, se fue hacia ellos y quería pegarles. Las infantas vinieron llorando y ya tuvimos que recoger todo e irnos pitando.

Me quedé en silencio con las palabras de consuelo habituales atascadas como pedruscos en la garganta. Todo lo que pudiera decir sonaba insubstancial y fútil, me limité a acariciarle el pecho con ademán tranquilizador, pero él se dio la vuelta y hundió la cabeza en la almohada.

Sin palabras, como si estuviera muerto. Me acosté junto a él y me puse a arrullarlo para dormirlo como hacía con mi pequeña, hasta que sus hombros empezaron a agitarse de forma imperceptible y es que estaba llorando. Le oí murmurar y acerqué mi oído sin dejar de acariciarlo, escuché un suspiro que se escapaba de su alma, tan leve era:

—Ena, Ena...

Me aparté en silencio sin saber si la estaba maldiciendo o invocando. Pero comprendí que, por mucho que me afectara su situación, el dolor de Alfonso solo tenía un parangón: el de su mujer. Y ese nudo, el dolor de los dos, ni yo ni nadie podríamos deshacerlo jamás.

Tamames solía contar que solo su sobrina Sol Santoña podía apartar al rey de esa nube negra que a veces anegaba su alma, los médicos lo llaman melancolía y neurastenia, los ingleses splin!

Doña Sol, ¡Sol! Otra estrella maldita de mi particular constelación de agravios. Cada vez que Alfonso pronunciaba su nombre, sonreía imperceptiblemente. Era su amiga, su camarada de juventud. Era la primera mujer con la que se había acostado, cuando él tenía catorce años y ella veintidós.

Me la encontré hace cuatro semanas, mi última salida a la calle. Ella iba paseando sola por el Retiro con la misma altanería de siempre, como si el mundo siguiera a sus pies. Se había cruzado con una manifestación de anarquistas y los había increpado y amenazado con su sombrilla; uno le había tirado una piedra y lucía un arañazo en la mejilla como una condecoración. Llevaba su elegante traje chaqueta cubierto de polvo, hablaba sola y cojeaba porque se le había roto un tacón de los zapatos que le hacían a la medida en la Rue de la Paix. Pero nadie en Madrid llevaba la cabeza más alta que ella.

Le pregunté por los reyes. Me miró de una forma rara, pensé que había perdido la razón, pero al final me contestó con bastante lucidez:

—Viven desperdigados por toda Europa: Juan y su mujer en Cannes, Gonzalín estudiando en Friburgo, el príncipe de Asturias está en un sanatorio suizo y Jaime y las infantas con su padre, en Roma.

Me observó con fría perspicacia y comprendí que iba a darme un navajazo:

—Alfonso se está muriendo de tristeza, pero no por echarnos a faltar a ti o a mí, isino por añoranza de todo esto! —separó las piernas como un

hombre y con su paraguas señaló los cuatro puntos cardinales.

La gente pasaba y se reía al verla con aquella facha. Unos niños con la cara sucia y los pantalones sujetos con cuerdas se vinieron junto a nosotras, mirándola como si estuvieran delante de una fiera del zoológico.

Para divertirlos, un empleado del ayuntamiento levantó la manga de riego a la altura de su entrepierna, como si estuviera meando, y le atizó una ducha salvaje que le tiró el sombrero al suelo y la empapó de arriba abajo, rio la chiquillería. Pero Sol Fitz-James Stuart y Falcó Portocarrero y Osorio, condesa de Teba, duquesa de Santoña por su matrimonio, la sangre más pura de la nobleza española, descendiente del heroico duque de Alba que al frente de los tercios de Flandes luchó contra el turco, contra el moro y contra el hereje, sobrina nieta de la musa de Goya inmortalizada en sus cuadros y en la memoria de la gente, permanecía ajena a las burlas con el pelo convertido en un estropajo informe. Ni siquiera intentó recoger su sombrero, que se pusieron a sacudir los niños como si se tratara de un balón de fútbol.

Me agarró del brazo para dar más énfasis a sus palabras:

—¿Puedes entenderlo? ¿Echar a faltar esta mierda, este país piojoso y desagradecido que le dio una patada en el culo y los envió a todos al maldito exilio, como si fueran bandidos?

Me aparté con desagrado porque al hablar me escupía y un salivazo había ido a parar a mi misma boca, pero aún le pregunté lo único que verdaderamente me importaba:

—Pero él... ¿está con... ella? ¿Con su..., con la reina?

Meneó la cabeza con incredulidad, susurró con desprecio infinito «¡mujeres!», como si ella no lo fuera, y continuó su camino seguida por un grupo de granujillas que le imitaban los andares y gritaban palabras obscenas.

En realidad, mi carrera de verdad como artista empezó ese día de verano en los altos del teatro de la Princesa, en esas dependencias destartaladas. Porque al fin doña María me contrató.

Y pagándome.

—Te doy quince pesetas al día.

Y yo, burra de mí, le contesté:

—Si le parece mucho, también me quedaría por doce cincuenta.

Se rio, una de las pocas risas francas y espontáneas que le oí en todo el tiempo que estuvimos juntas.

Y envió un suelto a los periódicos redactado por ella misma, en el que comunicaba: «La señorita Carmen Ruiz Moragas, de distinguidísima familia, se incorpora a la compañía Guerrero-Mendoza. Tiene elegante figura y verdadera vocación artística».

Al fin estalló la guerra, pero, como nos había adelantado Tamames, el país permaneció neutral y eso representó una gran suerte para nosotros. Primero porque no tuvimos que ofrecer la vida de nuestros muchachos, aunque Valle, que era un sieso, decía:

—Nosotros solo queremos inmolar a la juventud en África. ¡Lo de morir en Europa es un extranjerismo impropio de nuestra condición hidalga!

Y, segundo, porque la Gran Guerra, como empezaron a llamarla, representaba enorme riqueza para España. Cuando los países combatientes tenían la industria destrozada o inoperante y carecían de materia prima, nosotros pusimos a funcionar nuestras maquinarias al límite: las fábricas textiles de Cataluña para el paño de los uniformes, los altos hornos del norte para la industria de guerra, la agricultura para sustituir los campos arrasados...

Todo esto me lo iba contando el Caballero Audaz cuando, por las tardes, nos íbamos al Regina a tomar un café con leche a la salida de los ensayos. Me hacía leer libros y periódicos más allá de las páginas teatrales y me explicó, también, que en estas épocas sombrías era cuando la gente tenía más ganas de divertirse. Y la compañía Guerrero-Mendoza se puso a producir obras a toda pastilla, los autores no daban abasto para suministrarnos material, llegamos a hacer tres matinés, dos sesiones por la tarde y dos más por las noches.

Y en provincias, lo mismo.

¡Las giras!

¡Mis pobres padres! ¡Que su blanca paloma saliera a viajar y, sobre todo, durmiera en hoteles con los pasillos poblados de sátiros perversos intentando practicar el amor libre y cosas peores, eso no podían digerirlo! Tuvo que ir el Caballero Audaz, con su mejor traje y sus modales más refinados, un poco a lo *maitre* de hotel, a explicarles que esto de ir de gira era poco menos que entrar en el convento.

—Van del teatro al hotel y del hotel al teatro. Los hombres y las mujeres están separados, solo se ven en el escenario. Las mujeres llevan una chaperona que las vigila día y noche.

Y aquella pareja de infelices se lo tragó todo.

Llevábamos un centenar de obras en cartera que íbamos rotando, las representábamos a todas horas y en tantas ciudades que cuando por la mañana me despertaba tardaba unos segundos en saber dónde nos encontrábamos: ¿Zaragoza? ¿Almendralejo? ¿Tarrasa? La vida trascurriría vertiginosa y monótona a la vez; por las noches viajábamos en ferrocarril, las estaciones de los pueblos pequeños las entreveíamos entre las cortinillas de nuestro departamento. Solo conocíamos hoteles y pensiones, y las corrientes de aire en los viejos y cochambrosos teatros españoles.

Los baúles, las decenas de baúles en los que iba el vestuario, se abrían y se cerraban, se vaciaban, se llenaban, se cambiaban las etiquetas. Y ese era mi cometido, mi área de actuación: ¡los baúles! Me levantaba con esa obsesión que aún me persigue ahora mismo: ¡los baúles!

¿Han llegado los baúles?

Juan Chabás me dice que por las noches hablo en sueños y me agito. Y se acerca a mi oreja para saber lo que murmuro.

—Hija, cuando creo que voy a oír «Alfonso, Alfonso», y descubrir algún secretillo que no me has contado, todo es «los baúles, los baúles...». ¡Qué decepción!

—Sí, menuda amante más práctica te ha tocado —le digo yo, y él me corrige suavemente:

—No digas amante, no me gusta... Di compañera...

Y me cierra el puño con su mano y me susurra: «Raíz de savia renacida, que en ti tan solo encuentra tierra y fuente...».

Porque sí, caramba, yo me sabía de memoria todos los papeles de todas las obras que girábamos y era actriz... ¡Pero una actriz que no actuaba y que se ocupaba solo de que el equipaje llegara a tiempo! Y si me sabía los papeles no era porque me los hubiera estudiado, sino porque los había oído cientos de veces entre cajas, que es como los artistas llamamos a los bastidores.

Hasta que llegó mi hora.

¡Qué momento, Dios, qué momento!

Don Fernando e Irenita terminaron liándose y, con frialdad fruto de una larga costumbre, doña María los puso a los dos en la calle. Para sustituir a su marido, escogió a Ricardo.

Pero ¿y la otra vacante? ¡El papel de Irenita!

Recuerdo que estaba esperando su decisión fingiendo arreglarme un clavo del zapato, pero temblando por dentro, cuando me dedicó las palabras más dulces de nuestro argot teatral, aunque su tono era bronco:

—El papel de Irene lo harás tú, ¡supongo que te lo sabes!

Yo intenté dármelas de graciosa:

—Se trata solo de no tropezar con los muebles.

Nadie se rio.

Estábamos en Castellón, me sentía fuerte y poderosa, me sabía el papel... Tenía que interpretar a una chica a la que despreciaban por su origen pobre, ¡un personaje que ni bordado para mí!

Siempre había pensado que Irenita no ponía la pasión necesaria y recordé las enseñanzas de la Tubau: tenía que hacer que el espectador participara de la tragedia que asolaba mi vida, ¡solo debía recordar el colegio de monjas! Y la portera de casa, y tantas humillaciones que había recibido por ser hija natural.

¡Sí, lo hice así y qué bien estuve!

Pateé, chillé, todo con grandes espavientos. Aporreé el pecho de Ricardo como si fuera un tambor:

*¡Campo de gules lleva mi escudo
y solo con sangre azul debe mancharse!
¡Siempre nobles!*

Él se quedó bastante desconcertado, pero no quiso ser menos y empezó también a berrear como un energúmeno. Después le apuñeeé el rostro. Me mesé los cabellos hasta deshacerme el peinado, di coces, lloré a lágrima viva. Bramé mi texto más que decirlo, me quedé tan exhausta que llegué al mutis sin aliento y apenas pude alcanzar mi camarín. Un tramoyista me observó con curiosidad, pero, cuando lo miré, apartó la vista de golpe. Caí en un sofá rendida de emoción.

Me había vengado de todos, de las monjas, de las porteras, de las niñas ricas que habían pretendido humillarme. De la mujer legal de mi

padre, hasta de las estampas de mi madre, que no le hacían caso y se reían de ella.

Estaba borracha de éxito, sí, sí, yo, yo con mi triunfo los vencía a todos.

—Señorita Moragas, a escena, a saludar.

Salí despeinada y coloradota como una campesina. Me pareció que con mi presencia los aplausos arreciaban, ¡el público estaba metido! Me solté de las manos de mis compañeros y me adelanté hasta las candilejas, me demoré inclinándome hasta el suelo saludando a la gente sin rostro que veía desde el escenario. María Fernanda, de un tirón, me arrastró entre bastidores, dejando a doña María y a Ricardo, y después a doña María sola, saludando. El telón se levantó seis veces.

Los aplausos eran atronadores, y yo tenía la íntima convicción de que gran parte de esos aplausos iban dirigidos a mí.

Fui al tentempié dispuesto en el vestíbulo, ya desierto, que hacíamos siempre al terminar la obra para cenar e intercambiar impresiones. Doña María, con gesto de gran señora, nos dio las gracias a todos como era su costumbre, pero se olvidó de nombrarme. Me extrañé. Y más cuando me pidió, subiendo a su coche:

—¿Puedes acompañarme, Carmela?

Cuando el automóvil se puso en marcha, en voz baja para que no nos oyera el conductor, me dijo sin ambages:

—Supongo que te has dado cuenta de que lo has hecho rematadamente mal, querida.

¿Cómo? ¿Qué? Si me quisieran extraer sangre en ese momento no me hubieran podido sacar ni una gota, me quedé lívida como un criminal a punto de ser ajusticiado. Sentí que se desgarraban los cimientos del mundo, balbuceé:

—Yo, yo. ¿Yo? ¿Qué?

—Sí, tú, ¿qué hacías ahí gritando como una verdulera? Desde la primera escena hasta la última has actuado de una forma lamentable, te has mostrado totalmente falsa, ha sido una representación terrible. —Se estremeció, pero continuó apretando un poco más el dogal—: Encima, en la sala estaba el Negro Fabregat, el crítico más feroz y brutal, te habrá puesto buena. Mira, vamos a pararnos ahí, parece que ya ha llegado la prensa.

El coche se detuvo en un kiosco en el momento en el que un golfillo tiraba un paquete de periódicos atados con un bramante al suelo. Esperamos a que el kiosquero nos tendiera uno por la ventanilla.

La Guerrero me observó de reojo, creyó que su obra de devastación no había concluido aún y me lo alargó:

—Toma, léelo en la habitación.

Llegué a mi cuarto temblando, sofocada de indignación e injusticia, repitiéndome «¿yo mal?, isi he estado estupenda! La gente se reía y lloraba..., qué voy a estar mal...». María Fernanda y Carola, mis compañeras de habitación, aún no habían llegado, desplegué el periódico encima de la cama sin ni siquiera descalzarme, me manché las manos de tinta, busqué alocadamente...

—Estreno de la compañía Guerrero-Mendoza.

»Don Jacinto Benavente ha sabido ennoblecer con la varita mágica de su talento un tema folletinesco; la escena, suntuosamente puesta como de costumbre; doña María está sublime, en constante renovación de su arte; Ricardo Calvo, eficaz en todos los matices de su papel; María Fernanda, seductora de singular encanto... La señora Cancio, perfectamente encajada en su papel, como la señorita Salvador, femenina y seductora... Todos, en fin».

Creo que salía hasta la fregona.

No, ni una mención a mí, que era la segunda actriz. ¡Mi Jacinta ni siquiera era nombrada! ¡No lo entendía! ¿Sería una errata? ¿Qué habría pasado? Escondí la cabeza entre las manos, abandonándome a una desesperación horrorosa.

De pronto, se me presentó la realidad clara y meridiana: ¡doña María tenía celos!, ¡de mi juventud, de mi belleza y de mi arte!

Había maniobrado para que no hablaran de mí.

¡Era eso, era eso!

¡La vida cochina del teatro!

Apreté el puño, cerré los ojos, maldije a esa putona vieja. ¡Puerca!

Al día siguiente regresamos a Madrid. En el viaje nadie me dirigía la palabra y yo fingía dormir, me creía cercada por la envidia de las demás, me sentía a varios metros por encima de ellos.

¡Siempre había sido así, desde el colegio! ¡La envidia, siempre la envidia! ¡Demasiado guapa, demasiado inteligente, demasiado elegante!

Cuando llegué a Madrid, mandé aviso al Caballero Audaz diciéndole que quería hablar con él. Con el baúl sin deshacer, sin cambiarme, salí de casa fingiendo no advertir la cara de pena de mi madre. Mi padre, en la puerta, me reprochó blandamente:

—Hija, irte así, enseguida... Tu madre y yo estábamos esperando que nos contases.

Le di un beso rápido en la mejilla y salí a escape, furibunda, echando llamaradas por los ojos.

Sobre una mesita de mármol de la cervecería de Álvarez en la plaza Santa Ana vertí mi frustración y amargura, sacando de mi bolsa con mano temblorosa de indignación el recorte de periódico.

—Mira, Carretero, ni una mención —traté de tranquilizarme, respiré hondo y busqué su complicidad—. No sé qué te parece a ti, yo creo que todo han sido celos de la Guerrero, me dijo barbaridades sin pies ni cabeza en el coche, prohibió que hablaran de mí, tiene una edad y yo soy joven y...

Proseguía con convencimiento sin darme cuenta de la expresión de mi amigo:

—Yo, cuando tenga sus años, me retiraré dignamente para no hacer esta comedia patética. —Nerviosa ante su silencio, di una risotada con alegría de ánimo de ultratumba—: Jo, jo, jo..., se cree que va a detener el tiempo, ¡acabemos con estas divas trasnochadas!

Me recosté satisfecha en la silla, cogiendo fuerzas para seguir rebuznando, pero Carretero levantó la palma de la mano y cerrando los ojos me cortó:

—No, Carmela, no, no, no, por favor, cállate, te estás degradando a ti misma; tienes madera, eres muy guapa y a lo mejor llegas a ser una actriz de verdad, pero...

Lo miré alterada, sin entenderlo. ¡Yo era una actriz de verdad!

—¿Qué quieres decir?

—No te engañes, ¡estuviste muy mal!

Me llevé la mano al pecho, tartamudeé:

—¿Cómo? No, no... ¡Tú qué sabes! ¡No tienes ni idea!

—Sí, te desmelenaste, perdiste las riendas, te hacías un lío y gritabas cuando tenías que estar serena, ¡estuviste a punto de cargarte la obra! Y Fabregat te iba a hacer una crítica sangrante en el periódico, me enteré y le pedí que no te mencionara. Me hizo ese favor, que me hará pagar algún día.

Agaché la cabeza abochornada, y él me levantó la barbilla para mirarme a los ojos.

—Si no eres capaz de darte cuenta de cuándo te equivocas, si no puedes juzgarte a ti misma con lucidez, no lo lograrás nunca, y te lo digo por eso, porque te tengo mucho cariño y quiero que triunfes.

Y añadió con dulzura asesina:

—Doña María Guerrero, aparte de esa pasión insensata y ciega que tiene por el vaina de su marido, es la mejor actriz de este siglo y no está por cominerías mezquinas, sería incapaz de conspirar contra nadie. Aunque no lo hace por generosidad, porque todas las actrices sois de un egoísmo atroz. ¿Sabes por qué lo hace?

Denegué con la cabeza con una lágrima temblándome en el borde de las pestañas sin decidirse a caer, él me la quitó con la yema de su dedo pulgar.

—Porque sabe que ni tú, ni Irene, ni la Gelabert, ni la Bárcena, ni la Salvador, ni la Ladrón de Guevara, inadie!, ininguna! le llegáis ni le llegaréis nunca a la suela de los zapatos.

Me quedé pensativa jugueteando con el recorte de periódico y pregunté al fin con un hilo de voz, apaciguada y quejumbrosa:

—¿Lo hice muy mal, entonces?

—Horriblemente.

Sollocé. Carretero me vio tan desconsolada que pidió para mí una cerveza inglesa, y precisó, porque sabía que eso iba a gustarme:

—Es la que toma siempre doña Victoria.

Me sentía incapaz de tragar nada, pero me insistió amablemente:

—Bebe, tonta... Va, no pensemos más, escucha ese chico lo bien que toca el organillo.

Se puso a tararear y a seguir el ritmo con la punta del zapato. Tin tin tin, ri tu titi...

Se calló el organillo, y viendo que yo seguía en silencio, Carretero pensó que ya había sido suficientemente castigada y me propuso:

—Olvídate, Carmela, esto es un bache insignificante, eres muy joven y... —pero se dio cuenta de que ya no lo miraba y me dijo chasqueando los dedos frente a mi rostro—: eh, Carmelilla, ¿qué te pasa?

¡Pues qué me iba a pasar, concho! ¡Que tenía dieciocho años y me habían flechado unos ojos negros!

Ojos, ojos, ojos...

Ahora me acuerdo de los ojos negros como canicas negras de Alfonso... Los ojos reconcentrados, violentos y golosos cuando nos acostábamos al principio en el piso que él tenía en Alcalá; la noche era densa y subía desde la calle el alboroto corrompido y alegre de Madrid; la estancia se llenaba de su humanidad excitante y atrevida.

—Te comería, golfona.

Ay, Alfonso. ¡Dónde estás, triste de ti!

Eh, ¿y los de Juan Chabás? No, los de Juan Chabás no son negros, sino verdes, amurallados por el doble parapeto de unas pestañas negrísimas. Anoche le dije:

—Tienes ojos de príncipe árabe.

Juan me acercó su rostro, su nariz aguileña, su barbilla marcada por una cicatriz antigua y su boca traviesa, y me contestó con esa gracia picante que tanto me gusta y que tanto se parece a la de Alfonso, aunque a él le molesta que se lo diga:

—Calla, babosa, o te parto la cara..., no se puede ser más cursi.

¡Pertenezco al teatro, mi amor, y seré dramática, comedianta y cursi hasta el día en que me muera!

Sí, queda claro que de ojos no estamos mal, pero nada como esos primeros en la cervecería de la plaza Santa Ana, porque el sentimiento que me inspiraron era nuevo, lustroso, resplandeciente, estaba por estrenar.

Yo tenía dieciocho años y, aunque había sufrido mi primer fracaso en las tablas, no sabía nada de la vida. Me quedé como cuando el

hipnotizador Onofroff te hace unos pases con las manos: desmayada, pero con los párpados abiertos.

—Carmelilla, ¿qué te pasa?

El Caballero Audaz se giró con curiosidad siguiendo la dirección de mi mirada. Barrió el local, recorrió la larga barra donde despachaban jarras de cerveza. En ese instante, los ojos de hombre que me habían flechado se desprendieron, se despegaron, se arrancaron de mí con gran esfuerzo para dirigirse a una mujer que se acercaba a él contoneándose con ese nalgueo incitante que solo tienen las chulaponas.

Los negrísimos ojos hincados en un rostro ancho y casi negro, de ídolo de algún pueblo primitivo de la selva profunda del Amazonas. Agitanado sin ser gitano, indio quizás, altísimo, fibroso, duro, bien vestido, dominante, con una arruga profunda en el ceño y unos labios sensuales, el inferior blanquinoso, como si se lo hubiera untado con tiza. Mi corazón se puso a latir, pero esos ojos seguros de sí mismos, de hombre que sabe que gusta a las mujeres, ya estaban repasando la jugosa geografía de la individua bajita de pecho abultado que, frente a él, inclinaba coquetonamente una enorme cabeza desproporcionada con respecto al cuerpo. Mientras hacía dengues de chica ordinaria que quiere ser fina y se llevaba la jarra a los labios avanzando el morro como un tapir, el hombre volvió a mirarme, retador y provocativo, con esa expresión sensual de «sí, tú también me has gustado, no me he olvidado de ti». Parpadeó despaciosamente. Me licué toda entera.

A su alrededor se levantó un murmullo de voces repitiendo un nombre que no entendí y se empezaron a agolpar grupos de gentes para observarlo sin disimulo.

Carretero rio bonachonamente dando una larga chupada a su cigarrillo.

—Ah, estás mirando a Paquita Escribano..., la cupletista. *La Esfera* le ha dedicado su portada, los amigos la llamamos La Maña Cabezuda, actúa en el Trianón, canta eso de:

*Ven y ven y ven
chiquillo vente conmigo.*

»Es llamativa, pero muy chabacana... —Viendo que no le hacía caso, creyó que seguía preocupada por mi mala actuación en Castellón y quiso consolarme—. Tú olvídate de lo que ha pasado, que todo en este mundo

es tan efímero como una pompa de jabón... Hoy ya nadie se acuerda de si has hecho el ridículo o de si has triunfado, ni la propia doña María. Ayer estuve con ella y me contó que, en breve, volvéis a provincias, ini palabra me dijo de ti!, ini para criticarte ni para alabarte!

Pero ¿de qué me hablaba este tío?

Puñetas, un respeto, que por primera vez en mi vida me estaba timando con un hombre. Al ver mi cara de estupefacción, volvió a malinterpretarme y prosiguió:

—Oye, ahora no te acomplejes por la Escribano, que esa, ni comparación contigo, tú eres una pastorcilla de Sèvres y ella un puchero de Alcorcón, ¿estamos?

¿Paquita? ¿Y a mí qué coños me importaba la tal Paquita? A mí el que me gustaba era el indio, y me reí con pena por mi amigo Carretero. ¡Se las daba de listo y creía que lo que me importaba era mi fracaso o Paquita! Impaciente, iba ya a preguntarle el nombre del interfecto, cuando me interrumpió y lo señaló con el cigarrillo.

—Ahora está con ese..., con Rodolfo Gaona, el hombre de moda, iya ves la expectación que despierta! Quiere pescarlo, la madre va diciendo por ahí que guarda como oro en paño la virginidad de Paquita para Rodolfo... cuando pasen por el altar. Pero difícilillo lo veo, este hombre tiene un éxito loco con las mujeres, ien su tierra, una niña de quince años se suicidó por él! ¡Hasta lo llevaron preso! Pero para casarse quiere una chica decente, pero decente decente, no le gusta el artisteo.

Me quedé suspendida de ese nombre sin atender a nada más. ¡Rodolfo Gaona! Me sonaba mucho. Sabía que el Caballero Audaz era un murmurador incorregible y que seguiría informándome.

—¡Rodolfo Gaona, el Califa de León! Como no puede ir a México, lleva aquí ya nueve temporadas, el año pasado ganó veinte mil duros.

Alcé la cabeza vivamente.

—¿Temporadas? —Arrugué el ceño intentando recordar—. ¿Es actor, entonces?, ¿en qué compañía está?

Y Carretero puso los ojos en blanco y levantó las palmas de las manos al techo con incredulidad.

—¡Actor! ¡Carmelilla! ¡Menudo desastre estás hecha! ¡Actor! ¡Si es el hombre del momento! —miró a su alrededor y exclamó teatralmente—: esta mujer, más allá del perímetro de un escenario, ino sabe nada! ¿De qué me sirve intentar meter algo en esta cabeza sin seso?

Me dio unos golpecitos en el cráneo con los nudillos como el que llama a una puerta.

—Pom, pom, ¿hay alguien ahí?

Le aparté la mano con brusquedad y me quejé, ya mosqueada:

—Demontres, Carretero, no tiene gracia y me despeinas... ¡Yo qué sé!
Se arrimó a mí, mimosón.

—¡Bonita! ¡Así me gustas, enfadada! ¡Si vieras lo bien que te sienta!
Tú luces más así, con carácter, pero con clase y categoría; esa pinta de mojigata que traías cuando te conocí aburría a las ovejas.

Se había tomado una copa de más y se armaba un lío entre lo que pensaba y lo que escribiría luego en el periódico.

—Y con esas botitas altas que llevas hoy ciñéndote la pantorrilla, y esa falda marcándote las turgencias de la cadera, y ese escote que te resbala por la espalda y deja ver tu cogote nacarino —arrugó la nariz—, no, cogote no me gusta, ese escote que se te desboca sobre el pecho dejando ver la carne nacarina y el señorío de tu garganta rosada. ¡Estás para chuparse los dedos!

Yo, aburrída, me mordía el labio esperando que concluyera.

—Que estás muy buena, Carmelilla. Que no hay en todo Madrid una hembra como tú —y gritó desaforado—: ¡porque no queda ni un macho en este pueblo encanallado y caduco, porque si no todos vendrían aquí a sitiarte y asaltarte como si fueras Numancia!

No sabía si reír o enfadarme, y al final le di un buen puñetazo en el hombro y le dije:

—Ay, calla, tú no estás bueno de la cabeza. ¿Y a qué dices que se dedica tu Rodolfo Gaona?

Soltó un anillo de humo redondo y perfecto, y solo después de que se desvaneciera me contestó:

—Es torero.

¡Torero!

Si hubiera dicho matarife o asesino de viejas no me hubiera horrorizado tanto.

¡Torero era lo peor!

Me quedé desencajada y palidísima.

Yo había heredado de mi padre la aversión por esta fiesta cruel que se llevaba por delante no solamente seis toros en cada corrida, sino veinte caballos a los que tenían que vendar los ojos para que no supieran dónde se metían. A que los destriparan y los dejaran con los intestinos fuera, agonizando horrorosamente.

Mi padre me había contado que, en la única corrida a la que había asistido en su vida, los toros gemían como niños pequeños y que nunca

había podido olvidar aquella tarde:

—¡Carmela, el ruedo sembrado de cadáveres! Los caballos intentaban levantarse tras los cuartos traseros, los toros soltaban sangre por el hocico y aquellos hombres iban con un puñal acuchillando a unos y a otros.

Y papá, que solía visitar el museo del Prado, me decía tapándose los ojos:

—¡Era Goya y El Bosco juntos!

Y tan viva impresión me había causado lo que me contaba que ya creía que yo también había formado parte de aquella corrida infernal como toro, caballo o padre siendo niño.

Me estremecí.

Torero, por Dios.

Aparté la vista con horror, me lo imaginé con su traje apretado, una coleta ridícula en la nuca y las manos tintas en sangre, y me agité como si me hubiera atravesado con doce cuchillos. Sin darse cuenta, mi amigo prosiguió:

—Es raro que esté de pie porque el otro día le dieron una cornada en el recto.

¡Lo que faltaba! ¡El culo!

No pude más, me levanté de golpe, le di una patada a una escupidera que se interpuso en mi camino y emprendí el camino de mi casa.

Mordaz, Carretero me gritó:

—Ye te invito yo, muchas gracias, eh.

Me llevé la mano a la espalda y con el *digitus impudicus* le hice una higa.

Al cabo de un mes volví a ver a Rodolfo. Era una mañana soleada del mes de junio.

No había dejado de pensar en él, y cuando lo hacía, es decir, de continuo, me acometía un deseo vibrante, caliente e insensato. Como cómica ya profesional, estaba al tanto de las últimas novedades en materia sicalíptica y quién se entendía con quién, pero la verdad es que todo era teoría porque en la práctica aún no me había estrenado. María Fernanda, Carola y Elenita, que estaban en el teatro desde que habían echado sus primeros dientes, trataban a los actores con una naturalidad y camaradería que yo era incapaz de imitar. Se cambiaban delante de ellos,

meaban juntos si así lo requerían los exiguos váteres de los que disponían los teatros, se daban empujones y mordiscos como cachorros jugando, pero de pronto desaparecían en algún rincón oscuro, se oían risas ahogadas, quejidos, ayes, y ellas volvían al rato arreglándose el moño, abrochándose la falda, subiéndose las medias, coloradas de cara, los ojos chispeantes.

En los viajes, mis compañeras de cuarto desaparecían y luego farfullaban excusas que no convencían a nadie:

—No encontramos coche para volver; Irenita se puso enferma y la tuve que llevar a la casa de socorro; tuve que ir a que me recompusieran el calzado porque me quedé sin tacones...

Yo únicamente tenía confianza con Ricardo Calvo. Su mujer, Lola Velázquez, que había abandonado el teatro para volcarse en el cuidado de su hija Pepita, era una morena bellísima, pero sin arranques ni pretensiones, que le decía:

—Tú sal con Carmela, que es de la única que me fio.

Entre función y función nos quedábamos leyendo o jugando a las cartas.

Me había gustado alguno, pero era demasiado tímida o demasiado orgullosa para demostrárselo y los chicos no se acercaban a mí.

Me pasmaba la forma de coquetear de mis amigas, pero si intentaba copiarlas los hombres desconfiaban y me miraban con prevención, algo avergonzados, como si hubieran visto a su madre borracha, y yo, que empezaba bravía, iba apagándome como la llama de una vela hasta quedarme sin resuello.

Una vez había oído que Carola le comentaba a María Fernanda, creyendo que estaba dormida:

—Carmela es la más guapa de todas nosotras.

María Fernanda contestó desdeñosamente:

—Sí, pero no tiene gancho.

El Caballero Audaz me decía que, aunque por fuera pareciera una mujerona de rompe y rasga, por dentro era como un joven doncel, medio frígido, medio monje y medio bobo.

Yo le decía que no se podían ser tres medios y él me hacía cosquillas y me tomaba el pelo:

—Pero qué matemática nos ha salido esta niña... Sí, anda, guárdate la joya para el emperador de la China —y añadía—: los tres únicos virgos que quedan en Madrid son los de Paquita Escribano, Carmela Ruiz Moragas y don Jacinto Benavente.

Porque de todos era sabido que al Padre, como llamábamos las gentes del teatro a don Jacinto, no le gustaban las señoras.

Yo, de todas formas, sentía oscuramente que no estaba hecha para amores frívolos y superficiales, sino para vivir una gran pasión, de esas que te abren las costillas con las manos para incendiarte el alma. Y no con un actorzuelo imberbe de tres al cuarto que iría pregonando en todas las tertulias teatrales nuestros secretos íntimos y si llevaba algodones metidos en el corsé para fingir más pecho, sino con un hombre de verdad, elástico, viril y fragante.

¡Uno como Rodolfo Gaona!

Lo volví a ver, pues, una mañana de mucho sol en Valladolid. Girábamos con *Memeces*, una farsa de Linares Rivas pretendidamente moderna, pero que no entendíamos ni los mismos actores que la representábamos. Como era de esperar, don Fernando se había cansado de perseguir a Irenita y había vuelto al redil. Se presentó en el teatro cuando estábamos haciendo la primera lectura de la obra, con el sombrero debajo del brazo y cara de momia triste. Llevaba un gabán corto y raído de talla infantil. Doña María miró a su marido por encima de las gafas, que siempre se le resbalaban a la punta de la nariz, y le dijo:

—Fernando, estúdiate esta noche la obra y mañana empiezas los ensayos. Tú harás de Mauricio.

Él preguntó con temor:

—¿Es el protagonista?

—Pues claro. —Lo señaló con el abanico convertido en florete—. No te lo mereces porque eres un actor de segunda fila, pero tengo la desgracia de quererte.

Y añadió, ya desentendida de él:

—Y dile a Irenita que ella también puede reintegrarse.

Todos los que asistíamos a esta conversación fingíamos estar embebidos en la lectura del libreto, pero a ninguno de nosotros se nos escapó ni una palabra. Ricardo me dijo por lo bajinis:

—De esta nos degradan.

Tenía razón, porque el segundo papel principal fue para Irenita y el resto de la compañía fuimos bajando en el escalafón. A mí me tocó interpretar a una heroína de la resistencia que moría en el primer acto, apenas tenía un par de frases, pero me tendía en el suelo y la falda se me

subía un poco casi dejando ver la rodilla. El público se quedaba en suspenso para ver si asomaba la rodilla y quizás incluso el muslo, y la Guerrero decía entre enfadada y divertida:

—Hija, es el momento cumbre de la obra, ¡no se oye ni una tos!

Y yo, después del disgusto de Castellón, la miraba como un perro agradecido y me hubiera gustado lamerle las manos.

Y, claro, con un papel tan corto, tenía tiempo de ocuparme de los ibaúles! Esa mañana en Valladolid todos dormían aún, pero yo ya estaba en el vestíbulo del hotel Moderno cuidando el equipaje. María Fernanda había aparecido de pronto y no se molestó en explicarme por qué no había dormido en nuestro cuarto.

El sol reverberaba tanto sobre la plaza Mayor que el cielo parecía de estaño.

Rodolfo Gaona entró rodeado de humo de puro y un grupo de hombres. «¿Qué ha pasado en Madrid?». «Pues que era un toro del duque, manso, del contraestilo de Gaona...», hablaban alto para que él interviniese, pero Rodolfo tenía un porte soberbio y arrogante, como si el asunto le fuera ajeno. ¡Un cisne en un estanque de patos! Salió el dueño del hotel a recibirlo con grandes reverencias, le hablaba, pero Rodolfo no le escuchaba, pendiente de alguna cosa que llevaba en las manos y que no pude distinguir. Alto y delgado, con la flexibilidad de un jaguar, destacaba entre sus acompañantes, unos mastuerzos bastos de brillante en el dedo meñique y chaquetas arrugadas de tejido malo.

Se oía todo el rato mucho:

—Maestro, maestro.

Aparté la vista. María Fernanda y yo estábamos hablando con una corredora de joyas que nos traía prendas de ropa, alhajas, remedios contra enfermedades..., se llamaba Pepa, su infancia de inclusa y zapatos reventados la había convertido en una lagartona de maneras suaves, fría y calculadora.

—Mira este camafeo, es de la marquesa de las Chafarinas y lo da tirado, no tiene ni para encender la chimenea de su palacio, ¡y observad estos mantones de Manila, cosa fina!

Con una sacudida brusca los tendía frente a nosotras, un mar de colores estallantes, pero María Fernanda arrugaba la nariz.

—Mantones de Manila, bah, ¿pero te crees que somos unas ordinarias? Eso es para el pueblo, mujer... Tráenos algún pellejo, un *renard*, un manguito como los que lleva la reina...

La otra, ofendida, recogía su género aguantando un pico del mantón entre la barbilla y el pecho y doblándolo cuidadosamente.

—Ay, qué risa, tía Felisa, un manguito vosotras... Pues la semana pasada las infantas salieron con unos mantones de manila en el *Mundo Gráfico*, si ellas son ordinarias... —exclamaba irónicamente—, y lo bonito que quedan sobre un buen piano de cola, eso lo saben aquí y en la Cochibamba.

Yo no atendía a la conversación porque sentía sobre mí el arponazo dulce y profundo de los ojos de Rodolfo Gaona. Nerviosa, le di la espalda y toqueteé unos pañuelos rameados que Pepa había sacado con habilidad de prestidigitador de su bolsa para sustituir a los tan denostados mantones de Manila, sentí unos pasos, se me erizó el vello de la nuca. María Fernanda me dio con el codo y me dijo con la venenosa hipocresía del envidioso:

—Carmelilla, qué bien, parece que hoy por fin tenemos admirador.

El hombre estaba a dos pasos de mí, exhibía una mirada apenada y taciturna, se acercó sin pronunciar palabra. Se plantó delante de nosotras y se quedó quieto, no sé si sonreía. Parecía como si quisiese hablar, pero no dijo absolutamente nada. Por fin, después de mucho pensar, articuló a media voz:

—Buenos días.

María Fernanda tuvo una risa de atontada.

—¿Es usted el gran Rodolfo Gaona? ¿Se acuerda de mí? Nos presentó don Manuel Machado en el Palace. —Él se limitaba a escucharla, sin ningún gesto—. Y esta es mi amiga Carmen Ruiz Moragas.

—Ya lo sé.

¡Lo sabía! De la emoción que sentí, tuve que agarrarme al sofá para no caerme.

María Fernanda me dirigió una mirada torcida y perspicaz, pero prosiguió:

—Yo soy segunda actriz de la compañía Guerrero-Mendoza —como el hombre no pareció suficientemente impresionado, prosiguió—, primera actriz cuando doña María está indispuesta.

Me avergonzó, no que fuera mentira lo que estaba contando, sino el tono servil que empleaba. Pepa permanecía con la boca abierta y los pañuelos entre las manos, y me vi obligada a intervenir, preguntándole al observar que llevaba un brazalete negro en la manga:

—¿Le falta alguien de la familia?

Tardó en contestarme, al fin lo hizo en tono sombrío y cerrado acento mejicano:

—Se me murió mi padre, mi madre, mi hermano y mi hijo.

María Fernanda, que no podía consentir que yo tomara las riendas de la conversación, se adelantó fingiendo horrorizarse:

—¿Un naufragio?

Pero él me miró a mí al responder:

—Era todo eso para mí, aunque oficialmente solo fuera mi apoderado, le llamábamos Ojitos. Se murió de repente hace un año.

Un hombre con cara larga y oscura como una berenjena, sombrero cordobés y corta estatura entró de la calle y se dirigió a nosotros descubriéndose y dejando ver su cabeza completamente calva. Saludó finamente:

—Bonitas muchachas, Rodolfo —miró a la corredora de joyas y le dijo —: ¿no es usted la Pepa?

La mujer, emocionada, hizo una reverencia:

—¡Don Rafael! No creí que se acordara de mí... —Se volvió a nosotras —: ¡Es don Rafael El Gallo!

Yo le solté espontáneamente:

—El marido de Pastora Imperio.

El hombre me dirigió una mirada dolida:

—Sí..., ese mismo. Pero tengo que indicarle a la atención de usted que también soy matador de toros, como mi amigo Rodolfo Gaona, aquí presente.

Se volvió a poner el sombrero y se fue algo ofendido. María Fernanda me riñó:

—Carmela, hija, cómo le dices eso.

Pepa se colocó el dorso de la mano sobre la frente con los dedos medio encogidos, estirando el índice y el meñique:

—Es un peazo de cornúo... ¡Pastora se los ponía con el rey!

María Fernanda se tapó la boca como si le diera un ataque de risa, aunque lo hizo en realidad para lucir sus manos, su única gracia, y Rodolfo también soltó una carcajada, la blanca dentadura brilló un instante como el filo plateado de una faca. En ese momento se oyó un chillido apagado y una cabeza diminuta, de grandes ojos abultados y casi redondos y orejas tiesas, se asomó por el bolsillo de su gabán.

Me asusté.

—Oh, ¿qué es eso?

Él rio, algo avergonzado, sacando un animalillo tan pequeño como una rata grande.

—Es mi Gaonero, un chihuahueño, es una raza mejicana que no tiene pelo. —Me lo acercó—. Mire, tóquelo y verá qué fino es.

Avancé un dedo y le acaricié la cabeza del tamaño de una mandarina. Gaonero parpadeó varias veces, bostezó, sacó una lengüita sonrosada y pretendió lamerme. Quise cogerlo, Rodolfo me sonrió.

—¿Le gusta? Si quiere, la próxima vez que vaya a México le traeré uno.

Al pronunciar el nombre de su patria, su semblante se entristeció; yo sabía que no podía volver por causa del pleito que le aguardaba por la niña que se había suicidado, decían que por su culpa. Le sonreí, él también lo hizo... Sacudí la cabeza para librarme del sortilegio de sus ojos seductores y le devolví con pena el perrillo:

—Tenga —y me sentí obligada a puntualizar—, y que sepa usted que a mí no me gustan las corridas.

Se arrimó a mí y me confesó en tono sincero:

—A mí tampoco, ¿sabe usted que me acuerdo de la cara de todos los toros que he matado?

Con voz de reproche pregunté:

—¿Y no le dan pena?

—Me dan respeto.

Vinieron a buscarle los hombres gordos, obsequiosos, que nos miraron con disimulo, unos, otros con tousco descarado. El Gallo lo esperaba también con un movimiento impaciente de pierna.

—Maestro.

Él se tomó su tiempo para guardar de nuevo a Gaonero en el bolsillo de su gabán, cuidando de que sacara el morrito húmedo para no ahogarse, yo amagué una última caricia y nuestras manos se encontraron sobre la piel suave del animal.

Me dedicó una mirada regalona, convincente, cargada de promesas y de deseo.

Se fue caminando, como si le costase, a reunirse con El Gallo. «Esta corrida de Miura está descompensada», «Por lo que es, se gana poco», «Dejársela a Gallito...». María Fernanda, queriendo quitarles categoría a los dos, no fuera yo a darle humos, intentó rebajarlos.

—¡Vaya pareja! El Gallo pretendió tener un duelo con el rey y quería que Rodolfo le hiciera de padrino... Pero él se lo quitó de la mente.

Entonces El Gallo le dijo, bueno, no le mato, pero hoy dejo de ser monárquico.

La corredora, que ya había recogido el género en un gran pañuelo de hierbas que llamó la atención de todo el hotel llenándome de vergüenza, apostilló:

—Oju, no me extraña.

Yo pregunté vagamente:

—Pero ¿Pastora sigue con el rey?

Y María Fernanda hizo un gesto.

—No, don Alfonso es muy caprichoso, se hartó de ella y se la ha traspasado, como si fuera un piso, a su primo Fernando de Borbón, ese con ojeras de vicioso que siempre viene al teatro con su mujer, Leticia, la catalana ricachona que lleva unas gargantillas de brillantes que para qué.

Y Pepa completó el vodevil mientras arrastraba su enorme hatillo por el *hall* despertando la burla de los huéspedes:

—Sí, Pastora se acuesta con el primo y el rey con la mujer del primo, como es catalana le mete la butifarra para que no se añore!

Hasta yo, que no solía participar en estas bromas ordinariotas por cortedad más que por otra cosa, no pude evitar soltar la risa. Rodolfo se giró desde lejos para mirarme y me avergoncé un poco, y convertí la carcajada en tos, llevándome a la boca un pañuelito para resultar más femenina.

María Fernanda me observó rindiéndome honores entre la admiración y la envidia:

—Pues aquí tenemos a la mosquita muerta de la Moragas...: pica alto... y da justo en el ojo.

Nuestros caminos, el de Gaona y el mío, a partir de ahí no dejaron de cruzarse. Si yo tenía una actuación en Palencia, él estaba allí toreando; si iba a Guadalajara, se estaba entrenando en una finquita que había comprado en Almonacid de Zorita y me lo encontraba en el vestíbulo de mi hotel, siempre rodeado de hombres, «Esos toros estaban dabutén... El quinto era como un hilo de seda...», y me saludaba llevándose la mano al sombrero.

Una vez me dejó en Bilbao, en la recepción del *hostal Eskalza*, dos entradas para una corrida, pero yo se las devolví con una nota: «Ya le dije a usted que no me gustan los toros, muchas gracias». Una noche me dijo

María Fernanda que lo había visto sentado entre el público de la Princesa viendo *La malquerida*, y estuve esperando que viniera a saludarme. Me daba un poco de vergüenza porque mi camerino estaba al lado del váter y olía a retrete, pero me dejé el maquillaje del teatro porque pensé que me favorecía y conminé a mis compañeras para que se largaran con viento fresco. Esperaba temblorosa y excitada, llamaron a la puerta y dije:

—Adelante.

Abatí los párpados y puse boca de piñón, pero era un chico que me traía unas flores sin tarjeta, mustias y mojadas como robadas de un parterre. No sé si eran suyas, él no vino.

Se las regalé a un mendigo ciego que siempre estaba en la puerta. ¡Me fui tan rabiosa que me dolían hasta los dientes!

Tenía en mi interior dos fuerzas contrarias que se rechazaban y se atraían: una que me llevaba hacia él, y la otra me pedía que me alejara, ¡por las noches no dormía con esas dos tenazas desgarrándome el corazón! Pero a nadie le contaba lo mío porque en los periódicos se hablaba de él y de Paquita Escribano como si fueran novios y estuvieran a punto de casarse.

Una tarde me lo encontré en la tertulia del Palace, pero no cruzamos palabra, solo nos miramos gachonamente. Yo iba con Carretero y era una actriz desconocida y sin importancia, él estaba sentado entre Paquita Escribano y Raquel Meller, las reinas del cuplé, aunque la segunda más que la primera. A la tertulia, que se hacía en el *hall*, acudían escritores y periodistas en busca de temas para sus cosas y también para presumir de sus conquistas, retar a duelo, emborracharse y hacer el fachenda, pero las dos mujeres solo tenían ojos para Rodolfo. Él, hermético y silencioso, fumaba, tenía las manos largas y aristocráticas. Me había dado cuenta de que cuando estaba con gente exhibía un aire lejano, como perdonándoles la vida.

Raquel le daba de comer a sus lulús un bizcocho mojado en su café con leche, que tomaba en vaso largo. Tenía en el regazo un ovillo de lana y unas agujas de tejer. El poeta don Manuel Machado le decía con mirada de guasa:

—Raquel, tú siempre dándote a la bebida.

Pero Raquel no le hacía caso porque se estaba peleando con Paquita a propósito de un cuplé que acababa de estrenar.

—Yo le pagué a Conchita Ulía por *El relicario* quinientas pesetas y, si quieres cantarlo, te voy a pedir cincuenta mil, ¡pero, si te atreves, voy a sacarte los hígados!

La Escribano movía su cabezota con un tic nervioso molestísimo de ver y tartamudeaba:

—So ladrona..., no..., no... te jo...

Raquel se volvía a Rodolfo con tranquilidad, como si la Escribano no estuviera presente.

—Esta vaca burra no se ha dado cuenta de que, aunque yo lo cante como los ángeles, es un absurdo de letra:

*Cuando el torero
caía inerte, en su delirio
decía así.
Pisa morena...*

»Porque, a ver, ¿ustedes, los toreros, cuando están inertes cantan?

La otra se encorajinaba y la señalaba con el pulgar.

—Pe..., pero será zorróna, hablando con mi hombre.

Rodolfo no sabía qué decir para no comprometerse, Raquel se arrancaba a cantar con su voz de pito:

*Pisa con garbo
que un relicario...*

Los hombres la jaleaban como bestias en celo haciendo un gesto con la mano como si llevaran una muleta:

—Así, así, olé, olééé...

El Negro Fabregat, sudoroso y lascivo, se quitó la chaqueta y la tiró al suelo.

—Pisa, morena, pisa, morena...

Y Paquita daba un aullido feroz:

—¡Será púa esta tía!

Rodolfo se levantó al fin molesto, aplastó el cigarrillo con el pie sobre la alfombra con modales soberbios, duros y altaneros, y se ajustó la chaqueta para irse.

Cuando pasó por nuestro lado, Carretero lo detuvo.

—Hombre, Gaona. —Rodolfo dio un respingo, me estaba mirando a mí y no había reparado en que iba acompañada, se desasíó con tal violencia que Carretero levantó las manos creyendo que iba a pegarle—. ¡Cuidado, lo siento!

Rodolfo se tranquilizó y le dio una palmada en el omoplato como pidiendo disculpas. Carretero prosiguió intentando sonreír:

—Perdone que lo aborde a la bayoneta... Me gustaría hacerle una interviú para ver si usted es tan duro como lo pintan. Podríamos quedar en su casa, por ejemplo.

Rodolfo meneó la cabeza con pesar.

—No sé qué decirle, Carretero. ¡No suelo hablar con periodistas porque me he hecho en la lucha y todos ustedes me parecen enemigos!

El Caballero Audaz, que no sabía que nos conocíamos, me dijo mientras se sacudía las mangas de la chaqueta y trataba de recuperar la compostura:

—Vaya tío...

Yo me estaba riendo por dentro, aunque por fuera tenía mi cara de monja estreñida, según definición de María Fernanda, cuando se me acercó una mujer baja y muy gruesa con acento maño, que me indicó mirando a las dos cupleteras, que estaban gritando tanto que apenas podíamos oírnos:

—Maña, mi Paquita es más guapa, más fina y más virgen que ella.

Paquita y Raquel ya habían pasado de las palabras: «Calla, asquerosa», «tú lo que eres es una tía zorróna», «hombres como los míos quisieras, aparvada», «como los tuyos saco a patadas todos los días de mi camerino...», a los hechos. Raquel levantó una de sus agujas de hacer media, Paquita se abalanzó sobre ella con los dedos engarfiados y se enzarzaron las dos con una furia demoniaca. Se odiaban a muerte con un ímpetu desquiciado y visceral.

Los que estaban en primera fila, don Manuel, Valle Inclán, Ricardo Calvo, Fabregat, el escultor Benlliure y un diplomático de Guatemala que se llamaba Gómez Carrillo, las animaban como si asistieran a un combate de boxeo en el Jai Alai:

—Al ojo... Cuidao, con la aguja no... Un gancho con la izquierda, al hígado, ¡al hígado!

Los de segunda fila íbamos a lo nuestro y no prestábamos atención, acostumbrados como estábamos a esos aquelarres. Yo me estaba tomando una ginebra con una pajita.

La madre de la Escribano, sin mirar tampoco a las dos furias, que ya estaban en el suelo mordidas y arañadas tirándose del moño, me observaba de arriba abajo con ojo clínico y me preguntó para calibrar si yo también iba a ser una rival para su hija:

—A usted se la ve muy libre, ¿sus padres no la vigilan?

Los lulús chillaban, Paquita dio un bramido horroroso porque Raquel le había quitado la cola postiza y la exhibía en alto como si fuera un trofeo apache. Todos los amigos prorrumpieron en una cerrada ovación.

Carretero dijo sin énfasis ninguno:

—Caramba, estas mujeres están poseídas por todos los demonios.

La mañana, sin hacer caso, me conminó:

—¿Eh? ¿Qué me dice, *ridiós*?

Y yo contesté:

—No, no, yo soy artista «sin madre».

Porque así nos dividíamos, incluso en los contratos que firmábamos, «artista con madre» o «sin madre», y al decirlo, la verdad es que me sentí un poco huérfana.

Porque, pobre, mi madre. ¿Vigilarme ella?

Mi madre se pasaba todo el día de hinojos ante su altar, presidido por la Virgen de la Victoria y el Jesús del Gran Poder, porque la mujer legítima de mi padre ya tenía un pie en el otro barrio y solo necesitaba un empujoncito para entrar toda entera.

Habían ingresado a la Dorotea en el hospital con un tumor muy grande en el estómago.

El dulce sosiego de nuestra casa, siempre en penumbra, se llenaba del rumor soporífero de sus rezos. Mi padre caminaba de puntillas como si ya fuera viudo. Cuando volvía del teatro me lo encontraba cenando en la cocina una triste tortilla a la francesa que le había preparado la Banderillera, los dos acodados en la mesa con expresión melancólica. Yo entraba rozagante de la calle, taconeando, con la cabeza llena de sueños y la sonrisa por la última cuchufleta de María Fernanda aún pintada en el rostro, y mi abuela se ponía un dedo en los labios:

—Baja la voz, que tu madre está..., ya sabes...

Me iba de puntillas a mi habitación enternecida y al mismo tiempo hastiada por aquella situación que ya se había convertido en costumbre. Si llamaban a la puerta y mi abuela salía a abrir, y podía ser el telegrama en el que los hermanos de mi padre le anunciaran la muerte de la Dorotea, se suspendía el rezo y ese silencio tenía la tensión de la goma que se estira, se estira...

Se oía un cuchicheo y al fin mi abuela gritaba:

—¡Es el del hielo!

Se rompía la goma y volvíamos otra vez al rezo fastidioso, al olor a cera de vela y a sacristía. Mi padre arrastraba su periódico hasta su sillón y lo abría con un enorme suspiro, anonadado y deshecho por esa vigilia que duraba eternamente.

Yo volvía a salir para la función de noche, le besaba la calva y le decía como todas las noches:

—Papá, cuando quieras venir a verme, dímelo y os dejo las entradas en taquilla.

Se lo susurraba con la boca pequeña porque malditas las ganas que tenía de que advirtieran mi posición secundaria en la compañía, pero siempre me contestaba con resignada congoja:

—Gracias, hija, cómo vamos a ir con este panorama..., hasta que no...

Todo era hasta que la Dorotea no la palmase, aunque nunca nos atreviéramos a decir la frase completa.

Como lo sabía frágil y distraído, le llenaba su copita de anís y aprovechaba para soltarle:

—Papá, que doña María se va a hacer las Américas y quiere llevarme en la compañía.

Saboreaba el anís como si fuera néctar de los dioses, cerraba los ojos y me decía con mansedumbre tristonca:

—Lo que tú digas, Carmelilla, que todo sea para bien.

Mi abuela lo lapidaba con una inmensa mirada de desprecio y después salía a la calle conmigo y, aunque llevaba bastón, se cogía de mi brazo muy fuerte, como si quisiera que yo le transmitiera por ósmosis juventud y pujanza porque cada vez estaba más alicaída. Y maldecía corroída por un rencor hondo contra todo y contra todos.

—Tu madre fue a desgraciarse con tu padre.

Yo me encabritaba.

—¡Papá es bueno!

Me apretaba el brazo para tranquilizarme y para que me acomodase a su paso lentísimo y renqueante:

—Sí, pero tu madre ha perdido su juventud con él y mira cómo se ve ahora... —Se enjugó unas lágrimas rabiosas con el puño—: No poder salir del bracet con el marido a sentarte a una terraza, que se te despidan las criadas porque estás arrejuntada, que la portera te vuelva la cara, que tú seas una hija adulterina. ¡Es un baldón, una cruz!

Se detenía sin aliento, llena de acritud y fatiga, pero no podía dejar de hablar.

—Que no te pase lo mismo a ti... —levantaba el dedo—, ¡cuidado con esos viajes!, ¡son la antesala del infierno!

A mí se me escapaba la risa, pero fingía seriedad; ella no se daba cuenta y proseguía, ceñuda y violenta:

—No te entregues hasta casarte, que los hombres no quieren material de segunda mano; por mucho que te prometan, tú hasta la boda nada... ¡Y un casamiento es lo que ansían todas las mujeres de bien, por muy artistas que sean!

De pronto sacó fuerzas de no sé dónde y me agarró imperiosa por la muñeca:

—Prométemelo, Carmela.

Sus ojos despedían fuego, yo llevaba las manos metidas en los bolsillos e iba contando con los dedos las campanadas de Santa Bárbara, nang, nang, ¡las diez! Concedí apresurada:

—Sí, sí, abuela.

Ella aún me miró erizada de desconfianzas y dureza:

—¡Qué bien te hubiera venido una bofetada a tiempo! —Al fin me concedió aplacada—: Vete, que tendrás prisa, como siempre.

Le hice una mamola en la mejilla, que apartó haciéndose la dura, y se fue cojeando calle Génova abajo. Yo, siguiendo un impulso inexplicable, fui detrás de ella, le puse mi pañoleta alrededor del cuello.

—¡Cogerás frío, abuela!

Y la besuqué una, dos, mil veces, abuela buena, abuela guapa, y ella entre risas y veras me decía:

—Va, déjame, fantasma, que me llenas de saliva...; va, vete, vete, ¡loca, más que loca!

Me amenazó con el bastón y me marché corriendo, saltando impetuosamente sobre las acequias y las zanjas abiertas donde se instalaban las conducciones de agua, todas las calles de Madrid hechas trinchera. Llena de vida cantaba, abuela, abuela, abuelaaaa...

La noche era alta y apacible, las estrellas me guiñaban los ojos.

Al día siguiente la encontraron muerta en su cama. En la mesa de noche, un vaso con sus dientes postizos, y entre sus dedos agarrotados, mi pañoleta.

Salimos de *tournée* rumbo a América un mes después de la muerte de mi abuela. La única que no se mareó en toda la travesía fui yo, permanecí en la cubierta del vapor Oriana a merced del enorme oleaje mañana, tarde y noche, embebiéndome del aire oceánico, vivificante, tan áspero como el vinillo que daban en las tabernas. Como el vino, el exceso de oxígeno se me subía a la cabeza y yo trenzaba sueños y planes sin fin: triunfar en la profesión, ser una nueva María Guerrero, pero también casarme y tener una multitud de chiquillos, querubines de rizos rubios (alguno moreno con cara de indio), para llevar a pasear al Prado. Me tendía en una de las hamacas que llevaban el nombre de la compañía Guerrero-Mendoza tapándome con una manta, la estiraba y asomaban mis zapatitos blancos con las puntas azules y un pie le decía al otro: «La Moragas es la sensación de la escena», y el otro le contestaba: «En su hogar hay una docena de criaturas y huele a nardos y pastelillos de hojaldre».

Hasta que Carola me daba un pellizco en el hombro retornándome a la cruda realidad.

—Roína, que ya es la hora de la cena, ¡solo faltas tú! Don Fernando está a punto de leernos su cablegrama.

Era el momento solemne de la jornada marinera. Todas las noches don Fernando sacaba el traje de almirante inventado que lucía en *Papá se ríe*, más vistoso que el del mismo capitán, y se hacía llevar a la cena cablegramas muy extensos que le salían carísimos, con todas las noticias de Madrid. Los partes de la guerra, que ya iba por segundo año y que llamaban la Gran Guerra porque nadie creía que pudiera existir otra mayor, los leía con voz vibrante que nos estremecía a todos: «Verdún ha sido la tumba de un cuarto de millón de soldados entre alemanes y franceses..., pero el general Pétain ha conseguido detener el avance alemán sobre Francia...».

De pronto venía corriendo su criado particular.

—Don Fernando, don Fernando, un cablegrama de última hora.

Lo abría con emoción y era una carta de Valle Inclán, que había ido a Reims, a primera línea de fuego, para observar detalles para sus libros: «El paisaje es muy parecido al de Castilla, se habla en voz baja porque los alemanes están a treinta metros... He visto hundirse entre llamas un avión francés, los dos bravos que lo tripulaban no tenían forma humana, eran solo una masa sangrienta...».

Nos quedamos anonadados, a todos nos entró un intenso frío por el espinazo, no osábamos abrir la boca hasta que don Fernando, que era aliadófilo como toda la gente de la farándula, carraspeó y levantó su copa:

—Vamos a brindar por esos valientes —y apretó el puño con saña—, ¡para que venzan a los malditos tudescos!

Nos pusimos en pie con solemnidad y levantamos nuestras copas:

—Por esos valientes.

Nadie gritó con más convicción que yo, ni mejor acento:

—¡Vive la France!

Brindamos, bebimos y, como suele pasar después de un momento de profunda emoción, nos sentimos incómodos, sin atrevernos a cambiar de registro, hasta que Ernesto Vilches, que era un actor muy bueno pero muy excéntrico al que doña María había contratado porque le tiraba los tejos a Irenita y así le daba en las narices a su marido, preguntó con inocencia:

—¿Y se sabe lo que hizo El Gallo?

María Fernanda chilló:

—El cornúo, como siempre.

Y doña María, que para viajar se ataviaba bárbaramente, con un brillante enorme cayéndole en medio de la frente, tantos polvos en la cara que parecía una molinera y unos trajes muy caros que le sentaban muy mal, soltó una carcajada con ribetes beodos, porque cuando no actuaba bebía más de la cuenta:

—¡Algún día se le acabará el momio al Alfonsete, al reyecito ese del pan pringao! ¡Se cree que España es un lupanar para su uso y disfrute!

No se sabía si el alcohol la hacía volver a sus orígenes populacheros y ordinarios, o quizás se limitaba a interpretar el papel de la moza de taberna de *A mí con esas*.

Don Fernando protestó tímidamente porque no se atrevía a llevar la contraria a su mujer:

—Hombre, María...

Pero ella se enfurecía copa en mano mientras el brillante que llevaba en la frente se agitaba a un lado y otro.

—¿Pero quién le dice no al rey aunque esté podrido de vicios? ¡A ver si te crees que las mujeres van a la cama con él por gusto! ¿No me has contado tú que le huele mucho la boca porque tiene piorrea?

El marido miraba a un lado y a otro apurado, por muy artista que fuese y por mucho que venerase a su mujer, no dejaba de pertenecer a la nobleza y criticar al rey era superior a sus fuerzas.

—No me acuerdo... —y se apresuraba a disculparlo—, su majestad ahora ha montado en palacio un servicio de búsqueda de soldados desaparecidos, ya ha reunido a setecientos con sus familias, le han dado la legión de honor, ¡está haciendo un gran trabajo!

Doña María prendió un cigarro de hoja que olía tan fuerte que debieron abrir los ojos de buey y, como llevaba la espinita de las ofensas a sus hijos clavada en el alma, prosiguió con sombrío y enconado desprecio:

—Quita, quita, asco me da el Borbón, ¡si nos dejaran votar a las mujeres, ese ya estaría corriendo fuera de España como si llevara un cohete en el culo!

El administrador, el marqués de Premio Real, que era un inútil, pero que estaba ahí por ser pariente de don Fernando, se llevó la mano a la boca, pero no osó decir nada, ya que debía su puesto a la magnanimidad de la Egregia. Defender al rey vale, mas primero está el comer, se decía para justificar su cobardía.

Aunque para asombro de todos fue el hijo mayor, Fernandito, que no solía abrir la boca apabullado por la impresionante personalidad de sus padres, el que arguyó tímidamente:

—Dicen que la reina se está volcando con la Cruz Roja; ha creado un hospital y atiende ella misma a los heridos.

Claro que no encontró aliados en su defensa de doña Victoria, ya que el padre no le tenía simpatía porque la culpaba, como todos los nobles, de haber traído la desgracia a España en forma de hemofilia.

—¿Pero eso no está haciéndolo la duquesa de la Victoria? Lo de la reina es un paripé, no la veo trajinando entre heridos y sangre —y con burla añadió—: ¡se desmayó la primera vez que vio una corrida de toros!

Yo levanté prontamente la mirada y pregunté:

—¿Sí? ¿Eso hizo?

Fernandito, contento de haber sabido captar mi atención, me susurró para que nadie más lo oyese:

—Cuando va a la plaza se pone los anteojos del revés para no ver.

Doña María cortó la conversación con la trompeta estridente de su voz:

—¡Cruz Roja! ¡Repatriaciones! —Puso todo el desprecio que podía, que era mucho, en el tono de voz y hundió el índice en la mesa, haciendo saltar vasos y cubiertos—. ¡Aquí se necesita justicia social y no caridad!

Conversaba tan alto que el resto del pasaje empezó a prestar atención, y don Fernando se apresuró a hablar del discurso de Dato, que no nos importaba nada, de los goles de Samitier y del último cotilleo teatral, último relativamente, pues ya tenía casi dos meses, los mismos que llevábamos embarcados: que Gómez Carrillo se casaba con Raquel Meller.

Y apuntó con el cigarro a Vilches con expresión vengativa.

—¿Pero tú no le ponías los puntos a la Raquel?

Vilches tenía una sonrisa de medio lado con un rizo que le caía sobre la frente, llevaba las solapas del gabán levantadas y un pañuelo de seda blanco anudado con negligencia alrededor del cuello. Era la viva imagen del calavera de buena familia, de Tarragona por más señas, y se echó a reír con desenfado, porque era también un Tenorio impenitente.

—¡No me hizo caso!

Y solo yo vi cómo, debajo de la mesa, alargaba un pie y acariciaba el de Irenita, que se dejó hacer mientras permanecía con el rostro imperturbable.

Es muy curioso porque de esa larga gira por América solo recuerdo con claridad dos momentos que nada tienen que ver con el teatro.

Serán, quizás, más importantes de lo que creía, porque en esta hora suprema en la que me encuentro, aunque quieran ocultármelo, solo permanecen los acontecimientos que nos han marcado, brillando como luciérnagas en la noche oscura del alma.

¡El pelo! ¡Nuestras melenas! Nos sentábamos sobre ellas hasta el día en que María Fernanda apareció con el pelo cortado a la altura de la barbilla y todas nos apuntamos a la moda recién llegada de París, que remedaba los cascos de los boches. ¡Cuando mi larga trenza cayó al suelo

en Arequipa cercenada por las tijeras asesinas de Carola, me puse a llorar!

¿Y el día que Irenita decidió que se había acabado la tiranía del corsé? Estábamos en Santiago de Chile y encendimos una hoguera enorme donde quemamos los malnacidos corsés, potro de tortura al que llevábamos sometidas desde que teníamos trece años. El que más tardó en quemarse fue el de doña María, un armatoste tan inmenso como una tienda de campaña.

Con palos avivábamos el fuego y danzábamos de forma diabólica, los hombres reían y, con eso de que éramos camaradas, intentaban achucharnos para notar nuestras carnes libres y sueltas. Cuando la hoguera se extinguió, quedaron incólumes las varillas de acero como el esqueleto de algún animal prehistórico.

Qué modernas nos sentíamos con nuestros pechos y nuestras nalgas bailando desenvueltamente, y sentir en la piel el roce de las camisolas de seda nos causaba un placer sensual indescriptible. El primer día que salimos al escenario sin corsé se oyó un murmullo de asombro entre el público. No sé si nadie atendió al argumento, pero inunca se había seguido con tanta atención una obra!, ino se oía ni el vuelo de una mosca!

Al día siguiente, en la estación, a punto de salir el tren, se nos acercó un hombre de grandes bigotes negros, elegantemente vestido, pero de expresión derrotada. Iba acompañado de una mujer igualmente triste y de media docena de chiquillos.

Sin pronunciar palabra el hombre nos tendió una tarjeta.

—Jean Duval, corsetero.

Se inclinó galantemente, se retorció el bigote, se arregló la corbata, juntó los talones y le dijo a doña María:

—Madame, hoy, gracias a usted, estamos arruinados.

No recuerdo cuándo Carola empezó con secretes y disimulos y su carita ridícula empezó a animarse con una lucecita remota. No sabíamos qué le pasaba hasta que un día María Fernanda se la encontró besándose con Fernandito Díaz de Mendoza.

Mientras nos preparábamos para subir al escenario, le preguntamos qué edad tenía su Romeo, y Carola nos contestó con orgullo:

—La edad suficiente para ser un hombre —aunque añadió temerosa —, pero que no se entere doña María.

—¿De qué no tiene que enterarse la bruja esa? —preguntó irrespetuosamente Vilches, que acababa su escena en ese momento y entraba despojándose de su gorro de bandolero catalán.

—De lo que a ti no te importa —le contesté anudándome las cintas de las alpargatas.

Y él se me acercó guasón.

—A mí, de ti me importa todo.

—Déjame, Casanova de vía estrecha.

—¿Estrecha? Más ancha que el Amazonas, prenda, ven, que te voy a poner en un altar por virgen.

—¡Herejote!

—¡Res brava!

Nunca llegamos más allá, pero el día en que Irenita rompió su habitual frialdad y reserva y se echó a llorar delante de mí, temí que creyera que teníamos una aventura.

Pero, quia, se sabía demasiado seductora para admitir competencia. Desencajada me contó en un pasillo mientras los tramoyistas deshacían el decorado y pasaban con tablones al hombro:

—Ernesto se lo ha jugado todo al póquer... Lo suyo y lo mío, ¿te figuras? Me lo pidió y no supe negarme, imbécil de mí, me dijo que estaba en racha.

Sollozaba como quien no tiene costumbre de llorar, con una tos seca como un ladrido. Intenté abrazarla, pero me imponía demasiado, no sabía si se ofendería y al fin me limité a acariciarle la espalda.

De pronto, a la carrera apareció Vilches con la mirada vidriosa y los ojos inyectados en sangre. Lívido como un cadáver se tiró a sus pies, un gesto que me pareció melodramático y falso, le empezó a besar las manos y vi que ella daba un hondo suspiro y se inclinaba para abrazarlo. Por primera vez la vi fea, con los párpados muy hinchados, la boca abierta y soplando por la nariz. Se quedaron ahí, como un grupo escultórico, ninguno de los dos se percató de que me había alejado de puntillas.

Al otro día Irenita ya era la de siempre, glacial como una estatua de hielo. Sin mirarme, y con tono avinagrado y seco, me exigió:

—De lo que te dije ayer, ni palabra a nadie —yo murmuré algo ininteligible y ella prosiguió—: no sé qué me pasó..., tampoco era para tanto, olvídale.

Y desde entonces me rehuía. ¡Pero te he visto derrumbarte, y estabas fea y refea, y a mí eso no se me olvida!

Mientras estas tormentas asolaban el corazón de mis compañeras, yo proseguía mi carrera triunfal, es decir, salía en el tercer acto vestida de camarera con una bandeja diciendo: «Señor, aquí tiene una carta». Esto de aparecer al final de la obra era lo peor porque el público y el autor estaban ya cansados y no se encariñaban con el personaje.

Doña María me concedía magnánima:

—Hoy has estado bien, Carmela.

¡Pero, ay, el teatro no era la principal de mis preocupaciones!

¡Porque mi destino y el de Rodolfo Gaona continuaban cruzándose! Él estaba toreando en América, excepto en México, donde hubiera ido a parar a prisión por el condenado pleito pendiente, y me escribía cartas sosas que recibía con quince días de retraso: «Un recuerdo desde Cuzco...», «A la flor más bonita de España». Un día cometí el error de enseñarle esas postales a Juan Chabás, que me dijo que, si un zapato supiera escribir, lo haría con más sentimiento.

Qué bobo es Juan. Hoy me ha dejado una nota en mi almohada. Ponía: «Un recuerdo desde el mercado de San Miguel», porque había ido a comprarme solomillo. Yo ya nunca tengo hambre y las carnes, antes tan prietas, me cuelgan como cortinas de teatro.

¡Siempre el teatro!

La tarde todavía es de color azul gamuza, falta muy poco para otra noche, una más, de negra tristeza. Sí, a estas horas me empezaba a arreglar para la función.

En el México lindo de Rafael Gaona nos querían pagar en oro, pero no quisimos porque las monedas pesaban demasiado, éramos así de ignorantes. ¡Preferíamos el papel moneda, que cuando se acabó la guerra no valía nada! Hacíamos *La malquerida* y yo figuraba en el papel de Fidela con una sola frase:

—Reondo cayó del caballo.

Cuando acabó la función, me dijeron que una tal doña Regina había venido expresamente desde Veracruz para verme.

Me extrañó, ¡no conocía a nadie! La mujer entró mirando con curiosidad a su alrededor. Era bajita y muy morena, llevaba un enorme sombrero con plumas, un traje de moaré de color granate con un

ramillete de rosas sobre el pecho y largos pendientes de plata. Olía fuertemente a pachuli.

Me miró de arriba abajo.

—Así que usted es Carmela Ruiz Moragas... —Me tendió una mano enguantada—. Soy la madre de Rodolfo Gaona.

Casi me caí al suelo de la emoción, me abroché rápidamente el corpiño hasta el cuello, me tiré la falda abajo para tapar los tobillos, desalojé una silla de un manotazo de ropa no muy limpia y balbuceé:

—Muy bien, encantada, muchas gracias.

La mujer se sentó. Me observaba en silencio, y al final enseñó unos dientes pequeños y manchados de tabaco en una mueca siniestra parecida a una sonrisa.

—¿Sabe usted? Rodolfo estaba toreando en Cuba el mes pasado y vino a verme en el yate de un amigo suyo, a escondidas, porque por culpa de esa calumnia no puede entrar en el país, y no hizo otra cosa que hablarme de usted.

Enrojecí tan violentamente que me pareció que el rostro me empezaría a echar sangre como un surtidor. Tartamudeé:

—Sí, y... yo...

La mujer, sin prestarme atención, me confesó:

—Le voy a ser sincera: a mí no me gusta que vaya con artistas, no me gustaba esa Paquita... Escribano, es muy vulgar y mi Rodolfo no se ha encumbrado para ir con una muchacha cuyos padres tienen una pensión. Pero usted...

Me llevé las manos al pecho y solté esta simpleza:

—Mi padre es gobernador civil de Granada... Bueno, lo ha sido, ahora es abogado.

—¿Y su madre? —me preguntó fríamente.

Me eché a temblar, ¿sabría algo?

—Mi madre es..., es muy buena.

Me miró con unos ojos tan penetrantes que daban miedo.

—Me alegro, me habían llegado ciertos rumores, pero yo tampoco me fío de todo lo que oigo... Así, estará usted muy bien relacionada...

Se acercó, abrió unos ojos terribles y me agarró el brazo preguntándome con voz honda y clavándome los dedos en la carne:

—¿Y decentes? ¿Son ustedes decentes?

Me eché a temblar, pero tuve la presencia de ánimo de golpearme el pecho y rugir como en *El honor del brigadier*:

—¡A decentes no nos gana nadie!

La mujer se relajó y sonrió ladinamente.

—Porque aquí, esta —se señaló el corpiño provisto del ramillete de rosas de pitiminí— es la que manda, mis hijos, y sobre todo Rodolfo, solo ven por mis ojos.

Achicó los ojos y frotó el dedo índice con el pulgar.

—Y es que mi Rodolfo tiene mucha platita.

Se quedó observándome largo rato, yo no sabía qué decir. Al fin se levantó para irse. Y, aquí, en un impulso, le cogí la mano, me arrodillé y se la besé como en *Campo de armiño*. El guante, con botoncitos hasta el codo, olía a naftalina. Ella se quedó algo desconcertada, pero al final meneó la cabeza complacida y se colocó bien el enorme sombrero. Fuera la esperaba un chico muy parecido a Rodolfo que la siguió perrunamente, solo le faltaba llevar el rabo entre las piernas.

En Lima, donde reprisamos *La malquerida* en el Teatro Municipal, recibí una postal con dos corazones entrelazados: «Toda América me huele a Carmela Ruiz Moragas». La firma llevaba una R con muchos rabos y me enterneció ver que había escrito «guele» en lugar de huele. ¡Cómo me enardecí el esfuerzo que implicaba haber pergeñado esa frase! ¡Mi «Reondo cayó del caballo» alcanzó unos matices de expresividad sublime en esos días!

Estuvimos en Lima solo una semana porque ya habíamos reservado pasajes para regresar a España en el Príncipe Udine. Para embarcar me había puesto un jipi de paja con una cinta roja, y un fotógrafo vino a retratarnos antes de partir. En esa imagen salgo con los ojos desorbitados porque justo detrás del fotógrafo se situó una figura que primero no reconocí. Era un hombre, también con sombrero de paja y una americana clara. Levantó el brazo.

No, no era posible.

Pero sí. ¡Era Rodolfo!

Fue como si me hubieran partido la cabeza de un hachazo y se me vieran los sesos. Abrí tanto los ojos y la boca que hubiera podido meterme el océano entero, y así salió la foto en los periódicos.

Cuando acabamos de posar, sonriendo al comprobar el efecto que su presencia había hecho en mí, vino y me cogió las manos.

—Pues sí, Carmela, aquí me tienes. ¡Yo también regreso a España!

Detrás de él, como una sombra, un chico joven de aspecto aún más aindiado que él: «Es mi primo Rubén». Le tendió un saco desmañadamente atado. Rodolfo lo abrió y, cogiéndolo por la piel del cuello, extrajo un perrillo.

—Mira, lo compré en Veracruz, es para ti... Aún no tiene nombre.

El chihuahua abrió los ojos y parpadeó, me miró con miedo y lo cogí en brazos, temblaba. Empecé a acariciarlo y pregunté:

—¿Y Gaonero?

Se le oscureció el semblante.

—Se murió, el pobrecillo, me lo mataron... Unos gonorreos apestosos lo tiraron por la borda.

Me estremecí y apreté más al animalillo, que se acurrucó entre mis brazos.

—Lo voy a llamar Titán.

Rodolfo se echó a reír.

—Pues es un buen nombre...; ha hecho la travesía desde Veracruz hasta aquí pasando por Cuba sin protestar. ¡Es muy valiente!

Yo enrojecí al acordarme de la visita de su madre, y mientras le hacía a Titán una especie de cuna con mi echarpe y me lo colgaba del brazo, se lo conté.

Me cogió la cara y, ladeándola, me miró a los ojos.

—Sí, se quedó muy impresionada contigo. Me dijo que se notaba que eras de una buena familia, ¡para mi madre la herencia, la sangre, es lo más importante! —me miró más profundamente aún—. Me dijo que... — Pero hizo un molinete con la mano—. Ya te lo contaré otro día para que no te envanezcas.

Iba a insistir, pero en ese momento un golpe de viento me arrancó el sombrero, nos pusimos a perseguirlo por toda la cubierta, sonaron sirenas, el vapor se apartó lentamente del muelle y se hizo a la mar. Era de noche y la bahía iluminada nos despedía como una inmensa y fosforescente sonrisa.

Ese viaje ya no fue como el de ida. Se acabaron las conversaciones con los compañeros, los cablegramas, las sobremesas interminables comentando los últimos chascarrillos.

Doña María y don Fernando no salieron apenas de su salón particular. Todos estábamos cansados, hartos de vernos, con ganas de llegar a casa, reñíamos sin motivo. A María Fernanda se le perdieron unos pendientes y nos acusó de habérselos robado hasta que los

descubrió en un cofre que no había abierto. En lugar de disculparse, nos dijo:

—Ah, si no erais vosotras, ¿quién podía ser?

Irenita se enfadó con Ernesto porque todas las noches, cuando nos íbamos a dormir, él se ponía a jugar a las cartas con los marineros y perdía hasta la camisa.

Por la mañana, vagaba por el barco sin afeitarse, con el rostro amarillento y cercos violados en los ojos gritando lúgubrememente:

—El teatro está muerto: o nos pasamos al cinematógrafo o pereceremos... El teatro es una cosa antigua y pobretona; para la época de los griegos y los romanos estaba bien, pero ¿ahora?

¡Abría los brazos abarcando no solamente la mar oceánica, sino el mundo, la época, el siglo entero!

Porque en nuestra *tourné* se habían presentado varios empresarios del cinematógrafo, ese arte por el que nadie daba un duro, para hacernos propuestas que nosotros tomábamos a risa. ¿Representar solo con las expresiones de la cara?, ¿sin que se oyeran las voces, como si fuéramos mudos?, ¿actuar sin público de verdad, repetir las escenas si no salían bien? Pero qué arte era ese, ¡si para eso no necesitabas ser actriz, con maquillarte la cara era suficiente!

Eso era para Raquel Meller y las cupleteras, que no sabían interpretar en realidad. ¡Si doña María Tubau levantara la cabeza!

Vilches era el único que se había tomado en serio estas proposiciones y había firmado varios contratos fabulosos para ir a actuar a un lugar llamado Hollywood, en los Estados Unidos.

Claro que se hablaba de que Estados Unidos iba a entrar en la guerra, pero Vilches decía que eso no tenía importancia porque aquel país podía con todo porque era enorme, desmesurado, gigantesco, y declamaba con trémolos alcoholizados cargados de emoción los versos de Rubén Darío:

*Los Estados Unidos son potentes y grandes.
Cuando ellos se estremecen hay un hondo temblor
que pasa por las vértebras enormes de los Andes...*

Como es natural, los adelantos recibidos ya los había dejado en el tapete verde de la mesa de juego.

Carola y Fernandito estaban de morros porque doña María nos había comunicado que en cuanto llegáramos a Madrid iba a incorporar a la

compañía a una sobrinita de don Fernando que quería ser actriz. Todos habíamos entendido que el hecho de que fuera buena o mala no tenía importancia, ya que se trataba de que Mariquita O'Donell, que era hija del duque de Tetuán, se casara con Fernandito y así este entrara al fin en la nobleza por la vía matrimonial.

Carola cogió un enfado morrocotudo porque el pollo se negó a contarle lo suyo a su madre.

—Es un idiota y un desgraciado, no quiero verlo más.

La pobre estaba desconsolada, y tan feúca se ponía que daba risa en lugar de pena, pero la verdad es que yo no tenía tiempo de confortarla porque solo tenía ojos para Rodolfo.

El nuestro era un amor de puntillas, teníamos mucho cuidado el uno con el otro, apenas hablábamos, ambos temíamos adentrarnos en un terreno que no conocíamos y pronunciar una palabra que pudiera herir o asustar al otro. Nos tendíamos en las hamacas de cubierta fumando cigarrillos en silencio, rodeados de la profunda serenidad azul del mar y del cielo. Él miraba la línea del horizonte distraídamente, ceñudo y suspirante, abstraído por algún pensamiento en el que yo no tenía cabida. Yo jugueteaba con Titán y lo espiaba de reojo hasta que, de pronto, me miraba con extraordinaria ternura y me tocaba el brazo.

—¡Perdóname!

Yo no sabía qué pasaba por su cabeza, pero aquel hermetismo, la sospecha de que por dentro le corrían sentimientos complicados y profundos, de que su desesperación tenía un fundamento misterioso que yo no podía comprender con mi alma prosaica y sin experiencia, me resultaba irresistible. Así debían ser los hombres de verdad. Volcánicos, de pocas ideas, pero nítidas e indestructibles.

De pronto me preguntaba:

—¿Conoces el ansia de fundirse con otra alma?

Lo decía con tal ímpetu que me causaba una honda impresión y el pecho se me despedazaba por una inmensa pena cuyo fondo no acababa de comprender. Pero me arrastraba en un torbellino de sentimientos morbosos, sentía curiosidad, deseos imprecisos, celos, rabia. ¿Era amor?

¡Claro que era amor!

Así lo describían al menos los poetas clásicos que don Fernando declamaba con tanto empaque:

*Es hielo abrasador, es fuego helado,
es herida que duele y no se siente,*

es un soñado bien, un mal presente...

Las cubiertas estaban muy concurridas, pasaban unos y otros, ya no en grupo como en el viaje de vuelta, sino solos, caminando rápido por precepto puramente higiénico. En tono lúgubre, después de una hora de silenciosa compañía, Rodolfo un día me pidió apremiante y con ojos persuasivos:

—Si consintieras en venir a mi camarote...; allí podría abrirte mi alma.

Aquello me asustó y me dije, a ver si este tío lo único que pretende es llevarme al catre. Pero ahí había pinchado en hueso porque, como decía Vilches, yo era una virgen de cemento armado.

—¿A tu camarote, Rodolfo? ¿Por quién me has tomado?

Me levanté airada y dispuesta a no verlo más... ¿Se creía que iba a ser una Paquita Escribano? Peor aún, ¡que iba a acostarse conmigo para luego casarse con Paquita Escribano, que seguro que no le iba a entregar su virginidad hasta la noche de bodas!

Se levantó tan apresurado que la hamaca se cayó al suelo y tuvo un gesto envilecido de rabiosa lujuria:

—Carmela, tienes que ser mía... —Me empujó contra la pared apretándome un pecho—: Es que no lo puedo evitar, he intentado escapar de este embrujo y no puedo... Te tengo tantas ganas...; ¡me vuelves loco!

Le di un enorme empujón y hui como una cierva, pero él consiguió agarrarme por la manga del vestido y me dijo al oído con una pasión que me estremeció:

—Te cuento esta flaqueza mía y no debería porque ahora me tienes en tus manos.

Lo evité el resto de la travesía, aunque para ello tuve que quedarme compartiendo dos metros cuadrados y una atmósfera irrespirable de polvos, tabaco, mujerío y pescado podrido con una Carola doliente y bañada en lágrimas. Ella en la litera superior y yo en la inferior, hablábamos interminablemente de lo canallas que eran los hombres. De pronto me levantaba y andaba a trastazo limpio con ropa y zapatos.

Rodolfo venía por las noches a golpear mi puerta, me hizo llegar notitas que yo rompía sin leer. ¡Acostarme con él!, ¡ser como mi madre!

Claro que, si lo pensaba bien, a qué venían tantos escrúpulos... Yo era una hija adulterina, mi padre estaba casado con otra y mamá no dejaba de ser la fulana, la entretenida, la querida, ¡qué malos mimbres para permanecer decente!

Fernandito también comparecía por las noches a arañar la puerta, resbalaba gimoteando hasta el suelo y ahí se quedaba horas y horas susurrando por el ojo de la cerradura:

—Carola, Carolaaaa..., pelirrojilla, nenuca..., feoquiña, chimpancé mío...

Mi amiga me decía:

—Si te pones a pensar, qué mierdas son los tíos.

Nos mirábamos, despeinadas y sucias, y las dos nos echábamos a reír locamente, tratábamos de ahogar las risas enterrando la cabeza en la almohada, Titán ladraba, yo repetía entrecortadamente:

—Sí, sí, una mierda, pero bien que nos gustan.

Y Carola añadía:

—Sí, cómo nos gustan esos cabrones.

Ni siquiera nos asomamos para ver Lisboa, donde el barco se detuvo un día entero. Desembarcamos en Vigo y cogimos el tren corriendo por el andén para no ver a nuestros pretendientes. Bueno, esto de correr es un decir, porque entonces se llevaban unas faldas largas y muy apretadas abajo que nos trababan las piernas y teníamos que caminar como las japonesas, a saltitos.

Ahora, eso sí, el corsé había pasado a mejor vida.

Hasta que no distinguí a mis padres en la estación de Delicias no caí en cuánto los había echado de menos. Me abrazaron tiernamente, mamá me dijo al oído:

—Te he comprado una rosca candeal y sorbetes en Tortoni. —Y sin transición—: Hace un mes se murió la Dorotea.

Mi padre fingió no escucharla, lo vi un poco más alto, con el cuello más erguido, había perdido el aire apocado que solía tener siempre, y, sin embargo, mi madre parecía disminuida, incluso tenía una ligera cojera que no le recordaba. Extrañada pregunté:

—Pero ¿qué pasa?

Mi madre me susurró: «Ya te contaré», pero yo ya no la escuchaba porque estaba mirando a Gaona. Lo habían venido a buscar Paquita Escribano y sus padres. El padre, gordo, ordinario, con un cayado en la mano y boina, daba grandes gritos haciendo el gorila; la madre iba con un mantón en la cabeza.

No pude evitar compararlos con mis padres: papá, con una condecoración, muy pequeñita, pero condecoración al fin, en la solapa, y mi madre, sobria y discreta, con ropas pasadas de moda pero elegantes.

La misma Paquita increpaba con voz chillona a los fotógrafos que estaban con las máquinas preparadas:

—Hagan ustedes vosotros fotografías y no se olviden de decir que estoy actuando en el Trianón en la calle Alcalá, que mañana me voy a San Sebastián y que esta semana he ganado dos mil duros más que Raquel Meller. ¡Rodolfo, maño, ven!

El Caballero Audaz, que fingía tomar notas con la misma seriedad que si hablase don Santiago Ramón y Cajal, me guiñó un ojo y me hizo un gesto con la mano: «Después nos veremos».

Rodolfo me miró entonces y me di cuenta de que estaba haciendo la misma comparación que yo, pero, avergonzado, sin saber negarse, se puso entre Paquita y su madre, que le cogió confianzudamente por el brazo, el padre se colocó el cayado entre las piernas abiertas. Paquita, cabezuda y pechugona, estiraba su corta estatura hasta límites inverosímiles y sacaba el pie para que se viera su zapatito Luis XV. Los cuatro tenían los ojos atroces, deslumbrados por el magnesio.

Cogimos un taxi para volver a casa, yo iba irascible y despechada, con el espíritu lacerado por la cuchilla cruel del desengaño. Mi padre, que llevaba a Titán en el regazo y lo acariciaba distraídamente, me decía:

—Qué cambiada te veo, Carmela, estás hecha una mujer.

Mi madre terció rápida:

—Una mujer no, una señora —me miró con perspicacia y al fin me dijo—: ese hombre te miraba mucho.

—¿Quién?

—Rodolfo Gaona, el torero. Algo tienes que ver con él, a mí no me engañas.

Mi padre alzó vivamente la cabeza y puso un gesto de repugnancia:

—¡Un tauricida! ¡Carmela!

Pero no pude evitar abrirles mi corazón, ahora que la Dorotea ya no era un obstáculo:

—O me caso con él o no me caso.

Oigo los gritos estridentes de mis chiquis en el jardín y no tengo fuerzas ni para arrastrarme a la ventana a dar golpes en el cristal para que me vean y me tiren besos. ¡Querría beber de ellos como los indios del Caribe sumergiéndose en las fuentes de la eterna juventud!

Pero me sería tan imposible salir de la cama como remontar a nado río arriba; el suelo está alfombrado con hojas de periódicos atrasados porque no tengo fuerzas para sostenerlos y se me caen de las manos. Así, a esta distancia, solo puedo leer las letras gordas: «Disparan a Indalecio Prieto, el líder socialista, en un mitin en Écija», «El jefe de minoría monárquica José Calvo Sotelo denuncia que se prepara un atentado contra su persona», «Desde el mes de febrero han tenido lugar 212 huelgas y hay 269 muertos en atentados de uno u otro signo», «Hay rumores de que va a estallar una militarada en Marruecos...».

En portada de *La Época* sale un retrato mío: «Carmen Ruiz Moragas, gravemente enferma», estos periodistas siempre tan exagerados, pirrándose por un buen titular.

¡Una mierda para ellos! ¡Ni que fuera a morirme!

No me dedican la página entera, porque aparece también la fotografía de una maniquí con un sombrero coquetón en forma de casco de combate: «El último grito en la moda parisién», todo huele a guerra.

¿La veré, yo, esta guerra que será solo nuestra? Me gustaría ir a recitarles poemas a los soldados:

Con los zapatos puestos tengo que morir.

La gente abomina de las guerras y de la vejez, y yo ahora lo daría todo para vivir la guerra y llegar a vieja.

¿Sabrá Alfonso que estoy enferma? ¿Llegará *La Época* a Roma?

Cuando él conoció por primera vez la bravura de mi carne fresca y picante, me dijo que, si la salud fuera ser humano, sería yo. Venía a mí sudando a mares, los dientes le castañeteaban, guiñaba los ojos como si mi lozanía lo deslumbrase, se ponía frenético, me tiraba un pellizco y me decía acercándose sus labios siempre húmedos al oído, enternecido y abrasado:

—Loba, qué apretada eres.

Si me viera ahora, si viera mi cuerpo envilecido, miserable y soez devorado por este mal abyecto, se llenaría de asco.

Levanto un brazo, escuálido y cerúleo, las manos tienen esas manchas que mamá llamaba flores de sepultura. La dorada luz madrileña de este atardecer de casi verano enciende el último rincón de mi cuarto sin encontrar el obstáculo de ningún mueble aparte de la cama y mi butaca. La naturaleza endeble de Alfonso repudiaba todo mobiliario, las cretonas, las cortinas, los adornos y perifollos; por higiene necesitaba un ambiente desnudo, de hospital, fácilmente desinfectable. Me acostumbé así a esta austeridad monacal, un poco de solterón, y cuando nos separamos decidí que no quería vivir en la blandura cursilona de bibelots y cojines bordados de las mujeres sin hombre y no añadí nada más.

Juan Chabás me lo dice siempre:

—Tú serías feliz en un convento, de abadesa.

¿Me favorecería la toca?

No quiero mirarme en el espejo, he mandado que los retiren todos. Advertía en las miradas de los otros, cuando venían a verme, cómo mi belleza había ido desapareciendo siendo sustituida por el rostro repugnante de esta enfermedad indecorosa. Me miran, respiran hondo, apartan los ojos y después, haciendo un esfuerzo sobrehumano, vuelven a mirarme, tragan saliva y dicen con voz estrangulada:

—Pues te veo mejor.

¡Malos actores! ¡Lo mínimo que se pide a los amigos es que interpreten bien!, ¡no hace falta que me escupan con sus miradas que no queda nada de aquella guapeza legendaria de la Moragas!

Una vez entré en el Real y la orquesta dejó de tocar, el director se quedó batuta en alto hasta que me senté y la gente dejó de murmurar y de mirarme. La Moragas, ¡la Moragas!

Pedí que cesaran las visitas. Solo necesito silencio, soledad y descanso.

Ya no podré hacer la Brígida del Tenorio, el último refugio de las actrices que envejecen, porque no cumpliré más años, los periodistas por

una vez dicen la verdad... ¡No habrá otra obra para mí!

¡Ven, sueño, por piedad, apaga con tu divino soplo la hoguera que arde en mi cabeza!

Pero los recuerdos implacables se resisten a abandonarme. En 1917 pensé también que mi vida se había acabado. Y desde ese año han pasado diecinueve veranos.

Los mismos años, más uno, que tenía entonces, veinte. Y si ahora alguien me preguntase cómo pasó lo que pasó, ese acontecimiento terrible en que me vi inmersa, juro que no podría explicarlo. Sé que llegamos de América y que mi primera sorpresa fue encontrarme con que papá, ya viudo, no quería formalizar sus relaciones con mi madre mediante ninguna ceremonia, ni religiosa, ni civil, y pretendía seguir viviendo en pecado. Y es que se le había despertado un talante revolucionario y anarquista del que hasta entonces no sabíamos nada. Por casa empezó a usar lazo en lugar de corbata como los bohemios que había visto en su remoto viaje a París, y se hizo enviar desde Barcelona un gramófono Víctor que le costó veinte duros. Se compró un disco de vitrola de Caruso y se pasaba el día canturreando con un soniquete que, si no lo conociéramos y supiéramos que era un alma de cántaro, tomaríamos por burlón:

La donna e mobile

Él, que era la bondad y la paciencia personificadas, se quedaba sentado con Titán sobre sus rodillas, amarrado a los brazos de la butaca como si quisiéramos arrancarlo de allí, y repetía tercamente:

—Pues no me caso, ea, quiero estar un tiempo así, de soltero.

Mi madre se mesaba los cabellos, iba por casa con una bata ajadísima arrastrando penosamente unas zapatillas rotas y me arrinconaba con los ojos fuera de las órbitas.

—Pero, tú lo ves, Carmela, a este hombre le he entregado mi juventud, todo, y ahora que puede, no quiere redimirme.

Si intentaba hablar con mi padre y le reñía como si el hijo fuera él, se encogía de hombros y solo me contestaba, mientras acariciaba maquinalmente a mi perrillo:

—Quiero ser libre, solo eso. ¡Sentirme libre por primera vez en mi vida! Como cuando fui a...

No llegaba a pronunciar la palabra París, se interrumpía y bajaba la cabeza con la resignada mansedumbre del culpable, y qué iba a hacer yo, si lo entendía perfectamente.

Eso que la libertad que él pretendía era una libertad menguada y doméstica porque sus únicas apetencias eran liarse un cigarrillo de picadura, cantar a la par que Caruso, romper la faja del periódico todavía húmedo por la mañana y abrirlo con un suspiro de satisfacción, irse a trabajar una horita al ministerio y beber anís después de comer. Pero en casa, porque no había desarrollado todavía el vicio nacional de la tertulia en el café y los amigotes.

Mamá me suplicaba, tendida en la cama con paños de vinagre sobre la frente y con respiración fatigosa y febril:

—Al menos que deje de cantar... Eso de la dona e mobile me suena a cachondeíto... Y hazme un cocimiento de flor de malva, por favor, y dame cloral.

A veces me los llevaba a la terraza del Gijón. Nuestra llegada producía un gran efecto porque yo me había traído de mi viaje a las Américas un vestido tobillero de tela de gruesa seda blanca con motas azules y, haciendo juego, un sombrero de paja con visera; se oía un susurro apagado como un rumor de hojas:

—Es Carmen Ruiz algo... Una actriz de doña María.

Luego miraban a mis padres: papá, que había dejado su chalina para la intimidad e iba con su sombrero blando y su traje de franela gris bien cortado, mi madre, tan poca cosa que pasaba por discreta y elegante, y decían:

—Mira, los padres, son unos andaluces nobles, terratenientes...

Y así corría la bola.

Claro que mis padres no se dirigían la palabra ni siquiera en la terraza del Gijón, mamá me decía sin mirar a nadie:

—Carmela, pregúntale a ese señor qué quiere que le eche para cenar.

Le repetía la pregunta a mi padre, que me contestaba:

—Dile que quiero perdiz estofada a la *parmentier* con patata duquesa y a la trufa de Perigord como la hacen en Lhardy.

Mi madre permanecía con los labios apretados y mirando al infinito, donde las multitudes paseaban bajo un cielo tan rojo que parecía que se le hubiera reventado la vena femoral; caminaban despacito, como una

lenta corriente de lava. Luego sorbía con parsimonia por una pajita su agua de cebada con limón y solo después contestaba:

—Pues dile a tu padre que hoy, como ayer, como anteayer, hay garbanzos.

Mi padre se encogía un poco ante ese trabucazo, pero luego erguía orgullosamente la testuz como el alcalde de Zalamea.

Yo me aburría, un tedio ancho y espeso me subía por la garganta. Estados Unidos había entrado en la guerra y ahora no solo morían soldados europeos, sino jóvenes norteamericanos que no sabían muy bien por qué luchaban, mientras que los bolcheviques habían tomado el poder en Rusia y cogido preso al zar y su familia. Pero era mi aventura en América lo que hacía que el mundo de antes me pareciese pequeño, mezquino y fastidioso. Todo tenía para mí un aire provisional, a punto de acabarse, experimentaba un hundimiento colosal por dentro, como si estuviera hueca.

Doña María había emprendido un proyecto estrambótico: construir el teatro más grande de América en Buenos Aires y necesitaba tanto dinero que tuvo que amputar parte de su compañía para ahorrarse los sueldos. ¡Cada mañana me despertaba con la angustia de pensar si ese día recibiría la cartita de despido!

Cuando por las noches me sentaba en el Gijón, no abría la boca ni veía a nadie porque mi trabajo se había llenado de ese atractivo inmenso de las cosas que están a punto de perderse y me invadía una angustia horrorosa. ¿Cómo no había sabido comprender el enorme privilegio que era trabajar con los Guerrero Mendoza? ¿Y si después iba cuesta abajo?

Solo me distraía cuando, a última hora, al acabar en el periódico, oliendo a tinta y con las manos manchadas, se sentaba con nosotros José María Carretero, el Caballero Audaz. Me señalaba una mesa lejana con el cigarrillo, había empezado a fumar en boquilla porque se creía un noble inglés:

—Mira, la Escribano.

Pero no estaba lo suficientemente lejos para que no oyéramos los gritos de la madre:

—Amigo Melitón, yo ya le digo a esta que tiene que mover más deprisa el abanico cantando Balance para que se le vean esos brazos de reina que tiene... Gaona, mire usted, con este mantón tan ceñido no hay quien le tosa a la niña, *ridiós*... ¡Dígalo usted en el diario, Melitón!

¡Paquita y Gaona! Esta sí que era mi pena más honda. Ver que Gaona no había vuelto a acercárseme y que los periódicos y los amigos daban

por seguro que iba a casarse con Paquita Escribano.

¡Menos mal que no me había dejado comprometer! ¡Y quería venir a mi camarote, no sería a rezar el rosario!

—Ese de espaldas es Gaona —me ilustraba Carretero. Me puse a bostezar abriendo la boca cual hipopótamo, como si aquello no me importara nada, mi amigo sin darse cuenta, prosiguió—: ahí donde lo ves ha ganado en América noventa mil dures, tiene un bajo en la calle Montesquinza con seis ventanas a la calle y un primero en la calle Velázquez donde vive ahora.

Me reí como los que suben a la horca mientras por dentro me desesperaba pensando que quizás había estado demasiado dura con él, que por qué no era como las otras, que prometían sin dar, embaucándolos hasta que picaban el anzuelo y ya no podían soltarse. ¡Yo no era así! ¡Era incapaz de fingir, mi conciencia se alborotaba y mi sangre ardía!

—La finca de Guadalajara tiene tierras de labor y un monte de caza y se la ha puesto con todo el confort moderno...

Sí, estaba entera, pero ¿para qué me servía ese maldito virgo? ¿Por qué la honradez de la mujer tenía que residir en ese pequeño pedazo de carne?

—... le ha comprado su automóvil al duque de Estrada, un Columbia...

Vamos, lo de pedazo de carne lo decía al buen tuntún porque nadie me había contado cómo era ni en qué consistía ese dichoso himen, aunque yo me lo imaginaba como una tela muy frágil, una especie de tul de seda transparente y preciosa.

—... tiene criado, cocinera y *chauffeur*...

Pero me daban ganas de arrancármelo yo misma y salir a la calle poniéndolo en un palo de bandera; me sentía atacada por los mismos sentimientos revolucionarios y disolventes de mi padre:

—Eh, señores, se hace saber que el virgo de Carmela Ruiz Moragas ha pasado a mejor vida.

—... está buscando un edificio entero para invertir en la calle Alcalá... Lo llaman el Petronio de los ruedos porque se viste en Manuel Zimarra como el rey... Le ha regalado a la Escribano un *pendentif* y...

¿No se callará nunca este tío? Me daban ganas de taparme los oídos con las manos y ponerme a cantar tralaralala para no oírlo. Lo miré, Carretero tenía la uña del dedo meñique muy larga, qué aborrecible me parecía, me hubiera gustado meterle en la boca la mesa y las cuatro sillas

para que se callase. Ajeno a estas tormentas que azotaban mi alma, proseguía, impertérrito, con la saña del parricida:

—... todos los domingos ponen paella para veinte personas... Claro que él al comer lo llama ahora *lunch* o refrigerio...

Me clavaba el alfiler de sus comentarios como si mi corazón fuera una mariposa. Aunque la crueldad fuera inconsciente porque yo no le había contado mi roneo con Gaona, sentí que mis manos pedían cuchillo, sangre, asesinato; desesperada traté de ocultar mi expresión y me incliné para abrocharme un zapato que no se había desabrochado.

—Ayer comió con el padre de la Escribano, se lo contó su criado Maera al mío, anteayer llevó a la madre a Crippa y encargó media docena de trajes... La semana que viene se van a Santander los tres...

Y dale, hunde un poquito más el alfiler, respiré profundamente como me había enseñado doña María Tubau que debía hacer antes de salir a escena si estaba nerviosa, uno, dos, unoooo, dooooo, y luego venga a bostezar, a toser, a abanicarme, a patear, era toda yo un circo entero, solo me faltaba hacer cabriolas y volantines.

—... es hombre cultivado, dice que le gusta Rubén Darío y Valle Inclán, pero recita versos de Pedro de Répide...

Fruñí el ceño como acometida por una idea repentina, saqué un papel del bolsillo y fingí estudiarlo como si fuera una escena de teatro; era un prospecto de una medicina para la migraña: disolver en agua un sello por las mañanas y otro por las noches.

—Pedida de mano al canto... Esa lo tiene cogido.

Por el rabillo del ojo que no leía el prospecto vi que la Escribano se levantaba y que ese gacetillero al que llamaban Melitón, que se deshacía siempre en elogios sobre ella en su periódico, le aplaudía con sus manos gordinflonas. Y Paquita se sentó en el brazo del sillón de Rodolfo, inclinó su rostro de cerda sobre él y con el abanico le daba golpecitos en el hombro.

A Gaona no le vi la cara porque estaba de espaldas, pero me pareció que se retiraba.

El Caballero Audaz observaba el suceso babeando de gusto, me dio un codazo cómplice para que atendiese a la escena, sentí un vértigo insano y ganas de romper una botella y rajarle a mi amigo el cuello con un pedazo de vidrio, mi pecho era un volcán en ebullición, me levanté sin saber qué hacía, mi padre me preguntó tiernamente:

—¿Adónde vas, Carmelilla?

José María, mi madre, los de las mesas vecinas me miraron con asombro, pero yo empecé a caminar a paso ligero por Recoletos y Bárbara de Braganza arriba, la gente se apartaba y murmuraba, quería morirme, estaba segura de que decían:

—Mira, ahí van Carmela y su virgo. ¡Ni con esas ha pescado a Gaona!

De forma extraña, empezó a extenderse sobre las calles un denso vaho espeso como humo, no se distinguían las casas de los árboles, empecé a correr desorientada, las luces brillaban fosforescentes en medio de un halo de claridad lechosa. Me apoyé en una verja jadeando pesadamente, creí morir.

En ese momento me sobresalté porque empezaron a tañer las campanas de Santa Bárbara. Yo no soy de misa y he dejado de ser creyente, me parece que pensar que en el otro mundo se nos premiarán las buenas acciones y se castigarán las malas es darle a Dios el papel de institutriz regañona y amargada como la niñera inglesa de mis chiquis, que les pega un azote en el culo cuando se portan mal o los premia con un caramelo. ¡Qué poca grandeza veo en ese supuesto padre creador!

Juan Chabás se ríe de mí y me dice que no puedo llevar mi clasismo hasta estos extremos y que soy tan *snoob* que hasta Dios me parece un ordinario:

—Pero se te perdona, Carmela, porque no se puede haber sido la amante del rey durante ocho años y salir incólume.

Si yo le digo que no hay nadie más llano que Alfonso, que se siente pueblo y habla en el mismo tono a un duque que a un limpiabotas, se echa a reír.

—Eso se llama condescendencia, Carmela... ¿Se dejaría él hablar con el mismo tono por el limpiabotas que por el duque?

Y yo le contesto que sí, que precisamente requiere más finura de los aristócratas que del pueblo; yo he visto como un grande de España, que nos encontramos en París cenando en Maxim's, le preguntaba en tono de compadreo:

—¿Qué tal están las chicas, señor?

A lo que contestó mi soldadito con altivez:

—Las chicas no sé cómo están, pero las infantas se encuentran de puta madre.

Pero una moza de pueblo se acercó un día a la ventanilla del coche y le dijo: «Rey, qué *resalao* eres», y él se derretía y se la comía con los ojos.

Pero Juan no daba su brazo a torcer y decía que si la moza fuera fea otro gallo le cantaría.

Las campanas me llamaban, decían mi nombre, Carmela, subí las escaleras y me metí en la iglesia sin saber por qué.

Estaba a oscuras, con tan solo unos cirios sobre la tumba del rey Fernando VI. Me senté en el penúltimo banco, una mujer con el hábito del Carmen con cinturón amarillo arreglaba unos ramos de flores en el altar y un sacerdote leía dentro del confesionario.

En los primeros bancos, una docena de cabezas enmantilladas.

Me apoyé en el duro respaldo y el olor a incienso, a polvo y cera, y el monótono rezo de las beatas me sumieron en una debilidad que no sé si fue sueño o desmayo. Cerré los ojos, un minuto, dos.

Me tocaron el codo ligeramente, me volví amedrentada, y ahí, en el banco de atrás, tan oscuro que se confundía con lo oscuro del templo, estaba Gaona. Creí que soñaba hasta que me dijo:

—Carmela.

No atinaba a contestar, se inclinó y musitó:

—Hace rato que te miro... ¿Qué soñabas?

Me llevé la mano al pecho avergonzada, ¿así que me había dormido? Tartamudeé:

—No sé... ¿Por qué? ¿Decía algo?

Se acercó aún más hacia mí y me susurró en la oreja:

—Movías las patas como hacía mi Gaonero cuando dormía.

No pude menos que reírme.

—Menuda comparación, pero ya sabes que me gusta. —Me volví con el brazo doblado sobre el respaldo del asiento—. Titán está muy bien, tiene loco a mi padre, dice que lo quiere como a un nieto.

Rodolfo me miraba intensamente, clavándome el arponazo de sus ojos negríssimos como queriendo devorarme, y me preguntó con voz ronca:

—¿Nietos? ¿Hijos tuyos, Carmela? —Se levantó, se sentó a mi lado y me puso la palma de la mano en el muslo en una caricia tan descarada que la mujer que estaba en el altar nos miró frunciendo el ceño—. ¿Hijos de otro hombre que no sea yo?, ¿me quieres volver loco?

A su contacto se me paseó por todo el cuerpo un calambre tan violento que sentí ganas de más, pero la mujer ya venía hacia nosotros con paso enérgico mascullando:

—¡Esto es la casa de Dios!

Me levanté, me persigné apresuradamente y me fui a la puerta; él venía detrás, su aliento en mi nuca, lo podía oír casi gruñir, respirar... Pero era ahora o nunca y, antes de cruzar el portón y salir a la calle, a tientas porque estaba muy oscuro, me encaré con él y me atreví a preguntarle en tono que hubiera querido que fuera exigente, pero me salió suplicante:

—Pero tú, Rodolfo, ¿qué quieres?

Rugió lívido, pálido, verde:

—A ti, te llevo dentro día y noche —me miró con lascivia—, te busco por todas partes, llego a un sitio y te presiento, sé por dónde has pasado. ¡Y por mucho que me digan, no puedo arrojarte de mí!

Me coloqué bien el sombrero, levanté la barbilla, hinché las narices y le pregunté encorajinada:

—¿Que te digan? ¿Quién? ¿La Paquita? —pero me avergonzó mancharme los labios pronunciando ese nombre, no quise oír la respuesta y me volví para irme, pero él me retuvo, su mano convertida en tenaza.

—Te persigo siempre, espero en la esquina de tu calle a que salgas, hoy te he seguido desde el Gijón.

No sabía qué pensar y me aventuré a preguntarle, con palabras tan leves que eran casi un suspiro:

—Pero, entonces...

Se me acercó tanto que pude ver temblar una luz en el fondo de sus pupilas como el fulgor de las estrellas sobre el mar.

—Deja eso —movió la cabeza con desesperación, después se irguió y dio un golpe con el puño en la palma de la otra mano—, no puedo hacerle nada, te llevo dentro. Mira, ¿quieres saber lo que me haces, quieres verlo?

Asentí mudamente y entonces abrió un poco la puerta para que le distinguiera la cara. Tenía el rostro tumefacto, los labios morados, casi negros, y unas manchas oscuras debajo de los pómulos. Desde el ojo hasta la mandíbula, un costurón feo y abultado.

Me llevé la mano a la boca y él, cogiéndome la cintura con violencia, volvió a acercarme a él, contra mi cuerpo sentí su cuerpo duro y fibroso de atleta.

—Me lo hizo un toro. —Yo iba a decir algo, pero me tapó la boca con la mano—. Cállate, delante del toro solo pienso en ti... y el animal lo sabe, ¡un día me matará!

Dije no quiero escucharlo, pugué por irme; toda la escena, en el claroscuro del vestíbulo, tenía tintes calderonianos; me quejé, pero él prosiguió, sacudiéndome ahora por el brazo:

—¿Y sabes lo que me pasa? Tengo tal obsesión contigo que ya no me importa no solamente que el toro me mate, isino que los otros estén mejor que yo!

Se incendió en lágrimas rabiosas y viriles, quise soltarme, pero él no me dejó y me marcó con los ojos como dos antorchas:

—Quieta. Yo he nacido para mandar y tú para obedecer.

Me encrespé y le dije señalándole el altar apenas iluminado por la lamparilla de aceite del sagrario:

—Si la otra es honrada..., iyo lo soy más, y ya sabes el camino para tenerme!

Logré desasirme con brusquedad, sentí a la vez asco y ansia de entregarme. A pesar de mis palabras, si él hubiera querido, me hubiera podido estrellar contra la pared y tomarme allí mismo, detrás de una puerta, a la vista de las beatas enlutadas que pasaban, rosario y misal en mano, y procuraban no mirarnos. Llevaba el vestido de seda sobre la piel desnuda y con el forcejeo se me salió un hombro, que me apresuré a tapar de nuevo. Él se quedó mirándome como un alienado, tendió sus dedos convertidos en garras y solo cogió el aire, porque salí como borracha a la calle y no sé aún cómo llegué a mi casa apartando la niebla a manotazos, crucé las habitaciones sin hablarles a mis padres y me tiré encima de la cama.

Al final no me despidieron, pero doña María me comunicó que para *Campo de armiño* no me necesitaba porque mi papel lo iba a hacer Mariquita, la hija del duque de Tetuán, así que después de años trabajando sin parar, quedé cesante.

Perdí el gusto por salir porque me parecía que Madrid estaba lleno de triunfadores. Prefería estar encerrada en casa como una criminal, sintiendo de la mañana a la noche desaliento, malestar y una pereza invencible hasta el punto de que ni siquiera me cambiaba, me limitaba a echarme encima del camisón un viejo kimono chino que había sido de mi

abuela. Como tenía confianza con el Caballero Audaz, era el único al que quería ver, mi madre nos traía horchata y la tomábamos en la galería que, si abríamos las puertas para que hubiera corriente, era el único lugar fresco de la casa. Carretero me confesaba:

—No sé qué me pasa contigo, que aun reconociendo lo rica que estás, no me atraes en absoluto.

Yo le contestaba picada:

—Hombre, se agradece, estaba yo deseando una sinceridad así para levantarme el ánimo.

Me señalaba con la boquilla la bata que se me abría sobre el pecho.

—Pero tápate de todas formas, yo respondo por mí, pero no por la bestia que llevo dentro.

Mi padre se encerraba con Titán en su habitación para escuchar a Caruso, y cuando Rigoletto se desgañitaba cantando a las mujeres, tan veleidosas ellas, el perrillo se ponía a aullar como un coro griego. Mamá se sentaba en su gabinete a coser y a enterarse de lo que hablábamos. Carretero me iba informando de los últimos chismes de Madrid, que la reina se había plantado en el sexto hijo, si no contamos uno que nació muerto, porque el rey no había vuelto a meterse en la cama con ella, que si a don Alfonso se le veía en el hotelito de Raquel Meller día sí, día también, que si El Gallo y Pastora habían pedido el divorcio..., pero a mí solo se me levantaban las orejas como un perdiguero cuando se mencionaba a Rodolfo Gaona. Sutilmente derivaba el tema hacia su persona.

—Así, entre los individuos que no son reales, de líos nuevos ¿qué hay?

Mi amigo se ponía a mirar el techo rebuscando en su memoria.

—Pues, que yo sepa, con todas las compañías en provincias y la gente veraneando o tomando las aguas... —Se daba una palmada en la frente—. Ah, parece que lo de Gaona... Oye, Carmelilla, ¿cómo se llama esa obra que están girando María Fernanda, Elenita Salvador y Carola en Zaragoza en la que...?

—*¡Las coquetas!*, ¿qué le pasa a Gaona?

—Ah, sí, que se dice que no va muy bien lo suyo con la Escribano. Por cierto, fui a verla el otro día al Trianon y figúrate que la madre se queda entre cajas y le va diciendo, bravo, maña, abanícate más, ríete ahora, camina arriba y abajo del escenario... Estos bollos, ¿de dónde son?

—De Tortoni, ¿parece que lo suyo no va bien, entonces?

Pero mi madre, que estaba al quite, preguntaba con voz chillona:

—¿No le gustan los bollos, Carretero? Eran más buenos los de Viena Capellanes, pero desde que dejaron la pastelería los Baroja ha perdido mucho.

Carretero se rio.

—La panadería ha perdido lo que ha ganado la literatura porque tiene usted que saber que Pío...

Di un suspiro de exasperación y le corté:

—Qué pesadito estás, repuñales, déjate de píos y pías y sigue contándome...

Mi amigo me miró con asombro.

—¿Qué? Ah, lo de Gaona... Que no va la cosa tan bien como esperaban los padres de la Escribano. ¡Dicen que él está enamorado de otra!

Porque Carretero no me miraba, porque si no hubiera visto que me iluminaba como una bombilla. Ya iba a preguntarle más cuando él me interrumpió:

—Por cierto, casi se me olvidaba —del bolsillo de su gabán se sacó un periódico—, mira lo que ha salido esta tarde firmado por Melitón.

Cogí el papel distraídamente y le pregunté:

—¿Enamorado de otra? ¿Pero se sabe de quién?

—No, pero el padre va amenazando...

—¿Con un duelo?

—No, mujer, ¡que estamos hablando de un bruto y no de un caballero! ¡Con romperle la crisma con el cayado! Gaona está toreando muy mal, anda, lee el diario.

Mi madre sacó la cabeza para decir que salía a misa, le tiré un beso con la sonrisa aún prendida en los labios, desplegué el periódico. Carretero me indicó con su dedo amarillento, mira ahí: «Una aristocrática actriz que ha estado turnando en América quizás no es de familia tan distinguida como pensábamos... Y quizás su hogar no es tan sanctasactórum como nos cuentan y a saber quién es su padre... Olemos trampuja, nos han dado gato por liebre».

—Parecería que hablan de ti, Carmelilla..., pero ¿tus padres?

Me quedé atontadísima, me zumbaban los oídos, creí delirar:

—¿Cómo? ¿Qué?

Me asusté, pero adiviné de quién era obra este ataque, de Paquita Escribano... Me eché sobre el sillón y me puse a llorar. Carretero se asustó y vino a sentarse a mi lado:

—Pero, Carmela, ¿qué riñones te pasa?

Yo no podía parar de llorar, todo lo que llevaba dentro me salía en forma de berridos incontrolados, daba cabezazos contra el sillón, me mordía los puños, gritaba:

—Todo me sale mal, todo me sale mal, zorras, ¡les arrancaré esa lengua de víbora y arrastraré su hocico por las calles!

Carretero observaba mi ataque de ordinariez con la indulgente desaprobación con la que se miran las rabietas de las criaturas, pero, cuando vio que me empezaba a manar sangre de una herida en el dorso de la mano, me agarró:

—Qué teatrera eres, ¡no te pongas a hacer la trágica!

A la vista de la sangre lloré todavía más, él se aferró a mis manos para inmovilizarme, esperó pacientemente a que se me pasara el berrinche y luego me dijo en tono dulce y persuasivo:

—Cuéntamelo todo, Carmelilla, tú tienes una preocupación muy gorda; hace tiempo que te lo vengo notando, desde que has venido de América ya no eres la misma... Cuéntamelo, que yo sabré hacerme cargo.

Sus palabras hicieron que sintiera un deseo apremiante de vaciar las penas de mi alma en el pecho de mi amigo. Volví a llorar, pero ahora dulcemente, el llanto me abrasaba las mejillas, y con voz semejante a un quejido me confesé.

No lo miré ni una vez; mientras hablaba iba apretando el brazo del sillón hasta que me pareció que la dura madera se reblandecía, le conté la terrible verdad de mi nacimiento y, hundiendo el escalpelo más afilado en mi corazón, escarbando hasta que no se podía ir más adentro, extraje mis más recónditos sentimientos.

Había pasajes que no se entendían porque no me entendía ni yo.

—Y Gaona vino y me dijo...: el camarote...; intentó...; yo no sé si...

Carretero se bebía mis palabras, reservado y vigilante, y cuando se dio cuenta de que había acabado, me dijo con más humor y menos desaprobación de lo que esperaba:

—Pero ¿tú y Rodolfo Gaona? —Se echó hacia atrás y se puso a mirar la pared, como si ya viera escrita mi historia en uno de sus libros—. Pero qué gran novela, Carmela, ¡y qué roína por habértelo guardado todo!

No añadí ni una palabra más, no podía con mi alma, de sueño, de cansancio, de pesadumbre. Carretero se quedó un rato pensativo, siguiendo con su bastón las cenefas de la alfombra. Solo repetía:

—¡Tú y Gaona!

Entró mi padre a proponernos ir a escuchar música a su cuarto, pero Carretero sacó su reloj del bolsillo, lo miró, dijo que otro día y papá salió

de la habitación después de haber estrechado su mano y de besarme en la frente.

Mi amigo se ajustó el nudo de la corbata, tomó su bastón y al final me miró de esa forma penetrante y astuta a la vez que aún tiene ahora. Yo estaba derrumbada en la butaca, tapándome la cara con la mano como el acusado que espera una sentencia. Me preguntó con decisión:

—¿Tú lo quieres a ese hombre, Carmela?

—No sé, creo que no.

Ahí se vio que el escritor tenía honduras psicológicas y conocía el alma de las mujeres, porque de la respuesta anterior dedujo:

—Pero quieres casarte con él.

Le contesté con toda mi alma:

—¡Sí, quiero casarme con él!

Hizo grandes gestos de asentimiento, se retorció los bigotes y me dijo:

—Pues lo primero de todo hay que arreglar lo de tus padres y después...; déjalo de mis manos.

Me miró, sucia, en bata, con la cara sin lavar, los ojos pitañosos y los pelos desbaratados, y me ordenó:

—Para empezar, vístete y arréglate más que nunca, eres la mujer más guapa de Madrid y no tienes nada que ocultar.

Esa noche volvimos al Gijón. Yo me había puesto una túnica de Salomé con bordados en el zócalo y un sombrerito *cocotte*; llevaba los brazos desnudos, y un barquillero que se situaba siempre en la plaza de Colón me había dicho respetuosamente:

—Señorita, si su belleza pagara impuestos, sus señores padres estarían arruinaos.

Uno que estaba con él, un chulapo con la gorra de visera de medio lado, gritó con más entusiasmo:

—¡Pisa, morena, que paga el ayuntamiento!

Normalmente no hubiera prestado atención, pero esa noche les sonreí con timidez y gratitud.

Al llegar a la terraza, intenté aparentar desenvoltura e indiferencia mientras mis padres, ajenos a todo, se comportaban como siempre. El camarero, al vernos, tuvo un gesto desabrido, le indicamos una mesa que acababa de quedar vacía y se puso a desalojarla lentamente, mirándonos

con impertinencia. El limpiabotas que siempre se ofrecía a mi padre cogió su caja y se fue al otro extremo del bar mascullando alguna imprecación.

Madrid, sin ser pequeño, en verano lo parece porque las gentes habituales se han reducido a la mitad, pero la terraza estaba llena y bulliciosa, se intercambiaban comentarios de mesa a mesa, se oía el rasgueo de los abanicos, el chasquido de los mecheros, el entrechocar de las copas, el sonido alegre de un organillero:

*Por ser la virgen de la Paloma
Chunda chunda*

Mientras, los empleados municipales regaban el paseo y subía del suelo un engañoso olor a humedales y pantano.

Rodolfo estaba sentado unas mesas más allá, fumando pensativamente, sin atender al griterío pajaril que le rodeaba: Paquita, la madre, los gacetilleros, su apoderado y el primo que me había presentado en el barco. No me miró, es más, cuando me senté volvió la cara ostensiblemente para que me diera cuenta de que me ignoraba.

Todo Madrid, es decir, ese Madrid reducido que va a los paseos, a los cafés y al teatro, había leído el suelto de Melitón, lo notaba en las miradas furtivas de los hombres, en el encono y la envidia con que me observaban las mujeres. Alguien en la mesa de al lado hizo un comentario que fue respondido con risas contenidas, un chico joven pasó corriendo y me tiró expresamente el chal al suelo, el camarero colocó los vasos con fuerza sobre la mesa, golpeando el mármol de forma insultante. Se derramó el picón de mi padre y pasó una bayeta sucia que dejó una huella pringosa. Al acabar, escupió a un lado.

Me estremecí y deseé no haber venido.

Me sentía avergonzada. Rodolfo estaba tan quieto que parecería estatua si no fuera que Paquita le dijo algo al oído mirándome y riendo. Él se volvió, su cara era una mascarilla fundida en bronce, el tajo en la mejilla apenas se notaba. Lo aborrecía y despreciaba con todas las fuerzas de mi alma, pero no podía dejar de pensar en él, y al pensar en él, sentía unas ganas horrorosas de llorar.

Entre las mesas se abrió paso tranquilamente el Caballero Audaz saludando a unos y a otros, cogió una silla y se sentó a mi lado. Mi padre, aun no siendo demasiado observador, le preguntó:

—Carretero, ¿qué pasa hoy? Parece que nos miran mal.

Yo ya iba a negarlo, cuando mi amigo levantó la mano para acallarme y dijo con una sonrisa compasiva:

—Y no se equivoca... —colocó un cigarrillo en la boquilla, se lo llevó a los labios, buscó las cerillas en el bolsillo del chaleco y añadió—: mañana por la mañana iré a su casa y se lo explicaré todo.

Yo no estuve presente en la reunión. Solo supe que, pálido y tembloroso, mi padre salió de la galería y manifestó encasquetándose el sombrero:

—Me voy al registro civil y a la parroquia a arreglar los papeles para casarme con tu madre. —Me hizo una caricia leve en la mejilla—. ¡Ya sabes, hija, que eres lo que más quiero del mundo!

Mamá, presa de un júbilo pueril, corrió a postrarse de hinojos a los pies de la Virgen de la Victoria, pero, para ser justos, a quien hubiera tenido que dar las gracias hubiera sido a Carretero.

La boda de mis padres fue de madrugada, mientras yo dormía, y luego quisieron tomar un chocolate con churros en doña Mariquita.

Cuando llegaron a casa, mamá, que se daba airecillos de suficiencia, le dijo a la portera:

—A partir de ahora limpie usted de madrugada, cuando nosotros estemos durmiendo.

La portera iba a protestar, pero algo advertiría porque se quedó muda, aunque sus ojos echaban sapos y culebras. Papá cogió a Titán en brazos y le dijo:

—Ahora ya somos una familia decente.

Solo yo advertí el tono irónico, mi madre se limitó a decir con altivez mientras se quitaba la mantilla:

—¡Qué cosas tienes!

Esa misma tarde apareció en la prensa un suelto: «Ante ciertas infamias que han corrido estos últimos tiempos por Madrid, los periodistas de este diario han investigado y han descubierto que los padres de la distinguida actriz a la que se hacía alusión en un artículo de un ilustre competidor nuestro están casados cristianamente y legalmente y ella es, por tanto, hija con todas las de la ley». No se hablaba de fechas, nadie se sintió obligado a comprobarlo y la historia de mi procedencia adulterina se desvaneció como una raya en el agua. Y, aún más, para rematar el asunto, al cabo de dos días, un nuevo breve: «Al parecer las

calumnias proceden de una cupletera que se siente preterida por la distinguida actriz, de noble cuna, en el corazón de un famoso torero».

Casualmente, al rato recibimos un telegrama de los tres hermanos de mi padre, a los que nunca había conocido, felicitándome por mi mayoría de edad, cuando para mi cumpleaños aún faltaba un mes, y don Natalio Rivas nos envió unas entradas para asistir a una función en el Real. Las entradas estaban caducadas, pero mi padre agradeció este detalle hasta las lágrimas.

Y esa noche, con toda naturalidad, Rodolfo vino directamente a nuestra mesa del Gijón, se tocó el ala del sombrero, y se sentó sin permiso. A un gesto suyo, su primo Rubén le acercó un sobre grande y grueso. Se dirigió a mi padre y le dijo:

—Ahí están las escrituras de mis posesiones en México, casas, tierras de labor y otras fincas por valor de tres millones de reales. —Mi padre, boquiabierto, se dirigió a mí de forma interrogativa, yo me encogí de hombros—. También hay un contrato de compraventa por un edificio en la calle Alcalá número 121 en el que consta que he pagado trescientas sesenta mil pesetas, la mitad en monedas de oro.

El camarero vino obsequioso a ponernos las bebidas:

—Don Rodolfo, espero que esté recuperado de su cogida.

Pero él no le hizo caso, chasqueó los dedos y su primo le entregó otro sobre.

—Aquí está la escritura de mi finca de Guadalajara, a la que acabo de bautizar con el nombre de El cortijo del Carmen, 60 acciones del Banco de España y 60.000 duros en Obligaciones de Banco y Tesoro, 3 por ciento consolidado. —Sacó un papel suelto—: Y esto es un pagaré por 75.000 pesetas que le entregaré a mi futura mujer como dote.

Se hizo un silencio impresionante en torno a la mesa, parecía que todos los clientes del café estuvieran pendientes de nuestra conversación. Serio y circunspecto, Rodolfo añadió:

—Tengo la nacionalidad española y todo lo he conseguido durante nueve años con mi actividad como matador de toros.

Mi padre escuchaba esta retahíla tan asombrado como si viera volar bueyes, y cuando yo pensaba que iba a lanzar una diatriba contra las corridas, carraspeó y se limitó a preguntar:

—¿Me está usted diciendo que quiere casarse con mi hija?

—Sí, señor.

Papá se limitó a decir con voz trémula y sosería:

—Si ella quiere...

De pronto deseé que esta conversación no tuviera lugar, me di cuenta de que casarme con este desconocido era dejar a mis padres, apartarme de su vida, cuya única alegría era yo. Los miré con una enorme angustia, ¿qué iban a hacer sin mí? Y no sé si Rodolfo adivinó mi pensamiento o fue un disparo al azar.

—Yo no los voy a separar, me gustaría mucho que ustedes vinieran a vivir con nosotros, mi casa de ahora es pequeña, los pisos de la calle Alcalá son muy amplios, aunque tienen el inconveniente de que están todos alquilados... Si no se puede desahuciar a ningún inquilino, compraré un principal grande en el que quepamos todos.

Lo miré tan sorprendida y embelesada como si estuviera bajo la acción de un narcótico, y casi no me di cuenta de lo que dijo a continuación:

—Además, así, hasta que lleguen los chiquillos, ustedes le harán compañía mientras yo esté viajando, y como Carmela va a dejar el teatro...

A mi padre se le iluminaron los ojos, a mi madre se le escaparon unas lágrimas y yo estaba tan ocupada dando grandes cabezazos de asentimiento que no me enteré de que Gaona acababa de cortar de un tajo certero mi carrera teatral.

Pero ¿cuál carrera, Carmela? ¿Repetir hasta el fin de mis días «Reondo cayó del caballo»?

¿O hacer el papel de muerta?

No se pronunció por mi parte un sí quiero, ni él se puso rodilla en tierra, ni hubo romanticismos de esos que tanto salen en las comedias que interpretaba. Rodolfo se levantó, despectivo y descortés, me apretó el hombro con su manaza vigorosa, hizo una seca inclinación en dirección a mis padres y se fue con su primo detrás. Las gentes se callaban a su paso y se daban con el codo.

Solo entonces mi padre pareció reaccionar, sacudió la cabeza como el que pretende librarse de un sortilegio, se levantó y con un hilo de voz y el dedo enhiesto declaró en tono rimbombante:

—Pero conste, caballere, que ni mi hija, ni mi mujer, ni yo vamos a asistir a esa costumbre bárbara y primi...

Lo cogí de la chaqueta y le hice sentarse, porque Rodolfo ya se había ido.

Al día siguiente, el Caballero Audaz se hizo el encontradizo con Rodolfo en Goya esquina Velázquez.

—Hombre, Carretero, usted por aquí.

—¡Gaona, el Califa de León!

Se palmearon las espaldas, eran las dos del mediodía y caía fuego del cielo. El torero lo invitó a tomar un vaso de vino en su casa.

—Me han enviado unos versos dedicados y quiero que usted me los explique.

Carretero preguntó quién.

—Un poeta muy chamaco que se llama Gerardo Diego.

*Esbelto, de goma elástica,
con otra luz y otra plástica
vino el torero de México,
con su sabor de onomástica
y su novedad de léxico.*

Carretero leyó el poema en voz alta, Gaona lo escuchó atentamente y le preguntó:

—Ve usted, yo eso de su sabor de onomástica no lo entiendo... Y lo de la goma elástica me parece cosa de broma.

Mi amigo se echó a reír y, curioseando por la casa, vio, sobre una mesita dentro de un marco de plata, un retrato mío recortado de una revista. Se fingió sorprendido.

—Pero esta, ¿no es... Carmen Ruiz Moragas?

Gaona le dio una palmada bastante fuerte en el brazo y le dijo:

—Ya estoy enterado de que lo sabe todo...; los veía juntos en el Gijón y lo he visto entrar en su casa —y añadió con una mirada terrible—: y que conste que tengo que violentar mi naturaleza para aceptar que es usted... amigo de Carmela. No me gusta que hable con otros, yo no entiendo eso de que un hombre y una mujer puedan ser amigos.

Carretero intentó bromear:

—No sea usted cavernícola, Rodolfo, que eso en el ambiente del teatro se da mucho.

Y Gaona empezó a estrujarse los dedos haciendo crujir los nudillos mientras decía con la voz tan oscura que casi no se le entendía:

—Por eso le he dicho que tiene que dejarlo. ¿Qué quiere?, ¿que acceda a que la manoseen en el escenario como si yo fuera un comemierda? Si se lo permitiera sería menos que un hombre, menos que nada... —y añadió entre chistoso y brutal—: no crea que va a hacer lo que se le antoje... ¡Donde está Gaona, manda Gaona!

Para distender el ambiente, mi amigo preguntó:

—Entonces, ¿se casan?

—Sí, en cuanto mi madre pueda viajar a España. —Cogió mi retrato y lo miró—. Carmela es una mujer honrada, de familia honrada, y estoy enamorado de ella hasta los tuétanos.

Me contó luego el Caballero Audaz que en ese momento había sentido una sensación difusa y difícil de explicar. Y sin saber por qué se estremeció y, como no hacía frío, supo que era miedo.

Se lo dije a Alfonso: lo que más recuerdo de mi boda es el medallón que llevaba colgado del cuello doña Regina, la madre de Rodolfo, con la cara de su difunto marido. Era del tamaño de un plato sopero y el hombre pintado, de mostacho caído y piel cetrina, me miró imperturbable durante toda la ceremonia. En una esquina del ojo, por efecto de la luz, parecía que le resbalara una lágrima.

Mi soldadito jugueteaba con mi vello púbico mientras le contaba cosas de ese día de viento furioso y nubarrones de plomo en Granada, y cuando acabé me confesó tristemente:

—Pues yo, de lo que más me acuerdo del día de mi casorio es de que cuando ese hijo de puta tiró la bomba hubo unos instantes de un silencio tan atroz que pensé que se me habían reventado los tímpanos, y lo primero que vi fue un caballo decapitado que cerraba y abría los ojos.

Me levanté airadamente de la cama con ganas de vomitar y le reproché, echándome una bata por encima:

—Pues qué festivo vienes hoy —y aún le grité desde el tocador, donde intentaba peinar la masa algodonosa en que se convertía mi cabello después de hacer *cochinerías*—, ¡pero tú, con lo de ir a los toros, debes estar acostumbrado a ver caballos muertos!

Él cogió por el cuello una botella de un jerez viejo color caoba que tenía en la mesa de noche y fingió arrojármela, y después empezó a retorcerse sobre las sábanas de seda, desnudo y seco como un sarmiento, y se puso a pedirme quejoso, porque entonces nunca tenía prisa por irse:

—Ven acá, pavisosa.

—No me da la gana, tarambana.

Las semanas que precedieron a mi boda fueron los días más frenéticos de mi vida, y no porque me preparara para mi nuevo estado conociendo más a mi futuro marido u organizara el convite y la ceremonia, sino porque Rodolfo me indicó:

—Gasta lo que quieras.

¡Palabras mágicas que no se deben decir a ninguna mujer!

Al final no se pudo echar a ningún inquilino de la calle Alcalá y tuvo que comprar un piso en Fortuny, número 3. Un principal destartado y oscuro que quise cambiar de arriba abajo, tan dichosa y ligera como una chiquilla jugando a las casitas de muñecas. Me puse en manos de carpinteros, albañiles, tapiceros, mueblistas... A todos les comuniqué con gesto de gran dama:

—Calefacción de vapor en todas partes, hasta en los pasillos, espejos a tutiplén, la cocina la quiero con gas y carbón, cuartos de baño modernos, los tapices, gobelinos, y las cortinas se han de traer de París.

A papá le dio por acudir a almonedas de donde me traía objetos tan roñosos que no sabíamos ni para qué servían, el desfile de recaderos y proveedores era incesante, entrevistaba a lacayos, doncellas y cocineros, el suelo estaba levantado porque quería poner parquet, las paredes agujereadas para instalar cañerías y tubos de calefacción, y los vecinos no dejaban de pasar delante de la puerta para fisgar qué prodigios se estaban realizando en ese piso donde iba a vivir Rodolfo Gaona.

Al no tener yo práctica en estos menesteres, aquellas sanguijuelas de operarios me cobraban precios estratosféricos por tareas que no valían nada, se eternizaban en las reparaciones y yo debía acudir al primo Rubén cada vez con mayor frecuencia para pedirle dinero, ya que Rodolfo lo había dejado encargado de suministrarme guita mientras él se iba a hacer el tauricida por todas las plazas de España.

Rubén, que conmigo exhibía unos ademanes untuosos y rastreros, me tranquilizaba:

—No se preocupe, mamasita, ¿cuánta lana necesita? ¿Mil?, ¿dos mil?

Cuando pude empezar a enseñar el piso a mis amigas, reventaba de gusto.

—Mirad, esas verjas de las ventanas, siete, las pintaré de verde y dorado, también tenemos cochera para el Columbia... Mañana me traen la cama, es de palosanto y una copia exacta de la de Luis II de Baviera, el que se volvió loco. ¡La lámpara es de Baccarat!

María Fernanda se echaba sobre los sofás para comprobar su blandura.

—Chacha, vaya vidorra.

Carola encendía y apagaba la luz tantas veces que acababa por fundir las bombillas mientras suspiraba y lloraba a moco tendido. Extrañada, le pregunté a María Fernanda qué le ocurría:

—Que su Fernandito del alma se casa con su prima Mariquita... ¡Al final doña María lo ha conseguido!

Le di un abrazo y la pobre Carola moqueó sobre mi hombro y trató de quitarle importancia a su desgracia.

—Es igual... No importa, no pienses en eso ahora.

Y eso hice. Pero tengo que confesar que si lo olvidé no fue por obediencia, sino por egoísmo, y bien que me avergüenzo ahora, cuando tanto necesitaría la compañía y el consuelo de mis amigas.

Hasta Irenita vino un día, lo miró todo con altivez, levantó una ceja ante la vista de una mesa de billar del mejor paño, supongo que acordándose de las costumbres nocivas del casquivano de su novio, y al final dijo con frialdad:

—Se ve que todo es muy caro.

De lo que noté que estaba muerta de envidia.

Yo me sentía poseída por un espíritu que no era el mío, tan ligera que podía volar como un pájaro o una pluma, las risas se me escapaban sin querer de mi alma gozosa, respiraba con fruición el aire viciado por el polvo, la pintura y la madera de la casa, y mis ojos fulguraban de alegría.

¡Mi casa! ¡Era feliz, demonios, a Carmela Ruiz Moragas la quería un hombre como esposa y estaba montando su nido!

Ni por un momento pensé con temor en un futuro junto a alguien al que apenas conocía, ni siquiera echaba a faltar el teatro, y cuando el Caballero Audaz me quería enterar de un chisme concerniente a alguna actriz, un amorío, lo último de doña María y su retozón marido, le decía con presteza:

—Déjame de esas cosas, que va a venir Pepa, la corredora, a traerme unos manteles que habían sido de la emperatriz Eugenia, un trinchante y un camafeo que me ha regalado Rodolfo.

Él protestaba.

—Oye, que si llego a saber que te ibas a volver tan repipi y aburrida no hubiera movido ni un dedo.

—Cállate, esperpento.

Me pegaba un pellizco y me decía con expresión compungida:

—Cuando seas la señora de Gaona ya no podré hacerlo —y luego añadía con voz velada y enternecida—: estás segura de lo que haces,

¿verdad, Carmelilla?

Si mis amigas proclamaban a todo el mundo que a partir de ahora iba a ser una inaguantable presumida, les contestaba con falsa modestia:

—Repuñales, que no..., que seré la misma.

Aunque por dentro ya me sentía distinta. Ellas seguirían siendo unas cómicas desordenadas, temperamentales y siempre rivalizando entre sí, mientras yo llevaría la existencia normal de toda señora casada, risueña y con muchas ocupaciones.

Claro que tuvieron un gran disgusto cuando debí explicarles que no las iba a invitar.

—Es que solo vendrá la familia.

Porque Rodolfo me lo había prohibido terminantemente. Ni doña María Guerrero y don Fernando Díaz de Mendoza, que eran marqueses, ni Irenita, que era hija de un ingeniero, ni tampoco el Caballero Audaz, ni Valle Inclán, ni los hermanos Machado, que, al fin y al cabo, eran escritores, ni Ricardo Calvo, que estaba decentemente casado con Lola, podían asistir a la boda. Todo lo que oliera a teatro iba a estar proscrito en mi vida.

Me reprendía con dulzura:

—Eso es el pasado, ándale, Carmela, tienes que romper con él. Que solo venga la familia.

Yo empalidecía y disimulaba mi turbación. Solo familia, sí, ¡como si fuera tan fácil! Vale, los tres hermanos de mi padre, que ya estaban al tanto de que había regularizado su situación y que yo ahora ya era su sobrina con todas las de la ley, se apuntaron rápidamente. Hombre, casarse con el torero que más ganaba no era grano de anís, y se presentaron en Madrid para conocerme. Me resultaron antipáticos y afectados y me pareció mucho más elegante mi madre, con su severa dignidad, que mis tías, pretendidamente finas, que la trataban con esa amabilidad exagerada que se guarda para los inferiores y preguntaban el precio de todos los muebles y objetos que había en mi nueva casa, de la que dijeron con suficiencia:

—Es mona.

El día en que Rubén me anunció que la madre de Rodolfo había desembarcado en Vigo y que esa noche llegaba a Madrid, no pude evitar ponerme nerviosa, aunque estaba segura de que íbamos a llevarnos muy bien. ¡Aquello de besarle la mano en México le había robado el corazón! Rodolfo estaba toreando en San Sebastián, y decidí encontrarme con ella en la casa de la calle Velázquez. Era una noche muy suave de octubre y fui

caminando, sintiendo un airecillo tibio sobre los brazos. Me preguntaba si debería llamarla mamá. Si se ponía a llorar le diría eso tan socorrido de:

—No pierdes un hijo, ganas una hija.

Maera, el criado, me hizo pasar con una sonrisa aviesa.

Doña Regina, vestida de lana negra de la cabeza a los pies, recorría la habitación con frenético paso de fiera, agitando un ramillete de facturas en las manos. Antes de decirme una palabra amable, me espetó clavándome sus ojuelos malignos:

—¿Pero tú has visto lo que has gastado, pendeja?

Sentí zozobra y angustia y un frío mortal que me penetró hasta los huesos. Un corsé de hierro empezó a oprimirme la caja torácica.

Sin apercibirse, empezó a echar los recibos sobre la mesa, como el jugador que se descarta del último naípe:

—Alfombras, cien duros. —Acercaba los impertinentes, que llevaba atados con una cuerda alrededor del cuello, como si no diera crédito a sus ojos—: ¡En plantas vivas te has gastado cincuenta duros! ¡Y una bañera de loza, setenta reales!

La tremenda seguridad y el contento que había sentido esos días se vinieron abajo con estrépito de cataclismo y me puse a tartamudear como una cría:

—¿Sí? Tanto..., no, no sé...; Rodolfo me dio permiso... ¡Está todo muy caro!

Mi futura suegra repasaba los papeles.

—¡Una nevera, quince duros! ¿Y la ropa blanca? Rubén, ¿dónde está la factura de la ropa blanca? —El chico, sin mirarme, le tendía un papel con una sonrisa obsequiosa—. ¡Veinte duros!

Le hizo un gesto brusco para que nos dejase a solas y Rubén se fue dirigiéndome una mirada burlona. La mujer, sin poder hablar de indignación, tan sofocada que tuvo que abanicarse con la factura más grande, la de la estufa de gas del salón de plancha de acero y esmaltado refractario, me señaló la butaca. Me senté en el borde, tan nerviosa como si me recorriera el cuerpo un ejército de hormigas, e intenté una cortesía:

—¿Cómo ha ido el viaje?

No me respondió... Me miraba fijamente tratando de reponerse. Al final su respiración se normalizó y me dijo en un tono que me hizo encogerme sobre mí misma como si me hubieran flagelado:

—Te has gastado la mitad de tu dote, supongo que lo sabes.

No pude evitar una mirada de extrañeza, ¿mi dote? ¡Pero si Rodolfo me había dicho que gastase lo que quisiera! La mujer se echó a reír escandalosamente al advertir mi desconcierto.

—¿Estás tarada? ¡Supongo que no pensarías que todo esto iba a salir del bolsillo de mi hijo y que encima te tenía que dar setenta y cinco mil pesetas!

Carraspeé, parpadeé, afirmé, tosí, mientras sentía por dentro como si me desgarrasen con los fierros más ardientes, pero me lancé a sonreír como las hienas del zoológico. Doña Regina, satisfecha del terror que me había causado, dejó los papeles a un lado, se quitó las gafas, se reclinó en el asiento y me soltó:

—Bien, ya que yo soy la madrina, supongo que don Natalio Rivas será el padrino de tu boda.

Tragué saliva porque esta era otra dificultad añadida. Don Natalio Rivas era un político honrado pero mediocre, cuyo único mérito era saber quedar bien con todo el mundo. A base de abrazos, jarabe de pico, sutileza y la fortunita de su mujer, había conseguido mantenerse en varias legislaturas de distinta tendencia.

Aun ahora, cinco años después de que haya caído la monarquía, en estos tiempos de tribulación en los que están arriba los que antes estaban abajo, y al revés, en los que tan grandes apellidos han caído, don Natalio acaba de sacar en las últimas elecciones su acta de diputado por la provincia de Granada. Lo dice Juan Chabás con burla teñida de admiración:

—Ese pedazo de alcornoque lleva cuarenta años chupando de la teta del Estado.

Como era una buena persona, trataba de favorecer cuando podía, siempre que el socorro no menoscabara su reputación de hombre cauto y moderado. Y ser padrino en la boda entre una artista y un torero era demasiado escandaloso para poder permitírselo, por mucho cariño que le tuviera a mi padre, que tampoco era tanto.

Primero intentó librarse apelando a los sentimientos filiales.

—¡Cómo voy a ser tu padrino estando vivo tu padre!

Yo argüí que precisamente era papá el que lo había sugerido. Después puntualizó:

—Estaría encantado, pero no puedo moverme de Granada.

¡Pues nos casaríamos en Granada! Yo le tenía una gran devoción a..., a...

Tuve que preguntarle a mi padre cómo se llamaba la patrona de Granada, y me dijo que era la Virgen de las Angustias.

Pues eso, le tenía mucha devoción a la patrona de Granada y quería casarme en su parroquia, la de la Virgen de las Angustias. Y así matábamos dos pájaros de un tiro: por una parte contábamos con la presencia del ínclito don Natalio, y por otra nos alejábamos de Madrid, donde se hubiera puesto en evidencia nuestro espantoso aislamiento social.

Don Natalio, momentáneamente fuera de combate, tuvo que aceptar a regañadientes, aunque yo no las tenía todas conmigo porque sentía miedo de que en el último momento recurriese a alguna estratagema para librarse, pero no le detallé estas tribulaciones a mi suegra y me limité a comentarle con insinuante cariño:

—Ya verá como será una boda muy bonita, pero es una pena porque no podrán venir nuestras amistades de Madrid, el duque de Alba, el de Fernán Núñez y el conde de Vallellano.

Como es natural, solo conocía a estos aristócratas por las revistas, por eso me quedé muerta cuando la doña me dijo:

—¿El conde de Vallellano? Es muy amigo de mi hijo y un gran admirador de su arte.

A lo que tuve que improvisar rápidamente con mugidos más que con vocablos y soltando una risa artificiosa:

—Ja, ja, ja, ¿Vallellano? No, quiero decir conde del Ballenato. Es un título cubano... de cortesía.

No se quedó muy conforme, aunque dijo:

—Hum.

Pero me miró de arriba abajo y creo que me leyó hasta el alma.

Esa burbujeante alegría que sentía en la garganta y que me impelía a reír de continuo se acabó con la llegada de mi suegra, y mi última semana de soltera trascurrió de una forma tristísima, no podía librarme de una pertinaz opresión en el pecho y el temor de que todo iba a salirme mal. Di orden de que se acabaran las obras de cualquier manera y el resultado fue que el piso presentaba calvas en las paredes y en el techo como un campo a medio sembrar, y estaba amueblado con una amalgama extrañísima de objetos buenos y malos, obras de mérito y cachivaches, pero tuve la esperanza de que Rodolfo no se daría cuenta hasta que no nos

hubiéramos casado y, una vez instalados, tan loco de amor estaría que no repararía en estas pequeñeces.

El traje me lo hizo Monsieur Manolo, mi vecino, y, a pesar de los comentarios piadosos de mis padres: «Te queda muy bien», lo encontraba recargado y de mal gusto, yo hubiera querido uno tan sencillo como el que había llevado la reina el día de su boda, pero Monsieur Manolo se rio con conmisericación.

—Los vestidos tan sencillos son muy caros y llevan mucho tiempo.

Rubén se encargó de reservar un banquete de cincuenta cubiertos en el hotel Washington Irving, al lado de la Alhambra, donde también nos alojaríamos.

¡Cincuenta cubiertos! ¿Cómo llenar ese mar ingente, qué digo mar, océano, de mesas y sillas? ¡Como si me hubieran dicho cincuenta mil!

A última hora se excusó uno de los hermanos de mi padre y lo peor de todo, no menos doloroso por esperado, fue que don Natalio Rivas decidió que ese día tenía audiencia con el rey en Madrid y tuvo que declinar mi invitación con una carta falsísima: «Ante todo debo decirte, querida María del Carmen, que no me inferirás el agravio, que por tal lo tendría, de pensar que deliberada y caprichosamente dejo de complacerte. No puedes dudar del anhelo que yo tengo siempre de servirte, me causa mucha contrariedad no actuar según tu deseo, que consideraría un honor...» y bla, bla, bla, por algo llamaban al hijo de tal «Pico de Oro del Darro». Al Darro lo echaría yo de cabeza y con piedras en los bolsillos.

Tuve que decírselo a Rubén, que se lo contó a Rodolfo, quien a regañadientes tuvo que acudir al ganadero Manuel Sánchez Carretero, que al menos era marqués de Llen, lo que hizo arrugar el morro a doña Regina.

—¿Pero tú no estabas emparentada con el Gotha y el *sursum corda*? ¡A ver si es que nos has dado gatazo!

Mi padre reclutó al final algunos funcionarios del ayuntamiento del tiempo en que estuvo viviendo en Granada y que se mostraron muy sorprendidos por el convite, dada su escasa relación, y el resto se llenó con amigos de Rodolfo que llegaron desde Madrid, el apoderado, la gente de la cuadrilla y varios espontáneos.

Era el día 19 de noviembre de 1917. Domingo.

Mis lúgubres augurios se iban cumpliendo con aterradora precisión porque el día se levantó revuelto y glacial, con rachas de lluvia

violentísimas, y el cielo y el suelo rivalizaban en grisura fúnebre y en tristeza. Era mediodía, pero parecía medianoche.

Yo no sé si todas las novias se sienten como me sentí yo el día de mi boda. No puedo contar ningún detalle eminente, aparte del medallón de doña Regina, porque la jornada trascurrió como si fuera un sueño producido por el cloral que mi madre tomaba para dormir. Rodolfo vestía el traje andaluz, de corto, y mi vestido de encaje *charmeuse* llevaba una pequeña cola que arrastré por un sucio charco a la salida de la iglesia de la Virgen de las Angustias. El agua no sé de dónde procedería porque el vestido ya tuvo todo el día un ligero pero persistente olor a defecación que me humillaba y llenaba de vergüenza.

Mi madre y doña Regina habían tenido unas palabras en Madrid el día anterior a cuenta de quién debía pagar los billetes en el tren correo, pero mis padres ya habían exprimido sus escasos caudales al máximo y tuve que suplicarle a Rodolfo que los abonara él.

Rubén se rio con malignidad y oí que decía en voz no demasiado baja:

—Estos gachupines de mierda.

Sentí cómo se me calcinaba el pecho, tragué saliva con sabor a hiel, me senté con mis padres y no abrí la boca en todo el viaje.

Mi único consuelo era acariciar a escondidas a Titán, que mi padre se había empeñado en traer y que llevaba en una bolsa de viaje. Pero hasta el perrillo parecía contagiado del malhumor general, porque vomitaba, tenía espasmos y papá estaba preocupado porque decía que lo veía ojeroso y desmejorado como si tuviera un mal incurable.

Cuando llegamos a la sala de banquetes, adornada con cenefas de hojas verdes y banderas de papel colgadas de parte a parte como si fuera una verbena de pueblo, como me temía la mitad de las mesas estaban desocupadas, así que se abrieron las puertas y entró la gente que estaba en la calle y que había venido a ver a Rodolfo, porque a mí no me conocían. Mal vestidos, mojados de la cabeza a los pies y de ademanes groseros, se pusieron las servilletas o la punta del mantel al cuello y lo devoraron todo, usando las manos y creo que en algunos casos incluso los pies.

Yo no sé si comí carbones o pedazos de hielo, ropa u hojarasca, solo sé que de pronto empezaron a oírse taponazos, un grupo de gitanos entraron con sillitas de enea, se pusieron a guitarrear y a cantar y allí se formó una algarabía de taconazos, palmadas y jipíos. Los invitados llevaban ya una merluza considerable, se quitaron las chaquetas y,

convirtiéndolas en muletas, empezaron a torear a unas prójimas con clavelinas en el pelo y blusas de volantes.

Y lo que más me molestó es que Rodolfo, tan serio normalmente, tan adusto, poseído de esa gravedad pedante de los que se creen superiores a los demás, reía, se quitó la chaquetilla y en mangas de camisa torea a Rubén, que lo empitonaba con una silla por todo el comedor.

Fue una comida caótica e interminable, las horas trascurrían con extraordinaria parsimonia. Discretamente, los invitados más serios, mis tíos y los funcionarios del ayuntamiento, desaparecieron y, al anochecer, el grupo más bullanguero compuesto por los «individuos de la cuadrilla y José el de las Trianeras» —según los describieron al día siguiente los cronistas de salones en los periódicos— decidieron ir a una dehesa a torear unas becerritas. El marqués de Llen llamó a un amigo suyo, ganadero también, lo organizó todo, se trajeron los carruajes y los «individuos» se embozaron bien en sus capas, pues había dejado de llover, pero corría un vientecillo siberiano atroz que bajaba directamente de Sierra Nevada. Pero antes decidieron ir a calentarse a las tabernas de las Vistillas con un último vino.

Manuel Sánchez Carretero me besó la mano y dijo que él se retiraba a su habitación a dormir. Rodolfo le hizo una reverencia.

—Gracias, señor marqués.

Y mostró una o redondita formada con los dedos pulgar e índice.

—Su regalo ha sido exquisito.

Era una pluma.

El gesto y el tono rastrero me avergonzaron.

Yo había intentado mantener todo el día una sonrisa impávida de cariátide clavada en los labios. La corona de azahar me apretaba las sienes de una forma espantosa, el vestido mojado me pesaba horriblemente y encima apestaba, la música, las palmas, el polvo que levantaba en el piso el zapateado flamenco, los jipíos, los ele, arsa, las luces oscilantes, el humo de los cigarros me causaban tal dolor de cabeza que no sabía si desenroscármela o darme golpes contra la pared hasta destrozármela. No había intercambiado una palabra con mi ya marido en todo el día, y me acerqué y le dije en voz baja:

—Rodolfo, vámonos nosotros también, por favor, no puedo más.

Me miró con asombro, como si en un primer momento no me reconociese; llevaba el sombrero en la nuca y la chaquetilla echada hacia atrás, se le veían los tirantes, la camisa se le salía por abajo, con los botos camperos daba golpazos en el suelo siguiendo un ritmo exótico que solo estaba en su imaginación. Lanzó una risotada y me dijo con brusquedad:

—Carmela, ahora eres mi mujer...; tienes que hacer lo que yo te diga.
—Me cogió del brazo y me acercó a él—: Pero ¿no te lo estás pasando bien? ¡Aguanta vara!

Sin soltarme hizo un gesto para que todos le prestasen atención. A nuestro alrededor los camareros dejaron de moverse entre las mesas, los invitados callaron, Rubén me miró con malsana curiosidad, doña Regina escuchaba con impaciencia, y mis padres, con rostros cansados, esperaban con aprensión. Rodolfo, sin soltarme, explicó:

—Carmela y yo queremos darles las gracias a todos por haber venido, y les comunico que el que quiera seguir, vamos a continuar la farra en la finca del marqués de Venos. ¡Mi mujer va a torear la primera vaquilla de su vida!

Yo enseñé los dientes en una sonrisa más falsa que un duro de madera y mascullé:

—No me hagas esto, Rodolfo, sabes que lo aborrezco.

Rodolfo me miró y volvió a dirigirse al personal, cada vez más descalabrado: un chicuelo se echó en el suelo dando grandes bostezos, una mujer se sentó en las rodillas de un hombre de la cuadrilla, las muchachas se ponían las banderolas a modo de collar y entró un grupo con chaquetas al hombro, seguramente huéspedes del hotel, y se dedicaron a vaciar los vasos de vino de las mesas mientras unas gitanas con sus churumbeles a la espalda se guardaban sin disimulo los sobrantes en la falda convertida en capazo.

—A mi mujer no le gustan los toros porque es una señorita muy distinguida —puso un tono mordaz—, pero, como sabe que su maridito es torero y que todo esto se ha pagado con el dinero del huevón de su marido, aceptará encantada, y ahora se va a poner una flor en la oreja; tú, Olivia...

Una mujer morena y guapa, con un traje de lunares, le guiñó un ojo y desde lejos le tiró una rosa ya mustia que acababa de recoger del suelo. Rodolfo, con ademanes torpes, la besó e intentó ponérmela entre el pelo, me aparté con desagrado y terminó por metérmela por el escote. Mis padres me observaban con angustia; doña Regina, con la sonrisa de suficiencia del propietario del cortijo, se envolvió en su chal, se encogió

de hombros como el que asiste en el teatro al final de una función que no ha sido de su agrado, y salió del comedor. Intenté sonreír para quitarle hierro a la situación y conseguí fingir un aplomo y una serenidad que no sentía.

—Perdóname, Rodolfo, estoy muy cansada, me disculparán tus invitados...

—... nuestros invitados...

—Pero no voy a ir...; subo a mi..., perdona, a nuestra habitación.

Luego pensé si no fue entonces cuando se estropeó todo. Si yo hubiera cedido, si hubiera sido más diplomática, más dócil, más amable, más femenina... Si hubiera podido conformarme con esa tristeza plácida que la gente confunde con la felicidad...

¡Si hubiera obedecido!

Rodolfo acercó su rostro al mío y silabeó:

—Tú vienes, Carmela.

—No voy.

Me planté con los brazos en jarras, di un golpe en el suelo con el pie, su mozo de espadas se llevó con asombro la mano a la boca, una de las mujeres rio burlonamente, alguien rompió un vaso. Rodolfo y yo estábamos enfrentados, le di un guantazo leve en el pecho, repetí innecesariamente:

—¡Que no voy!

Rodolfo me agarró el brazo de nuevo con tanta fuerza que me dejó los dedos marcados.

—Tú vas a venir conmigo, no me retes, Carmela, ¡no me retes!

Sentí un ansia loca de contestarle, se levantó en armas dentro de mí el orgullo de niña mimada y de actriz famosa, de belleza oficial de la villa de Madrid y de amiga de escritores y poetas, sentí temblores en las piernas y brazos y los bellos palpitanes, eché la cabeza hacia atrás, tuve un rasgo de chulería y le señalé:

—Ni tú ni nadie va a decirle a la hija de mi madre lo que tiene que hacer, y te he dicho que no voy, y no voy.

El silencio era tan espeso que se podía cortar con un cuchillo. Rodolfo enrojeció, hasta las orejas se le pusieron rojas, y después empalideció mortalmente. Dio un paso hacia mí. Yo, con la cabeza perdida y arrojándome al despeñadero con todo mi equipaje, volví a gritarle:

—Que no voy... Te dije al principio que yo no iba a participar en... eso...

Estaba tan alterado que no podía ni hablar, y al ver sus ojos homicidas temí haber ido demasiado lejos, pero mi padre se adelantó y me dijo con tono melifluo:

—Carmelilla, tu madre no se siente bien. —Y se volvió a Rodolfo—. Hijo, ¿tu mujer puede ayudarla a acostarse?

Rodolfo lanzó una risotada tan tenebrosa que daba miedo:

—¿En mi noche de bodas? Anda y que te den, viejo pendejo. ¡Esta se viene conmigo!

Se levantaron unos aplausos tímidos entre la gente, pero mi padre no cedió, se quedó mirando a Rodolfo fijamente y le dijo:

—Su madre la necesita.

Súbitamente acobardada, me puso detrás de él, hubo un navajeo de miradas, al final Rubén, el primo, apuntó:

—Ya están aquí los coches.

Rodolfo desistió con un feo gesto de boca:

—Lo que usted quiera... —Y me miró con venenosa dulzura—: Luego vendré... y hablaremos.

Me recorrió un escalofrío.

La cama era enorme, tenía dosel oscuro, colcha de flecos y cabezal de hierro forjado. Habían adornado los muebles de mimbre con geranios de color rosa, lo que daba a la habitación un aspecto equívoco de casa de citas. Había luz eléctrica, pero preferí encender dos candelabros que había al lado de la chimenea, que estaba apagada; el frío intenso de la calle se colaba por las grietas de la ventana. Mis padres ocupaban la habitación contigua y advertí con asombro que entre la suya y la nuestra había una puerta.

Sentí a Titán gemir tristemente, al final fui a cogerlo para consolarlo y para que me hiciera compañía. Mi padre me lo tendió sin palabras envuelto en una manta. No nos atrevimos a mirarnos, temiendo los dos haber ido demasiado lejos.

—Titán, bonito, zalamero.

Acariciaba su piel suave, tenía los ojos cerrados, respiraba fatigosamente, lo puse sobre una alfombra, se levantó vacilante sobre sus patas temblorosas y al final se acurrucó en una esquina, con el morro debajo de la cola.

Me puse una camisa de seda con encajes *chantilly* que me habían regalado las oficialas de Monsieur Manolo; tenía frío y cogí una toquilla de punto, que me crucé sobre el pecho. Me cepillé el pelo, que me había crecido hasta más abajo de los hombros, y me hice dos trenzas, me unté los brazos y el escote con crema de ámbar, que olía embriagadoramente. Me miré en el espejo del tocador, tendí la mano, toqué el azogue y me acaricié la cara. Dije:

—Hola, Carmela, ya eres una señora casada.

Claro que casada casada no estaba todavía.

¡Fuera toquilla, no servía para la noche de bodas!

Sentí por unos segundos un dulce presagio de felicidades, ¿por qué no? Me tendí en la cama. La luz de las velas oscilaba y pintaba negras sombras cambiantes en el techo labrado ricamente y, como hago siempre, empecé a arrepentirme de mi comportamiento y temí haberme equivocado al plantarle cara a mi marido.

Mi marido, cómo me gustaba paladear esta palabra. Ma-ri-do.

¿No dijo el cura que le debía obediencia y sumisión? ¡Siempre tenía que sacar los pies del tiesto!

E ingrata de mí, empecé a abominar de mi padre, ¿por qué se había metido? Si me hubiera dejado, al final habría acompañado a Rodolfo y ahora estaríamos los dos en la habitación, besándonos y entrando mansamente en ese estado ideal al que llaman matrimonio.

Pero hubiera tenido que acompañarlo a... Me estremecí.

Miré el relojito que me había regalado mi madre, las dos, y al cabo de un momento eran las tres, las cuatro, las cinco... Me adormecí.

No sé cuándo llegó, solo sé que la luz difusa del amanecer empezaba a recortar los contornos de los objetos, que la cera de las velas chorreaba sobre el mármol produciendo un penetrante olor a iglesia, y que los cristales de la ventana tintineaban por el viento serrano. En un sofá advertí un bulto oscuro, solo brillaban los ojos. Era Rodolfo.

Me incorporé. Tartamudeé:

—Pero ¿qué haces ahí?

Me invadió un temor oscuro y premonitorio. Temblaba.

Rodolfo estaba en silencio, solo el brillo de sus ojos feroces me demostraba que estaba despierto. Me vi obligada a darle explicaciones.

—Perdona lo de antes... Me sentía mal —acobardada y disminuida, proseguí, intentando halagarle—: el marqués de Llen es un señorazo y tus amigos, muy simpáticos.

Y con un hilo de voz:

—Espero que lo hayáis pasado bien.

Él seguía en silencio, pero su hostilidad era tan intensa que empecé a notarla como una bofetada. No sabía qué decirle, recapacité: bien, era nuestra noche de bodas, todavía podía enderezarse todo, le rogué:

—¿Quieres venir a la cama? —busqué a la desesperada algún argumento, al final frivolicé—: si mi modista se entera de que no has visto mi camisa de noche, me mata.

Al final se levantó, sentí crujir sus botas, era una mole enorme, se dirigió a la cama, pero tropezó y tuvo que cogerse a la columna que aguantaba el dosel, la cama se tambaleó.

—Rodolfo, ¿te pasa algo?, ¿estás bien?

No me respondió, se limitó a emitir un gruñido.

Me incorporé, no sabía cómo actuar, me fui a un extremo haciéndole sitio. Se sentó en la cama, se quitó la camisa, intentó bajarse los pantalones, se los dejó por los tobillos porque se encontró el obstáculo de las botas. Se quitó una con la punta de la otra, que cogió con las manos.

—Coño, joder, hijo de la chingada.

Al final dio un suspiro, se tendió sobre la cama, estiró la pierna y me ordenó lacónicamente con ecos beodos en la voz:

—Descálzame.

Avergonzada porque el camisón me transparentaba los pezones, me puse las dos trenzas sobre el pecho para ocultarlos y empecé a tirar por el tacón; él resoplaba. Titán levantó la cabeza con curiosidad y vino, pero yo conseguí tranquilizarlo con una rápida caricia furtiva. Gaona me gritó:

—¿Qué haces? ¡Deja al maldito perro, estate por mí, joder! —y añadió —: colócate de espaldas, ponte la bota entre las piernas y tira con fuerza.

Tiré, tiré, hasta que me quedé sin aliento y se me arañaron las manos; la bota estaba tan hincada en el pie como si estuviera soldada, al final me chilló exasperado:

—Pues déjalo y ven.

Nada estaba yendo como yo esperaba. Pero como creyó que me demoraba expresamente, me cogió por el camisón con un vigor muscular inverosímil y caí en la cama. Moviéndose torpemente, ya que llevaba una pernera del pantalón y la única bota, se puso encima de mí, me cogió la cara con una mano, me apretó las mejillas, acercó su boca a la mía, sacó la lengua y me la introdujo hasta la campanilla. Me acometió un ataque de tos, lo empujé para poder respirar, mi cabeza por dentro era un volcán, Dios, había llegado el momento, por qué protestar, todas las mujeres del mundo han pasado por esto.

¡Hasta mi madre!

Cerré los ojos con un profundo abatimiento.

Ahora me empujó sobre la cama y echó su peso encima con rugido fiero y espumarajos, me clavó los tirantes, la hebilla del cinturón, la bota restante, me puso la mano en los riñones para alzarme hasta que noté algo muy duro y muy grande en su entrepierna. Su boca llena de saliva me anunció:

—Te voy a destrozar, prepárate, chingona, y a ver si eres virgen de verdad.

Creo que gemí o protesté, incluso intenté pegarle, quebrantada de dolor, con mis puños en el pecho, no podía, no podía, mi carne mancillada, si esto era el amor matrimonial yo quería quedarme soltera, meterme a monja, dije no, no, no, creo que dije no, nono.

Levantó la cabeza, me miró, con los ojos intenté ablandarlo, no, Rodolfo, yo no digo que no lo hagamos, sino que empecemos con suavidad, hagamos el amor, sí, porque

*El amor es perfume, y es néctar y es veneno;
es camino de rosas y es camino de cieno.
Es un rayo de luna besando un corazón.*

No solo cieno, Rodolfo, es un rayo de luna y un camino de rosas, todo esto intentaba decírselo con la mirada, pero él respiró hondo, resopló y bajando la cabeza como un toro a punto de embestir, gritó hecho un salvaje, hecho un demente, me rasgó la tela de arriba abajo con las dos manos, mis pechos se liberaron y se expandieron por ambos costados, blandos y blancos, me los chupó con saña caníbal, me mordió los pezones, intenté culebrear debajo suyo gimiendo:

—No, no, el camino de rosas, el néctar...

Pero él me separó las piernas dándome un puñetazo en cada tobillo, pegué un alarido y una barra de hierro al rojo fuego se hincó en mis entrañas partiéndome en dos.

Fue tan brutal que me olvidé de seguir gritando.

Aplastada contra la cama, el dosel se bamboleaba como un paso en procesión, estaba recogido en medio por un medallón con dos angelotes, uno de ellos guiñaba el ojo, y cómo pude fijarme en estos detalles aún ahora no me lo explico. Después bajé los ojos en un gesto lento y lo observé a él. Con expresión severa y obcecada, Rodolfo metió y sacó, sacó

y metió tantas veces que ya no podía ni llorar, ni gritar, y me limitaba a gemir sordamente soportando sus tremendos embates, el colchón crujía, él jadeaba y empecé a sentir las patitas de Titán, que corría nerviosamente por la habitación.

Me agarré al cabezal, intenté olvidar lo que estaba haciendo con mi cuerpo, ¿qué decía?

—Grññ crumpf jjj jjj.

¿Qué idioma era ese? No el del amor, ni el de la pasión, no el que cantaron los poetas, el amor es perfume, es néctar, es veneno.

Carmela, no pienses en tu pobre carne mancillada.

Y después me volteó con tanta fuerza que me di un golpe en la frente con el cabecero de hierro, pero ni aun así grité, intenté rezar creyendo que había llegado mi último momento, pero Rodolfo me tapó la cabeza con la almohada, me golpeó la nalga con fuerza y sentí otra vez la barra de hierro candente, me llegaba tan adentro que me atravesaba de parte a parte, mordí una trenza mojada por saliva, por sangre, por orina, no lo sé, las costillas iban a quebrarse, y cuando ya cerré los ojos dispuesta a entregarme al Creador, cuando ya no podía hacer otra cosa que exhalar un dilatadísimo quejido, empezó a agitarse con un traqueteo demencial. En un esfuerzo agónico aproveché para apartar la almohada que me estaba matando y sentí cómo se derrumbaba a peso encima de mí, sus dientes clavados en el cuello.

Me quedé inmóvil mirando al vacío con los ojos resecos, mis riñones se llenaron de un líquido caliente en tal cantidad que parecía que me fuera a salir por la boca, y sin transición se dejó caer a un lado y se puso a roncar.

¡Mi noche de bodas!

¡Ni Pedro de Répide sabría escribir una obra tan vulgar y tan triste!

Era una llaga abierta de dolor, sangraba por todas partes. Intenté moverme con mucha lentitud, pero el padecimiento se hacía más y más insoportable, como si me untaran las heridas con vinagre.

Los líquidos me fluían por todos los agujeros del cuerpo.

Yo, Rodolfo, la ropa, las sábanas, apestábamos.

Empecé a desvanecerme, a caer, no oía nada, como si me hubieran tirado al fondo de un pozo y un remolino de agua me chupara hasta el fondo. Intenté mover los brazos, las piernas, pero no me respondían; luché contra el sopor invencible y al final, en un último paroxismo, lo zarandé para que se despertase:

—Rodolfo, Rodolfo.

Titán gemía quedamente, se fue a la puerta que separaba la habitación vecina y empezó a rascar, el picaporte se movió, adivinaba que era mi padre, que no se atrevía a entrar. Rodolfo se removió, abrió un ojo y preguntó malhumorado:

—Ese maldito perro, si lo agarro... ¿Qué te pasa?

Tartamudeando le dije:

—Me duele mucho el vientre... —me quejé—, pero ¿cómo has podido?

Soltó una carcajada burlona:

—Qué se pensaba la distinguida actriz... Ja, ja, ja, distinguida.

Me sorprendí tanto que levanté la cabeza.

—Ya sé que tu madre era una tal, a ver si te figuras que soy idiota, y sé que estáis a la última pregunta —intenté protestar, pero un pinchazo muy agudo me atravesó el cuerpo. Sin prestarme atención prosiguió—: al menos lo de tu virginidad era cierto.

Me eché a llorar silenciosamente, las lágrimas me corrían por la cara, pero no tenía fuerzas para enjugármelas; él proseguía mordaz:

—La niña bonita de sus padres... ¿Te crees que no me he enterado del desastre que has hecho en mi casa y de que no habéis aportado nada a la boda? ¡Ni un apellido, ni un duro, vaya joya! —Remedó la voz de mi madre—: Mi marido es gobernador civil, el padrino de la niña es don Natalio Rivas...

Se acercó a mi oído y me dijo:

—¡Cursis! ¡Sois unos cursis!

Cerré los ojos, tan humillada por los golpes como por sus palabras.

Aún no sé cómo pude decirle:

—Déjame en paz.

Se sentó en la cama, se rascó la cabeza, maloliente, aturdido y despeinado, con el pantalón todavía colgándole de la pierna, y gruñó:

—Cállate, pavisosa, y vete preparándote, que voy a por más... Llevo años esperando esto..., pero muéstrate un poco más animada, sabes, no me gusta tener la impresión de que estoy jodiendo con una muerta.

¿Otra vez? ¿Otra vez ese palo ardiente metiéndose en mis entrañas? Miré el balcón, estábamos en un cuarto piso, oí un pájaro cantor, parecía llamarme; si conseguía arrancar a correr podría lanzarme al vacío. Reuní fuerzas, pero lo único que pude hacer es juntar las manos en posición de súplica:

—No, no, más no...

Se rio brutalmente:

—Cómo que no, eres mi mujer, y como todas las mujeres tienes que aguantarte.

Me agarró las dos muñecas con una de sus manos por encima de mi cabeza, yo temblaba de horror, de pánico, y rezaba para que bajara mi abuela del cielo para llevarme con ella al reino de las sombras eternas... ¡Mirar desde arriba este espanto, como si le pasara a otra, libre de dolores y de penas!

Rodolfo me recorrió con la mirada turbia el cuerpo de arriba abajo, se pasó la lengua por los labios, siempre reseco y blanquinosos. Los pechos los tenía llenos de mordiscos, un tajo en el cuello y en la frente, los muslos llenos de sangre, tenía un temblor epiléptico desde la cabeza hasta los pies que no podía detener. Dejé de oír a los pájaros. La luz inclemente de esa mañana diáfana y tan clara que parecía transparente mostraba la hostilidad de la habitación, llena de aristas, de muebles terroríficos, de cortinones como sudarios. Tranquilamente puso una rodilla sobre mi pecho cortándome la respiración, se metió un cigarrillo entre los labios, lo encendió. Yo traté de librarme de su lazo mortal acometida por un temor horrible.

—No..., no...

—¿Qué te pasa? —me preguntó con una sonrisa arrogante, después meneó la cabeza—. Ah, crees que voy a quemarte, ¿te piensas que soy un loco?

Se inclinó echándome una voluta de humo.

—¿Eso crees?

Empecé a mover la cabeza a un lado y otro, gemí:

—Déjame, por Dios, me estás asustando.

Se rio. Y en esa postura forzada, clavándome un codo en el esternón, se fumó el cigarrillo más largo de toda mi vida. Después lo tiró a un lado y sentí la protesta leve de mi perrillo; intenté incorporarme, pero me detuvo agarrándome por el pelo, unió sus ojos a los míos, y había tal expresión de odio reconcentrado y antiguo que temí por mi vida.

—Qué gran decepción has sido, Carmela Ruiz Moragas. Me has arruinado, me has humillado delante de mi madre y de mi gente, tus padres son una mierda pinchada de un palo y he sentido más placer con cualquier putón de la calle Ballesta que contigo.

Me soltó como el que tira un harapo a la basura, masculló:

—No me sirves para nada.

Se levantó; quise hacerme pequeña, tan delgada como una hoja de papel; me hubiera gustado ser lo más insignificante posible, desaparecer.

Abrí los ojos y lo vi todo negro, como si me hubieran arrancado las córneas, oí cómo buscaba su ropa desperdigada por toda la habitación entre imprecaciones, oí cómo se vestía, cómo se ponía la bota que le faltaba, y luego lo sentí taconear sobre el suelo, patear, dar coces, hacer ruido e irse dando un gran portazo. ¿Era un gemido eso que oí?

No podía moverme, seguía notando una opresión grande en el pecho, al más pequeño gesto me acometían dolores vivísimos y un ardor espantoso. Llamé en un susurro:

—Titán, Titán.

Se me iba la mente, dejé de sentir el latido de la sangre en el oído, la puerta que daba a la habitación contigua se abrió lentamente, oí a mi padre que entraba de puntillas, con un último esfuerzo cogí una punta de la sábana para cubrir mi desnudez, y lo oí sollozar:

—Titán.

El perrillo, a los pies de la cama, estaba muerto.

El instinto de conservación, más fuerte que el deseo de morirme, me hizo incorporarme y suplicar:

—Papa, ayúdame.

Y creo que me desmayé.

A las doce teníamos que bajar a los jardines a que nos hicieran fotos. En ningún momento se me ocurrió negarme, toda yo era como un maniquí de trapo de esos que utilizan los modistos para probar los trajes.

Ya lloraría más adelante. Ya tendría toda la vida para hacerlo.

Me dejé manejar. Mi madre me metió paños para detener la hemorragia, me frotó las heridas con belladona, me dio láudano para aguantar el dolor, me ayudó a bañarme, pidió yodo para curarme, disimuló los moretones con polvos y me vistió con un traje chaqueta gris con cuellos y puños de visón y un sombrero con una enorme margarita.

Me levantó el cuello para ocultar el mordisco y me encajó el sombrero hasta los ojos para que no se me viera el corte en la frente. Los guantes ocultaron mis manos llenas de rasguños.

Bajé mientras mi padre envolvía el cuerpecillo de Titán para enterrarlo en un rincón del jardín, sin que lo viera nadie. Le asomaba la cabeza y tenía esa sonrisa rota de los perros muertos.

Ese día no lloré por Titán. Ese día no.

Mi madre observaba con extrañeza mi rostro sin lágrimas e intentó consolarme:

—Mujer, no sabemos si él le ha hecho algo, se habrá muerto de enfermedad, estos días estaba malito.

Ante mi silencio, se atrevió a intentar justificar mi aspecto lastimoso:

—Hay algunos hombres que se comportan así en su noche de bodas, es extranjero, a saber sus costumbres...

Pero yo le debí dirigir una mirada tan terrible que terminó por callarse.

Me encontré con Rodolfo en el *hall*, iba trajeado con lo mismo que en la boda, la camisa sucia y le faltaba un botón de la chaquetilla; alguien le había prestado un enorme sombrero cordobés que le quedaba muy mal. No me miró a los ojos ni una vez, tenía una expresión ausente, lejana, despectiva, al periodista no quiso responderle ninguna pregunta. Yo lo contemplaba como el que ve una película en un cinematógrafo, ni siquiera sentía odio. ¿Se mira con odio el abismo por el que se ha despeñado tu carruaje?, ¿se mira con odio el barco que naufraga? ¿Odias la lluvia por la fuerza mortífera de los maremotos?

La luz me hirió los ojos como el llamear de un incendio. Salimos juntos al balcón sobre la Alhambra, nos apoyamos en la barandilla, yo intenté sonreír y no lo hice mal. ¡Soy actriz y bastante buena!

¡Y pensar que quería sacrificar por él lo único para lo que sirvo!

Desatinos de juventud, en una noche me había convertido en una adulta muy vieja, muy sabia y muy cínica.

Lo vinieron a buscar los amigos para irse a una tienda y esta vez no me preguntó nada, en realidad, ni se despidió.

Su madre no salió de su habitación, no volví a verla. Comí y cené, es un decir porque no podía masticar, con mis padres, en silencio, sobrepasados por los acontecimientos. Solo podía sentarme de medio lado, caminar me causaba un sufrimiento horroroso.

Me acosté, mi madre me dio cloral. Me desperté con un sobresalto en esa hora de la madrugada propicia al delirio y la fiebre y sentí voces en el pasillo. Me levanté de puntillas, pegué la oreja a la puerta.

Rodolfo estaba hablando con su primo. Su tono era plañidero, muy distinto del que empleaba conmigo:

—¿Cómo he podido equivocarme así? ¡Si pudiera volver atrás!

La voz del primo, suave y marrullera, trataba de consolarlo: «Te convenía, compa, ya sabes por qué tuviste que hacerlo». Creí que, por imposible que me pareciese, Rodolfo lloraba.

Después Rubén le propuso en tono íntimo:

—Ven a mi habitación, aquí pueden vernos.

Se fue pasillo abajo soltando bramidos intermitentes como un animal enfermo que fuera a cobijarse a su cueva.

Esa noche no volvió a mi cama. La siguiente tampoco. Y regresamos a Madrid.

Se me fueron curando las heridas, pude recuperar las funciones de mi cuerpo, en esa única noche no me quedé preñada.

El mordisco del cuello me dejó una cicatriz leve, como una medialuna marroquí. Desde entonces tengo la costumbre de repasármela con el dedo, como ahora estoy haciendo.

Carmelilla, tienes tu vida escrita sobre el mapa de tu piel.

Ven, niña que fuiste y que murió aquella noche, déjame que te dé un beso en la mano, te lo mereces. La mano, el brazo, el hombro, no puedo besarme la señal del cuello.

A Alfonso nunca le expliqué cómo me la hice, y creía que era el recuerdo de alguna travesura infantil, me metía la lengua, puntiaguda y dura como una culebrilla:

—Gitanaza rubia, mellada, taradita mía.

Juan Chabás, la única persona a la que conté lo que antecede, me respondió con un silencio larguísimo. Cerró los ojos, se le tensaron los músculos de la mandíbula, se sacudió como un perro mojado.

—Qué asco siento de ser hombre.

—Lo tiene usted difícil, amiga mía, aunque no es imposible, el rey visigodo Recesvinto estableció el divorcio en circunstancias tan extremas como sodomía y adulterio, así pudieron las hijas del Cid divorciarse de los infantes de Carrión.

Yo engallé el hocico.

—Pues si las hijas de ese señor pudieron hacerlo, la hija de mi madre...

El abogado cabeceó guiñando los ojos y poniendo las manos formando tienda de campaña delante de él.

—No se exalte, querida amiga, ni ese es el camino, porque en la actualidad no rige esa ley, ya que Alfonso X el Sabio determinó en las Siete Partidas que, si bien autorizaba el divorcio, lo contemplaba únicamente como separación de lecho y techo, pero no como disolución del matrimonio, ino hay *res nullius*!

Yo exclamé, tan desilusionada como cuando me revelaron que los reyes magos eran los padres, aunque no sabía qué demonios quería decir ese latinajo:

—¡No hay *res nullius*!

Mi padre a todo asentía vigorosamente, y el letrado se recostó en el asiento.

—Si se siguen ciertos pasos, su marido y usted seguirán unidos por el vínculo, pero podrán vivir separados.

Para que viera que tonta no era y podía discutir con él de igual a igual, también señalé con mi poquito de pedantería:

—Todo por culpa de esas Siete Partidas —aunque luego estropeé el efecto—, las arrastraría a las siete el hocico por toda la calle.

El abogado rio bonachonamente.

—La hija del conde Fernán González tuvo tres maridos sin quedar viuda de ninguno, pero eso era antes del tiempo de Alfonso X.

Yo aduje con coquetería:

—Hombre, tres maridos, tanto no pretendo.

Y él me respondió piropeador:

—Será porque usted no quiere.

El hombre apenas asomaba por detrás de la mesa, pero compensaba su corta estatura con un empaque impresionante y con aquel tostón erudito que nos estaba endilgando. Las manos, infantiles, blancas y casi totalmente ocultas por los puños almidonados de la camisa que asomaban por debajo de su severa levita de abogado, reposaban ahora sobre la madera ricamente repujada, que sostenía una escribanía de plata y un crucifijo.

Viendo que mi padre bostezaba delicadamente, abrevió.

—Porque, a ver, posibilidad de arreglo ¿no hay ninguno?

Meneé la cabeza con tanta fuerza que se me cayó el sombrero. Al recordar esos dos meses que llevaba casada con Rodolfo, dos meses de miradas injuriosas, de comentarios despectivos en voz alta, de desprecios a mis padres, se me llenaron los ojos de lágrimas y me vi imposibilitada de contestar, embargada por un laconismo sombrío y una tristeza fúnebre. Fue mi padre el que dijo:

—No, Trinitario, no puede ser, esto está descartado. ¡Yo no sé de qué está hecho ese hombre!

Mi padre tenía confianza con el abogado Trinitario Ruiz Valarino porque compartían profesión, pero mientras papá no había pasado nunca de oscuro funcionario, Ruiz Valarino era uno de los letrados más brillantes de Madrid, senador vitalicio, ministro de Gracia y Justicia con el gobierno Canalejas y experto en arreglar pleitos matrimoniales y herencias envenenadas. A esta lumbrera de nuestro foro habíamos venido a pedir ayuda para librarme del dogal de mi matrimonio, que no era matrimonio, que cada día me apretaba más. Y si nos había atendido lo había hecho por recomendación de don Natalio Rivas, todo hay que decirlo, quien quizás se sentía algo culpable por no haber asistido a mi boda, aunque había hecho manifestación expresa de que no comentaríamos con nadie su intermediación.

Ruiz Vilarino me miró pensativamente y repitió:

—A ver, Carmela, escudriñe su alma, ¿no hay ninguna posibilidad de arreglar lo suyo? Piense que, pase lo que pase, no habrá nada mejor que estar casada y tener una vida recta.

Hundí la cabeza. ¿Seguir con Rodolfo? Me provocaba desprecio y repulsión, aborrecía hasta su nombre, me daban asco las huellas que dejaba en la casa, todavía llevaba en mi ser moral las señales de aquella noche espantosa. Sin poder contestar de tanto como me temblaban los labios, fue mi padre el que tomó la palabra:

—Es imposible; mi hija no puede, ni él muestra disposición para ello.

Era cierto, Rodolfo nunca más había vuelto a acercárseme. En realidad, apenas lo veía porque se pasaba las semanas en la finca de Guadalajara, sí, esa que había bautizado «del Carmen», y si alguna vez nos cruzábamos en el pasillo, se retiraba a la pared como si el más ligero contacto pudiera mancharle.

Al final conseguí hablar, porque ambos hombres me observaban esperando que me expresase.

—No podría estar con él, antes desearía matarme. Si la conciencia dice no puede ser, fácilmente y sin ninguna turbación lo repetirán los labios.

Era un diálogo de *Doña Perfecta*, acto II, escena VII, lo recordé cuando acababa de pronunciar la frase, pero como creo que ni mi padre ni el abogado conocían la obra, asintieron satisfechos y pasaron a asuntos más prácticos.

—Querida Carmela, está fuera de toda posibilidad que usted se vaya por las buenas de casa; podría ser acusada de abandono del hogar y la enviarían a la cárcel.

Asentí con tristeza mortecina y mi padre confesó:

—Ella quería hacerlo así, a las bravas, yo ya le dije que era un gran desatino —rezongó—; por algo soy abogado, humilde, pero también abogado.

El gran hombre asintió con magnanimidad.

—No faltaría más, Leandro, todos estamos en el mismo barco. El derecho canónico solo admite la separación, que suele llamarse divorcio, según el canon 1151 del código. Si presentamos unos motivos suficientes, podemos lograr que se pronuncie a su favor la Sacra Rota...; ya sabe usted que se puede conseguir, aunque sigo advirtiéndole que, si bien podrá llevar una vida libre, no podrá casarse nunca.

Me estremecí y me salió del alma decir:

—Casarme, ¡Dios no lo quiera!

Me miró detenidamente.

—Hasta que no se resuelva el pleito, tampoco podrá trabajar porque debería autorizarlo él, y por lo que usted me dice... —bajó los ojos para

ojear unos papeles que tenía encima de la mesa—. Contamos con el precedente de Rafael Gómez Ortega, El Gallo, y una ilustre compañera suya, Imperio Argentina.

Me amostacé un poco.

—Hombre, compañera no, e ilustre tampoco, ella es bailaora y yo comedianta.

El hombre me miró por encima de sus gafas sorprendido, ya que no estaba muy al tanto de estas distinciones profesionales que tanto nos importaban a nosotras y tan poco al resto de la humanidad, y prosiguió:

—Rafael e Imperio se casaron en 1911 y al cabo de tres meses ella pidió el divorcio, igual que ustedes... Fue al juzgado de guardia a denunciarlo, aprovechó que él estaba en una finca en el campo reponiéndose de una enfermedad.

—¿Los cuernos son enfermedad?

El hombre otra vez se sorprendió, pero como la curiosidad es innata a todos los seres humanos, aunque sean abogados muy serios, preguntó:

—¿Cuernos? ¿O sea que ella no era tan formal como se dijo en el juicio?

Me acodé a la mesa e hiqué el dedo en la madera.

—Mire usted, Pastora se entendía con el rey ya desde antes de casarse con El Gallo, y cuando el rey se cansó de ella, se la pasó a su primo Fernando de Borbón, que es el que se la beneficia ahora... Mientras, el rey se liaba con la mujer de ese Fernando de Borbón, una catalanufa que se llama Leticia...

El abogado sacudió la cabeza como si quisiera liberarse de un encantamiento mientras mi padre repiqueteaba impacientemente con sus dedos sobre el brazo del sofá. Cuando don Trinitario volvió a su ser, dijo:

—Ya entiendo, bueno, mejor dicho, no lo entiendo, pero para el caso no nos sirve eso... Lo único que digo es que tenemos un precedente.

Me animé.

—O sea, que cuando Rodolfo se vaya a la finca, yo me voy a un juzgado, lo denuncio y él me pasa una pensión. —Me disculpé por mi materialismo—: Perdona usted, pero desde que me casé me vi obligada a dejar las tablas y en mi familia no entra más sueldo que el de mi padre...; los pequeños ahorros, las rentas de la finca de Almadén, todo se fue en los preparativos de boda.

El abogado se alarmó:

—Pero ¿no cuentan ustedes con nada?

Mi padre levantó la mano:

—Para su minuta tenemos suficiente, no se alarme.

El abogado dio un suspiro de alivio, pero trató de disimular.

—Bien, no me preocupaba eso. No será cosa fácil, pero lo conseguiremos.

Y mi padre, acostumbrado a vivir en el territorio del enchufismo y los favores, se apresuró a musitar en un susurro cómplice:

—Hay un juez en la Sacra Rota sobre el que podría influir.

El abogado le cortó:

—Tate, tate, eso sería hasta inconveniente, son abogados de una rigidez ejemplar. —Mi padre parpadeó con escepticismo. Como muchos hombres de su edad, no conocía otra manera de que prosperaran los pleitos que acudiendo a las influencias—. Se trata de buscar un motivo de divorcio.

Me eché a reír con amargura.

—Pues eso va a ser muy fácil. ¡Me maltrató en la noche de bodas!

El abogado meneó la cabeza paternalmente.

—Eso no vale, hija mía. Si contaran todas las mujeres honradas ese trance, no creo que ninguna confesara que había disfrutado; además de que no tenemos testigos.

Señalé a mi padre.

—Él.

—Sus padres no sirven...; además, no creo que tenga todavía señales físicas después de dos meses, ¿no?

Me toqué la cicatriz del cuello, tan poca cosa ya, y negué con la cabeza.

—Si yo le contara, querida amiga. La duquesa de Peñahermosa sufrió tales desgarros que nunca pudo tener hijos; la mujer del gobernador de..., vamos a dejarlo, sufría palizas diarias de su marido y se quedó loca y la tuvieron que encerrar. Nadie testificó a su favor, y su doncella personal, que le tenía que practicar diariamente las curas, fue sobornada.

Hundí la cabeza en las manos presa del desaliento.

—No siga, por favor —levanté la mirada—. Pero, entonces, ¿qué?

Abstraído soltó:

—Qué pedazo de ojos tiene usted —carraspeó—. Quiero decir que no se desanime, no todo está perdido. El adulterio también es causa de disolución.

Me llevé la mano al pecho.

—Pero no creerá usted que yo...

—No, claro que no —me miró de arriba abajo halagadoramente—, eso que es usted una mujer de bandera, permítame que se lo diga...; lo señalaba, más bien, por el lado de su marido.

Reflexioné, no sé porque me pareció que no era cierto, además de que, con tal de humillarme, si hubiera tenido alguna piruja me la hubiera pasado por las narices sin recato. Es más, me había encontrado a Paquita Escribano en Tortoni, estábamos las dos esperando que nos sirvieran y cuando la vi quise irme, pero ella se me acercó, me tocó el brazo y, cuando estaba a punto de hablarme, apareció la madre, que le dijo en tono de advertencia:

—Mañana.

Y se la llevó. No sé qué quería decirme, pero sí supe leer en sus ojos: Paquita se compadecía de mí.

Sin mucho convencimiento asentí.

—Intentaré averiguar.

Se abrió la puerta del despacho y entró el pasante de don Trinitario.

—Ahí afuera están los ingenieros franceses que tenían hora con usted.

—Ah, sí, hágalos entrar y traiga los documentos de la Sociéte du Chemin de Fer que están en el archivo, por favor.

Se levantó con la mano tendida y aprovechó para, con la excusa de acompañarme a la puerta, rodearme el talle, más arriba no llegaba, y magrearme un poco, mi padre detrás.

—Busque usted pruebas, pregunte a los amigos.

En la puerta me detuvo y me miró a los ojos.

—Usted, además de muy bonita, es una mujer inteligente; sabrá buscar algún punto flaco porque lo debe tener, conviértase en detective...

—Después bajó la voz a un susurro confidencial porque entraban unos señores muy serios con chisteras como tubos de chimenea—: ¿Así que usted dice que el rey está con esa cupletera?

—Bailaora.

Levanté los brazos y los moví por encima de mi cabeza para enseñar lo que hacía Pastora Imperio, que yo tampoco le veía tanta importancia. Los franceses rugieron:

—Olé.

Hice una pequeña reverencia en dirección a ellos, icómo me tiraba el mundo del teatro! Si esos señores hubieran querido me habría hecho la muerta allí mismo y hubiera recitado «Reondo cayó del caballo» con un

sentimiento tal que hasta llorarían las perdices ensangrentadas de los cuadros.

Don Trinitario, nervioso, entornó la puerta.

—Ya... Pues no lo sabía yo; hombre, del rey, cuando fui ministro, te contaban que si tal o si cual, pero un día me tiene usted que informar de todo eso.

Aún detuvo a mi padre un momento.

—Leandro, si ese hombre descuidara su sustento, también sería motivo de separación.

Mi padre replicó con honradez:

—No nos entrega nada, pero no nos mata de hambre.

Se quedó en la puerta mirándonos mientras se oía a los ingenieros franceses hablando con muchas ges de por medio, pero aún vino a la escalera mientras esperábamos el ascensor y frotando un dedo contra otro nos dijo:

—Y podríamos pedir una pensión de cuatrocientos dures.

Nos fuimos caminando lentamente. Hacía un frío terrible, yo llevaba las manos metidas en un manguito de piel y me había bajado el velo del sombrero sobre la cara para que nadie me reconociese. El sol, un disco rojo entre la neblina, desapareció detrás del campanario de San Ginés y se hizo de noche. No pronunciamos palabra, y cuando llegamos a esa casa en la que siempre fui una extraña, mi padre se fue a su habitación y yo a la mía.

Tuve que ir sorteando los muebles mal colocados, inservibles y, encima, sucios, pues el servicio no se preocupaba de mantener la vivienda con un mínimo de dignidad. Al principio intenté darles instrucciones, pero me di cuenta de que Rubén les había mandado que no me obedeciesen; les habría dicho que ni mis padres ni yo teníamos ninguna influencia en aquel piso, y nos trataban con indiferencia, cuando no con desprecio. Maera, el criado principal, estaba en la finca, y el cuerpo de casa lo componían un par de criaditas sucias y lenguaraces y un lacayo obsesionado por la tauromaquia que se pasaba todo el día dando pases con un mantel viejo y retando a un toro imaginario:

—Eh, eh.

La primera semana de casada me armé de valor, me hice la encontradiza con mi marido en la escalera y con lengua torpe, tal terror

me producía, le dije:

—Mis padres y yo hemos decidido irnos al piso que nos dejó la abuela en la calle Lagasca, ya sabes que la casa de Velázquez era alquilada y que mis padres la dejaron cuando...

No me atreví a decir «cuando nos casamos». Rodolfo me miró con altanería y me dijo:

—Si te vas, Carmela, lo consideraré abandono del hogar, te denunciaré y te meterán en la cárcel, que lo sepas, felona.

No pude evitar dar un grito de pánico y me di cuenta de que se debía haber asesorado con un abogado, pero por mucho que le di vueltas, no entendí qué empeño tenía en que continuáramos juntos cuando era evidente que nos detestábamos. Me fui a mi cuarto con una catarata de sangre en el pecho, me ahogaba, se me acababa la vida.

Las lágrimas corrían por mi rostro, me sentía vencida por una soledad abrumadora.

¿Iba a ser así para siempre?

La expectación que había despertado la boda se fue diluyendo; mis amigos, creyendo que estábamos en plena luna de miel, no intentaron visitarme, y el Caballero Audaz me envió una postal muy cariñosa desde Múnich, donde había ido detrás de una actriz alemana que no le hacía caso.

Me encerré en mi habitación por el método de colocar una silla contra la puerta trabando el picaporte. Era un cuartito que en principio había destinado a lavadero, pero me había puesto un catre, unas sillas y un pedazo de espejo, el baúl con mi ropa a los pies de la cama, y ahí me pasaba el día y la noche. Dormía o contaba las vigas del techo una y otra vez, seis, siete, ocho y vuelta a empezar.

Me ponía de lado haciendo almohada con las dos manos juntas y recordaba los viajes en tren en un tiempo que ahora me parecía muy lejano: cómo atisbábamos a través de las cortinas del departamento esas estaciones solitarias de pueblos remotos en los que nunca paraba nadie, mientras el traqueteo nos acunaba hasta que nos quedábamos dormidas.

El olor a polvos de la cara, sudor, grasa, tinte del pelo, madera, que tienen los camerinos de los teatros... «Señora Moragas, a escena».

¡Morales! ¡Los baúles!

¡Somos sus hijas del corazón!

¿Por qué nunca nos damos cuenta de los días felices hasta que han transcurrido?

Se me resbalaba la cabeza hasta quedarme dormida al arrullo de los recuerdos, soñaba con rostros brumosos y figuras desvanecidas y fantasmales, pero me despertaba sobresaltada entre sollozos y expresiones de dolor porque tenía la misteriosa sensación de que alrededor mío me espiaban infinidad de criaturas. Aunque realmente Rodolfo estaba casi siempre en la finca, desconocía cuándo se encontraba en la casa y temía encontrármelo.

Me producía una aversión y un terror inmensos.

Pero desde la visita al abogado, mi cabeza no dejaba de dar vueltas. ¡Había tantas preguntas sin respuesta! Por fuerza todo debía tener una explicación, existía una clave en algún sitio, algo escondido en la vida de Rodolfo que podría servirme para lograr la tan ansiada libertad.

Pero ¿qué era?, ¿qué podía ser?

¡Lo conocía tan poco! ¿Cuántas veces nos habíamos visto? ¿Diez, doce? ¿Y cuántas conversaciones de verdad habíamos tenido? No podía recordar ninguna en la que nos hubiéramos hecho confidencias o en la que yo hubiera vertido en sus oídos las penas que anegaban mi alma. No conocía sus miedos, ni sus debilidades, ni lo que esperaba de nuestro matrimonio.

¿Cómo había sido de niño?

¡Demasiado tarde ya para averiguarlo!

Rubén era el único que venía de vez en cuando a interesarse por mí, aunque yo sabía bien que lo que pretendía era vigilarme. Se divertía maltratándome, me citaba con la muleta de sus comentarios ofensivos y solo faltaba que me clavase una banderilla en el lomo y que luego las mulillas me arrastrasen por toda la plaza dejando un rastro de sangre. Supongo que ahora se habría enterado en este Madrid sin secretos de que habíamos ido a ver a un abogado y temía algún golpe, pero no sabía por dónde iba a caerle.

Llamaba quedamente:

—Doña Carmela.

Yo no me molestaba en ser simpática.

—Anda y que te den.

Le había cogido un odio y un aborrecimiento tal que no podía verlo sin ponerme enferma.

—Mi tía ha escrito y ha preguntado si ya está panzona...

Me quedé tan sobrecogida que aparté la silla y abrí la puerta de golpe.

—¿Cómo?

Él sonrió hipócritamente, siempre iba muy atildado, vestido con chaquetas apretadas y el pelo con brillantina.

—Órale, que a ver si voy a ser tío de un chamaco o chamacona...

—Pues le dices a esa bruja que... —pero mis invectivas fueron perdiendo fuelle; había algo, alguna cosa que había dicho esa voz, una frase, unas palabras... Traté de retomar el hilo—, que ella y toda su familia se pueden ir al mismísimo infierno.

Me riñó falsamente horrorizado:

—Pero cómo puede guacarear eso de una santa como mi tía Regina, chale, qué huevona. Cuando se entere Rodolfo se va a llevar un...

Cerré la puerta de golpe y gruñí:

—Lárgate, puerco.

Pero no ponía el alma en los insultos porque había algo que me había pasado por alto; me tumbé en la cama, el otro aporreaba la puerta y se lamentaba con falsa compunción:

—Qué boca más sucia tiene la doña echando madres de esta manera.

Me partía la cabeza pensándolo, intentando averiguar... Era en Granada, era de noche...

Sí... ¿Qué habían dicho los dos compinches en el pasillo mientras yo estaba en la cama con el cuerpo magullado y el alma deshecha?

«¿Cómo he podido equivocarme...? Si pudiera volver atrás...». No, eso lo había dicho Rodolfo, era otra cosa... Era la voz de Rubén...

«Te convenía, compa».

¡Sí! ¡Qué frase tan extraña! ¿Qué querría decir con eso? ¡Algo habría! Ya, ya. «Te convenía, compa, ya sabes por qué tuviste que hacerlo». Presentía que eso era importante, daba a entender que algo o alguien habían obligado a Rodolfo a casarse.

¿Quién podría informarme?

—¿Le comunico entonces a doña Regina que de momento no hay descendencia? ¡Se la va a llevar el chanfle!

Rubén estaba descartado, pero tampoco conocía a ningún amigo de Rodolfo, no me imaginaba sondeando al marqués de Llen o a su apoderado, a Maera o a la gente de su cuadrilla, a la que no veía nunca.

¡No me iba a presentar en la finca a interrogarlos a todos!

Se me ocurrió incluso la loca posibilidad de preguntarle a Paquita Escribano, al fin y al cabo habían estado juntos cuatro años y ella me había mirado con lástima... Pero no, ese no era el camino (se me habían pegado las maneras redichas de Ruiz Valarino); tendría que intentar averiguarlo sola.

En la casa no existía despacho, en la amplia habitación de Rodolfo había una gran mesa con muchos cajones donde sé que guardaba el dinero, sus documentos, papeles personales y los contratos de las corridas. Si pudiera entrar en esa habitación, si pudiera saber... Proponerme un objetivo me resultaba un tónico reconfortante, ime animé, se me colorearon las mejillas, me brillaban los ojos!

¡Carmela, tienes un plan!

Rubén seguía con sus comentarios mordaces y risas falsas:

—Quiúbole, doña chingaquedita, qué hocicono nos ha salido.

Maquinalmente, alcé la voz:

—Chinga tu madre.

Sí, tenía que entrar en su habitación, aunque no sabía cómo. Y no porque estuviera cerrada con llave, sino porque para poder acceder a ella tenía que pasar por la alcoba de Rubén, que dormía atravesado en la puerta como si fuera un perro.

Un perro. Como mi Titán.

Me entristecí, pero no podía permitírmelo. Ya lo lloraría.

—Abur, pinche piruja.

—A la mierda, cabrón.

Solo a mi padre me atreví a comentarle mis planes de espionaje. El pobre se vio obligado a justificarse:

—Yo buscaría, Carmelilla, pero mi vista ya no es la de antes.

Pero la casa estaba erizada de ojos, los criados no tenían otra cosa que hacer que vigilarme, Rubén, a su manera indolente y perezosa, estaba al tanto de todos mis gestos, por pequeños que fueran, así me di cuenta de que hasta registraba mi habitación y contaba la ropa que ponía a lavar!

Y cada vez que salía de mi cuarto, sentía detrás unas pisadas, el movimiento de una cortina, una puerta que se abría, una tabla del suelo que crujía... Me pareció que hasta mientras dormía entraban en la habitación para espiarme, y decidí esconder un cuchillo de cocina debajo de la almohada. Una noche me desperté con los músculos en tensión y, aunque el corazón me latía violentamente, empuñé con firmeza el arma. Dije asustándome de mi propia voz:

—¿Quién está ahí?

Me puse en pie entumecida y vi que la puerta se abría y se cerraba suavemente, tac, tac, pero el pasillo estaba vacío. ¡Tampoco habría sido capaz de clavarle el pincho a nadie, naturalmente!

Mis padres hacían una vida tan recogida que parecían muertos en vida. Mi madre había montado su altarcito y había estado tantas horas de

rodillas que dio en tener flebitis y tuvo que yacer en cama, y mi padre permanecía a su lado haciéndole masajes en las pantorrillas con alcohol mentolado, fumando su cigarro, leyendo el periódico y rumiando cómo podríamos salir de esa.

Entre los dos se cruzaban frases deshilvanadas sin sentido que no requerían contestación:

—Ha estallado la revolución en Rusia.

—Las fresas de Aranjuez este año no han salido muy buenas.

Yo miraba tras los cristales del ventanuco de mi habitación el transcurrir de los días, sin dejar de prestar atención a los ruidos de la casa, intentando mantenerme siempre alerta. El invierno iba dando paso a la primavera y entonces abría de par en par la ventana para que entrara la fragancia de la noche; las acacias de la calle Fortuny pintaban un hermoso arabesco contra el cielo estrellado y mi corazón se sentía embargado por una remota ternura cuyo origen no sabía precisar.

¿Me había amado alguna vez Rodolfo?

En el barco, cuando me regaló a...

No, no pensar en eso, necesito ser fuerte y despiadada.

¿Se había engañado conmigo lo mismo que yo había hecho con él? ¡Quizás no había sabido darle lo que él esperaba! Pero ¿qué poder superior le había obligado a casarse conmigo?

Al fin, un domingo me llamó la atención un hecho que no se producía usualmente: el silencio. Y es que había llegado a Madrid el circo Ringling y los criados se fueron a verlo sin pedir permiso, y hasta Rubén se había evaporado. Mi marido estaba en la finca.

Era el momento de entrar en su habitación. ¡La habitación de Barba Azul! Tenía ganas de levantar las manos moviendo las muñecas como se hace con los chiquillos para asustarlos.

Fui volando más que corriendo atravesando la casa vacía a la habitación de mis padres y, llenos de excitación, porque mi padre en el fondo también era muy teatrero, urdimos un plan: él se quedaría en la puerta de la calle y, si entraba alguien, tenía que estrellar contra el suelo un tabor chino.

Mamá protestó:

—Es muy valioso.

Mi padre sacó una voz desconocida para gritarle:

—¡Cállate!

Eché a mi padre una mirada de reconvención, pues necesitábamos también la colaboración de mamá, la cogí por los hombros, la miré a los

ojos y le dije:

—Mamaíta, tú te has de poner en el pasillo, y cuando veas a alguien, has de entretenerlo hasta que yo pueda salir del cuarto.

Mi madre empalideció y se llevó la mano a la boca.

—¿Yo? ¿Qué? ¿Cómo?, ¿qué tengo que hacer? —y luego gimoteó un poco—: a mí no me involucres en tus cosas, y además estoy con la flebitis.

Y mi padre, tan metido en el papel que se le había puesto cara de Arsenio Lupin, dijo:

—¡Mejor! Así, si es el caso, le pones el bastón entre las piernas y que se caiga al suelo. —Y se acercó a ella echando lumbre por los ojos—: Mercedes, esto es de vida o muerte, ¡hazte cargo de que hoy se decide nuestro destino: o víctimas, o verdugos!

El tiempo apremiaba, no me daba tiempo a seguir discutiendo y me lancé a las habitaciones prohibidas. El cuarto de Rubén era de una sencillez espartana, pero el de mi marido estaba recargado y todo era de mal gusto: los muebles cubiertos por una capa de polvo, la cama sin hacer, las sábanas amarillentas, las mantas tiradas en el suelo en confuso montón... Miré los armarios, la ropa de ciudad y de campo estaba sucia y rota, supongo que la mejor se la había llevado a la finca; en una cómoda estaba su ropa blanca llena de manchas marrones, abrí un baúl mundo y un brillo cegador me hirió los ojos, eran sus trajes de torear. Busqué debajo de la cama, con pelusas tan grandes como gatos de angora, abrí cajones, batí las cortinas, miré encima de los armarios. ¡No sabía muy bien qué buscaba y los minutos iban trascurriendo!

Un armario enorme con la luna empañada tenía la puerta atrancada; le di a la manija hasta que se me quedó en la mano, pero la puerta seguía cerrada. Nerviosa, me saqué unas horquillas del moño y las introduje en el agujero haciendo palanca... Al final se abrió de golpe con un chirrido estremecedor, y un olor a sudor, moho y queso podrido me irritó la pituitaria hasta hacerme estornudar.

¿Qué había? Más ropa, el traje corto de novio estaba dentro de un saco de tela, arriba sombrereras, abajo zapatos y botas de montar; me arrodillé, parecía que en el fondo había una caja, metí la mano, conseguí sacarla. No tenía tapa, en su interior había un fajo de billetes atados con una cinta negra, unos pagarés, un reloj de bolsillo, una pesada pitillera de oro y dos retratos. Uno era de la madre, mirando al fotógrafo con sus ojos jactanciosos y brutales. El otro era de un hombre con sombrero charro, botas bordadas, grandes bigotazos a lo Emiliano Zapata y una dedicatoria: Para Rodolfo, de Ojitos.

De pronto me dio vergüenza lo que estaba haciendo y me sentí miserable. Grité:

—¡Mamá, ya estoy!

En ese momento se oyó el ruido lejano de la porcelana al romperse, metí la caja y sin querer tiré una bota de montar, se oyó el rugido de Rubén, pero yo me sentí atacada por una parálisis que me inmovilizó los miembros, creo que me olvidé de respirar.

Del interior de la bota salieron resbalando lentamente... un puñado de cartas.

Mi madre abrió la puerta susurrándome:

—Carmela, Carmela, sal, viene alguien, corre...

¡Cartas! ¿Qué hacer? ¡Dejarlas y venir luego a por ellas!

No, no, imposible... Le ordené:

—¡Apaga la luz del pasillo!

Oí la voz de Rubén en el recibidor riñendo a gritos a mi padre:

—Cómo se le ocurre caminar a lo loco, viejo pendejo, que eso era muy caro.

Mi madre con ansia en la voz me hablaba por la rendija:

—Carmela, niña, corre...

Me metí las cartas en el escote, no cabían, debajo de la falda en la pantaleta, en la cintura; los gritos de Rubén subían de tono, iban acercándose, puse la bota en su sitio, cerré el armario, escuché cómo abría puertas a patadas, volví a oírlo maldecir:

—¡La casa a oscuras! —Y, muy cerca, con ceñuda ironía—. Qué gran honor, usted acá, doña Mercedes, aunque ya sabe que a mí me gustan más tiernecitas, ¿qué se le ofrece por estos pagos?

Mi madre guardó unos segundos de silencio en los que cabía la eternidad entera. Apreté los párpados, conté uno, dos, tres... Cuatro, cinco, seis... Entonces la voz de mi madre, en tono ofendido, se oyó tan clara como el agua de la fuente:

—Rubén, ¿cómo me hablas de esta manera? ¡Piensa que podría ser tu madre!

Cerré los puños, abrí la boca, ¿mi madre actuando? Con la mente convertida en director de escena, la conminé: sigue, sigue... El otro respondió con chulería:

—Mi mamá no andaría por aquí a escondidas —y añadió suspicaz—: ¿quiere usted algo de la habitación de mi primo?

Me quedé literalmente sin oxígeno, se movió el picaporte, sentí un pavor espantoso, me arrimé tanto a la pared que pensé que me fundiría

con ella. Me mordí los labios: mamá, mamá, sigue...

Como si me hubiera oído, mi madre preguntó extrañamente tranquila:

—¿Yo, hijo? Claro que no, venía a buscarte... —Rubén emitía sonidos de impaciencia y abrió la puerta unos centímetros, sentí un dolor punzante en el pecho, mi madre persistió, un poco más deprisa de lo normal—. Mira, en realidad es que te quería enseñar una botonadura de mi marido...; es de oro.

La puerta seguía abriéndose lentamente, Rubén se rio con burla:

—Sí, ¿y a mí qué me importa? —Ya iba su mano a la pera de encender la luz—. No soy una prendera.

Mi frente se cubrió de sudor, el corazón me iba tan fuerte que me parecía mentira que no lo oyesen, iba a bramar empavorecida, pero aún pedí a la desesperada: mamá, sigue, inventa, que se te ocurra algo, por favor.

Y con una naturalidad como yo nunca he llegado a tener sobre un escenario, mi madre siguió explicándose de una forma enfática y cursilona:

—Como hasta ahora no hemos tenido ningún detalle contigo, he pensado que quizás podríamos montar unos lindos gemelos para obsequiarte. ¿Qué te parece?

Rubén vaciló pasando del desprecio al antojo, porque más que malvado era ignorante y presumido. Con altanería y la voz fuerte preguntó:

—¿Unos gemelos?

Jugándose todo a la última carta, mi madre soltó insinuante y sugestiva en su papel de serpiente tentadora del paraíso:

—Podríamos añadir el reloj de bolsillo de mi marido si te parece poco. —Rubén carraspeó, yo le había visto dirigir miradas codiciosas al modesto reloj de mi padre, de plata sobredorada con un dibujo de flores de lis—. ¡Tiene mucho valor!

Mentalmente me quité el sombrero por la actuación de mi madre, ahora sabía de quién había heredado mis modestas dotes de actriz, y noté que al influjo de su voz Rubén iba ablandándose, pero no quería que se le notase y añadió aún ceñudo y malhumorado:

—Merecer me lo merezco, estoy aquí encerrado por ustedes...; ¿es de oro el reloj?

—Claro, de oro de veintidós quilates... —y mamá añadió innecesariamente, como esos cómicos malos que meten una «morcilla»

para ser más graciosos—, y hace juego con una aguja de corbata y un anillo gordo para el dedo meñique.

Abrí la boca sin querer temiendo que hubiera ido demasiado lejos, sobre todo porque la aguja de corbata y el anillo pertenecían al reino de la fantasía, pero Rubén permanecía en silencio; la luz del pasillo recortaba un triángulo en la habitación, el vértice me lamía los pies y solo tenía que dirigir una mirada dentro para descubrirme, pero no me atreví a mover ni los párpados. Mamá prosiguió con dulzura de miel en la voz:

—¿Quieres verlos? Los botones, el reloj y la aguja..., el anillo... —y añadió con humildad— están en nuestro cuarto.

Rubén vaciló, pero como se consideraba una gran autoridad en materia de trapos y de alhajas, además creía merecerlo todo y encima nos tomaba por idiotas, al fin le pudo la vanidad y contestó desdeñosamente:

—Sí, porque no se crea que yo tampoco acepto cualquier cosa... —Ruido de pasos que se alejaban—. Ese anillo llevará una piedra cuadrada, ¿no?

Sus voces se fueron desvaneciendo, comprendí que mi madre me daba ciento en raya no solo a mí, sino a la Rejane, doña María y Raquel Meller, y me deslicé por el pasillo hasta mi habitación, metí las cartas, quince o veinte, debajo del colchón y entonces me di cuenta de que me había orinado encima.

Hasta la noche no pude estar sola.

Atranqué la puerta con la silla y, a la luz de un candil de petróleo, saqué las cartas y las puse encima de la cama.

Me giré, me parecía que me espiaban. Con un pañuelo cegué el agujero de la cerradura y corrí el baúl para servir de apoyo a la silla.

Me senté. Los sobres no llevaban ningún nombre. El primero que abrí con dedos temblones contenía solo una nota encabezada por una cruz. Con muy mala letra decía: «Gaicho negro, sal afuera, que ahorita nos vemos».

Era un papel barato, de ese donde el camarero apunta los encargos de comida, y estaba lleno de faltas de ortografía y lo que parecían manchas de aceite.

Pero todo esto lo advertí después.

«Sal afuera, ahorita nos vemos».

¿Afuera? ¿Qué significaba eso? ¿Se trataba de alguna mujer del servicio? No llevaba fecha, ¿de cuándo sería?

Otra, con la misma letra: «Nos vemos donde siempre, eché la hueva todo el día aguardándote, no lleves calzoncillos largos».

Me reí sin ganas apoyándome en la pared. Puta. Así que tenía una puta. Y le imitaba la forma de hablar, qué zalamera reputa. ¿O sería de su tierra también?

¿Mexicana?

Presa de un impulso febril, sin saber si reír o llorar, empecé a abrir sobres y a leer sin analizar siquiera lo que veía: «No tardes, que a las seis tengo que ir a Fornos y solo podremos estar una hora juntos, qué largo sin ti, y qué corto contigo»; otra: «Mi amor, tengo una cosota para ti, ya sabes lo que es»; otra más: «Excítate para mí, morocho, bien preparadito te quiero como mástil de bandera»...

Y también: «Eres el torero siete machos y los siete machos tienen que ser para mí».

La firma, ¡la firma! ¡Nada! En alguna al final ponía no sé si una P o una R o una B, no se distinguía bien; en otra «tu amor», «quien más te quiere», «tu demonio», «tu ángel»... Las repasaba todas febrilmente buscando un nombre, una prueba, una fecha, porque si eran anteriores a la boda no servían. ¿Quién era?, ¿quién?

Al final me di cuenta de que se había caído al suelo un sobre de papel más grueso. Lo recogí y advertí con asombro que llevaba el membrete del hotel Washington de Granada; lo abrí con pulso nervioso, lo primero que vi es que, maldita sea, tampoco llevaba fecha: «Chavo mío, sabes que no puedo vivir sin ti, tus nalgas, calote, te las he acariciado mientras dormías... Esta noche espero que no te acuestes con la puta mechuda por mucho que sea vuestra noche de bodas. Cómo me río pensando en eso y en todas las noches de bodas que hemos tenido tú y yo... Deja a la víbora chillando y vente a ponerle el cuerno a mi habitación que es la tuya. Espero que le des pol culo bien adentro. No te agarres a putazones con ella, no te metas en un lío. Nos tiene que servir toda esta pamema para hacerle al loco, la güera es nuestra tapadera».

¡Esa carta era del día en que nos casamos!

Vale, sí, ahí estaban las pruebas del adulterio, ¿qué más querría un juez?

Sin poder respirar de indignación, un cuchillo de hielo me penetraba hasta los huesos y al mismo tiempo tenía la impresión de incendiarme

por dentro. Con la mente desbocada le di la vuelta a la hoja para ver la firma de la ramera. Tuve que leerla dos veces.

¡Allí ponía Rubén!

Le pasé el dedo por encima y, sin ser mala, me puse a reír tanto que me lloraron los ojos y me vino flato, y aun así seguí riendo. Porque entendí que ese poder superior que le había obligado a casarse conmigo era el escándalo, ¡qué arma tan poderosa, me hacía imbatible!

Todo se hizo sigilosamente. Aproveché que Rodolfo estaba en la finca del Carmen para presentarme en el juzgado de guardia del distrito de la Inclusa con don Trinitario, que se frotaba las manos con satisfacción al ver lo lista y espabilada que le había salido su alumna, y con mi padre, tan juvenil de aspecto que no pude menos que preguntarle antes de salir de casa:

—¿Te has tintado el pelo?

No se dignó contestarme.

Ruiz Valarino pidió al juez de distrito Félix Ruz que levantara acta de que me había depositado allí huyendo de los malos tratos de mi marido. Y el juez me hizo volver a casa con dos funcionarios y mi abogado y mandó aviso al letrado de Rodolfo, Fernando Guitarte, para que le ordenase por telégrafo presentarse en el hogar conyugal.

Eran las seis de la tarde. Rubén, por supuesto, estaba allí y se limitó a apoyarse en la pared, a cruzarse de brazos y a observarme con expresión chulesca. Hasta las diez no llegó Rodolfo, cuatro horas que pasé sentada sin parpadear casi, no queriendo desperdiciar ni un minuto de mi vida, ni un átomo de energía en la atmósfera de aquella casa que se me había llegado a hacer tan odiosa como el infierno de Dante. Sí, el Caballero Audaz me había leído en voz alta *La divina comedia* y en ciertos pasajes había gritado de miedo.

*Era oscuro, profundo y nebuloso,
que aun hundiendo de fijo la mirada,
no alcanzaba su fondo tenebroso.
Mi guía, con la faz amortajada,
dijo: «Bajemos a ese mundo ciego:
primero yo: tú sigue mi pisada».*

Su abogado supongo que lo había puesto en antecedentes, pues Rodolfo llegó sombrío, demudado y también con la faz amortajada como en el poema de Dante, y al verme se dirigió violentamente hacia mí y me dijo:

—¿Qué carajo...?

Me eché hacia atrás presa del pánico, pero Ruiz Valarino ya salía a defenderme, a pesar de que Rodolfo lo doblaba en estatura, aunque los funcionarios del juzgado lo detuvieron y advirtieron a mi marido:

—Hasta que no venga el juez no pueden pronunciar palabra.

Don Trinitario se puso a ordenar unos documentos que iba sacando de su cartera. Rodolfo y yo permanecemos sentados el uno al lado del otro en la situación más incómoda que puede darse en esta vida; si las miradas matasen yo ahora llevaría dieciséis años criando malvas.

Estaba fatigadísima, en momentos se me cerraban los ojos, pero no por esfuerzo físico, sino por la pena que me embargaba por lo que iba a suceder. Pero como me había indicado don Trinitario:

—No se puede tener todo, Carmela, ni atacar o ser mártir!

Cuando llegó el juez Ruiz, mi abogado dijo con urbanidad:

—Señor Gaona, su mujer no ha abandonado el hogar, sino que se ha presentado voluntariamente en el juzgado de guardia acusándole de malos tratos, y queda depositada donde ustedes estimen conveniente hasta la resolución de la demanda de divorcio. Hasta ese momento usted deberá pasarle una pensión que calcularemos su letrado y yo, a través de nosotros deben establecerse todas sus comunicaciones.

Yo atendía gravemente. Por un borde de la boca, donde los horteras suelen llevar las colillas, Rodolfo repuso con insolencia:

—¡Es mi mujer y yo haré con ella lo que me dé la gana!

El juez, un hombre apuesto al que yo ya había dirigido alguna mirada incendiaria, se adelantó:

—Cuidado, amigo, aquí hay unas leyes y hay que cumplirlas; si uno de los dos falta...

Rodolfo se envalentonó:

—Yo no he faltado, al contrario, he pasado por alto muchas irregularidades y... —Mi abogado empezó a abanicarse con unos sobres que llevaba en la mano, aunque en la habitación hacía un frío glacial—. Y siempre he...

Ris, ras. Rodolfo primero se extrañó, pero luego no podía apartar los ojos del vaivén del improvisado abanico, como ninguno de los presentes, ris, ras, ris, ras. Todos íbamos quedándonos alelados como con el

péndulo de un hipnotizador: ris, ras, ris, ras..., aunque yo ya conocía de qué iba el asunto y me sentía tan molesta por Rodolfo que la verdad es que estuve a punto de volverme atrás.

¡A punto, pero no lo hice!

Confuso, mi marido trató de seguir explicándose:

—Ella no se conformaba con ser mujer de un torero, con las obligaciones que esto conlleva. —Aquí Ruiz Valarino extrajo una carta de uno de los sobres, la miró con atención, le dio la vuelta y procedió a abanicarse con ella directamente creando gran turbación en Rodolfo, que, a pesar de eso, intentó seguir, sus pupilas giraron ahora por la habitación como polillas deslumbradas—. Y en ese caso...

Pero Rubén tenía los ojos abiertos y llenos de espanto, la voz de Rodolfo fue perdiendo pie aun sin saber qué pasaba:

—Yo... siempre cumplí... Ella me mintió...

Pero su tono era cada vez más débil, más inseguro, hasta que Rubén lo cogió del brazo, le dijo algo al oído y Rodolfo se calló abruptamente en medio de una frase.

¡Había reconocido la letra de su amante! Instintivamente, echó una mirada en dirección a su habitación porque había comprendido qué cartas eran esas. Se hundió, se le cayeron los hombros, la cabeza, pero su abogado, ajeno a la actitud de su cliente, tomó entonces la palabra y en tono engreído dijo:

—Vamos a pleitear y la señora Ruiz Moragas tiene las de perder, o sea, que yo le aconsejo que abandone toda pretensión y se reintegre al hogar como mujer sumisa que prometió obedecer a su marido el día de la boda.

Mi abogado lo observaba con ironía, algo que desconcertaba al juez de distrito, que estaba *in albis* de lo que contenía aquella carta. Pero el pobre letrado de Gaona proseguía esforzadamente:

—Le admiro a usted, querido compañero, pero no entiendo cómo ha accedido a hacerse cargo de un pleito que...

Y aquí Rodolfo cortó su hueca palabrería, lo cogió bruscamente por el brazo, lo arrastró a un rincón, parlamentó con él en un murmullo enérgico, el otro se negó escandalizado, hasta que al final algo trascendental diría Rodolfo porque se alzó de hombros con impotencia, volvió y claudicó a regañadientes:

—Mi cliente es tan magnánimo que le concede a doña Carmen Ruiz Moragas todo lo que ella quiera, ojo, no reconociendo ninguna culpa y manifestando que jamás le ha faltado y que jamás ha pensado en

separarse de ella, de la que está enamorado como el día feliz en que ante la venerada Virgen de las Angustias le juró amor eterno, pero todo lo llevará con discreción y ninguna de las partes debería contar intimidades a los periodistas... Un amor que, por inverosímiles piruetas del niño Cupido, desgraciadamente no ha sabido acrecentar a pesar de...

Mi abogado escuchó aquella retahíla de vaciedades sin inmutarse, guardó los papeles parsimoniosamente en su cartera e interrumpió a su colega en medio de una frase:

—Pensión de cuatrocientos duros.

Nuevo intercambio de miradas entre el abogado y Rodolfo.

—Y mi clienta puede llevarse de este domicilio todas sus pertenencias personales, y queda depositada en casa de sus padres en la calle Lagasca hasta que se dicte sentencia.

Derrotado, los ojos yertos, la frente ensombrecida y las sienes sudorosas, Rodolfo dijo que sí a todo; mi abogado reventaba de satisfacción mientras que el juez y los funcionarios estaban tan embelesados con la situación que parecían a punto de prorrumpir en aplausos. ¡Habían asistido gratis y en exclusiva a un sainete protagonizado por dos personas famosas cuando lo suyo eran los desahucios y los crímenes perdularios!

Busqué los ojos de Rodolfo con mis ojos; quizás, si me hubiera mirado...

Pero no fue así, se dio la vuelta, salió dando un portazo y yo sentí una rara sensación de triunfo y también una profunda amargura.

El día en que fui al despacho de Ruiz Valarino a firmar los papeles para solicitar el divorcio, que tardaría probablemente dos años, me tuve que esperar en la antesala a que salieran los ingenieros franceses, que ese día también tenían reunión con don Trinitario.

Todos ellos me miraron con una curiosidad solo atenuada por la buena educación, porque se veía que eran unos señorones, y me saludaron discretamente.

Don Trinitario me tomó las manos, me las besó, me dijo que, si fuera más joven, estuviera menos casado y yo no fuera hija de su gran amigo Leandro, me iba a hacer unas proposiciones que no iba a poder rechazar porque se sentía atraído por toda mi persona. Pero que, si yo veía que estos inconvenientes que me nombraba en realidad no eran óbice para

una relación, él iba a cuidar de mí y a tenerme como una reina, porque el mundo no es para cobardes y ese no es el camino.

Se daba golpes en el pecho y no se arrodilló en la alfombra porque entonces no me hubiera llegado ni a la rodilla.

—Admiro a la hembra, pero más admiro el valor de una mujer que..., que... —Y de pronto puso los ojos en blanco y me oprimió un pecho—. ¡Pero está usted hecha una ricura!

Yo me puse a reír y no quise que siguiera haciendo el ridículo porque le había cogido cariño; deposité un beso en su calva y me fui silbando La Marsellesa.

Era un día de principios de verano estimulante y oloroso. Las calles estaban iluminadas, llenas de tranvías y coches, la gente paseaba con gusto, las mujeres lucían escotes y tobillos desnudos. De los escaparates de las tiendas salían raudales de luz y los vendedores ambulantes voceaban sus mercancías:

—Hay barquilloooooos. Melones de la Mancha. ¡Miel de la Alcarria!

Y con el mismo tono regocijado y lleno de excitación, un arrapiezo con boina y unos periódicos bajo el brazo gritaba: «Extra, extra, el zar y toda su familia asesinados, extra, extra».

No me dio tiempo a estremecerme porque un hombre surgió de entre las sombras descubriéndose con respeto. Llevaba una ligera bufanda de seda con una punta cayendo sobre el pecho y la otra por la espalda.

Era muy alto, debajo de la bien cortada chaqueta se adivinaba un cuerpo fornido y musculado. Tenía los cabellos muy negros y la barba en punta del mismo color.

Vino a mí, risueño y simpático, y me dijo:

—Madame Güis, permítame que me presente: soy Marcel Fantin, ingeniero de París, ¿puedo acompañarla?

Sacó el codo con el puño en el pecho, yo lo miré entre sorprendida y halagada y tartamudeé:

—Pe..., pero ¿cómo se atreve?

Me observó con una sonrisa tan sabia, tan acogedora, tan amable, que después de una pequeña e insignificante vacilación, sonreí también, puse mi mano en su brazo y sentí una corriente tan poderosa como la electricidad y su misterio, que destroza, perturba e ilumina. Y allá fuimos.

Si me pongo a pensar, Alfonso al francés debería levantarle un monumento y cada año desfilan frente a él con caballos, elefantes y hasta la cabra de la Legión. Bueno, deberían rendirle homenaje Alfonso y todos los hombres que ha habido en mi vida, que tampoco han sido tantos, porque gracias a Marcel aquella muchacha humillada y confusa, aquel cuerpo ultrajado y avergonzado de sí mismo, floreció como el capullo que se abre al rocío mañanero, y si la imagen es cursi, chúpate esa, Juan Chabás, que en peores garitas hemos hecho guardia.

Pobre Juan, para ti la mies madura, para ti el otoño, para ti el ocaso.

Nadie mejor que yo sabe la distancia que hay entre lo que fui y lo que he llegado a ser. Ay, ¿dónde está aquella Carmela que se comía el mundo?:

*Su carita era de cera,
sus manitas de marfil.*

Así, acostada, me salen en las caderas unos huesos, que no conocía, en forma de lira, y las rodillas son agudas como espinas.

Claro que difícilmente Alfonso podría agasajar a mi francés porque nunca conoció su existencia. Marcel puso las cosas muy claras desde el principio con una afabilidad fría y despegada que yo atribuí a que era gabacho:

—Mi Cagmela, tengo alquilado un pisito en la calle del Pez y, cuando tú me digas, podemos vernos sin que nadie se entere.

No sé por qué lo había puesto ni quién había sido mi antecesora, lo cierto es que nunca se lo pregunté, es más, ino me importaba! Como

tampoco me importaba que estuviera casado. Le comentaba guasonamente:

—Y madame Fantin ¿qué pensaría de lo nuestro?

Y él se reía soplándome en el cuello, que era una cosa que me daba mucha rabia.

—A madame Fantin vamos a dejarla tranquila, que está con... *les enfants*... —ponía la palma de la mano a un metro del suelo—, ¿cómo se dice?

—Churumbeles.

—Mi *epouse*...

—La jodía...

—La jodía está con los churumbeles haciéndoles la... —se llevaba los dedos arracimados a la boca— *manger*.

—Cagar.

—La jodía está con los churumbeles haciéndoles cagar.

Luego, cuando estaba a solas, me lo imaginaba soltando aquellas barbaridades en sus reuniones de trabajo y me reía tanto que papá venía a mi cuarto para ver si me había vuelto loca.

Otras veces, mientras yo me chupaba la punta de la trenza y él servía el *champagne* con la precisión de un estudiante de química, los tirantes caídos sobre los pantalones, por enredar le preguntaba:

—¿Es guapa?

Y se quedaba pensando, venía con las dos copas anchas a sentarse en la cama, me pasaba una y luego me ponía la trenza sobre el labio y decía traviesamente:

—Tiene... *moustache*... Si fuera un granadero sería muy guapo.

Y me besaba y me hacía cosquillas con la barba, que olía un poco a moho y a agua de colonia, y estallábamos en risas porque con Marcel entendí desde el principio que el amor podía ser ligero, volátil, risueño, desprovisto de tensiones y de truculencia. Como las burbujas del *champagne*.

¿Que no era amor?

Quizás no, ipero qué bien me fue para curarme las heridas del cuerpo y del alma!

Acudí al nidito del pecado sin miedo y sin vergüenza, con una pachorra que ni yo lograba explicarme. A mis padres les dije que después de mi gran tragedia necesitaba expansionarme, y me compré una caja de pinturas, una tela y un taburete, y les contaba la bola de que me iba a Carabanchel para retratar el paisaje. La verdad es que nunca me pidieron

que les mostrase mis obras de arte, así que en realidad tampoco tuve que mentirles. Creo que les aliviaba descansar unas horas de mi presencia: mi madre, en el piso de la calle Lagasca, depuso sus ardores piadosos y hacía tertulia con unas vecinas, antiguas amigas de mi abuela, y papá volvió a su costumbre de copa, periódico y siesta. Mientras se quedaba traspuesto en el sillón, acariciaba inconscientemente el aire, como si en las manos tuviera aún la cabecita de Titán. Yo iba y lo despertaba:

—Papá.

Y él, para no apenarme, fingía enfado y malos modos:

—Demonio de hija, ahora que estaba empezando a dormirme.

Marcel no sabía nada de mi vida, o al menos simulaba no saberlo.

Yo me fui a él con la determinación del que se pone bajo una cascada torrencial, la catarata más alta del mundo, deseando que el raudal de agua o me matase o arrastrase lo oscuro y lo malo limpiándome a presión por dentro y por fuera.

El primer día se limitó a besarme sin siquiera quitarme el sombrero de paja, el segundo me acarició leve y diestramente con un ligero *pizzicato* como una pieza de opereta produciéndome un placer voluptuoso y refinado, el tercero me desnudó y me contempló en silencio, encendió una vela y la pasó a un centímetro del cuerpo inmóvil mientras el vello se me erizaba, estudiándome los recovecos, los salientes y los entrantes.

—¿Esto cómo se llama?

—El coño de la Bernarda.

—¿Y esto?

—La retambufa.

Me descaraba, trémula y al mismo tiempo caliente.

Con una mano me obligaba a voltearme y venga a mirar.

—Mira, aquí al final de la espalda tienes dos agujeros. Como si alguien hubiera metido dos dedos en la masa.

Y se franqueaba:

—Es que mi padre era panadero y cuando era joven lo ayudaba en el horno.

Al cuarto día me tendió sobre la cama. Cerré los ojos, mojada ya hasta el tuétano, y oí que se desnudaba. Me estrechó muy fuerte entre sus brazos, me preguntó al oído:

—¿Quieres?

Dije que sí y le pedí que apagara la luz y echara las cortinas sobre las ventanas.

Él me reconvino:

—Carmela, si lo hago ya nunca podrás estar con un hombre a plena luz del día. ¡Abre los ojos!

Los abrí lentamente. Estaba sobre mí, le colgaba una cruz de oro que llevaba al cuello y me rozaba el pecho, tenía el cuerpo muy blanco. Empezó a besarme, me lamió la clavícula, me cogió un seno y me lo chupó y después me abrazó apretadamente diciéndome al oído:

—*Cherie. Je t'aime, viens...*

Yo ronroneaba como un gato, me sentía pececillo flotando en agua tibia. Me volvió a preguntar:

—¿Quieres?

Di un quejido que era un asentimiento.

Se puso encima de mí, con un meneo sabio de caderas me abrió las piernas y se metió de una forma tan precisa como el paraguas entra en su funda, y cuando me tuvo bien ensartada, empezó a moverse con lentitud de marea, susurrándome:

—*Mon amour... Mon amour...*

Suspiré tan hondo que me pareció que me vaciaba, gimoteé, le mordí en el hombro, él me dijo al oído:

—Esto se llama la *petite mort*.

Creí desmayarme, y en ese momento salió de mí y me mojó los muslos un líquido caliente y pegajoso.

Iba a preguntar y me tapó la boca con su boca:

—No bebés.

Nos quedamos respirando afanosamente; en mi alma se habían prendido unas brasas de sereno afecto por el camarada que me guiaba a través de los sentidos hasta enseñarme lo que era el placer y la consumación. De repente, Marcel se dio la vuelta, me miró, me pasó el dedo por el rostro y se extrañó:

—Carmela, ¿estás llorando?

Las lágrimas me mojaban las mejillas y era una lluvia buena no sé si de gratitud, de sorpresa o de placer. Chi lo sá.

Fuera del piso no nos veíamos, ni él tenía intenciones de lucirme por Madrid ni yo a nadie le hablaba de Marcel, que estaba alojado oficialmente en el hotel Cuatro Estaciones, tenía reuniones, visitaba abogados como don Trinitario y debía viajar por toda España porque

estaba en el negocio de los ferrocarriles, donde operaba la compañía francesa de la que él era ingeniero. Me había advertido que algún día lo trasladarían a otro país, pero no me preocupaba el futuro, vivía el presente con intensidad tratando de reunir y sacar a flote aquellas partes de mí que habían quedado diseminadas por el cataclismo de mi matrimonio. ¡Me agarraba a él con el consuelo inenarrable del náufrago que al fin llega a tierra firme después de luchar contra el mar embravecido!

El Caballero Audaz pontificaba en tono repelente:

—Eres como la ciudad de Sheringham destruida por los zepelines alemanes, y ahora estás tratando de reconstruirla.

Yo le daba un puñetazo en el brazo de forma muy poco femenina.

—Malaje, reconstruida te voy a dar.

Y él se retorció los bigotes.

—Vamos a ver, Carmelilla, ¿a mí no me vas a contar nunca por qué has roto con Gaona?

Y yo, a pesar del aprecio y la confianza que le tenía, resoplaba y me echaba hacia atrás como si hubiera tropezado con un muro de hormigón. No, la verdad nunca saldría de mis labios y había obligado a mi abogado a destruir las cartas que incriminaban a Rodolfo y cuyo contenido solo conocíamos cuatro personas. No estaba orgullosa de lo que había hecho, pero, como no quiero pintarme mejor de lo que soy, me repetía con satisfacción que así había conseguido una pensión que me permitía mantenerme, ya que no podía trabajar, lo que quedaba de mi dote de setenta y cinco mil pesetas en el banco a mi nombre y la promesa de mi abogado de que todo se iba a resolver con los pronunciamientos a mi favor.

María Fernanda me preguntaba cuando venía a verme a casa entre función y función, todavía con las mejillas pintarrajeadas con colorete casi negro:

—Pero, roína, ¿no podrás casarte nunca?

Yo contestaba:

—Pues no —y añadía con falsa desenvoltura—, pero no importa, la gente del teatro no se casa.

Empezaba a mirarse las uñas silbando, hasta que Carola, sulfurada, me dijo:

—Pues ahora esta quiere casarse, muere por los huesos de Rafael Rivelles.

María Fernanda empezó a gruñir enseñando los dientes de delante como un perro rabioso:

—¿Tú qué sabes? Cállate. —Y luego se volvió hacia mí—. Es Rafael el que está por mis huesos, ¡pero yo me hago de rogar!

Rafael Rivelles era un galán joven hijo de actores que, aunque iba de irresistible, a mí no me caía muy bien porque era un gran cazador y le encantaba explicarnos cómo abatía las piezas: «Me echo la escopeta al hombro y cuando el rebeco...». Y yo me tapaba los oídos y me ponía a cantar para no escucharlo.

Carola se sentaba en una esquina de mi cama y se lamentaba mientras hojeaba las revistas que tenía diseminadas por mi cuarto:

—Pero, hija, ¿ni al Gijón puedes venir una tarde a tomarte una horchata?

Pero yo debía negarme muy a pesar mío porque don Trinitario me había explicado que no me convenía alimentar la curiosidad morbosa que mi matrimonio y separación habían despertado en las gentes.

—No, Carmela, no debes exhibirte. Salir con tus amigas y pavonearte por ahí no causaría buen efecto ni ese es el camino.

Carola lo entendía y me daba la razón.

—A mí tampoco me apetece pendonear.

Y es que ahora iba por el mundo de viuda doliente, vestida de negro de la cabeza a los pies, pero no porque hubiera un difunto en su familia, sino porque se había muerto su rival, la mujer de Fernandito Díaz de Mendoza, Mariquita O'Donell, a los dos años de la boda, y ella decía con suspiros que no engañaban a nadie.

—¡Estoy muy afectada!

Y María Fernanda le daba un empujón.

—Cállate, imbécil.

—Calla tú, rabia te da —levantaba el puño—, rabia, rabia, rabia que Fernandito me quiere; yo seré cabecera de cartel cuando doña María se retire y ya no nos vamos a separar más.

Y María Fernanda se tiraba a ella, le agarraba el pelo, y Carola chillaba tanto que venían mis padres a ver qué pasaba. Ricardo, que también me visitaba, los calmaba con una mirada e, impertérrito, cambiaba de conversación.

—Carmela en el fondo tiene mucha suerte..., podrá trabajar tranquilamente, sin tantos sobresaltos, y no estará atada a un pollo que la haga sufrir como os pasa a vosotras.

Las dos se callaban y me miraban de reojo porque tenían la sensibilidad suficiente para entender que volver al trabajo era mi anhelo más grande, aunque no dejaran de lamentarse, mitad para consolarme, mitad porque lo creían de verdad:

—Si estás como una reina, chacha, ojalá nosotras pudiéramos.

A mí se me llenaban los ojos de lágrimas de añoranza, ¡volver al teatro! ¡Actuar! ¡Demostrar lo que valía!

Pero don Trinitario era tajante al respecto:

—Hasta que no te den el divorcio definitivo, quieta en casa, porque para trabajar necesitas autorización marital y mejor no meneallo.

Rodolfo se había vuelto a su tierra; su nombre había quedado manchado por unos sucesos que nadie sabía explicarse, pero que en algún papelucho de tres al cuarto habían sido calificados como «propios de amores contra natura». Yo sospechaba de la indiscreción del lacayo que toreaba por los pasillos, aunque él en realidad tampoco supiera nada, pero nadie de los que estábamos directamente implicados concedimos entrevistas o declaraciones, y el asunto se fue diluyendo hasta desaparecer de los periódicos.

Ahora no recuerdo si se lo dije a mis padres.

No sé.

En fin, que el nombre de Rodolfo dejó de ser atractivo para los empresarios españoles; de ser el Califa de León pasaron a llamarle El Indio Melancólico y, además, se le había levantado la prohibición de pisar suelo mexicano. En el muelle, antes de partir, había revelado: «Me voy con el corazón roto», y cuando el periodista había dado por supuesto que era por nuestro divorcio, contestó:

—No, eso no tiene importancia, hubiera podido dar muchas tardes de gloria a la afición, pero me reclaman en los cosos de mi tierra.

En la foto salía con traje, sombrero y un ramo de flores tristes entre las manos, y yo adivinaba que la figura borrosa que estaba detrás cargando con las maletas era Rubén.

Lo que no fue óbice para que, en el vapor con el que cruzó el charco, Rodolfo conociera a una pelotari llamada Enriqueta Gómez y que cuando llegara a México manifestara:

—Me he enamorado por primera vez en mi vida y ahora sí que voy a muerte con el divorcio porque quiero casarme con Queta.

En las fotos, Enriqueta lucía un ligero *moustache* como la mujer de mi Marcel, pero yo no quería hacer leña del árbol caído y en el fondo me

alegraba de que a Rodolfo le fuese bien, aunque, sabiendo lo que sabía, lo dudaba mucho.

¿Mis padres se enteraron de todos los intrínquilis? ¿Supieron el contenido de las cartas? Ahora me ha entrado curiosidad, voy a llamar al timbre para preguntárselo a papá... Maldita sea, qué lejos está. Hasta alargar la mano me cuesta un mundo. La mano. Eran gordezuelas y con los dedos acabados en punta como las de las vírgenes de Murillo, y ahora son tan escuálidas que parecen salidas de un cuadro de El Greco.

Bah, y qué importa.

Mis amigas seguían en el carrusel imparable del teatro, María Fernanda formaba compañía con Rafael Rivelles y hacían una obra que había tenido muy malas críticas, pero mucho público, en el Reina Victoria, *Vidas maltrechas*, mientras Ricardo actuaba en el Español en la compañía de su tío haciendo *El semejante a sí mismo*, de Juan Ruiz de Alarcón, y había empezado a turnar películas. A Carola, doña María la había despedido porque volvía a verse con el viudo Fernandito y se había tenido que emplear haciendo un papel muy secundario en una astracana en el Infanta Isabel que se llamaba *Entre calé y calé*.

—Solo se trata de hablar con acento andalú y ponerte chavos en la frente —decía con resignación Carola, a la que, siendo pelirroja, el papel de gitana le iba como a un Cristo dos pistolas.

Yo devoraba las páginas dedicadas a los chismes teatrales de los periódicos: la espiritual Irenita había formado compañía con Ernesto Vilches e interpretaba a la Catalina de *Juventud de príncipe* con un éxito colosal, pero contaban que Ernesto iba todas las noches a la taquilla a buscar el dinero de la recaudación para jugárselo a las cartas e Irene tenía que vender sus joyas para pagar el alquiler del teatro y a los actores. Melitón, el admirador de Paquita Escribano, se extasiaba:

—¡Es como Isabel la Católica!

Paquita Escribano, por cierto, que se había puesto a registrar canciones en discos hechos de pasta «acompañada por su inseparable guitarra para pasar a la posteridad», como decía su incansable vate, para luego escucharlos en un gramófono con el cornetón pintado de verde. Y había permanecido una larga temporada en Barcelona, dejándose ver con «el novillero Braulio Lausín, Gitanillo de Ricla, aragonés como ella y gran promesa de los ruedos, junto al que está aprendiendo a bailar sardanas».

Pero tal esfuerzo de integración no le había servido de nada porque los críticos catalanes se la tomaban a rechifla y decían: «¡Donde esté Raquel Meller!».

Marcel exclamaba con admiración besándose los dedos:

—Gaquel, en París, es una diosa.

Raquel Meller, que se había casado en Biarritz con Enrique Gómez Carrillo, el diplomático guatemalteco, y, como la guerra ya se había terminado, actuaba en el Olympia de París, donde le hacían pasillo con los abrigo de pieles, y se había comprado un apartamento en el palacio de Versalles. La acababan de nombrar Caballero de la Legión de Honor, lo que le hizo exclamar cuando el presidente le colgó su condecoración:

—¡Ahora me saldrá polla!

Yo tenía envidia de todo esto, hasta del gato de Catalina Bárcena, que se llamaba Vedrines como el famoso aviador.

Catalina seguía haciendo de ingenua en las obras de Martínez Sierra, el mundo giraba, se estrenaban comedias, el día empezaba a las cuatro de la tarde con la primera función, la gente abarrotaba los teatros, las actrices se pintarrajeaban en los camerinos y después se inclinaban ante los espectadores, que aplaudían hasta romperse las manos, se quedaban despiertas para leer las primeras críticas en los periódicos de la mañana y se besaban, se llamaban roína, cochina, pioja, so tunante, se tiraban del moño:

—Esto para que no vuelvas a meter los dedos en el plato ajeno, embustera, tiñosa.

O:

—Maldita sea el agua que te echaron en el bautizo, ite pateo la cara, aunque me ensucie las suelas del zapato!

Mientras, yo me limitaba a jugar al mus con mis padres y a «pintar» en el pisito de Marcel.

Eso que les daba ciento y raya en cuanto a belleza a mis amigas, aunque me esté mal decirlo. Hasta yo misma advertía que el amor me hermoseaba: se me pusieron las carnes más prietas y turgentes, me brillaban los ojos, mis mejillas estaban sonrosadas sin necesidad de afeites, tenía tan hendido el surco entre el labio superior y la nariz que mi morrito parecía siempre a punto de beso. El Caballero Audaz me pasaba el dedo:

—Tú te pintas el arco de Cupido.

Y yo me frotaba con un pañuelito y luego se lo enseñaba escrupulosamente limpio para que viera que todo era natural.

Y entonces contemplaba mi transformación de oruga en mariposa con cierta sospecha y alarma.

—Carmela, que cada día estás más guapa... ¡Estás chipén!, itú no me la das, tú estás enamorada!

Yo me reía y podía afirmar que no lo estaba sin faltar a la verdad, pero sentía el cuerpo tan colmado de placer que a veces me rebosaba y salía al exterior en forma de risas inexplicables y locas. Y también recordaba de pronto, no con la mente, sino con el vientre y los riñones, las experimentadas caricias de mi amante, que sabía tañer el instrumento con la misma habilidad con la que Sarasate tocaba el violín. Mis miembros se estremecían y tenían vida propia, lanzaba unos suspiros que más que exhalaciones eran mugidos, y me hubiera tirado al suelo para comerme la moqueta si no estuviera tan sucia.

Después de una de estas aparatosas demostraciones de exuberancia, el Caballero Audaz me propuso después de observarme largo rato en silencio:

—A ver, ¿por qué no me acompañas hoy al teatro de la Princesa? Doña María acaba de llegar de Argentina y va a estar el *tout* Madrid.

Pregunté qué echaban por pura costumbre, sin importarme en realidad, solo calculando si había llegado el momento de exhibirme en público y qué me iba a poner.

—*Una pobre mujer*, de don Jacinto Benavente. Después iremos a saludar al camerino. Va, ámate.

Sin pensarlo, sin consultarlo con nadie, grité:

—Sí.

Y después repetí muchas veces:

—Sí, sí, sí, isí!

Empujé a mi amigo a la puerta, despeinada y enfebrecida, vete, vete y me vienes a buscar a las diez. Porque ¿cómo vestirme?

Todo lo que tenía estaba pasado de moda y me traía además recuerdos que prefería olvidar. Corrí a casa de mis antiguas vecinas de la calle Zurbano, las oficialas de Monsieur Manolo, que, contagiadas de mi entusiasmo, me enseñaron figurines. Adèle, la modistilla a la que yo escribía cartas para su novio y que ahora era la encargada, apartó uno y lo puso sobre la gran mesa central, alrededor de la cual trabajaban las costureras.

—Mira, este te va que ni pintado, es de reps con trencilla de seda, con volantes plegados en las mangas y estos ribetes rojos en el bajo y en los bolsillos.

Lo aparté, lo veía muy invernal y de vieja, empecé a hojear con desesperación, nada me gustaba, todo me parecía un quiero y no puedo, ropa de palurda que va por primera vez al teatro. Mientras arreglaba unos encajes y puntillas para un vestido de novia, Adèle me preguntó:

—¿Y para cuándo lo necesitas?

—Para hoy.

Se echó a reír.

—¿Estás loca? Para hoy no tengo nada.

Junté las manos, supliqué, me puse a llorar, maldije, le di besos y al final corrió una mampara de hule que dividía en dos el taller, se fue a un cajón y sacó con gran misterio una tela finísima de color gris humo.

—Era para la duquesa de Tamames..., es terciopelo de Esmirna.

Se fue a la ventana para que la viera a la luz del día.

—Toca, es divina —yo estaba embelesada y casi no la escuché cuando me dijo—: para hoy solo te puedo hacer una túnica griega.

Me puso el terciopelo por encima y pinzó la tela sobre un solo hombro.

—Mira, aquí te pones el camafeo ese que te regaló Gaona, y santas pascuas.

Dudé.

—¿No quedaré...?, no sé, ¿pobretona?

Y ella, que tenía más gusto que todas sus clientas juntas, me dijo:

—Hazme caso, con tu físico y siendo tan alta, cuantos menos floripondios te pongas, mejor. Vale más quedarse corta que ir demasiado recargada.

Allí mismo, sobre la mesa, cortó, sobrehiló, me probó, con la boca llena de alfileres se puso de rodillas para hacerme el bajo, «que se te vean los tobillos», dijo que enviara a alguien por la tarde a buscarlo y encima me regaló un trozo de gasa con unos dibujos egipcios para ponerme como chal.

Mi entrada en el teatro de la Princesa causó expectación, y eso que esa noche también estaba Raquel Meller, que llevaba una sombrilla en la mano, aunque era de noche. Alguien dijo a mi lado:

—¡Se la ha regalado la emperatriz Eugenia!

Gómez Carrillo iba detrás fumando una larga boquilla y llevando en brazos los lulús ataviados con collares de perlas.

Acostumbrada a que la precedieran miradas y murmullos de admiración, se dio cuenta de que los ojos se clavaban detrás y no en ella y se giró con extrañeza para ver qué pasaba.

¡Allí estaba yo! Mi vestido, tan simple como un hábito, pero con una tela tan rica como no había otra en Madrid, hizo brillar con pasmo sus pupilas de color verde pantera. Yo no llevaba ni una joya encima aparte del camafeo del hombro, un brazo tapado y el otro desnudo. La cabeza descubierta, me había hecho un moño bajo y algunos mechones me caían sueltos a ambos lados del rostro.

Escuché un «oh» de asombro y alguien dijo:

—*Charmante.*

Raquel, sin embargo, iba bárbaramente alhajada como un ídolo indio. Me observó de arriba abajo, las plumas de pavo real que adornaban su cabeza, sujetas con una cinta de pedrería con un rubí en el frontal del tamaño de un huevo de paloma, se agitaron lentamente como palmas de Domingo de Ramos. Llevaba su célebre collar *de chien*, pulseras desde la muñeca hasta el codo y los dedos llenos de anillos, aunque iba enguantada. Rodeaban sus antebrazos gruesas argollas de oro macizo, los tacones de sus zapatos eran de piedras preciosas, lucía una amatista descomunal sobre el escote y el abrigo de martas cibelinas le arrastraba por el suelo como una capa. Su bolso era de malla de platino y llevaba dos zafiros en el cierre.

Era tal el peso que soportaba que apenas podía moverse.

Todo el mundo contuvo el aliento. Yo le aguanté la mirada sin modestia pero sin jactancia, porque me di cuenta de que, ataviada de aquella manera, se estaba sintiendo ridícula. Sin apartar sus ojos de mí, le dijo a su marido, que se adelantó hasta colocarse obsequiosamente a su lado:

—¿Para cuándo es la gira a Nueva York?

—Dentro de tres meses, Raquel.

Entonces dijo con su voz dulce y quejumbrosa, fina y sutil que tan bien recuerdo:

—Adelántala..., qué pequeño se me ha hecho de repente este poblacho.

Se dio la vuelta y se movió majestuosamente hasta su butaca como un yate de mucho tonelaje con todas las velas desplegadas y engalanado para una fiesta. Había miradas sardónicas en algunos ojos y se oyó una risa burlona sofocada rápidamente por un abanico.

Carretero me dijo al oído:

—*Touché!* Has triunfado con todas las de la ley, Carmela, pero no te revuelques en tu triunfo, ten la generosidad de actuar con modestia.

Nos acomodamos en las butacas, pero de pronto sonó la marcha real y me dio un codazo:

—¡Los reyes!

Nos pusimos de pie.

Primero apareció doña Isabel, La Chata, hermana de Alfonso XII, tía, por tanto, del rey. Monstruosamente gorda, vestida con lo que parecía una cortina de raso, se movía como un lagarto antediluviano y era altiva y distante, pero, inexplicablemente, había criado fama de campechana y el pueblo la adoraba. A continuación apareció doña Virtudes, la reina madre Cristina, tan delgada por contraste con su cuñada que parecían mismamente Don Quijote y Sancho Panza. De color amarillento, lo que evidenciaba un mal funcionamiento hepático, era francamente fea, con unos gruesos labios reseco por los que se pasaba incesantemente la lengua y un pequeño flequillo ridículamente rizado. Estaba rodeada de un grupo de damas tan escuálidas como ella, que se quedaron al fondo del palco, mientras ella se sentaba tiesa dentro de su corsé de acero que, según contaban, no se quitaba ni para dormir.

Se oyó una voz que no coreó nadie:

—¡Viva la reina!

Doña Cristina, a la que su hijo había querido mantener el título de reina, dirigió una mirada severa alrededor que hizo acallar ese zumbido excitado y estimulante que suele preceder los estrenos de teatro. Después miró hacia la puerta del palco con impaciencia, hasta que al fin apareció su nuera, la reina en ejercicio, doña Victoria, con un vestido de *creppe georgette* y una tiara tan sencilla como una cinta. Iba hablando con animación con otra dama no tan elegante como ella, pero con un rostro simpático y risueño, tan raro de ver en la sombría corte española. Carretero me informó:

—Es su prima Beatriz, a la que llaman Bee, una cabra loca inglesa que se ha casado con un primo de rey, Ali de Borbón. ¡Un pobre mentecato, muy aburrido, que solo sabe hablar de motores! Ella y el rey...

Cruzó el índice y el dedo medio y me dirigió una mirada muy significativa que comprendí cuando entraron los dos hombres en el palco. El primo era alto, con el cuello largo como una jirafa, y tenía una cara de cornudo que daba pena. Se mantuvo callado toda la noche mientras la princesa inglesa y don Alfonso intercambiaron bromas, risas, secretos al

oído, observados benévolamente por doña Victoria, que cabeceaba con satisfacción y de vez en cuando hacía un comentario que nadie respondía.

Hasta que doña Cristina se giró, les hizo un reproche, la reina bajó los ojos avergonzada y la prima intentó ponerse seria, pero los hombros se le movían por efecto de la risa contenida; don Alfonso le hizo una carantoña a su madre, sacó su petaca, con un gesto se llevó a su primo, que más que levantarse se desdobló, y los dos se fueron al *foyer*. No los volví a ver en toda la función.

*Carmen, hija mía, ¿qué es esto? ¡Hija de mis entrañas, soy tu mare!
¡Virgen santísima, que no se me muera! ¿Pa qué te habré traído a
este mundo?*

Un drama morrocotudo se desarrollaba en el escenario, pero yo estaba pendiente del palco real, donde se presentaba un argumento mucho más interesante. Dirigí mis gemelos al rostro de doña Victoria. Tenía los ojos apagados, los párpados caídos, el cutis terroso, arruguillas alrededor de la boca, supongo que de fumar tanto, y solo sonreía automáticamente cuando su suegra la miraba.

El cabello, marchito, sin brillo, como si fuera pelo de muñeca, se escapaba sin gracia por debajo de la tiara. Y, aunque fingía observar el escenario, me di cuenta de lo que hacía con su pañuelo. Lo extendía sobre sus rodillas, lo alisaba cuidadosamente, después lo arrugaba formando una pelota, lo volvía a estirar, unos gestos mecánicos que duraron las dos horas largas que duró la comedia. La prima se abanicaba con grandes espavientos y los ojos en blanco fingiendo mareo, hasta que al final se levantó y salió afuera.

*¡Así quiera Dios que se convenzan de que la Fermina no es una
ladrona y no ha robao ese alfiler de corbata! ¡Hay pa tirarse por un
balcón cabeza abajo!*

La Chata se quedó dormida con la cabeza echada hacia delante y una sonrisa bobalicona prendida en los labios. Así, despatarrada y con la barbilla caída, si te olvidabas de la diadema con perlas y brillantes en forma de concha que se le había ladeado un poco y le vencía sobre un ojo, parecía una honrada cocinera descansando al final de una dura jornada de trabajo, algo apimplada después de tomarse una copita de anís.

Supongo que por eso la quería el pueblo, porque creía que una mujer de aspecto tan grosero tenía que ser uno de los suyos.

Pobres idiotas. Alfonso me contó luego que ella había sido la que lo había malcriado más, y que si su madre lo reprendía por algún mal comportamiento cuando era niño, su tía se enfadaba:

—¡Es el rey y puede hacer lo que le da la gana!

Una vez sirvieron coliflor en la mesa y su tía Eulalia la rechazó diciendo que le sentaba mal. Alfonso, bromeando, le ordenó:

—Cómetela.

Y cuando Eulalia, entre risas, se había resistido al mandato de su sobrino de diez años, La Chata la había obligado en tono severo:

—¡Obedece al rey!

La infanta Eulalia se puso tan enferma que estuvo a punto de palmarla, pero ni el rey ni La Chata le habían pedido disculpas.

Para ser francos, de todas formas, que se durmiera La Chata era algo disculpable, porque la obra me pareció aburrida; los parlamentos de doña María eran demasiado largos y con excesivas pretensiones espirituales, muy difíciles de verter en un libreto para teatro. Pero, lo que era más grave, la interpretación de la Egregia resultaba ¡anticuada! ¡Su papel era de sirvienta y parecía una duquesa disfrazada! ¡Hasta los decorados me resultaban pesados y ramplones! Pero mi actitud negativa me asustó a mí misma y lo atribuí a que hacía tiempo que no iba al teatro y había perdido criterio y discernimiento.

¿Pá que me habrán traído a este mundo?

Ahora, eso sí, aplaudí más fuerte que nadie, me puse de pie y grité varias veces:

—¡Bravo! ¡Bravo!

Carretero me cogió del brazo para llevarme al camerino de doña María y, mientras recorría el pasillo, alcé la vista hasta el palco real para echar una última ojeada.

Las mujeres se habían ido. Solo quedaban el rey y su primo, que, de pie, con las manos apoyadas en la barandilla forrada de terciopelo rojo, hablaban entre ellos sin quitarme la mirada de encima. Mejor dicho, contaba don Alfonso algo sobre mí de mucho interés porque el otro movía la cabeza apesadumbrado, pero a la vez complacido por el cuento. Al final

el rey le tendió la mano a su primo, quien le entregó un par de gemelos de nácar muy femeninos.

Se los llevó a los ojos cogiéndolos por la empuñadura, los dirigió hacia mí, ajustó la ruedecita central y estuvimos un rato así, mirándonos, yo a cara descubierta y él con el rostro velado por los anteojos, como si fueran una máscara carnavalesca.

Carretero me agarraba con fuerza, yo me dejaba llevar, pero en un impulso repentino emergió la niña traviesa que habitaba en mí y quise detenerme. Abrí la boca, arrugué la nariz, cerré los ojos y le saqué la lengua a su real majestad.

¡Le hice burla!

Tengo que decir sin modestia ninguna que mi lengua es muy larga, pues si quiero puedo tocarme la punta de la nariz con ella.

Volví la cabeza y le di el culo más que la espalda porque me alejé contoneándome. Carretero, sin mirarme, me preguntó con impaciencia:

—¿Qué haces?

—El payaso.

Pero mi amigo no me escuchaba y ahora me llevaba casi a rastras entre la muchedumbre que se abría a nuestro paso murmurando las palabras más dulces de mi idioma, que yo recibía con una sonrisa guasona aún prendida en los labios:

—¡Mira, la Moragas!

Frente al camarín de doña María se había congregado una pequeña multitud de gente del teatro, pero miss Hugues, la gobernanta, no dejaba pasar a nadie. Tamames, que estaba fumándose un cigarrillo apoyado en la pared, le hizo una seña para que nos abriera la puerta y él vino detrás de nosotros.

La habitación, llena de humo como un fumadero de opio, estaba repleta y nos tuvimos que abrir paso a codazos. Fernandito descorchaba una botella de *champagne* tras otra, y Pérez Galdós, que estaba ciego y a punto de morir, sentado en una sillita con su perro pastor a los pies, no hacía más que repetir:

—Estará por lo menos tres semanas en cartel y dará veinte mil duros.

Tenía el bigote lacio y rostro de oficinista.

Doña María, frente al espejo y con una redecilla en el pelo que le hacía parecer calva porque en la obra llevaba peluca, se untaba la cara con *cold cream* y trataba de simular que era una actriz sencilla y modesta sin conseguirlo. Hablaba sin parar.

—La obra está bien, pero menuda cretinez de personaje, una protagonista que dice *ties y naide y arrejuntao...*, eso solo lo puedo sacar adelante yo, hombre, Carmela, ya me han contado el efecto que has hecho cuando has entrado. —Se acercaba al espejo para observar si su piel ya estaba limpia de potingues, se alisaba la papada, se miraba de perfil—. Esa Raquel Meller no deja de ser una cupletera... Nosotras somos unas señoras y unas artistazas, tú, Tamames, hoy no damos resopón en casa porque este y yo nos alimentamos solo de té, pechugas de ave y fruta para guardar la línea.

Este, don Fernando, intentaba protestar:

—Mujer, yo hoy haría un extraordinario, me comería una docenita de ostras...

María Fernanda, que estaba también con Rafaelito Rivelles y ayudaba a repartir el *champagne* y pasaba bandejas de canapés, me susurró:

—Dicen que están muy tronados, que el teatro que han hecho en Buenos Aires se les ha comido todo el capital... —Y se dirigió a Valle Inclán, que con un solo brazo realizaba el milagro de aguantar vaso y bocadillo—: Coja usted uno de estos de salmón antes de que se los coma el perro de don Benito, después sacaremos la tortilla de patatas.

Doña María, desde detrás del biombo donde se cambiaba, dijo a gritos:

—Yo creo que la función ha gustado, la gente lloraba y hemos saludado seis veces.

Su marido, que no actuaba en la obra, se encogió de hombros.

—Bueno, María, hoy todo eran invitaciones, veremos cuando los espectadores sean de verdad, de los que se retratan en taquilla.

La Egregia le lanzó un zapato.

—Cállate, cenizo, si no sabré yo cuándo una cosa es buena. —En ese momento se abrió la puerta y entró un señor bajito de barba rubia; doña María, anudándose la bata, se abalanzó hacia él—: «Padre», déjeme que le abrace.

Jacinto Benavente hizo un gesto desdeñoso quitándosela de encima.

—Calle, hijita, qué cosas tiene, aquí Galdós o el amigo Valle lo hubieran hecho mejor que yo.

Ambos se pusieron a protestar, aunque ambos pensaban que el bueno de don Jacinto llevaba razón, y de repente Benavente reparó en mi presencia.

—Pero si tenemos aquí a Carmela...; qué guapa estás, me lo ha dicho todo el mundo; ¿cuándo vuelves al teatro?

Me llevé las manos al pecho, asombrada de que autor tan principal, que incluso estaba nominado para el Premio Nobel, hubiera reparado en mi humilde persona, y me puse a tartamudear:

—Ahora no puedo, ya sabe que... —todos callaron, escuchándome—; por lo del divorcio con mi marido..., hasta que no esté resuelto.

Me cogió las manos y me miró cariñosamente. Desde abajo, porque yo le llevaba una cabeza.

—Bien, bien, eso saldrá muy bien porque está de Dios —le tendió su sombrero y su bufanda a su secretario Luis Hurtado y me dijo señalando a doña María, que nos miraba con ojos de pronto hostiles y desconfiados —: como esta gente regresa a Buenos Aires una buena temporada a continuar enterrando dinero en aquel pozo sin fondo llamado teatro Cervantes, que debería llamarse teatro locura, he pensado en arriesgarme y formar compañía teatral, y también probar lo del cinematógrafo.

Miró a su alrededor con ingenuidad.

—No sé, haciendo lo de siempre me aburro.

Pérez Galdós movió la cabeza como si su colega estuviera loco mientras le daba tortilla de patatas a su perro, y Valle Inclán masculló con su ceceo característico:

—¿No zerá el mundo el que ze eztá aburriendo de uzted?

Don Jacinto fingió no oírlo y prosiguió:

—Y me gustaría contar contigo, ¿qué me contestas, Carmela?

Sin pensarlo, porque me salía del corazón y porque era así de exagerada, caí al suelo de rodillas, le besé las manos y le dije:

—Ahora no puedo, padre, pero daría mi vida por poder.

Todos me miraban, doña María sin apear su mueca de indignación porque le había robado el protagonismo de la noche y don Fernando con curiosidad algo perversa.

Carretero, sin embargo, sonreía alentadoramente, creo que era el único que se alegraba de que por fin las cosas empezaran a irme bien. Irenita sacó la cabeza por la puerta, advirtió que ocurría algún suceso inusual y se fue junto a Pérez Galdós, que, con eso de ser ciego, empezó a palparla porque era un loco de las mujeres. Dejándose hacer, le preguntó en voz baja: «¿Qué pasa?», y don Benito le contestó en tono tan alto que todos lo oímos: «Jacinto le está haciendo proposiciones indecentes a esa señora».

Yo seguía en el suelo, algo incómoda porque los rasgos heroicos tienen que durar un instante, si no devienen grotescos, pero don Jacinto me obligaba con su mano convertida en garra a que no me levantara, como si quisiera tocarme el hombro con la punta de la espada y nombrarme caballero de la mesa redonda.

Yo podría decir, como Raquel: ¿y ahora me saldrá polla?

—Ta, ta, ta, no te pongas dramática, Carmela, dígale, Carretero, que el papel de Magdalena arrepentida no le queda bien. —Mi amigo se rio—. Podemos empezar con la película, que se estrenará Dios sabe cuándo, y, tan pronto se resuelva lo tuyo, me avisas y al día siguiente te incorporo a la compañía como...

Agaché la cabeza, las rodillas me dolían como una mala cosa, mis dientes rechinaban, un instante más y hubiera caído al suelo con gran aparato, ¿como qué, don Jacinto, como qué? ¿Tramoyista? ¿Utilero? ¿Acomodadora? ¿Damita joven?

¡Desembucha, viejo del demonio!

Y al fin se arrancó:

—... primera actriz.

Apreté los puños, me puse en pie de un salto, me eché a llorar y en vez de abrazar a don Jacinto me abracé a Carretero, que me daba golpecitos en la espalda para calmarme como se hace con los críos. Ricardo Calvo, que acababa de entrar, levantó un dedo y dijo:

—Cuenta conmigo, padre.

Doña María y don Fernando se miraron entre ellos con estupor porque María Fernanda, y Rivelles, y Carola, que había conseguido colarse en el último momento sin que nadie se diera cuenta, y hasta Irenita y Catalina Bárcena, juntaron sus manos y suplicaron, hasta Elenita Salvador con su voz de guardia de circulación, dijeron:

—Y conmigo, y conmigo.

Cuando al cabo de unos días fui al pisito de la calle del Pez estaba tan contenta que canturreaba mientras me desnudaba. Mi franchute permanecía vestido, recostado en una butaca fumándose un cigarro, y de pronto se dio un palmetazo en las rodillas para que me sentara encima. Me preguntó:

—¿Te lo has pasado bien conmigo, Carmela?

Le di un beso en la sien donde advertí con asombro que tenía la raíz blanca. Y me di cuenta por primera vez de que se teñía el pelo y también por primera vez me pregunté cuántos años tendría. Pero me limité a asentir y a contestarle mientras trataba de deshacerle maquinalmente el nudo de la corbata:

—Sí, me lo he pasado muy bien, Marcel.

Lanzó dos largas bocanadas de humo por las narices y me apartó suavemente mientras me pedía:

—Espera, *ma petite*... Hoy prefiero hablar contigo.

Me senté a su lado y le pregunté con naturalidad:

—¿Quieres que me vista?

Denegó con la cabeza y me acarició la espalda, más como un padre que como un amante.

—No hace falta, *ma chérie*. —Me contempló de arriba abajo como el escultor que admira su propia obra—: ¿Te acuerdas cuando querías que apagara la luz?

Me puse a reír, ahora era al contrario, la ropa me molestaba, cuando llegaba al pisito iba dejando un reguero de prendas desde la puerta hasta la cama, lo último eran las medias y los zapatos. No había cosa que me gustara más que andar en pelotas.

Me repasó con el dedo los contornos.

—Carmela, eres una mujer bella y ardiente, tú todavía no te das cuenta del fuego que hay dentro de ti; yo he sabido encenderlo, pero... —Hizo un gesto de desaliento con las manos—. No puedo satisfacerlo... ¡Me ha cogido muy gastado ya esta aventurilla!

Yo iba a protestar, pero me acalló con un gesto.

—Pero el hombre que me siga te lo despertará aquí —me tocó el corazón— y aquí también.

Y me acarició abajo.

Lo abracé y le pregunté con súbito temor:

—¿No estarás enfermo?

Se rio con amargura.

—No, claro que no, en realidad me siento mejor que nunca, pero me trasladan a Panamá; la guerra ha terminado y al parecer nosotros, los franceses, somos los vencedores... —Me invadió un sentimiento cordial y efusivo hacia este hombre tan agradable y civilizado y lo abracé de nuevo espontáneamente; me dio un estrujón—. Va, ya sabíamos que esto iba a acabar algún día y me alegro de que sea ahora, que te he abierto la puerta de la jaula y ya puedes echar a volar.

Le dije al oído:

—¿Y madame Fantin?

Me miró risueño acariciándose la barba.

—Madame Fantin solo está en nuestra imaginación, *ma petite...* —No sé por qué no me sorprendí—. Soy viudo desde hace muchos años y sin ninguna gana de cambiar de estado..., al menos hasta ahora.

Y de pronto suspiró:

—¡Ah, cómo me gustaría ser veinte años más joven para poder disfrutar de la mujer en la que te has convertido!

Me abrazó estrechamente.

—*Tu aimes a ton papa Marcel?*

—*Je t'aime.*

—Vamos a hacer el amor por última vez.

Nos fuimos a la cama y la verdad es que debería haber sido un momento memorable, pero poco lo disfruté porque mi espíritu ya estaba muy lejos de este pisito de la calle del Pez y de las caricias de mi amante. Vagaba por los espacios siderales, por los escenarios polvorientos en las comedias que iba a interpretar, estaba en los carteles y las marquesinas de los teatros, entre los rostros anónimos de los espectadores, en los trenes que me llevaban muy lejos; ¡luzes!, ¡fama!, ¡acción!

Pero aun así mi cuerpo, como una máquina bien engrasada, respondió a la habilidad de Marcel y se entregó gozosa y libremente.

Cuando acabamos yo estaba feliz y él triste.

Con una sonrisa llena de sabiduría mundana me preguntó:

—¿Quieres que vayamos a comer a Fornos?

Asentí con entusiasmo porque me di cuenta de que estaba hambrienta.

Fue la primera y última vez que nos exhibimos juntos en público. Pedimos una sopa tan sustanciosa que se podía comer con tenedor, un carnero bien condimentado de especias, requesón de Abredo y tarta de yema de Puente deume. Cuando acabamos y mientras me limpiaba los labios grasientos con una servilleta, me apretó una rodilla por debajo de la mesa y me dijo:

—Qué suerte tendrá el hombre que venga después..., te he dejado a punto de caramelo.

Putos jodíos críticos. «Ayer, la recién constituida compañía de don Jacinto Benavente estrenó en el Español *La razón del mal amor*, ¿era necesario?». Mierda para ellos y sus periódicos. «La primera actriz, la altísima señora Moragas, atravesando el fondo del escenario una y otra vez cubierta de velos negros con una gigantesca guadaña al hombro y emitiendo unos sonidos que no se sabe si eran ulular de búho o mugido vacuno, provocó que mi vecino de butaca, un honrado montañés de visita en la capital, me preguntara: “¿Qué representa?”. Le respondí: “La muerte” y el buen hombre se quedó un rato pensativo y al fin contestó: “¡Ajo!, yo creía que hacía de *muerciégalo*”». Mierda para ti, Negro Fabregat, mierda para tu padre, si es que lo conoces. Cuando tuve que salir a escena por tercera vez, con la guadaña que me pesaba como si fuera una lápida de mármol, el rostro cubierto de velos, caminar lento que recordaba al paso de la oca de los teutones según sugerencia de don Jacinto, maldita sea su estampa, se oyó la primera risa, que se me clavó en el corazón como el estilete que mató a la emperatriz Sissi de Austria.

—Uuuuh..., ahhh...

Y a la sexta salida, todo el Español en pleno fue un clamor de carcajadas, siseos, pateos en platea, en el paraíso groseros rebuznos que despertaban todavía más risas que no dejaban escuchar el estúpido diálogo que intentaban mantener en escena María Fernanda y Ricardo. Cuando al final las carcajadas hilarantes se apagaron, Ricardo se puso a gritar abriendo los brazos con su voz pastosa y redicha:

*Aquí estamos al fin, a solas,
donde nadie vendrá a quebrantar este silencio...*

Desde el gallinero alguien hizo sonar un cencerro.

—¡Cuidao, a solas no, que viene la gigante!

Putos ellos, puto el autor, puto..., sí, puto don Jacinto, que se retorció las manos entre bambalinas y decía:

—Qué desastre de obra, tú estás muy bien, Carmencita, pero qué mala, cómo no me di cuenta. ¡Tú estás estupenda!, todos lo estáis, pero voy a perder hasta la camisa... Es mala mala. Mala. Luis, tráeme un puro.

El secretario le recordaba al «padre» que llevaba uno encendido entre los dedos y don Jacinto se encerraba en un camerino cualquiera y solo se oían sus gemidos y las palabras consoladoras de Luis Hurtado:

—Padre, nadie le echará la culpa de esto, su prestigio está por encima.

Y nosotros, hala, a dar la cara cuando de lo que teníamos ganas era de tirar una bomba Orsini en medio del teatro que interrumpiera la función y despanzurrara de paso al público y a nosotros mismos.

Ese día el:

—Señora Moragas, a escena.

Me sonaba lo mismo que:

—Señora Moragas, al patíbulo.

Y allá salía yo con la desesperación de los suicidas arrastrando la guadaña a soltar mi diálogo que, todo hay que reconocerlo, no me había costado mucho aprender.

—Uuuh, uuuuh, uuuuh —y al rato—, aaaah, ah, ah.

La cosa aquella —tengo demasiado respeto por el teatro para llamarla obra— era un engendro simbolista pretendidamente moderno de un autor novel joven y guapo que, con mucha caída de ojos y mucho morro, había convencido a don Jacinto de que lo estrenara porque lo suyo era mejor que Ibsen.

Fue nuestro segundo fracaso. Porque tampoco nos había ido bien con el lanzamiento anterior, con el que empezábamos como empresa... Porque, ¡señores, un respeto!, ¡éramos empresa! ¡Como la Guerrero-Díaz de Mendoza! Se anunciaba como la Compañía de don Jacinto Benavente, con doña Carmen Ruiz Moragas y don Ricardo Calvo de cabecera de cartel. Ganamos el concurso para arrendar el Español dos temporadas y nos las prometíamos felices, les compré a mis padres un Renault y les alquilé un *chauffeur* para que los llevara unos días a Santander. ¡Cuántos abrazos inmoderados les di a los pobres! ¡Cuántas recomendaciones!

—Mamá. Échate el velo sobre la cara, que este aire estropea el cutis; papá, no se te ocurra fumar, que puedes quemarte y, usted, Lugones, no corra.

El *chauffeur* protestaba:

—Señora, que me llamo Sánchez.

—Es igual, para mí será Lugones.

Porque me había enterado de que el conductor de la reina se llamaba Lugones y yo quería tener uno igual.

El tipo, cejijunto y malencarado, se encogía de hombros y se encasquetaba la gorra con tal energía que parecía que iba a clavársela más que a ponérsela, mascullando palabrotas.

Incluso un día invité a don Trinitario al salón japonés de Lhardy y le dejé que me metiera mano por debajo de la mesa.

Marcel me envió una postal desde Panamá sin firmar: «Aquí no hay mujeres tan guapas como tú, *ma petite chérie*». Deposité en la cartulina un beso apresurado y distraído y la puse en el marco del espejo de mi cuarto; adiós, Marcel, fuiste muy bueno conmigo, nuestros amores fulguraron como esas espléndidas y efímeras rosas de otoño sin mucho aroma, pero también sin espinas. Honor a ti, querido amigo.

Y es que estuvimos gafados desde el primer momento.

Para mí que todo fue cosa de una vieja que se ponía por las noches en la puerta del teatro a vender violetas. Era una bruja de pelos revueltos, cara pintarrajeada de modo grotesco y voz ronca quemada por el aguardiente que me repetía tan bajo que solo la oía yo:

—Yo me vi como tú y tú te verás como yo.

Se lo conté a Ricardo, y la vieja desapareció, pero las palabras se habían grabado en mi mente, y para no pasar por donde había estado ella, salía siempre por la puerta de atrás.

Claro que, por lo que sé ahora, aprendido a base de palos, las causas del fracaso fueron más prosaicas. Don Jacinto, para arrancar a lo grande, escogió una obra clásica, *El castigo sin venganza*, con la que pretendía homenajear a Lope de Vega. Yo tenía el papel de Casandra:

*No hay altezas con tristeza,
y más si bajezas son;
más quisiera, y con razón,
ser una ruda villana,
que me hallara la mañana
al lado de un labrador,*

*que desprecio de un señor
en oro, púrpura y grana.*

Hasta aquí, todo bien. El único inconveniente era que *El castigo sin venganza* iba en el repertorio de doña María Guerrero, que la había representado decenas de veces, y las comparaciones fueron odiosas. Los críticos, aleccionados por el Caballero Audaz y porque, al fin y al cabo, yo era casi una debutante, me trataron con cierta simpatía: «La señora Moragas, excepcionalmente distinguida, vuelve a las tablas después de su desgraciado matrimonio... Compuso una Casandra interesante, adorna el escenario con su presencia aristocrática, su proverbial belleza y el agradabilísimo timbre de su voz...». También salió mucha loa a mi padre gobernador y la educación exquisita de varios internados de monjas.

Pero uno o una tal Colombine, tan recién llegado a esto de la crítica teatral que aún no conocía los códigos de cortesía y encima quería hacerse el interesante, señaló en *La Correspondencia*: «La Moragas realiza una burda imitación de doña María Guerrero, pero sin el empaque ni esa forma de decir el verso de la Egregia... Es una copia en papel de estraza, señora Moragas, y se lo decimos con afecto, debe dejarse de imitaciones que a nada conducen y seguir su propio camino».

¡Y pensar que encima la que escribía era una mujer! Porque me enteré de que detrás del seudónimo Colombine estaba Carmen de Burgos, una andaluza que había visitado el frente de Melilla como corresponsal y de la que el Caballero Audaz decía con admiración: «Tiene más huevos que el caballo del Espartero».

¡Pues mierda para ella y mierda para el caballo!

Don Jacinto, más pequeñito y desmejorado que nunca, aunque nos está sobreviviendo a todos, porque Juan Chabás me ha contado que mientras yo agonizo él acaba de fundar la Asociación de Amigos de la Unión Soviética con un pedazo de salud que tira de espaldas, nos reunió a la compañía para comunicarnos su terrible decisión:

—He perdido dinero con esta aventura loca y voy a perder hasta la salud. —Me miró quejoso—: Carmela, me ha dado más ese film que hemos rodado juntos, *La madonna de las rosas*, que las obras que hemos representado.

Mis compañeros se hicieron aún más pequeños, pero yo tuve un gesto de incredulidad porque la película, rodada en dos semanas en un piso de la Castellana con Emilio Thuiller de pareja, me había parecido una bazofia y no le auguraba ningún futuro a ese truco barato de magia

llamado cine, bueno, quizás para divertir a la chiquillería como si fueran sombras chinescas, pero no era un arte para tomarse en serio. Sin embargo, en la temporada de verano, con todos los teatros girando por provincias, habíamos representado una Cenicienta muy potable en la que yo había interpretado al príncipe, el teatro se había llenado todos los días y el público había aplaudido a rabiar. Don Jacinto adivinó lo que íbamos a decir, pero fue Luis Hurtado el que nos dio explicaciones:

—Sí, con *La Cenicienta* llenamos, pero no sé si sabéis que don Jacinto, que es hombre bondadoso, dio esas funciones a beneficio de los niños del Hospital del Niño Jesús fundado por su padre, el ilustre doctor Mariano Benavente, que en paz descanse —don Jacinto se enjugó una lágrima, Luis lo miró con preocupación, le apretó el hombro y prosiguió —: vinieron los enfermitos y sus familias, sin pagar, por supuesto, y como aun se les entregaba una bolsa de golosinas de La Pajarita y como ustedes sí cobraron, esas funciones fueron las que dieron más pérdidas.

Bajamos la cabeza avergonzados y maldiciendo el altruismo de aquel santo que nos hacía quedar como unos cerdos arrastrados y codiciosos. Ricardo intentó una disculpa:

—«Padre», yo qué más quisiera...; no hay más remedio que cobrar sueldo...; tengo familia...

El dramaturgo levantó una mano.

—Claro que sí, yo no les reclamo nada, faltaría más que los obligara a realizar buenas obras... Hablando de familia, mi pobre madre se me muere por el disgusto de verme arruinado, pero como de eso ustedes no tienen ninguna culpa, no deben preocuparse. —Un murmullo apesadumbrado recorrió nuestras filas, él recibió las condolencias con cumplida modestia—: Gracias, gracias, pero lo mejor será aquello de zapatero a tus zapatos... Yo voy a volver a lo mío, a escribir, y ustedes quedan libres para formar compañía propia. El arriendo del Español dura un año más y se lo cedo gustosamente.

Se fue caminando como un provector anciano (en esa época tenía cincuenta y cuatro años) y aún se giró un momento para decirnos:

—En administración quedan algunas bolsas de caramelos que sobraron, si se las quieren repartir entre ustedes...; no tiene importancia, faltaría más.

Nos quedamos tan aturdidos que ni siquiera agradecimos el gesto. Claro que, en cuanto a lo del Español, don Jacinto se quitaba de encima los gastos que conllevaba tener teatro abierto, pero quién osaría reprochárselo cuando nos acababa de confesar que su querida madre de

ochenta y siete años casi iba a morir por nuestra culpa. ¡No éramos monstruos!

Solo pobres actores en paro que nos reunimos desalentados y con una sensación horrible de fracaso y miseria en el café Lion d'Or de la calle Alcalá.

Como no podíamos contratar a un administrador, fue Ricardo el que nos sugirió:

—Aportad lo que podáis y haremos números, a ver si nos llega para formar compañía propia.

Pedimos agua de cebada con limón, que era lo más barato, y allí mismo apuntamos las cuentas en una libretita de hule; tuvimos que pedir un lápiz al camarero. Necesitábamos ochenta mil pesetas para estrenar, contando que el empresario «de paredes», el propio teatro, nos suministraría vendedoras, acomodadores, tramoyas y hasta el apuntador.

Juan Botas, el característico, que había sido payaso de circo e interpretaba a los criados graciosos, nos advirtió:

—Y este presupuesto es sin pelucas... Si hacemos una obra de época, las pelucas encarecen. —De pronto se puso a buscar debajo de la mesa—: ¿Pero qué tenemos aquí?

Miramos con curiosidad. Un perrillo sucio y muy peludo que estaba hecho una bola en el suelo se desperezó, se levantó al sentirse observado, se sacudió, se puso sobre sus patas traseras para encaramarse en mi regazo, dio un salto y cuando me di cuenta estaba entre mis brazos bostezando como un crío somnoliento. Todos, actores adultos al borde del hambre y del desahucio, repentinamente infantilizados, nos pusimos a reír y a acariciarlo. Botas chilló:

—Ya sabe este pillo lo que es cosa buena, mira cómo no se ha venido conmigo.

El chucho era solo piel y hueso, pero se acomodó y se puso una pata sobre los ojos para taparse la luz. El camarero vino a traernos unos azucarillos y a limpiar la mesa, y dijo desdeñosamente:

—Esa perra lleva días rondando por aquí... La hemos echado muchas veces —con el trapo le dio un golpe en el lomo—. Tu, greñúa, apártate de ahí, lárgate, no molestes, al final te vamos a estrellar contra la tapia.

Miré al hombre con repugnancia, iplebe soez, canalla! El perrillo abrió los botones de sus ojuelos oscuros, como si lo hubiera entendido, y me miró. Suplicante. Le pasé la mano por el pelo, áspero y enredado, y lo tranquilicé.

—Tú ya eres mío.

El camarero guiñó el ojo a mis acompañantes y giró el índice en la sien, pero todos fingieron no verle y yo, con la perra greñuda perfectamente acomodada en mis rodillas, como si llevara allí desde que nació, dije:

—Sigamos.

El primero en retratarse fue Ricardo. Contó cuidadosamente unos billetes, los metió en un sobre y los puso encima de la mesa.

—Aquí hay veinte mil pesetas.

Yo sabía que su mujer acababa de cobrar una pequeña herencia a medias con su hermana Cinta y que ese era el importe íntegro. María Fernanda y Rafael Rivelles se miraron, asintieron y él sacó un fajo del bolsillo.

—Era la paga y señal para una casa.

María Fernanda se puso a mirar fijamente el suelo, quizás para que no advirtiéramos lo brillantes que tenía los ojos. Elenita Salvador y Carola soltaron el dinero como con repugnancia, sus escasos ahorros, porque los comediantes tenemos un agujero en la mano, incluso sacudieron un poco los dedos como si los billetes se les hubieran adherido. La sastra Martita llevó lo que le birlaba al marido en la compra, el meritorio, un chaval raquítico y débil, lo que le habían dado sus padres, antiguos actores que habían puesto una pollería en la Cava Baja, y uno de los billetes llevaba adherido un plumón que el chico se apresuró a limpiar, ruborizado hasta las orejas. Las manos chocaban, nos cruzábamos miradas de esperanza, miedo, complicidad...

Yo tenía lo que quedaba de mi dote de boda, treinta mil pesetas. Las llevaba en la bolsa. A ciegas, separé del rollo atado con una goma unos cuantos billetes para guardármelos y puse el resto sobre la mesa. El perrillo protestó, pero siguió durmiendo. El mármol estaba cubierto de papeles pequeños y grandes, incluso monedas.

La última fue una eterna damita joven que nunca pasaría de ahí, porque tenía ya sesenta años y hacía décadas que no pronunciaba más de una frase en el escenario. Era muy mala actriz, había sido muchos años la amante de un empresario de medio pelo que la abandonó por otra, y desde entonces sus trajes cada vez eran más viejos, los tacones de sus zapatos más torcidos, su rostro más cadavérico, el tinte de su pelo más amarillo y nadie sabía cómo podía sobrevivir. Nos habían contado que cada día retiraba una de las bolsas de caramelos que tan generosamente nos había ofrecido don Jacinto y creíamos que ese sería todo su alimento.

Ninguno de nosotros esperábamos que aportara nada, es más, fue una sorpresa encontrárnosla en el café, desconocíamos cómo se había enterado y la saludamos vagamente.

La Peri, que así la llamábamos, sacó una mano temblorosa porque tenía predisposición epiléptica, y echó encima de la mesa, muy arrugados y sucios, un puñado de billetes que olían a alcanfor y a moho. Con voz gangosa, porque el polvo del escenario le había causado una afonía crónica, dijo:

—Me los guardaba para cuando fuera vieja.

Después empezó a forcejear con un anillo que siempre llevaba puesto, dorado, con una piedra granate. Era el último regalo que le quedaba de su amante. Las articulaciones hinchadas impedían que se pudiera deslizar fácilmente, y era tal la saña con la que trataba de arrancárselo que por un momento temimos que saltara el dedo amputado y fuera a asentarse sobre el montón de billetes como una metáfora de sabe Dios qué. Ricardo, interpretando el sentir de todos, la detuvo:

—Déjalo, Peri, gracias de todas formas.

Con un nudo en la garganta abrí el bolso y fingí asombrarme al ver que tenía más dinero y extraje el resto de mi botín:

—Bien, y aquí hay... mil, dos mil, cinco mil pesetas más.

Con eso y unos pagarés que le firmamos a un prestamista que nos presentó Pepa la prendera, el 2 de noviembre estrenamos *Don Juan Tenorio*.

Lo escogimos porque, al trascurrir la obra de noche, nos ahorrábamos luz. Y así no se notaba que lo que tenía que ser una hospedería sevillana era en realidad una aldea gallega, ya que habíamos aprovechado los decorados, de papel y no de cartón, de *Los pazos de Ulloa* de doña Emilia Pardo Bazán, que los trajes eran restos de comedias trasnochadas que nos prestó doña María, de nuevo en América, y que mis tocas monjiles me las hicieron las modistillas de Monsieur Manolo con tela de manteles. Adèle me decía muy orgullosa de ella misma:

—Visto a putas y a monjas.

Y yo le contestaba, ya que me sabía todos los papeles de la obra:

*Yo a las cabañas bajé,
yo a los palacios subí,
yo los claustros escalé,
y en todas partes dejé
memoria amarga de mí.*

La cruz que llevaba en el pecho me la bordó mi madre. Mi padre le había ayudado enhebrando las agujas porque tenía mejor vista que ella, eso cuando le dejaba el perrillo, que se empeñaba en jugar con los hilos de colores porque era un cachorro. Cuando ya llevaba unos días con nosotros y dormía a los pies de mi cama cuando le apetecía, o si no en la mejor butaca, y se subía a las rodillas de papá, enredaba con las zapatillas de mi madre, cazaba moscas y seguía con la vista las palomas que pasaban frente al cristal de la ventana, le dije a mi padre:

—Aún no le hemos puesto un nombre.

Y papá, distraído porque le estaba haciendo con cartón, goma y tijeras un lugar para que durmiera, me preguntó:

—¿A quién?, ¿a la Greñúa?

Y con Greñúa se quedó.

El día del estreno sentimos espasmos por todo el cuerpo. La cola del váter de mujeres se hizo eterna porque cuando acabábamos de mear nos volvíamos a poner. ¡Y es que esa noche se representaban en Madrid tres Tenorios!

¡Nos la jugábamos a ahora o nunca!

No teníamos presupuesto para hacer más que esa obra y dependíamos de lo que entrara en taquilla para poder pagar los préstamos y continuar.

Ah, y comer, esa cosa tan pedestre pero tan necesaria.

Mirábamos por el agujero de la cortina y veíamos público, sí, pero ¿quién no va a ver un Tenorio el día de difuntos? ¿O acudirían para burlarse creyendo que la Moragas iba a hacer el espectro por el escenario y que ese era el único papel capaz de interpretar?

Se levantó el telón. Como solo contábamos con un proyector, el escenario permanecía en sombras, únicamente se veía a Ricardo, con antifaz y vestido de negro, acodado en una mesa escribiendo con una pluma de ave. Resplandecía la gola blanquísima que rodeaba su cuello (la habíamos conseguido a precio de saldo).

Hubo un largo silencio de un minuto, en el que solo se oía el rasgueo de la pluma sobre el papel.

De pronto, entre cajas, empezamos a hacer ruido arrastrando sillas por el suelo y dando voces: «Adiós, adiós», «Viva el carnaval», «Viva el

vino y las mujeres» (esto era una aportación de Rafael Rivelles). Don Juan dejó de escribir, tomó aliento y dijo quejumbroso, mirando al público buscando su complicidad:

¡Cuál gritan esos malditos!

Espiábamos entre bambalinas conteniendo el aliento, ¿por qué tosía ese de ahí?

¡Pero mal rayo me parta...

La Peri, vestida de monja también porque hacía de hermana tornera, me cogió del brazo tan fuerte que me hizo daño y me susurró: «Parece que ahora están oyéndolo muy bien...».

*si en concluyendo esta carta
no pagan caros sus gritos!*

Prosiguió la obra en una de esas prodigiosas noches teatrales en las que todo parece fácil. Se jalearon varios mutis, al final del acto hubo bravos, el público recorría el pasillo central para venir al pie del escenario a aplaudirnos durante diez minutos, y cuando aparecí:

*No sé qué tengo, ¡ay de mí!,
que en tumultuoso tropel
mil encontradas ideas
me combaten a la vez.*

Hasta yo misma me enamoré de la inocencia, la ingenuidad, la pureza de mi doña Inés. Y en el dramático final, mientras rodilla en tierra y el puño en el corazón, Ricardo declamaba ante mi cadáver cubierto de flores de trapo:

*Es el Dios de la clemencia.
¡El Dios de don Juan Tenorio!*

Se me cayeron unos espontáneos lagrimones que intenté disimular apretando mucho los párpados, ya que, como es natural en mi condición

de cadáver, estaba muerta.

¡Habíamos pasado la batería! ¡El teatro se vino abajo con los vítores! Saludamos dos, cuatro, treinta veces, nos tiraron claveles que las mujeres nos pusimos en el pelo, nos abrazamos entre bambalinas, dimos saltos abrazados, nos fuimos a emborrachar de alcohol y de éxito a todos los bares de Madrid, cuando echaban el cierre recorríamos las calles cantando y bailando, el cielo era como las pinturas de un telón, con las estrellas clavadas y enormes, y la luna inmóvil sobre los tejados. ¡Las negras ramas de los árboles se perfilaban contra el cielo estrellado como si estuvieran pintadas!

Nos fuimos a los kioscos aún con restos de maquillaje sobre las mejillas a esperar la prensa matutina pateando el suelo haciendo la competencia a los caballos de la basura, y el titular que salía en la primera página nos pareció el madrigal más hermoso de cuantos pudieran escribirse:

«En la noche más reñida del año, triunfa la compañía Calvo-Moragas, ¡quedan ya en España tan pocos actores que sepan recitar versos!». Nos quitábamos los periódicos de las manos y señalábamos los pasajes en los que salíamos: «La señorita Moragas es la más dulce de las novicias, es un lirio quebradizo y pálido y logra unos momentos de ternura admirables...».

Cuando llegué a casa me detuve un momento en el umbral para ser consciente del momento que estaba viviendo, no recordaba haber respirado nunca un aire tan aromático, ni haber sentido tal alegría de vivir y tal paz de espíritu.

Puse el clavel debajo de la almohada y me dormí sonriendo, con un hilo de baba cayéndome por una comisura de la boca.

Y al día siguiente hubo función, y al otro y al otro, después cambiamos de obra y escogimos otra, y unas cosas iban bien, otras no tanto, pero, demonios, éramos compañía y habíamos triunfado.

He conocido después muchas noches de gloria y de éxitos clamorosos, me han cantado las plumas más altas de la literatura, pero la ilusión tan pura como el diamante que experimenté esa noche nunca regresó: las emociones de primera mano nunca jamás tienen una segunda salida a escena, ¡una obra solo se puede estrenar una vez!

Dichosa soy por haberlo vivido.

Ay, Alfonso, ¿te acuerdas alguna vez de todo esto? Digo Alfonso y tengo ganas de cerrar los ojos, sonreír y al mismo tiempo se me viene un sollozo como una tos y se me pone en el pecho un sol de abril tibio y alegre al mismo tiempo. ¡Juan Chabás, dile al doctor Luque que no me recete medicinas, que me recete Alfonso!

—Cuando te veía en el escenario me parecías más delgada.

Alfonso me observaba la primera vez que me vio desnuda con atención algo impertinente, como hombre experimentado que sabe de mujeres, y eso me halagó, pero me enceló también:

—Pero ¿te gusto?

Me besó la frente.

—Me gustas de aquí —culebreó hacia abajo, me besó los dedos del pie— hasta aquí y todo lo de en medio.

Ah, nuestras primeras noches de amor, Alfonso. Alfonso.

¡Alfonso! ¡Ven, Alfonso, vuelve juventud dorada!

Me dejo caer sobre el lecho de dolor y me pongo a gemir como un animal agotado y enfermo porque he realizado un gran esfuerzo, he venido desde el tiempo en que nos amamos... Juan Chabás, perdóname, aun queriéndote mucho no te he podido amar como a Alfonso y eso tú lo sabes y me lo has perdonado. Pero no has podido dejar de reprochármelo tenuemente en la oscuridad de la noche, con tus ojos verdes brillando en competencia con mis gatos, que se pasean como almas libres por el jardín:

—Sé que eres capaz de querer de otra forma de como me quieres a mí. ¡Como quieren las mujeres de verdad! —Me cogías del cuello y apretabas con desesperación—: Me has de querer así, Carmela, ¡como quieren las mujeres de verdad!

Yo movía la cabeza para librarme de tu abrazo fingiendo no entenderlo y me lo tomaba a risa, pero si tú supieras, Juan Chabas, si tú supieras...

Ah, nuestro amor, Alfonso querido, que iba a la luna cien veces, volvía, e iba y volvía y no se acababa nunca.

—Mi rey, ¿me amas?

—Amar es poco —como todos los enamorados, querríamos inventar palabras nuevas—, amar es demasiado pequeño para expresar lo que siento por ti, gigantona, me has clavado la guadaña esa de cartón en el centro de mis *sentíos*.

Le había contado mi aventura representando a la muerte y desde entonces me llamaba gigantona.

—Emperaor.

—¡Espejo de las manolas!

¡Cuando estar los dos a solas nos bastaba, cuando nos embelesábamos el uno en el otro, cuando hacíamos el amor de forma simple y juvenil como si fuéramos adolescentes revolcándonos en un pajar y se nos aceleraban los pulsos y el corazón nos subía a la glotis!

—Rubiona, tu soldadito te va a hacer tantos hijos que te van a salir por las orejas.

Después de nuestra primera entrevista en mi casa, Alfonso me envió a buscar para encontrarnos en un pisito que tenía para estos asuntos en la calle Alcalá, al lado del Casino de Madrid. Un lugar en penumbra, sombreado de cuadros y muebles desconocidos que le daban un tinte extraño. En el cuarto de dormir tenía una cama inmensa con dosel, un galán de noche para dejar sus uniformes o su chaqueta, un canapé en el que tiraba mis cosas y una palangana con un jarro lleno de agua con olor a hierro.

Sobre la mesa, un candelabro con velas, y en la pared una enorme tela blanca, que yo reconocí enseguida.

—Pero esto es una pantalla de cinematógrafo —y añadí burlona—, ¿quieres ver mi *Madonna de las rosas*?

Pero él, ya completamente desnudo, me llamaba desde la cama y me ordenaba:

—Deja eso ahora y ven.

Me arrojé a sus brazos, ¡y cómo encajaban mis salientes con sus entrantes, sus valles con mis montañas, sus partes duras con mis partes blandas, cómo nos ensamblamos como un rompecabezas, soldados el uno al otro! Unidos como hermanos siameses, separábamos nuestras cabezas con una torsión de cuello imposible para retornos con los ojos, y él me decía en tono desgarrado:

—Qué me has hecho, bruja, me has sorbido el seso.

Era un amante experto, insaciable y generoso.

No corría una gota de aire y las llamas de las velas ardían con firme suavidad haciendo brillar sus ojos con melancólica y poética luminiscencia. Se levantaba a coger un cigarrillo y no podía apartar mi mirada de él, de la elegancia de sus movimientos varoniles, de las airoas líneas de su cuerpo desnudo. Se daba cuenta y regresaba, me tomaba el rostro con las manos y no sé qué leía en mis ojos que me abrazaba y los dos pronunciábamos palabras sin sentido, los sonidos con los que los niños manifiestan su contento:

—Mmmh, hum, sí, sí...

Como el nuevo rico que quiere hacer ostentación de los bienes recién adquiridos, ansiaba demostrarle todo lo que había aprendido en los brazos de Marcel, pero él trataba de apaciguarme:

—Déjate llevar, no intentes acrobacias...; no estamos en un circo.

Con Alfonso entendí que se podía disfrutar y dar placer a la vez, cuando le lamía todo el cuerpo, él levantaba la cabeza, atento a la música de mis gemidos:

—Disfrutas tanto como yo.

Sí, sentir el poder que tenía sobre su cuerpo me llenaba de orgullo. Me sentaba sobre su vientre a horcajadas, levantaba los brazos y le tocaba unas castañuelas imaginarias con los dedos:

—Tirin, tin, tin.

—Gitanaza.

—Zagal, rumboso, onomatopeyo...

El reía loco de dicha.

—Pero, chiquilla, ¿tú sabes qué quiere decir onomatopeyo?

—Que tu gigantona te quiere mucho.

Todo el tiempo que me dejaba el teatro se lo dedicaba a Alfonso, dormía muy poco, pero, poseída de una energía prodigiosa, me metía a la Greñúa debajo del brazo y salía sin dar explicaciones a nadie para subirme al coche cubierto que me esperaba frente a mi casa. Apenas me había sentado, él caía sobre mí como la octava plaga de Egipto, abría botones, levantaba faldas, amasaba mi carne entre gemidos, ayes, súplicas, órdenes:

—Pero qué tapadita has venido hoy, no se acababa nunca el consejo de ministros, ese pesado de Dato, ¡al final logrará hacerse matar!, pero, qué cojones, cómo se abren estos ganchos...

Yo le pedía calma, pero era yo también la que me embarullaba y llegaba al pisito con la falda caída a un lado, el moño deshecho; la Greñúa se quedaba en el coche dando vueltas por Madrid, que era lo que más le gustaba, sacaba la cabeza por la ventanilla y el viento le echaba el pelo atrás y cerraba los ojos mismamente como una persona.

Alfonso reía.

—Le voy a traer las gafas que usa Peluzón.

Pero ya me empezaba a meter mano mientras yo reía con la benevolencia con que se tratan las travesuras de los niños malcriados que al oído te dicen:

—Quiero teta.

Y cuando se agotó el repertorio habitual, ¡no hay tanta variedad como creen los ascetas que nunca han practicado el sexo!, así llegó un momento en que el amor normal no bastaba a nuestros temperamentos ávidos y ardientes, y eso, en lugar de hastiarnos y separarnos, nos anudó definitivamente porque no hay nada que te haga sentir más solo que tener deseos inconfesables que con nadie te atreves a compartir, ni siquiera con tu amante. ¡Nosotros éramos almas gemelas!

Juan Chabás, si algún día llegas a leer esto, no sigas, ¡te decepcionaré! Cuando tú me decías, orgulloso de tu potencia juvenil, tienes bastante, di, tienes bastante, ¿quieres más? Y yo te contestaba sí, no, ya es suficiente, ya está bien, pues que sepas que seguía encendida pensando en que, a pesar de tu pujanza de macho en la flor de la vida, ese placer prohibido y delicioso que me proporcionaba Alfonso no había vuelto a repetirse.

¡Aunque el ejército de Juan estuviera pertrechado con cañones Gran Bertha y mi soldadito solo contara con una escopeta de perdigones!

Yo te quiero, Juan Chabás, que no se te olvide nunca. Pero lo de Alfonso es un sentimiento que no puedo designar mientras no haya una palabra que reúna a la vez cuatro ideas: amor, deseo, vicio y amistad.

La tela del cinematógrafo. Sus ojos de sátiro entrecerrados, solo dos ranuritas, cuando veíamos películas cochinas en la gran pantalla de la pared con su mano oscura hundida en mi escote como la garra de un fauno. Porque la descomunal hoguera que habíamos levantado necesitaba combustible, leños, parafina, papel para luchar contra el desecamiento natural de los sentidos, y Alfonso tenía un amigo que le enviaba películas pornográficas desde Cataluña. Y ¿lo digo? Va, sí, total nadie va a leer esto aparte de Juan, y yo sé que lo dará al fuego, aunque muchas veces me ha repetido que escriba mis memorias.

—Las de verdad, Carmela, no las que explicas en las interviús.

Sí, pero no tan de verdad, ¿no?

Porque una noche empezamos a poner en juego la perversión más sutil y morbosa, el órgano sexual más grandioso, ¡la imaginación! Ese veneno que le inoculé inesperadamente al preguntarle:

—Tu primo sigue con Pastora, ¿no?

Alfonso frunció el ceño y me contestó de forma desabrida:

—¿Fernando? ¡Es un gil! Acaba de tener un hijo con ella, menos mal que han conseguido endosárselo al marido, El Gallo —se volvió hacia mí, adusto y malhumorado—, pero qué narices...

Pero yo ya estaba mirando el techo, soñadora, y le dije:

—Escucha, amor, ¿te figuras que fuéramos un día los dos a su casa, y nos desnudáramos y...?

Tuvo un gesto arisco, se quitó las sábanas de golpe, supe que estaba a punto de levantarse, pero se detuvo en el último momento y luego se quedó en silencio. Por su rostro galoparon varias emociones, asco, repulsión, curiosidad, avidez, y al fin claudicó, se tendió a mi lado y me pidió gimiendo suavemente:

—Sigue...

Como si no me hubiera dado cuenta, proseguí en tono natural:

—¿Te figuras que ellos vinieran y en lugar de enfadarse se desnudaran también y...?

Y ese se convirtió en nuestro juego particular, en nuestro mayor acicate, antes de pisar la cama, desanudándose la corbata, él ya me pedía:

—Qué, qué...

Y yo me apoyaba con el codo en el colchón, ponía la cabeza en la mano y le contaba:

—Escucha, se me ha ocurrido que podemos ir al camerino de Raquel, ella llevará su kimono verde, cerraremos la puerta y ella y yo nos besaremos y tú mientras nos cogerás por detrás y meterás...

Se desnudaba frenéticamente y solo repetía:

—Sí, sí, Raquel, con el kimono verde, ¿y qué lleva debajo?

—Ese pantaloncito de seda negra con puntillas, ya sabes, el que...

Y otro día era la Bárcena, y al otro, Irenita.

Claro está que nunca llevamos a la práctica estas fantasías, las palabras las olvidábamos en cuanto poníamos un pie en el suelo y podíamos mirar inocentemente el flequillo de Raquel Meller sin que ella jamás sospechara su presencia ardiente y activa en nuestras noches de placer. Ni Irenita, ni la Goya, ni la Bárcena, ni Mata Hari, ni el mismísimo don Fernando Díaz de Rivera, que a todos introducía yo de forma simbólica en nuestro lecho.

¡Nos lo pasábamos de miedo!

¿Cómo, de aquellos padres castos y reprimidos, de aquel hogar aburrido de tan virtuoso, de mi infancia sujeta por inquebrantable disciplina al fiero martirio de los rezos, de la joven tímida, huraña,

silenciosa, de mi noche de bodas, capaz de apagar el deseo para siempre, pudo surgir esa libertina descocada, deslenguada y sin barreras?

¡Que les hagan un monumento a los amantes franceses y que el doctor Freud me lo explique!

Alfonso me escuchaba atentamente con la cabeza ladeada porque era un poco duro de oído, y a veces no tenía ni que tocarlo y culminaba bajo el influjo poderoso de las imágenes que evocaba.

—Me voy..., me voy..., Carmelilla.

Se apagaba con rapidez, se quedaba respirando hondo, como si hubiera realizado una maratón, levantaba penosamente su exiguo costillar buscando con anhelo de moribundo más oxígeno. Sentía que llegaban a crujir sus huesos, sus órganos internos parecían agrandarse, como si ya no le cupieran dentro, se le azuleaban los labios y yo pensaba para mí, este se va, pero de verdad de la buena.

No quería entregarme a una angustia lastimera y me flagelaba con dureza: de esta se muere, y qué papelón aquí en esta casa clandestina donde nos debe haber traído a todas, cómo haré yo para darme el piro, pero habrá que sacarlo antes, menos mal que Viana está fuera, podremos cargar los dos con el cuerpo, claro, los bíceps de la Moragas...

Tensaba los brazos para irme entrenando hasta que advertía que su respiración se sosegaba, retornaba el color a sus mejillas, no mucho porque las tenía siempre pálidas, meneaba la cabeza y me decía con una risita tonta:

—No te preocupes que de esta no la espicho, estoy como una rosa de Alejandría... —Y reconocía con admiración, como el que contempla la hazaña de un gran científico—: Nadie como tú, Carmela.

Mi corazón se sentía embriagado por el alivio y una honda ternura, pero fingía risas y burla.

—Comediante, te voy a dar un papel en mi compañía, panoli.

A veces, si estaba metido en uno de esos pozos negros de neurastenia, suspiraba:

—Quién pudiera morir así, en un polvo.

Y ya me tenéis rebuscando en los recovecos más escondidos de mi imaginación para encontrar historias más y más picantes, más y más perversas, más y más fuertes, para satisfacer aquella insaciable demanda.

Se lo empecé a contar al Caballero Audaz, primero porque era la persona en la que más confiaba, y luego por interés: necesitaba nuevas fantasías para mis historias, se estaban agotando las fuentes de inspiración, ¡demonios, yo no soy novelista, soy solo una pobre cómica!

Estábamos en el Café Regina. Me acababa de hacer una interviú para *La Esfera* en la que fingíamos que casi no nos conocíamos y decía cosas muy tontas sobre mí y mi «fastuosa belleza de muñeca iluminada por dentro».

Primero le hice jurar que a nadie le contaría que estaba liada con el rey, y me contestó con suficiencia mientras le daba un picatoste a la Greñúa:

—Perra, lo sabe medio Madrid ya.

Y después se echó a reír y me dijo:

—¿Le cuentas historias?, ¡eres única, Carmelilla! ¡Eres como Sherezade!

Sí, yo sabía quién era Sherezade porque había leído *Las mil y una noches* y varios libros más que me había aconsejado mi buen amigo para darme un aire de mujer ilustrada, además de actriz de buenísima familia y decente hasta decir basta.

—¿Y quieres que yo invente para ti?

Asentí vigorosamente mientras le arrebatava a la Greñúa que, de tanto comer golosinas, estaba empezando a parecer una bola.

Y entonces mi amigo comenzó a suministrarme nuevas ideas para mis historias, y eso, paradójicamente, lo convirtió a él en escritor. Porque con lo que me contaba y lo que había discurrido yo, empezó a escribir esos libros eróticos que tanta fama y dinero le han dado. *La Virgen desnuda, Una cualquiera, De pecado en pecado, Una señora casada, Mi mujer es una frívola...* Con cierta inmodestia puedo decir que el Caballero Audaz es lo que es gracias a mi humilde persona.

¡Ah, esas mañanas serenas y altas del mes de mayo caminando por la calle Alcalá con las emanaciones de la vegetación naciente inundando el aire de aromas y llegando a la Puerta del Sol bajo un sol tan brillante que el suelo parecía una balsa de mercurio y tenías que bajar la vista para no deslumbrarte! Como oficinistas diligentes, llegábamos al Regina desde distintas direcciones, Carretero con su cartapacio debajo del brazo, yo tirando de la correa de la Greñúa. Poníamos los lápices sobre un veladorcito de mármol en el que ya había tintero y plumas, haciendo sitio entre las botellas de agua y las tazas de café, y nos inclinábamos sobre las cuartillas, multiplicados hasta el infinito por los enormes espejos de

pared. Discutíamos los argumentos con la misma seriedad y el mismo encono con que debían hacerlo los hermanos Quintero, que también escribían al alimón.

—Somos los hermanos Tintero —se chanceaba Carretero, pero yo protestaba porque, en este caso, uno de los dos permanecía en el anonimato.

Pero mi amigo me decía, con razón:

—Tú sacas chicha para tener al rey así —cerraba el puño—. Mientras lo tengas cogido, no por los huevos, sino por la fantasía y la ilusión, nadie te disputará tu amorcete. Eso es mejor que los mil duros que me pagan por manuscrito.

Sí, lo tenía en un puño a mi soldadito, sin él darse cuenta se había ido enamorando, enamorando, aunque luchaba con bravura, se defendía como el pez que ya ha mordido el anzuelo, pero se desespera por soltarse, aunque sabe que es imposible y que va a morir.

Yo adivinaba que intentaba ir con otras porque me citaba de madrugada, a la salida del teatro, y venía de no sé dónde, con el abrigo sobre los hombros, olores chocantes, el pelo mojado, pero ninguna mujer le había dado lo que yo, se tumbaba en la cama, me suplicaba amedrentado y cohibido:

—Desnúdame, Carmelilla, por favor, y háblame.

Y ahí me lo prometía todo, te quiero, te adoro, algún día estaremos juntos, tengamos hijos, nadie como tú, desnúdame, anda, empieza, habla, cuéntame, hoy a quién has visto... Si le hubiera pedido el reino me lo hubiera dado, me empujaba la cabeza hacia abajo, alma mía, dame como tú sabes, eres mi mujer de verdad, no puedo vivir sin ti, así, despacio...

Y mientras le iba quitando la camisa, le iba anticipando la historia de esa noche, «iremos a casa de la puercona esa que corre las joyas...», porque cuanto más tiradas eran las mujeres y el ambiente, más le calentaba, pero también le gustaba introducir por contraste a artistas internacionales que salían en las revistas y a damas de la corte... Maurice Chevalier, la marquesa de Montpensier... Todo lo escuchaba con la sonrisa encantada de los chicuelos pobres delante del escaparate de Casa Miele viendo el tren eléctrico y los soldados de plomo. «El duque de Tamames, Inesilla, la gitana de once años que baila en El Gato Negro...».

¡Hasta que dije eso! ¿Fui torpe? ¿Demasiado espontánea?

Me sonrojo cuando me acuerdo... Voy a refrescarme, ¿dónde está el vaporizador con agua de rosas?

Ah, aquí, al lado de la cama. A veces me parece que, aprovechándose de mi estado, me esconden los objetos... Cuando se lo conté, Juan Chabás me dijo que me tomo las cosas demasiado a pecho, que todos metemos la pata y que no fue para tanto. ¿Qué sabe él? ¿Cómo no va a avergonzarme recordar aquel momento?

¡Yo tenía a Alfonso así, entregado, a mis pies! ¡A veces hasta le salía espuma por los labios y le temblaban los dientes!

Y un mal día se me ocurrió soltar llanamente lo primero que me pasó por la cabeza.

O quizás no, seamos sinceros, quizás lo hice a conciencia para constatar mi poderío, como el general haciendo un simulacro de batalla para ver cómo responden las tropas. Con la música lejana de una pianola entrando por las ventanas abiertas, llena de un plácido decaimiento perezoso, chupando una violeta escarchada, le dije: «... y entonces, encenderemos la luz y desnuda estará la reina Victoria haciéndoselo con Viana...».

—¿Qué?

Alfonso se incorporó sin esfuerzo, desnudo y pálido como un gusano, y me cruzó la cara sin ningún espaviento; fue una bofetada tan rápida que apenas tuve tiempo de ver cómo se había extendido su brazo; caí sobre la cama más por efecto de la sorpresa que por el dolor. Él se levantó y, en lugar de disculparse, me dijo con desagrado mientras el desprecio le curvaba los labios hacia abajo en una fea mueca que no he olvidado nunca:

—Eso no, Carmela..., ¿cómo se te ha ocurrido? —La arrogancia y el amor propio le surgieron como un vómito por la boca, casi no le dejaban hablar, se le tronchó la voz—. ¡A ella, ni mentarla!, ¡ella está por encima de todo! ¿Qué te crees?, ¿que mi mujer es como tú?

Me levanté de la cama e intenté sujetarlo, él se desasíó con tanta violencia y repugnancia que me caí al suelo y, desde el suelo, le grité con voz bronca y desafiante:

—Si tan sagrada es, ¿por qué la engañas?

Me levantó un índice, le temblaban las manos y el labio inferior, prognato y deformado, y me dijo:

—Me desprecio a mí mismo por hacerlo y lo hago porque soy una mierda, una mierda como tú, por eso la engaño —y ya sin mirarme, repitió con amargura y un sollozo pueril—, ¡porque soy como tú!

Nos quedamos en silencio, y yo, profundamente humillada, me puse en pie con una mano en la mejilla ardiente y dolorida. Él empezó a

vestirse; mientras se metía la larga camisa por dentro del pantalón y se subía los tirantes, me dijo con un mohín de condescendencia:

—Eres una pesada..., parece que te guste estropearlo todo.

Y aún me advirtió desde la puerta después de un titubeo, mientras se ponía los guantes de cabritilla:

—Si vuelves a pronunciar una palabra referente a la reina, no me volverás a ver en la vida.

¡No verlo más! ¿Ahora que era mío? ¡No puede ser!

Me dio miedo que no regresara y quise balbucear unas frases de disculpa, pero él se fue meneando la cabeza y musitando algo que no entendí. No se molestó en cerrar la puerta porque yo ya no le importaba, y se quedó en el pasillo hablando con Viana, apoyó con indolencia la mano en la cintura y descansó sobre un pie, iver al trasluz su insolente apostura me cegó!

Me tiré de la cama desmelenada y furiosa, el sudor me resbalaba por el cuerpo desnudo, me fui a él sin importarme que me viera Viana, le agarré de la chaqueta y le dije en un susurro dramático:

—Si te vas ahora, no vuelvas —levanté las muñecas—, ¡me abriré las venas y caiga sobre tu conciencia!

Se rio secamente, me apartó y se fue a la calle.

Me quedé sola, me envolví entre las sábanas y lloré de aborrecimiento y de rencor más que de pena. No sé cuánto tiempo estuve, pero juro por Dios que, aunque lo amaba, ese día lo odiaba también, un odio gangrenado y visceral que me entenebreció el ánimo. Y eso, amar y odiar a la vez, ¿qué es?, ¿cómo se llama? Y, sobre todo, ¿alguien puede entenderlo?

Al día siguiente, sin haber dormido en toda la noche, fui al teatro para hablar con Ricardo.

—¿Puedo irme unos días sin que me sustituyas por otra actriz?

Me miró cariñosamente y me contestó:

—Carmelilla, eso no puedo prometértelo, ya sabes que pase lo que pase la función debe continuar.

Le acaricié ligeramente la mejilla porque tenía la seguridad de que nunca iba a dejarme tirada.

—Digo si me guardarás mi sitio —me miró con preocupación e iba a preguntar, le corté—: tengo el alma enferma, dejémoslo así, y necesito

descansar.

Se puso en pie y me cogió por los hombros.

—Es natural, llevas un año entero trabajando a diario y eso es muy duro... —Dudó antes de seguir porque nunca se metía en mis asuntos, pero al fin se decidió—: Carmela, por favor, no dejes que nadie más te haga sufrir.

Me besó galantemente la mano y después, con cariño fraternal, la mejilla.

Hubiera querido viajar a Marienbad o a Baden-Baden, a un lugar romántico y decadente, justo marco para suicidas, jugadores sin suerte y amantes desgraciados, pero al final me tuve que contentar con el balneario de Cestona porque mi presupuesto no daba para más. No recuerdo nada del viaje, solo que el tren repetía i-dio-ta, i-dio-ta, pero no sé a quién se lo decía. Había muchos túneles.

Mi habitación tenía ventanas de guillotina y por la mañana me traían en la bandeja de desayuno un platito con la mantequilla arreglada en forma de margarita. Una noche fui al comedor y una orquesta zíngara tocaba un vals melancólico, y sin querer me puse a llorar.

Lloraba y juraba. Me pasaba largas horas en mi cuarto maldiciendo en voz alta:

—Hijo de puta, canalla innoble, me das asco.

Pero de pronto, independientemente de lo que decía mi cabeza, mi corazón se abría como una fruta madura y me rompía por dentro.

Me miraba al espejo, me zahería a mí misma, me burlaba de Carmela:

—Boba, ya se ha cansado de ti, ¡has sido una más! Como la Chelito, como Pastora Imperio, como la prima, como doña Sol, como la catalana, como Raquel...

De la habitación de al lado daban golpes en la pared medianera para que me callase.

Al fin un día decidí echarme fuera por pura desesperación. Me envolví en una capa, no sabía ni qué hora era. El hotel estaba en un lugar hermosísimo, un paisaje grandioso e imponente rodeado de montañas enormes. El cielo estaba muy cargado, la atmósfera era pesada y bochornosa.

¿Amanecía? ¿Era el ocaso? ¡No lo sé!

Me detuve en el puente que cruzaba un río amplio y caudaloso. Me asomé sobre la barandilla, el ruido era ensordecedor; puse las dos manos en el pretil húmedo y resbaladizo y avancé el cuerpo. La altura me atrajo y me dio vértigo, la lóbreguez me oprimió el corazón.

Un relámpago iluminó con claridad azulada la profundidad del agua aterradora y tumultuosa, que arrastraba troncos de árbol y restos de barcas, y el trueno sonó con tal fuerza como si el cielo quisiese partirse en dos.

Me estremecí. Me eché hacia atrás.

Me envolví en mi capa y regresé corriendo al hotel, la lluvia caía sobre la tierra con tal furia como si quisiera desintegrarla. Tropezaba, las ropas mojadas me impedían caminar, me caí al suelo, tiré la capa, perdí un zapato. En la recepción intentaron hablarme, pero subí corriendo a mi habitación con un sudor frío recorriéndome todo el cuerpo.

Empecé a desnudarme, llamaron a la puerta, abrí de golpe.

—¿Qué...?

Un hombre alto, muy delgado, con ojos mortecinos en los que se adivinaban los estragos de una vida disoluta y relajada, se quitó el sombrero como señal de respeto y juntó ligeramente los talones. Me preguntó:

—¿La señora Ruiz Moragas?

Respirando agitadamente asentí sin palabras, y él prosiguió:

—Soy Jacobo Alba, fiel servidor de la persona que quiere verla.

Se apartó a un lado y surgió de entre las sombras Alfonso, que le dio un confianzudo golpe en el brazo para que se marchara:

—Gracias, Jimmy.

Solo me miraba a mí, con sus brillantes y magníficos ojos negros.

Me eché en sus brazos sollozando:

—Oh, Alfonso, Alfonso.

Y ahí fue cuando de verdad empezamos a amarnos.

¡Si es que se le tenía que querer! A veces, después de hacerme alguna perrería, Alfonso sepultaba la cabeza en la almohada y te miraba con un solo ojo, si estabas enfadada era una mirada lastimera, si empezabas a ceder, suplicante, si al fin sonreías sin quererlo, reptaba hasta ti, te abrazaba la cintura, enterraba el rostro en tu regazo, se restregaba para hacerse perdonar y al final entre risas, entre lágrimas, entre reconvenções, entre suspiros, la mano se te iba a su pelo castaño endurecido por la brillantina, la raya en el lado izquierdo, con los dedos te abrías paso hasta que tocabas su cráneo sonrosado, el borde de las orejas puntiagudas, el mentón salido en el que azuleaba ya la barba, las cintas de terciopelo suave de sus cejas, el borde de los ojos, un poco caídos, y él se revolvía a un lado y a otro, y proclamaba satisfecho, feliz como una criatura:

—Gigantona quiere a su soldadito, lo quiere, lo quiere.

Se ponía de rodillas sobre la cama golpeándose el pecho y gritando con la vanidad del niño que desea ser hombre:

—¡Lo quiere, lo quiere!

Y es que, en el fondo, a pesar de ser diez años mayor que yo, nunca había dejado de ser ese chiquillo malcriado por su madre, su tía y sus dos hermanas, que vagaba desconsolado, huyendo de servidores y cortesanos por los pasillos del palacio real, y a veces conseguía refugiarse en el severo despacho de su padre muerto para respirar aire macho.

—¡Lo descubrí un día olfateando, por el olor a tabaco! ¡Me empalagaban tanta puntilla, tanto rezo, tanto mimo! —Me lo contaba con fanfarronería cuando, en el piso de la calle Alcalá, agotados pero insomnes, retrasábamos el momento de separarnos y cerrábamos las ventanas para no oír el piar de los pájaros más madrugadores y hacernos la ilusión de que todavía nos quedaba mucha noche por delante—. Me

escondía debajo de la mesa para que no me encontraran... Mi ansia mayor era poder estar solo.

Yo, jugueteando con el vello que cubría su pecho, siempre le hacía la misma pregunta:

—Pero ¿por qué, amor?

Me apartaba con delicadeza, se ponía la almohada doblada en la espalda, encendía un cigarrillo y me lo explicaba como si así pudiera él también entenderlo.

—Es que, Carmela, piensa que desde que tengo uso de razón no he podido hacer cosas por mí mismo y siempre estaba acompañado... La primera persona a la que veía por la mañana al abrir los ojos era el oficial de los alabarderos que estaban encargados de nuestra custodia, que venía a darme cuenta del santo y seña del día. Los servidores, los gentilhombres de cámara, los chambelanes, los mayordomos, los grandes de turno estaban en la habitación, habían permanecido toda la noche sin dormir, de guardia... Me vestían, me lavaban, si se me caía algo al suelo había diez manos para recogerlo. Yo, fíjate lo que te voy a decir, y no me desprecies, Carmelilla...

Dudaba si proseguir, le cogía la mano con emoción y lástima y se la besaba, el dorso y la palma, y luego dedo a dedo, uña a uña, ¿despreciarlo? ¡Si estos momentos de confianza me anudaban más a él que nuestras noches interminables de placer y locura!

Me miraba cohibido, como disculpándose:

—¡No me riñas, Carmela, que tú eres fuerte e independiente y yo daría lo que fuera por haberlo sido...! —Meneaba la cabeza y ahora le besaba el brazo, la parte interna del codo, sus bíceps apenas abultados; él volvía a apartarme con dulzura—. Aquí donde me ves, tan machote, tan pinturero, ¡no sé ni limpiarme los dientes! Fuentes, mi ayuda de cámara, que me afeita todas las mañanas, también me lava los dientes y me pone un chorro de perborol en un vaso para prevenir infecciones. ¡A veces pienso que hasta le gustaría hacer gárgaras en mi lugar!

Me eché a reír y le levanté el belfo, vi sus dientes amarillentos, irregulares y largos como un potro, y me anegué de ternura, le abracé.

—Amor mío, voy a aprender el oficio y ya verás que no querrás que te afeite nadie más que yo.

Emitió una risa breve y amarga.

—Si supieras la envidia que me das cuando veo que te puedes mover libremente por el mundo y que eres tan espabilada, que vas a comprar, que caminas sola por la calle... ¡Yo eso no lo he podido hacer nunca! Mira

que me gusta Madrid, daría lo que fuera por caminar del brazo contigo, como un pichi y su manola.

Me abrazaba, me mordisqueaba la oreja, «Carmelilla, qué embrujo me has dado, no puedo separarme de ti...», llamaban a la puerta.

—Señor, el coche le espera.

Yo gemía y él contestaba esponjando la voz:

—Gracias, Viana, media hora más.

Apoyaba la cabeza en el hueco entre su hombro y el cuello, solo veía el brazo ir y volver de la boca al cenicero y la contracción de su mandíbula. La habitación estaba sumida en la sombra absoluta que precede al amanecer, los ojos de Alfonso resplandecían como dos ascuas incandescentes haciendo contraste con la oscuridad de los párpados, ennegrecidos por el insomnio y los excesos de la carne.

Me callé expectante, sabía que él tenía ganas de seguir hablando. Lo hizo en voz ronca y lenta.

—Una vez un criado me manchó con la sopa por mi culpa, porque había tenido un movimiento brusco, y mi tía Isabel me dijo que, si quería, ese hombre iría al patíbulo —se quedó callado y luego masculló dolorosamente, con una arruga en el entrecejo—, y lo malo, Carmelilla, lo que me atormenta desde entonces es que dudé y me pareció que se lo merecía.

—Pero ¿cuántos años tenías, mi rey?

—Seis.

—Eras un niño, ¿no te das cuenta? ¿Qué ibas a saber tú?

Y me abrazó, momentáneamente apaciguado.

—¿Verdad que sí, Carmela? Qué poco bien he salido para la educación que me han dado, ¿verdad que no lo estoy haciendo tan mal?

Me preguntaba con el ansia del chiquillo que busca la aprobación de su madre sobre todas las cosas; sonreía con placer y orgullo.

—No he salido mal rey, me parece a mí.

Y tenía razón.

Mi soldadito había venido al mundo seis meses después de que muriera su padre, Alfonso XII, devorado por la tuberculosis y la sífilis, y Sagasta lo había presentado desnudo, raquítico y con cara de viejo sobre una bandeja de oro a los nobles de la corte y había dicho esas célebres palabras:

—He aquí la menor porción posible de rey, pero rey al fin.

¡Qué estupideces pasan a la historia, parece que estos mendas hablan para los libros y no para la gente normal, con lo fácil que sería decir

tenemos polluelo!

A los once meses presidió la apertura de las cortes en brazos de su ama de cría mientras su madre, la reina regente, daba un discurso en su nombre. A los dos años inauguró la Exposición Universal de Barcelona y a partir de esa edad asistía a las audiencias con los ministros todos los jueves y a las capillas reales, unas largas ceremonias religiosas que se daban tres días a la semana donde se debía aburrir como una ostra, y también pasaba revista a las tropas.

—Aprendí a montar a los tres años, mi primer uniforme me lo hicieron cuando tenía cuatro y a los seis mataba cinco pichones de cada diez.

—Pobrecitos.

—Pobrecito yo, mi Carmelilla, que estaba siempre rodeado de viejos que me besaban la mano y me hacían reverencias, ¡no tenía ningún amigo de mi edad! Si venía algún chico a palacio, como era de rango inferior, no podía acercarse ni dirigirme la palabra, y a todos les era una carga demasiado pesada acompañar al rey de España y ninguno regresaba.

Lo volví a abrazar, su voz se rompió:

—Siempre he estado muy solo, Carmelilla... ¡He sido el niño más solitario de España y nadie se daba cuenta!

Sus ojos se oscurecieron como si se cerraran las negras puertas de una prisión, y me di cuenta de que estaba a punto de llorar; fingí que no lo había visto e intenté animarlo:

—Pero, cariño, yo he leído por ahí que te educaban fetén.

Se limpió el ojo con disimulo con la punta de la sábana y se echó a reír.

—Sí, fetén, fetén, mi Carmelilla, tienes toda la belleza del cielo en el rostro... —me pellizcaba la nariz—, qué pueblo eres, chulita. ¡Te lo dice un español y gato de Madrid, por más señas!

Yo, aburrida, me quejaba:

—Ay, calla, babosón, ¿pero, repuñales, te educaron bien o no te educaron?

Otra vez se recostó sobre la almohada, y se puso el dorso de la mano sobre la frente.

—Paparruchas... Me pusieron unos cuantos profesores, unos señores muy serios y muy eruditos, pero que no tenían ni idea de dar clases. ¡Pero si me pedían disculpas cuando no me sabía la lección, que era casi siempre! Me decían, ¡perdone vuestra majestad porque no le he enseñado lo suficientemente bien! Y si les llevaba la contraria en algo, para

divertirme, porque yo era más ignorante que un ocho, se encogían y me daban la razón... Mira, ¿sabes qué hice un día?

Se inclinó hacia mí y le brillaban los ojos con travesura.

—Me empeñé en que el mundo era plano y que si llegabas al borde podías caerte... Que Colón descubrió la isla de Mallorca y que la luna no existía, que era un sol disfrazado... Mi profesor, el doctor Pérez Gómez, que era un catedrático muy eminente, estaba a punto de reventar ante mis barbaridades, pero no se atrevía a llevarme la contraria y solo decía, podría ser, señor, claro que sí, no está mal ideada la cosa..., en ciertos libros antiguos, y patatín y patatán..., y se mesaba las barbas... Pero hasta yo me aburrí de tanto disparate porque, si con nadie puedes reírte, las bromas dejan de hacer gracia.

Yo protesté:

—Pero tu mamá...

Ahí le salió su orgullito.

—La reina... —Puse los ojos en blanco, él intentó darme una patada, pero yo le agarré el pie y deposité un beso ligero en el empeine—. ¡Serás burra! Verás, es una mezcla perfecta de reina y madre, cuando estamos a solas me llama Bubi, pero en público siempre majestad y me hace una reverencia, no se ha permitido nunca una familiaridad delante de otros. A los cuatro años estuve muy enfermo con una pulmonía, creían que me iba al otro barrio, y mi madre..., este, perdón, la reina, ¿sabes qué hizo?

Yo pregunté con ironía:

—¿Qué hizo la reina?

—Entró en la habitación creyendo que me había muerto; se acercó, abrió los ojos y dije «mamá», y ella en lugar de besarme, ¿sabes qué hizo?

Lo vi tan emocionado que frené las palabras soeces que venían a mi boca y me limité a negar con la cabeza, Alfonso prosiguió:

—¡Me hizo una reverencia! Y fue mi tía Isabel la que le dijo: «Cuñada, no creo que nadie critique que beses a tu hijo que acaba de salvarse de la muerte...», y ella contestó, es mi hijo, pero primero es rey iy es al rey al que rindo honores!

Ante mi elocuente mutismo, quiso justificarla:

—Es austriaca —y añadió, dándoselas de populachero—, repuñaes.

Como no sabía qué decir, comenté:

—Sí, tu tía Isabel es esa a la que llaman La Chata, la he visto en el teatro.

Mi soldadito arrugó su aristocrática nariz y dijo con desagrado:

—No me gusta que te hagas eco de esos motes groseros.

Y yo aquí me sulfuré:

—Pero, vamos a ver, ¿quieres que sea pueblo o no quieres que sea pueblo?

Él murmuró con humildad:

—Perdóname, chiquilla preciosa, tienes razón.

Nos callamos. En la casa reinaba un silencio sepulcral, solo roto por algún susurro en el pasillo. Me levanté para entreabrir la ventana unos centímetros y entró un vientecillo serrano procedente del Guadarrama aún cubierto de nieves. Me apresuré a ir a la cama y cubrirnos con la sábana, pero él se destapó con desdén bravucón. Le reñí:

—Mi amor, no vayas a coger frío.

No me contestó.

Al rato prosiguió con un hilo de voz:

—¿Sabes que no me separé de ella ni un solo día hasta que cumplí dieciséis años y juré la mayoría de edad en las Cortes? Me tuve que ir a una gira de tres semanas por las provincias del norte, ¡fue como si me arrancaran el corazón de raíz! Y le escribía cartas que parecían de enamorados...

Declamó engoladamente: «Mamá, siento una espada que me atraviesa el corazón», «mi alma se entristece al pensar en ti».

Pregunté tímidamente:

—¿Ella sabe lo nuestro?

Fingió no oírme y evocó con una sonrisa llena de burlona ternura:

—Lo que más le preocupaba era cebarme, me hacía comer como un animal. —Se incorporó de pronto—. Carmela, qué bien estamos aquí, ¿y si le dijéramos a Viana que nos trajera unas perdices estofadas de Lhardy?

Me puse a reír.

—¿Para desayunar, Alfonso?

Y él se tocaba el estómago.

—Es que tengo un agujero...; y a ver cómo aguanto yo hasta la hora del almuerzo, menos mal que hoy están esos pelmazos de primos de la reina y comeremos a la europea, a la una del mediodía.

Sonaron unos golpes impacientes y la voz de perfecto cortesano de Viana, deferente y precisa:

—Señor, ya ha pasado media hora, tenemos que irnos.

Refunfuñando se levantó, se puso los calzoncillos largos y la camisa perezosamente, iba a llamar para que le ayudaran a vestirse, pero me apresuré a tenderle el pantalón, los calcetines, el chaleco, la chaqueta, le

coloqué la corbata de rayas alrededor del cuello y se la anudé, y él aprovechó para besarme, para morderme.

—Quieto soso, sietemesino.

Se iba a mi garganta, yo protestaba, nos abrazábamos y él me decía ahogadamente:

—Daría años de vida para quedarme contigo.

Pero ya estaba Viana llamando de nuevo, esta vez con un ligero matiz de alarma en la voz:

—Señor, hay gente en la calle, le ruego que se dé prisa.

Yo lo soltaba y él cogía ese horrible sombrero llamado hongo, se lo encasquetaba en la cabeza, abría la puerta malhumorado y brusco, ya estoy, se iba dando zancadas, manoteando, seguido por Viana y los dos nobles de guardia, y yo me quedaba aún un rato remoloneando en la balsámica tibieza de las sábanas que olían a sudor, semen y colonia inglesa, estirándome, dando vueltas, encogiéndome hasta tocar con las rodillas la frente, recordando, sonriendo, imaginando, mientras se oían carreras por la calle y algún grito de alto a la autoridad.

Los años veinte se habían inaugurado con manifestaciones en la calle organizadas por los sindicatos libres en contra de la sangrienta e interminable guerra de Marruecos, los periódicos zaherían a la monarquía a diario y la popularidad de mi soldadito había caído en picado. Se le acusaba de cualquier desgracia que aconteciese, eso que cuando él nació ya se había puesto el sol en el Imperio español y cuando lo conocí era un hombre de vuelta de todo, gastado por el poder, que ya no creía en casi nada.

Yo, para animarle, le decía:

—Los españoles te aman.

Y él contestaba escéptico y desengañado:

—Pues me han puesto los cuernos porque cualquier régimen les parece mejor que yo y hay que ver las barbaridades que dicen de mí.

Se le culpaba de que, después de la Gran Guerra, tan provechosa para nosotros, aunque esté mal decirlo, se cerraran fábricas, fundiciones y minas porque ya el resto de Europa se había puesto a producir y no podíamos competir con nuestros anticuados métodos y maquinaria y, por tanto, miles de obreros se habían quedado en la calle. ¡Pero si Alfonso, de su propio dinero, ayudaba a las empresas en expansión, metió cientos de

miles en las minas de Río Tinto por consejo de mi padre, en petróleos y deuda amortizable, y hasta puso un millón de pesetas en el metro de Madrid para animar al resto de inversores!

Yo le suplicaba:

—Pero, mi amor, ¿por qué no explicas todo esto? La gente se pregunta qué hace el rey para sacar el país adelante, ¡contéstales!

Y él me respondía con el alma triste:

—¿Pues qué ha de hacer el rey? Sufrir y callar porque es a lo que me obliga la Constitución. ¡Qué más quisiera yo, Carmelilla, si pudiera ir uno a uno, hablarles a todos mis súbditos de hombre a hombre...! —Y luego me pedía, con ese cambio de criterio y ese aire de frivolidad que tanto me llamaba la atención—: Pero, ven, preciosa, vamos a hacer *cochinerías* y a olvidarnos de todo.

Y no contentos con culparlo de que los niños no tuvieran qué comer, los periódicos lo responsabilizaban del desastre de la batalla de Annual, en el que en un solo día habían perdido la vida cuatro mil soldados españoles a manos del caudillo rifeño Abd el-Krim. El general Silvestre, que estaba al mando de nuestras tropas y había desaparecido, no se sabe si suicidado o asesinado por sus propios hombres, era muy amigo de Alfonso, y mi padre decía:

—Se le tienen que pedir cuentas al rey porque animó a Silvestre a emprender esta ofensiva demencial en la que teníamos todas las de perder porque Abd el-Krim tiene formación europea y sabe lo que hace. Nuestras tropas regulares formadas por moros renegados se pasaron al enemigo y el resto vagaron por la región perdidos y sedientos, ¡se tenían que beber sus propios orines!

Mi madre se horrorizaba:

—Leandro, por Dios, no digas barbaridades.

Pero mi padre, convertido en un exaltado, de pronto enrojecía, de sus orejas parecía brotar sangre y se pasaba la mano por el gáznate imitando el filo de una navaja en un gesto lleno de fiereza que le quitaba diez años de encima:

—¡Hasta que Abd el-Krim, en el monte Gurugú, los ha pasado a todos a cuchillo! ¡Cuatro mil españoles en la flor de la vida segados por ese hombre cruel!

Y poseído por un ardor guerrero aparatoso y algo teatral, se ponía en pie y recitaba con voz cavernosa y trágica emoción:

En el monte Gurugú

*ha nacido una amapola'
con un letrero que dice
¡viva la sangre española!*

Greñúa se ponía a gemir con un aullido tan lastimero como el canto del muecín, y mamá y yo nos mirábamos y meneábamos la cabeza con estoicismo franciscano. Mamá, si acaso, me decía en voz baja:

—Déjalo..., a ver cuánto le duran estas monsergas.

Porque mi padre, ese pacífico oficinista que en su vida había visto un arma, se había llenado de ideas sediciosas y disolventes y se había convertido en un exaltado revolucionario y en un consumado estratega militar en la tertulia del Henar, donde se reunía con un grupo de funcionarios ministeriales tan apacibles como él, pero que en cuanto hablaban de la guerra de África se transformaban en feroces agitadores. Y tenían tantas soluciones para resolver el avispero de Marruecos que no entendías cómo el Estado Mayor no los había citado en el Ministerio de la Guerra para que diseñaran una nueva ofensiva que llevara al ejército español otra vez a lo más alto.

Mi padre llegaba a media tarde a casa con la cabeza perdida, los ojos brillando de júbilo y las venas azules destacando en su frente pálida, protestando con fervor fanatizado:

—¡Los pobres soldados son utilizados como carne de cañón en una empresa imperialista para satisfacer el ansia de gloria militar de los oficiales y del rey, este país se va a la mierda!

Mi madre y yo le escuchábamos distraídamente, solo mi madre repetía, «Leandro, no digas palabrotas», pero él proseguía a pesar de tener un público tan desapegado:

—El rey ahora recela del presidente de Gobierno García Prieto y de su grupo de amigotes, solo confía en el capitán general de Cataluña, que ha conseguido pacificar la región.

Yo, fingiendo interés y arrugando el ceño, preguntaba mientras intentaba modernizar una blusa de la temporada anterior con un cinturón ancho que iba sujeto a la cadera:

—La región de Marruecos.

Y mi padre se exasperaba:

—¡De Cataluña! Ya sabes que estos catalanes, a la que se descuida el poder central, aprovechan para intentar separarse y los anarquistas campan a sus anchas y se ponen a matar fabricantes y curas.

En tono maquinal dije mientras ponía una hebilla en lugar del cinturón, recogiendo la blusa en el talle:

—Qué espanto.

Mi padre rezongó:

—Y ese Primo de Rivera ha impuesto allí mano dura, ino le tose nadie! La burguesía catalana le acaba de rendir un homenaje en el que le llaman salvador de la patria, las mujeres le besan por la calle y él ha ofrecido el honor al rey... Ha dicho que lo que impide que este país se civilice no es la monarquía, sino la Constitución —y añadía con delectación una frase acuñada esa misma mañana en un editorial de *La Época*—: itodo militar lleva dentro un conspirador!

Yo ni a mi padre ni a mi madre les había dicho nada de mis relaciones con Alfonso, iseguramente las dos únicas personas que ignoraban este hecho en todo Madrid eran los padres de Carmela Ruiz Moragas! Muchas veces estuve a punto de contárselo, pero en el último momento me frenaba la cobardía, el pudor, el miedo a decepcionarlos... ¿Qué palabra utilizar? ¿Amante?, ¿querida?

¿Soy especial? ¿Soy una más? ¿Tendremos hijos?

¿Me da dinero?

Los veía tan buenos, tan honrados, tan cándidos que temía romper ese sosiego apacible en el que nuestra pequeña familia se había sumergido después de la aventura atroz de mi matrimonio.

No me preguntaban nada. Creía que me consideraban vacunada contra esa enfermedad llamada enamoramiento. Mi futuro debía estar muy claro para ellos: los tres, envejeciendo juntos, llegará un momento en que no se distinguirá quiénes son los padres o quién es la hija...

No sabían nada, ¿cómo sospecharlo?

O al menos eso creía yo hasta el día en que les comuniqué con gran prosopopeya que tenía que hablar con ellos. Me tomé a escondidas una copa de coñac para darme ánimos, los senté en una silla, me puse a acariciar a la Greñúa para no tener que mirarlos y les solté:

—Os lo digo por si os lo cuentan por ahí. Alfonso, quiero decir, ya sabéis, el rey... —hice un gesto alambicado con las manos mientras tartamudeaba— de España y yo estamos..., somos...

No supe cómo continuar, enrojecí hasta la raíz del cabello, empalidecí, sentí la mayor inquietud, pavor y también vergüenza. La que más miedo me daba era mi madre, yo ya sabía que papá me lo iba a tolerar todo, pero mi madre, que había sufrido tanto por su situación

irregular, no creía que pudiera perdonar que al fin su hija hubiera caído en lo mismo que ella, por muy rey que fuera mi amante.

Me callé descompuesta. Hubo un silencio angustioso, una de esas pausas larguísimas que preceden a las grandes calamidades como para hacerlas aún más solemnes.

Y mi madre tomó la palabra para decirme, patética y sencilla, mostrándome su alma inundada de bondad:

—Ya lo sabíamos, Carmencita.

Con voz temblorosa pregunté:

—¿Y no os importa? Mamá, tú...

—Tú amas y ese hombre te ama... Lo único que nos importa es que estés contenta, hija.

¡Mi madre siempre dándome sorpresas!

La gratitud me volvió muda, salieron de la habitación y solo entonces me di cuenta con asombro de que estaba llorando como una niña.

Ahora, eso sí, mi padre no dejaba de remarcarme con exactitud no solicitada los malos pasos en los que se veía mi soldadito. Mientras me estaba arreglando frente al espejo calibrando si me quedaba mejor un sombrero *cloche* o una boina, papá entraba arrastrando su periódico con la Greñúa detrás y me decía, atrapado en el cepo letal de su obsesión contra la monarquía:

—Ya ves lo que hizo «ese»...: se fue a jugar al polo a Deauville mientras este país estaba sumido en el caos.

—¿Mmmmh?

—Y has visto lo que ha dicho.... «ese»...

Yo fingía no saber de quién hablaba:

—¿Cómo? ¿Quién?

Daba unos pasos de baile, cogía en brazos a la Greñúa y me ponía a recitar para desviar su atención:

*Pues de unos mismos primeros
padres por diversos modos
maestre, venimos todos
villanos y caballeros...*

Porque esos días hacía la Pascuala de *La luna de la sierra*, de Luis Vélez de Guevara, con bastante éxito, por cierto. Se había puesto de moda que a la sesión de tarde vinieran señoras solas, y yo, aunque hacía de

campesina pobre, las había embelesado sacando unos vestidos hechos con figurines de París que hicieron decir al crítico de *La Esfera*: «Si la de la voz melodiosa perdiera su talento artístico, seguiría triunfando por sus vestidos».

¿Y para esto tanto conservatorio y tanta mandanga?

Pero mi padre no apreciaba la finura de mi interpretación, cogía a la Greñúa, me daba un empujón y me contestaba desabridamente:

—Déjate de villanos y caballeros, Carmela, que ya sabes de quién hablo —y luego estallaba—, pero es que no sé cómo llamarlo, ¿nuero?, ¿yerno? ¿Cuñao?

Yo me eché a reír, le di un beso en la calva y le cogí el periódico para calmarlo.

—Va, papá, no te enfades, ya sabes que Alfonso siempre me pregunta por vosotros y te agradece el consejo que le diste sobre las minas de Río Tinto... —Mi padre hinchó el pecho y se atusó los bigotes, aunque las acciones que había comprado Alfonso habían perdido ya la mitad de su valor—. A ver qué trae hoy ese papelucho.

Mi padre me señalaba la primera página.

—Mira lo que ha dicho ese perdis, ay, perdón —irónico—, su majestad... El gobierno ha tenido que pagar ocho millones de pesetas de rescate por los cuatrocientos prisioneros que hizo Abd el-Krim en Annual y él ha comentado..., mira, mira...

Yo me observaba distraídamente de reojo en el espejo, la verdad es que estaba guapa a morir, pero rápido, rápido, estaba llegando tarde a la calle Alcalá donde me esperaba Alfonso, hoy solo teníamos dos horas para estar juntos porque debía ensayar con Ricardo unas lecturas de versos en el teatro Apolo a beneficio del Montepío de actores.

Y es que, desde que estaba con el rey, me veía obligada a ser más benéfica que nadie, más puntual que ninguno, más sacrificada, más humilde, más discreta que cualquier ser sobre la tierra, porque si no todo era, venga, qué humos se da, qué se cree, hoy está arriba y mañana abajo, aquí todas somos artistas.

Claro que eso no era óbice para que mis compañeros intentaran aprovecharse de mi relación con Alfonso. María Fernanda había entrado un día en mi camerino con la excusa de pedirme *khol* para la sombra de ojos y mientras se pintarrajeaba delante de mi espejo me exigió sin recato

ninguno que librara al hermano de Rafael Rivelles de entrar en quintas. Irenita se hizo la encontradiza conmigo una tarde en que fui al Henar a buscar a mi padre. Había perdido parte de su belleza porque vivía perpetuamente arruinada y había tenido dos hijos con Ernesto Vilches. Pero iba con traje de terciopelo y todas sus joyas y empezó a hablar como si siguiera siendo una lady inglesa. Papá la miraba con la boca abierta:

—Don Leandro, qué recuerdos tengo de usted... Cuando éramos unas crías e íbamos a buscar a Carmela a su casa y usted nos hablaba de París.

Yo la miraba con impaciencia a ver por dónde salía, y la cosa no tardaba porque ella tampoco estaba para perder el tiempo. Me cogía en un aparte y me decía:

—Oye, podrías meter a mis dos niños en el colegio San Ildefonso, que Ernesto y yo nos tenemos que ir a América dos años de gira porque aquí no hay manera de remontar, ¡hay demasiada competencia!

—Pero ¿sigue jugando ese tarambana?

Como me venía a pedir un favor, no tuvo más remedio que tragar quina, estar amable e intentar conmoverme.

—Sí, hija, y yo vuelvo a estar embarazada.

Pero el acabose fue cuando la orgullosa de Catalina Bárcena se me acercó antes de la función de tarde para solicitarme un terrenito en una urbanización que estaban construyendo los hermanos Otamendi cerca del parque Metropolitano. Gómez Carrillo se había separado al fin de su mujer y la Bárcena y él habían tenido una hija, Catalinita.

Me informó secamente porque hasta para pedir un favor era antipática.

—Es una zona muy buena para los niños, hay mucho aire puro.

Yo le había respondido con asombro:

—Pero, en eso, ¿qué tengo que ver yo?

Y ella me había contestado altivamente:

—El rey es socio de esos hermanos vascos en lo del metro y no te costará mucho convencerlo —y luego había añadido con resentimiento porque era tonta y malvada—: vamos, si eres para él algo más que la Chelito.

Piojosa cara de cerda.

Hasta doña María Guerrero, la Egregia, mi maestra, muy mermada de aspecto, pero con la misma mala leche de siempre, me dijo cuando acudí a un homenaje que le tributó el ayuntamiento frente a la estatua de Isabel la Católica en la Castellana:

—Hija, gracias por venir. Tiene mérito estando tan... encumbrada.

Y ni siquiera miró una cajita de oro que le había llevado como regalo y que me había costado una mina del Perú, entregándosela a miss Hugues como si se tratara de una baratija de bazar. Eso que, según se contaba, había perdido tanto con su teatro Cervantes de Buenos Aires que había tenido que vender sus joyas para seguir con la compañía.

Claro que me vengué cumplidamente por muy egregia que se la considerara y le contesté con voz meliflua y muy alta:

—Felicidades por su nieto, doña María, qué ilusión debe hacerle.

Porque Carola Fernán Gómez había sido madre de un hijo de Fernandito. Claro que lo había tenido en Lima porque la habían obligado a irse de España para no manchar el apellido Guerrero Díaz de Mendoza con una criatura adulterina y seguramente pelirroja.

Doña María pegó un bufido:

—No sé de qué me hablas.

Pobre Carola. Se había venido a despedir al Español con un capote de hombre por encima de la barriga para que no se le notase, su cara de pajarillo vivaracho más arrugadita que nunca. Iba colocada en una compañía de segunda que giraba repertorio clásico por toda Sudamérica. Le ofrecí dinero, que rechazó:

—Gracias, Carmela, pero yo lo que quiero es morirme.

—Pero él ¿qué dice?

Derrumbada en el sofá bañada en lágrimas, su nariz picuda goteaba.

—Nada...; no tiene carácter...; no se atreve a ir contra su madre...; dice que cuando seamos mayores me vendrá a buscar, ¡y tenemos casi treinta años! —No pude dejar de soltar una carcajada porque en su boca hasta las tragedias más horribles parecían astracanas, y ella terminó por reírse también—. Es un mierda...

Sacudí la cabeza sonriendo sin querer recordando a Carola, pero mi padre seguía frente a mí, esgrimiendo el periódico como si fuera un estilete. Las seis ya, qué tarde. Le propuse:

—A ver, papá, léemelo tú mientras recojo mis cosas.

Y mi padre se puso a declamar con un trémolo en falsete, una voz antigua porque las voces también pasan de moda:

—Mira lo que dijo tu Alfonso a la hora de pagar el rescate de esos pobres desgraciados: «¿Ocho millones de pesetas tenemos que darle a ese

canalla de Abd el-Krim?» —Pausa dramática—. «¡Caramba! ¡No sabía que fuese tan cara la carne de gallina!».

Sambeat, el conductor que vino a buscarme a casa, se empeñó en subir la capota, eso que el Hispano Suiza no llevaba los escudos reales pintados en las puertas y tenía la apariencia de un coche normal. Yo no solía conversar con él, ni con lacayos ni mayordomos porque todavía no había aprendido el tono en el que debía dirigirme al servicio y me producía vergüenza preguntárselo a Alfonso. Si me las daba de gran dama temía parecer pretenciosa y despertar burlas a mis espaldas, pero también veía que con el acento confianzudo no se sentían cómodos. Pero ese día me atreví a preguntarle cuando me abrió la portezuela del auto:

—¿Pasa algo, Sambeat? ¿Han tenido... amenazas?

Se rio con sorna dolorida y me respondió vagamente:

—Si solo fueran amenazas...

Una sogá me apretó el gáznate como una premonición de desastre, sentí que me crecían alas en la espalda y subí las escaleras tan rápido que me quedé sin aliento; empujé puertas a lo loco ante la mirada de reproche de Viana y solo me tranquilicé cuando, a través de las espirales de humo azulado de la habitación, vislumbré su sonrisa inconfundible y me lancé a sus brazos.

—Amor mío, mi amor.

Riendo, tiró al suelo la punta de su cigarrillo, apurado hasta lo inverosímil, y me dijo:

—Pero ¿qué pasa, Carmelilla?, ¿qué tienes? —Me apartaba el pelo para mirarme la cara—. Pero a ti te ha pasado algo.

Y súbitamente temeroso:

—¿Te han dicho algo? ¿Te han faltado al respeto? Mira que tu honor es mi honor ahora.

Yo negaba: «Déjate de honores, que tú no eres Peribáñez», y solo quería estar muy abrazada a él, oliendo a tabaco negro, a cuero de Rusia, a colonia, a perboral, a brillantina, a esa mezcla de aromas que se anclan en nuestro cerebro para traernos a la persona cada vez que queramos evocarla.

Se ponía serio, pero por poco rato porque pronto su sonrisa zigzagueaba por todo el rostro, empezaba en la boca, seguía en las mejillas, en los ojos, en la frente, y adivinaba con afectuosa perspicacia:

—Ya sé qué te pasa, bonita, tienes miedo por mí, ¿verdad?

Asentí sin palabras, me apartó, me miró, se sacó una brizna de tabaco que se le había quedado en el labio y me dijo algo que nunca he

olvidado:

—Carmelilla, no me puedo permitir el miedo...; la muerte son gajes de oficio —lo decía sin solemnidad, como si estuviera describiendo un hecho tan banal como lavarse las manos—. Mira, si tuviera miedo no sería un buen rey...; a ti eso no te gustaría, ¿verdad?

Entre suspiros le hice un resumen de lo que me había contado mi padre.

—Es que...; carne de gallina...; Primo de Rivera...

Su frente se ensombreció, dejó de sonreír; fue como si se pusiera el sol y una noche oscura y tormentosa entrara en la habitación.

—Oye, yo eso no lo he dicho jamás, es un infundio de los periodistas, porque le tengo demasiado respeto a esos mártires que han dado su vida por nosotros: ¡hay doscientos cincuenta mil españoles enterrados en África! ¡Doscientas cincuenta mil madres llorando sin fin porque el dolor de las madres por los hijos muertos no se termina nunca! Dime sinceramente, ¿tú me ves tan cabrón como para decir eso?

Miré la tranquilidad melancólica de sus ojos, negué con la cabeza, él prosiguió fosco y entenebrecido:

—Desgraciadamente, yo no tengo la solución para tanta desdicha. El Parlamento se ha convertido en una jaula de grillos inútiles y parlanchines; no me fío de los políticos: ¡desde que soy rey he tenido treinta y dos presidentes de consejo! Y el que era listo iba solo a enriquecerse, el que era tonto no servía para nada; todos me han traicionado, ¡no puedo contar con nadie!

—Pero los nobles, tus amigos...

Me dirigió una mirada resignada con una punta de humor en el fondo.

—Prefiero no ponerlos a prueba, es la única manera de que no me decepcionen.

—Pues defiéndete —argüía yo débilmente.

Pero él se encogía de hombros con fatalismo y respondía hoscamente:

—No puedo..., me lo prohíbe la Constitución... —Miraba el reloj—: ¿Cuánto rato puedes estar?

—Solo una hora.

—Pues vamos a desnudarnos, mi amor, necesito tocarte.

Me abrazaba, pero a través de las ventanas nos llegaban los gritos de los vendedores de diarios: «Se piden al rey responsabilidades... Se va a enviar a Marruecos una comisión de jueces...».

Se echaba a un lado sudoroso y con el sexo flácido, el cuerpo temblón, me abrazaba.

—Qué ingratos, mi vida; esto es horrible, ya no cuento con nadie.

Yo le preguntaba para distraerlo:

—¿Con los militares tampoco?

Me respondía con voz de niño:

—Sí, ellos sí; el general Primo de Rivera es un hombre honrado... — Alfonso no lo confesaba, pero yo sabía que se fiaba de él porque, además de militar, era marqués y grande de España y pertenecían a la misma clase—. Solo un militar puede dar con el puño en la mesa y arreglar esta olla podrida en que se ha convertido el gobierno.

Y yo, mientras le acariciaba su cuerpo flaco como el de un lobo, le insinuaba, sugestiva, para que se refugiara en sus recuerdos, una patria más amable que el presente:

—Es que tú eres más militar que civil.

Se animaba, me apartaba la mano, cogía su petaca de piel de cerdo, escogía un cigarrillo, lo encendía, se ponía las almohadas detrás.

—Sí, Carmelilla; es que figúrate que a los cuatro años ya presidía desfiles y paradas y lo primero que hice cuando cumplí la mayoría de edad fue exigir que reabrieran las academias militares.

Y sobre la habitación caía el tul color sepia de los recuerdos. Porque Alfonso de lo único que entendía de verdad era de la vida militar. Pero el Caballero Audaz ya me había aclarado que él, que no había pisado jamás un campo de batalla, entendía no del arte militar, sino de su pariente pobre: la estrategia de salón; y es verdad porque solo hablaba de tratamientos, medallas, uniformes, grados y galones que se utilizaban en cada uno de los tres ejércitos. Por lo demás, rodeado desde la infancia de cortesanos y aduladores, en el ambiente farragoso, cargante y envarado del palacio de Oriente, vivía en un aislamiento espiritual espantoso. Solo ojeaba novelas de crímenes; los periódicos le llegaban recortados y los artículos que podía leer eran tan áridos y aburridos que los apartaba sin echarles ni un vistazo; no sabía, por tanto, cómo pensaba la calle; nadie le había hablado jamás con sinceridad y sin servilismo. ¡No estaba preparado para hacer frente a la hostilidad de los españoles, que él tomaba como la más espantosa e incomprensible ingratitud!

Por miedo a los atentados, no se le dejaba nunca acercarse a los ciudadanos; si en alguna visita rompía el cordón policial y se aproximaba a alguna persona a darle la mano, era tal la impresión que causaba que nadie osaba abrir la boca. En una ocasión, una honrada señora se había

caído al suelo y se había muerto allí mismo de la emoción que había experimentado al encontrarse de frente con el rostro que salía en las monedas y en los sellos de correos.

Si veraneaba o viajaba, reproducía la misma corte de Madrid allá donde fuera: los mismos usos y costumbres; no hablaba ningún idioma con corrección y detestaba la música y el arte.

Cuando venía a verme al Español, las primeras veces yo espiaba su palco y me esmeraba en dar lo mejor de mí misma... Hasta que un día Ricardo, con inconsciente crueldad, me espetó:

—No hace falta que hagas más esfuerzos cuando viene el rey: ise queda dormido en la primera escena del primer acto y ya no despierta hasta los aplausos finales! —y luego añadía, creyendo consolarme—: no te preocupes, con Pastora Imperio hacía lo mismo, y con ella era peor porque zapateando armaba un ruido formidable.

Yo le reprochaba:

—Pero, Alfonso, ¿no te gusta ver cómo actúo?

Y me contestaba pesaroso:

—Carmelilla, no seas severa conmigo, no me riñas... Cuando estás en el escenario solo pienso en las cositas que hacemos en la cama y en la ropa que llevas debajo del vestido... —Y fruncía los labios y una sombra pasaba por sus ojos—; además, sabes que no quiero mirar porque te pones a besar a esos.

Era una de nuestras eternas peleas; yo en vano le decía que no había nada menos apetitoso que besar a un hombre pintado, con olor a sudor, delante de doscientas personas; además de que en el teatro los abrazos son castos, apenas nos rozábamos, pero él me repetía con voz velada y tentadora a la vez:

—Deja el teatro, qué importa, ¿qué sacas...? ¡Solo disgustos!

Se levantaba, se iba a su chaqueta, sacaba un papel arrugado del bolsillo.

—Mira lo que dicen de ti: «La señora Moragas, que tan bien vocaliza en diálogos cotidianos, no sabe decir el verso, se expresa monótonamente, como si le aburriera; quizás su vida está demasiado ocupada con sus asuntos...».

Yo, que había leído la crítica y ya había maldecido en castellano y arameo a esa tal Colombine que la tenía tomada conmigo, me asombré de que hubiera llegado a sus manos y le pregunté:

—Pero ¿cómo la has conseguido?

Fatuo y vanidoso, se dio su poco de importancia:

—Oye, no me tomes por tan ignorante; todos los días leo los periódicos, ¿qué te crees? —pero como no sabía mentir, al final me confesó—: me la ha dado Jimmy Alba.

Yo me sulfuré un poco.

—¿Y qué tiene él que...?

—¡Deja eso ahora! —Agitó el periódico delante de mí—. ¿No ves que te tienen envidia? Yo te daré un buen pasar, a ti, a tus padres, todo... Pero, a ver, Carmela, ¡tú no puedes estar contenta con esta situación tan provisional! Siempre en el coche arriba y abajo, sin ropa, con prisas, ocultándote...

—¿Por qué no? Tenemos lo más importante del mundo: libertad, mi amor!

Él se indignaba.

—Pero eso es lo que proclaman los hombres, mi vida; ¡la libertad no es para las mujeres, tú tienes que estar sujeta al macho de la especie! ¡Desde la época de las cavernas! Conmigo estarás segura, siempre voy a cuidar de ti.

Yo sentía dentro de mí un desasosiego inexplicable, una tormenta de ideas y de sensaciones, y protestaba:

—Cuidar de mí...; no soy una niña pequeña, ni la Greñúa.

Y él levantaba los brazos al cielo.

—¿Pero quién entiende a esta mujer? Le digo que nunca la voy a abandonar y se enfada. —Y me cogía el brazo súbitamente alarmado—: Oye, ¡no serás una de esas sufragistas que quieren cortarnos los huevos a los hombres!

Yo me burlé mientras le pellizcaba los testículos:

—Ay, sí, tus preciosos huevos reales...

El recuerdo de mi matrimonio pesaba sobre mí como una losa sepulcral, y depender de un hombre, por mucho que quisiera a ese hombre, me parecía algo parecido a ponerme un aro en la nariz y meterme en una jaula como los osos polares de la Casa de Fieras del Retiro. Además, sabía por triste experiencia lo que duraban los siempre y los nunca en el territorio de los sentimientos.

Nuestra forma de vida, la de mis padres y la mía, no había cambiado: seguíamos en el piso de Lagasca, y el único regalo que me había hecho Alfonso había sido un broche de rubíes de Cartier que me había traído de París:

—Qué poca gracia me hacen estos viajes de representación... Los españoles creen que voy a divertirme y yo me siento como un viajante de

comercio tratando de vender mercancía defectuosa y pasada de moda.

El único elemento nuevo en nuestra existencia era un flamante aparato telefónico que habían instalado en el recibidor de casa. Alfonso había enviado a unos técnicos a que me lo pusiesen, él sentía el teléfono como algo propio, ya que el primero que lo había utilizado en Madrid había sido su padre.

—Carmelilla, les he dicho que te den el número 17586 porque es la fecha en que nací y así te acordarás.

—Anda la osa, no tiene abuela el niño.

Los señores aquellos nos explicaron con mucho detalle cómo se utilizaba el artilugio: se gira la manivela, se pone el auricular en la oreja, se acerca usted la bocina a la boca para hablar..., pero la única que me atreví a utilizarlo fui yo, porque a mi madre le parecía cosa del demonio y mi padre, dándoselas de científico, decía que por el oído te entraban rayos que te afectaban el cerebro y él no estaba para perder neuronas con el poco tiempo que le quedaba de vida.

Papá, vas a sobrevivirme, lo sabes, ¿verdad?

Detente, memoria.

Vendrás a poner flores sobre mi tumba y llorarás, pero eso a mí no me consuela, conviene que vayas sabiéndolo.

Cuida de mis hijos.

Te los dejo en herencia, otra no tengo... Son un poco hijos tuyos también, no han conocido a otro padre que a ti.

Ahora Alfonso se quejaba también del piso pequeño y oscuro de la calle Alcalá que tan encantador le había parecido al principio. Decía que olía a meados y protestaba por tener que encontrarnos a horas tan medidas y que siempre fuera yo la que marcara los planes, refunfuñaba:

—Te recuerdo que tú serás todo lo actriz que quieras, pero yo tengo que gobernar un país, Carmela.

Y yo le contestaba:

—Un consejo de ministros puede esperar, pero una función de teatro no.

Y él se sulfuraba:

—¿Ves? Déjalo, no te das cuenta de lo alta que es tu posición; es que me das pena, Carmelilla... —También era algo comediante, y cuando la ocasión lo requería, sabía mostrarse compungido—. ¡Eres la amante del rey de España, no puede ser que trabajes como si fueras una tendera!

Me reía de él, le sacaba la lengua, me ponía el pulgar en la nariz y le hacía burla, le besaba una y mil veces:

—No, no, yo no lo dejo... Pídeme lo que quieras, rey del mundo, pero eso no. ¿Pero a ti qué más te da? Además, así podré mantenerte cuando los españoles te den una patada en el culo.

—No bromees con eso, Carmela, no me hace gracia... Mira, no se ríe nadie.

Se cruzaba de brazos, ponía morros, yo le hacía cosquillas.

—Va, sí que se ríe... —le apretujaba los costados y empezaba a retorcerse y a soltar ji, ji, ji, ju, ju, ju—, se ríe, se ríe... ¡Carmen Ruz Moragas, la exquisita actriz que no sabe decir el verso, mierda para ti, madame Colombine, hoy ha tenido un gran éxito de público!

El jolgorio duraba hasta que Viana golpeaba la puerta.

—Señor, son las ocho.

Yo pegaba un salto.

—Madre mía, las ocho ya. ¡Si teníamos ensayo a las siete!

Me iba vistiendo en el coche, abrochándome los corchetes de la blusa, poniéndome el sombrero, y llegaba al teatro sin aliento, me sentaba en la única silla libre.

—Perdón, perdón.

Sentía la sombría mirada de reconvención de los compañeros que no se molestaban en escuchar mis excusas:

—Reventó una llanta...; me había olvidado los papeles en casa y tuve que volver...

Ricardo, que dirigía el recital de poesía, esperaba hasta que terminaba de acomodarme y entonces me advertía:

—Carmela, estamos con Quevedo.

Y allí iba yo, torrencial y afectada:

Cerrar podrá mis ojos la postrera...

Ricardo me corregía:

—No, esa parte la acabo de leer yo, tú vas con la última estrofa.

Se oyó algún resoplido de impaciencia, alguien corrió una silla, María Fernanda se puso a toser, pero yo proseguí impertérrita, como si no me diera cuenta del ambiente hostil que me rodeaba:

*Su cuerpo dejará, no su cuidado;
serán ceniza, mas tendrá sentido;
polvo serán, mas polvo enamorado.*

Yo, pensándolo ahora, que soy más vieja y más sabia, creo que la insistencia de Alfonso para que dejara las tablas también se debía a su temor a que unos amores tan públicos con una artista en ejercicio terminaran perjudicándole en un momento delicadísimo, porque, aunque fingía despreciarlo, lo que más le importaba en el mundo era la opinión de su pueblo. Y también le daba miedo que, si yo seguía en el teatro, al final un día me encontrara cara a cara con la reina. No la reina de su Bubi, sino la otra, la pava real.

¡Y acertaba, porque un día estuvimos a punto de tropezarnos! Fue en una función «a beneficio de los rusos hambrientos»; y dónde estaban estos rusos no se me pregunte porque nunca vi a ninguno, pero toda la sociedad madrileña se volcó para ayudarlos. La presidencia de honor de la comisión humanitaria la ostentaba la reina, y su secretaria era la condesa de Romanones. El lema era: «Por tres duros se puede salvar una vida»; se hicieron corridas de toros, de gallos, tómbolas, loterías, bailes de disfraces y concursos, claro que entre pagar los alquileres, los empleados, las luces y el montón de holgazanes que suelen pulular alrededor de las damas aristocráticas, poco quedaba para los rusos hambrientos, pero ¿y lo bien que se lo pasaban las organizadoras?, ¿y lo aliviadas que sentían sus conciencias?

Y los actores no quisimos ser menos, porque a humanitarios no nos ganaba nadie (y a hambrientos tampoco, que había mucho menesteroso en nuestras filas; la pobre Peri sin ir más lejos). Nosotros, la compañía de Ricardo y mía, que mal que bien seguía funcionando —habíamos devuelto los préstamos y podíamos mantenernos—, decidimos poner en el Español *Marta la Piadosa*, de Tirso de Molina. Todo el beneficio sería para los rusos. Así, podíamos contar con que en el palco real estarían la condesa de Romanones y... doña Victoria.

Desde que lo supe no pude dormir; sentía un abrasador hormigueo en manos y pies, pero nada le dije a mi soldadito porque estaba segura de

que se opondría. ¡La reina y yo frente a frente! Lo temía y al mismo tiempo lo deseaba con todas mis fuerzas.

Era costumbre que, cuando la función era benéfica, en los palcos las señoras tendieran sus chales y mantones, convirtiendo el teatro en una corrala de comedias, y que los actores fueran a saludar a las personas reales. Me maquillé poco, me puse un elegante traje de gasa negra adornado con grandes lazos de tul blanco y una banda de raso sobre la frente, e interpreté de una forma distinta de lo habitual. Comedida, seria, altiva. No dirigí al palco real ni una mirada.

Mi papel era el de una dama que finge haber hecho voto de castidad para no casarse con el hombre que le ha destinado su padre, y lo interpreté con tal elegancia y sutileza, estuve tan trágica y tan sublime, que creo que nadie entendió maldita la cosa. Incluso, en un momento dado, improvisé: mientras hablaba Ricardo en el papel de don Felipe, avancé hacia la batería y me senté sobre la concha del apuntador, mostrando mis piernas finas y largas embutidas en unas medias de una seda tan delicada que debía ponérmelas con guantes, aunque tenía que ir calzada con tacón plano, ya que si no hubiera sido más alta que mi galán.

Esta exhibición tenía su aquel. Yo sabía que la reina sufría de hidropesía y de varices a consecuencia de sus embarazos; ¡a ver, nadie ha dicho que yo fuera una santa!

Como es natural, ni una persona del público escuchó el parlamento final de Ricardo, que él declamaba con tanto entusiasmo y oficio.

*Con la comedia se acaba
de mi Marta la Piadosa
mi mal, sí, no nuestras faltas.*

Porque todos me observaban fascinados hasta que cayó el telón; yo había cruzado las piernas y balanceaba un pie como un metrónomo. Ricardo me dirigió un gesto indignado de sombría violencia mientras saludábamos; le había chafado el efecto de su parlamento y eso es muy difícil de perdonar entre actores por muy amigos que sean.

—Qué hija de tal...

Pero, sin dar tiempo a que peleáramos, vino a buscarnos la duquesa de San Carlos, la dama principal de la reina. Aunque me observó fríamente, nos pidió a Ricardo y a mí que la siguiéramos. Nunca se me hizo tan largo el camino por dentro de un teatro, como si en lugar de ir al

palco real fuéramos a Cáceres. Nos abrieron la puerta dos servidores, nos dieron paso dos damas muy escuálidas con una especie de uniforme gris con una uve de plata en el cinturón y...

Y la que estaba sentada en un sofá, desbordando por las costuras de su vestido demasiado apretado, con la pechera llena de migas de bizcocho, despatarrada, con los pies hinchados sobre un cojín y mirándonos a través de unos impertinentes, era la infanta Isabel, La Chata.

No estuvo ni simpática ni antipática. Me ignoró. Se dirigió a Ricardo en un tono de bondad tolerante, le preguntó dónde vivía; esto de Jorge Juan le sonaba, ella tenía una casa en la calle Quintana con un teatrillo para representar obras; le preguntó si tenía hijos y si a pesar de eso se iba de gira por España; sí, señora, salimos la semana que viene por el norte; y entonces le hizo una seña con el abanico a la condesa de Romanones para que nos despidiese, como si fuéramos pordioseros que hubiéramos ido a implorar una limosna, y la condesa de Romanones, fea y obsequiosa, nos acompañó a la puerta, y cuando yo ya estaba de espaldas oí claramente:

—Putá.

Me giré con asombro, pero su rostro era inescrutable y su mirada perdida en algún punto lejano, y como Ricardo no dio muestras de haber oído nada, creí que me había equivocado.

Pero no, había dicho puta.

¡Ay, mi soldadito, lo que sufría con mis turnés no es para contarlo!

¡Y no es porque no tuviera nada en qué pensar! Al final había decidido aceptar el golpe de Estado de Primo de Rivera fingiendo que le cogía de nuevas, y había avalado el Directorio militar que había sustituido al gobierno constitucional después de que Primo le prometiera que iba a reflotar la economía, acabar con el pistolero y poner fin a la guerra de África.

—Carmelilla, es el mar menor...

—Será el mal menor.

—Eso..., estará un par de añitos y yo lo supervisaré.

Pues esta frenética actividad no le impedía venir a la puerta de todos los teatros donde actuábamos en un coche con los cristales oscuros, pero lo que al principio hacía gracia a la compañía, que lo aceptaba con

tolerante benevolencia, se transformó en una molestia que despertaba burla y enfado.

Por cuestiones de seguridad no podíamos ir a los mismos hoteles que el resto de los actores; el día se me iba recorriendo las ciudades donde teníamos función de punta a punta para asistir a los ensayos, dar entrevistas a la prensa, posar para la kodak de los reporteros, recoger la ropa de los baúles, vestirme, desvestirme, y siempre sintiendo sobre mí la censura de su mirada ardiente y posesiva.

Entraba al teatro cuando ya había empezado la obra y, en lugar de mirarme a mí, vigilaba al público. Y luego me decía, con esa intuición de los celosos que a veces aciertan:

—Ese imbécil, ese golfante sentado en primera fila está enamorado de ti.

—No digas tonterías.

Ese imbécil, ese golfante, era un crío de veinte años llamado Andrés Carranque de los Ríos que se creía poeta y, en efecto, estaba enamorado de mí. Me lo había enviado el Caballero Audaz con una nota: «Hazle caso, Carmela, que tiene hambre y está loco por ti», me había entrevistado para *El Debate* y desde entonces seguía a la compañía como uno más; lo habían acogido muy bien porque era tan apuesto como un dios: tenía un rostro anguloso y taciturno y un ligero bozo sombreaba su labio superior, hinchado como el de un niño de calendario. Escribía crónicas sobre nuestras funciones y, además, mis compañeros, aceptándolo, fastidiaban al mismísimo rey de España. Entre todos hacíamos hucha común para pagarle el hotel y comía con nosotros.

Andrés llevaba siempre una pipa apagada porque decía que el tabaco le daba mareos, pero que la pipa era lo propio de un intelectual; me miraba con sus ojos de perrazo agradecido y me escribía poemas:

*Se representa un drama nuevo con nueva decoración.
Y allá en el fondo sonrío un lírico espectador.
Nacen rojos lirismos en púrpuras fragantes
al son de las rebeldes arpas cantoras ebrias de emoción.
Y en el fondo lejano hay un hombre que piensa.
Hay un espectador.*

Este y dieciocho más, para ser exactos, aunque algunos llevaban títulos tan tremendos como «Canto a la dinamita» o «Elogio de la

pistola», y había conseguido que un huevero de la plaza de los Mostenses le financiara la edición. El librito se llamaba *Nómadas* y en la primera página ponía en letra cursiva: Para Carmen Ruiz Moragas.

Era uno de esos personajes peculiares que siempre siguen a las compañías de teatro, y a todos nos divertían sus aventuras.

El característico le preguntaba:

—Andrés, ¿para cuándo tu próxima obra?

—Bah, esto de escribir, si lo piensas bien, es una tontería.

A todos nos divertía, menos a Alfonso. Cuando se refería a él, se alteraba espantosamente, tenía el habla torpe y las manos trémulas de indignación.

—Me han dicho que es un sujeto peligroso..., un anarquista que ha estado en la cárcel en el extranjero. Voy a hablar con el jefe de policía para que lo detengan.

Yo le decía entre la risa y el hastío:

—Alfonso, no armes líos.

Él me apretaba el brazo hasta hacerme daño y me repetía hasta la saciedad:

—Deja el teatro..., ¡este no es tu sitio!

Llegamos a Bilbao. Hacía el papel de Livia en *La razón de los demás*, una obra moderna, de Pirandello, y me sentía tranquila porque sabía que Alfonso estaba en Barcelona con toda la familia inaugurando la línea del metropolitano con gran fanfarria. Mi poeta, como lo llamaban en la compañía, esta vez no había venido con nosotros.

Bilbao era una plaza de aúpa; la última vez que habíamos actuado habíamos ganado cinco mil duros, y cuando nos comunicaron que todo el papel estaba vendido, decidimos irnos a comer angulas al puerto y brindamos con txakolí por el hijo que esperaban María Fernanda y Rafael.

La Peri nos recordó:

—Y también por el niño de Carola, aunque esté lejos.

Levantamos el vaso:

—Por Fernando... Fernán Gómez.

El padre no había querido darle los apellidos.

Cuando fuimos al teatro para la función de la tarde, todos estábamos un poco achispados y no sé por qué nos dábamos grandes abrazos y teníamos los ojos humedecidos.

Nos cambiamos, hicimos cola en los lavabos, nos pintamos, protesté porque alguien me había cogido el vaporizador de garganta, Elenita

Salvador chilló que ella no había sido, entró María Fernanda en mi camerino:

—Tú, ¿me dejas un imperdible? Ya no me puedo abrochar la falda.

Se cayó un foco, Ricardo daba voces en el teléfono:

—Fontanals, las decoraciones las han enviado al Principal de Zaragoza y no a Bilbao.

Sonaron los timbres; toda esa algarabía, en fin, que precede a los estrenos. Con una diferencia: ¡no sentíamos el rumor del público!

Y cuál fue nuestro asombro cuando, a las cinco, la hora de la función, el teatro Arriaga permanecía vacío. No entendíamos qué pasaba, no sabíamos si empezar o no, temimos que hubiera ocurrido alguna catástrofe colosal cuando vino Ricardo a mi camerino, pálido y alterado, y me lanzó esta granada de mano:

—¡El rey ha comprado todas las entradas!

Aturdida, vacilando entre la negación y la certeza, dije:

—¿Cómo? ¿Por qué?

Pero lo entendí inmediatamente: no quería que nadie fuera a verme.

¡Sentí rabia y vergüenza! Ricardo cerró cuidadosamente la puerta del camerino y se sentó en la única silla. Me miró y me dijo con gravedad:

—Carmela, esto no puede seguir así... —Iba a protestar, pero él levantó una mano reclamando mi silencio—. La compañía está descontenta, me vienen con quejas, ha habido deserciones y yo he tenido una oferta muy buena de mi tío para estrenar en Madrid.

Me miró compasivamente.

—Tú no necesitas esto... Nosotros somos unos pobres cómicos que trabajamos por necesidad, pero tú lo haces por capricho y eso nos duele y nos molesta.

Yo le respondí con vehemencia:

—Te juro, Ricardo, que eso no es cierto, ¡el rey nunca me ha dado nada! Yo dependo de mi trabajo lo mismo que vosotros.

Se rio sin ganas.

—Depender de esto cuando se es la amante del rey no deja de ser un capricho; nosotros no somos juguetes para que tú demuestres tu independencia, monigotes que se pueden dejar tirados cuando te canses de trabajar.

Me retorcí las manos con desesperación.

—Pero yo quiero seguir, ¿qué tengo que hacer para demostrarlo?

—No lo sé, Carmela. —Se levantó y me apretó el hombro, esta vez no me dio dos besos ni me sonrió—. Vete al hotel, hoy no hay función y

tienes la noche pagada.

Me fui al hotel, sí, pero no quise entrar para no encontrarme a mis compañeros. Me quedé en el jardín. En un rincón estaban plegadas una sobre otra las hamacas que se usaban en verano para ponerse al sol. Arrastré una, la abrí y me tendí sobre ella. Oía el graznido lejano de las gaviotas y el murmullo del mar. Al moverse, las hojas de los árboles hacían ruidillo de lluvia menuda.

Me adormecí.

Me despertaron unos pasos sobre la grava. Era Alfonso; al principio no lo reconocí porque llevaba un amplio gabán de cuero con cuello de piel y venía cubierto de polvo de la cabeza a los pies. Se arrodilló a mi lado con expresión contrita y un tartamudeo nervioso:

—Per..., perdóname, Carmela, dime qué quieres que haga: desaparezco, me voy. —Pero aún levantaba los ojos, airados y feroces—. Aunque ese poetucho de tres al cuarto se va conmigo, me lo llevo por delante, le saco los hígados.

Lo miré con extrañeza, ¿de quién hablaba? Tenía círculos blancos alrededor de los ojos, la marca que habían dejado las gafas de conducir. Extendí el dedo para tocarle el rostro, él me lo atrapó con la boca, sollozó:

—No puedo estar sin ti, Carmela, no puedo.

Lo aparté y me levanté como una sonámbula, intenté caminar, pero se me doblaron las rodillas como si fueran de trapo; el suelo de gelatina se movió, caí por un abismo.

¡Por primera vez en mi vida me desmayé!

Cuando volví en mí, estaba tendida de nuevo en la hamaca y Alfonso, sentado en cuclillas a mi lado, tenía los ojos risueños. Me acariciaba la frente y me advertía, con la experiencia del hombre que ya ha pasado varias veces por este trance:

—Gigantona va a tener un hijo.

Creí estar soñando, cómo, qué.

Nos cogimos de la mano.

No pronunciamos palabra.

Se puso el sol, llegó la oscuridad de la noche y el infinito conjunto de maravillosas luces que viven en la bóveda celeste.

Florencia nos recibió con el resplandor prodigiosamente limpio del atardecer pintando de rosa suave los mármoles viejos de las iglesias. Resistiendo el viento, la lluvia y los siglos, daban ganas de acariciarlos como si fueran carnes de recién nacido.

El viaje había durado tres días, aunque mi madre, que era muy exagerada como buena andaluza, comentaba que tenía la impresión de que había salido de nuestra casa de la calle Lagasca cuando era pequeña. Nos despedimos con pena de papá, que acariciaba a la Greñúa fingiendo malhumor y displicencia.

—Bah, vaya idea irse al extranjero para tener al nieto —al decir la palabra nieto se le alegraba el semblante porque yo creo que, en el fondo, más que vocación de padre, tenía vocación de abuelo—. Ni que esto fuera un muladar... A mí me da igual quedarme solo; Madrid, en verano, es Baden-Baden.

Pero no nos engañaba, no solamente porque no era verano aún, sino porque padre y perro se quedaban con idénticos ojos de desconsuelo.

Mamá hacía ver que se sonaba por la rinitis, pero luego me preguntaba:

—¿Y este hombre? ¿Sabrá espabilarse solo? —Y de pronto se le encendían los ojos, súbitamente alerta—. ¿Y no me lo va a enredar alguna piculina?

Yo me echaba a reír, aunque un poco incómoda porque no éramos amigas, sino madre e hija, y entre madre e hija no se comentan estos asuntos personales.

Es curioso. Ahora que reflexiono, aparte de aquella primera declaración que tanto me costó hacer, nunca más les hablé a mis padres de la clase de relación que tenía con Alfonso. Fueron viendo cómo se desarrollaba, aceptándola sin hacerme preguntas, y cuando les confesé

que estaba embarazada se limitaron a mirarse entre ellos, como si ya lo tuvieran previsto, pero vi cómo se movía la nuez de papá tragando saliva, y cómo mamá juntaba las manos arrobada, diciendo como en una mala comedia:

—¡Un nieto!

No me hubiera extrañado ni un pelo que se hubiera largado a declamar un soneto de Shakespeare mientras un proyector le iluminaba el rostro:

*Queremos que propaguen, las más bellas criaturas,
su especie, porque nunca pueda morir la rosa,
y cuando el ser maduro decaiga por el tiempo
perpetúe su memoria, su joven heredero.*

Según el itinerario que nos había preparado Viana, de Madrid a Barcelona habíamos ido en coche cama, en Barcelona cogimos un barco destartado e incomodísimo hasta Livorno, donde nos esperaba un coche que había tardado tres horas en llegar a Florencia por una carretera endemoniada. La campiña a nuestro alrededor era una prodigiosa mezcla de verdes, arboledas oscuras, praderas frescas, trigales amarillos, vides azuladas y los negros y solemnes cipreses apuntando al cielo azul cobalto. Todas las colinas, bajas y redondeadas como senos, estaban cubiertas de pueblecillos ocres de casitas de pesebre y una iglesia con campanario.

El coche saltaba en cada bache y mi madre se persignaba y le pedía al *chauffeur*, un hombrón con grandes bigotazos:

—Por Dios, vaya usted más despacio.

El hombre se giraba, me dirigía una mirada flamígera y continuaba a la misma velocidad, haciendo sonar el claxon para apartar los rebaños de ovejas que invadían pacíficamente la carretera.

Yo me encogía de hombros; mientras el sol poniente transformaba el paisaje en un cuadro de Fra Angélico, mi hijo estaba ahí, bien protegido en mi barriga, ensimismado como un filósofo de la academia platónica fundada por Cosme el Viejo durante el reinado de Lorenzo de Medicis. Yo, claro está, de todo esto no sabía palotada ni conocía estos mendas tan renombrados, pero el Caballero Audaz me había prestado varios libros diciéndome:

—Carmela, aunque a veces lo parece, no eres tonta... Si lees esto no te limitarás a ver Italia como un montón de piedras ruinosas, sino que te

darás cuenta de que la cuna de nuestra civilización está ahí, y que todo es fruto de la inteligencia y voluntad del ser humano; ya lo dijo Leone Battista Alberti: «Los hombres lo pueden todo... si quieren» —yo había arrugado el ceño porque no me parecía argumento suficiente para tragarme aquellos mamotretos. Entonces había añadido en tono exasperado—: ¡y no quiero que hagas mal papel actuando como una cateta!

Y luego había dado el argumento definitivo:

—Allí, entre las italianas, las mujeres más bellas del mundo, tu... — voz irónica—, tu palmito no llamará la atención. ¡Adórnalo con un poco de cultura, que en la vida hay algo más que el teatro!

Me inquieté.

—¿Son muy guapas? ¿Cómo de guapas?

Se puso a reír al ver mi cara de confusión, me pegó un abrazo amistoso.

—Boba, te lo digo por tu bien, tu rey me huelo que se está hastiando de tus relatos sicalípticos...; todo empalaga... ¡Pero la conversación de una mujer interesante, eso no cansa nunca!

Sí, es verdad, muchas veces Alfonso venía a mí, excitado como un adolescente, me penetraba, pero el miembro se le empequeñecía de inmediato y se escurría fuera. Me susurraba tratando de quitarle importancia:

—No sé qué me pasa últimamente. ¡Estoy muy cansado!

En realidad, tampoco me importaba porque todo mi interés estaba puesto en lo que me estaba creciendo dentro, y trataba de que acabara lo más rápido posible para yo pensar en mis cosas.

Bueno, vale, Carretero, pues me iba a convertir en una mujer interesante; ¡a interesante, a la hija de mi madre no le iba a ganar nadie! Durante el viaje, empecé por un libro que se titulaba *El misterio de Florencia*, y yo creía que era una novela policiaca como las de Rocambole, pero el tal misterio era encontrar la razón de por qué una ciudad de solo sesenta mil habitantes en el siglo xv había alumbrado genios como Miguel Ángel, Verrocchio, Donatello, Masaccio, los Medicis y Maquiavelo, que cambiaron la faz de Europa y el destino del mundo.

Y leía en voz alta fragmentos del libro para que los oyera mi hijo: «Los habitantes de Florencia, cuando estaban enfermos, se curaban mirando paisajes hermosos, los llevaban en angarillas al campo a contemplar las puestas de sol...; sabían saltar con los pies juntos por

encima de un hombre y cuando tiraban una moneda al aire en la catedral, se la oía rebotar contra la cúpula».

Entendido, sí, los florentinos eran extraordinarios. Pero ninguno le llegará a la uña del dedo meñique de mi hijo. Que cada mañana me daba los buenos días en forma de ganas de vomitar, pero yo, en lugar de enfadarme, decía:

—Sí, hijo, sí, ya sé que estás vivo.

Si un día me encontraba bien, me palpaba los pechos a ver si seguían duros, me pasaba la mano por la barriga por si la veía más plana, observaba si sangraba y, cuando me volvía la náusea, rezaba, yo, que no soy nada rezadora:

—Gracias, Dios mío, está todavía ahí —y le decía a mi madre—: este va a dar más guerra...

El Gran Hotel en el que nos habían reservado habitaciones estaba sobre el río Arno, que corría turbulento teñido de rojo y oro con los últimos estertores del sol poniente; de sus orillas subía un vaho de umbría y misteriosa frescura. El *hall* estaba lujosamente amueblado con tapicerías de terciopelo rojo, molduras doradas, muebles rococó y un suelo de mosaico de dos colores suntuosamente recubierto de alfombras persas de seda hechas a mano. Podríamos sentirnos en el palacio de Lucrecia Borgia... si no fuera porque estaba lleno de turistas ingleses con la guía Baedeker en la mano, otros con palos de golf, otros más con maletas, llegando o yéndose. Una larga cola con trajes variopintos se arracimaba frente a la recepción, los *grooms* corrían entre la gente llevando notas y gritando:

—Mister Singer... Lord Caulney... Princesa de los Ursinos...

Todo tenía el aire ruidoso y frenético de una estación de tren.

No vimos a nadie conocido, nadie nos atendió. Le dije a mi madre que se pusiera en una de las colas frente a la recepción, empujé una puerta al azar y me desplomé mareada en una butaca con los ojos cerrados.

Cuando los abrí, advertí que estaba en el jardín de invierno del hotel, que el techo era una claraboya de hierro y vidrios de colores y que me envolvía una claridad verdosa, de acuario. Había naranjos en flor en grandes macetones. Y vi también que me observaba con despego un rostro conocido: el marqués de Viana.

Me sobresalté. Él, sin molestarse en ser amable, me comunicó con frialdad:

—Su majestad la espera en la habitación.

Arrugué el ceño con desagrado, Alfonso me había prometido que íbamos a estar solos: «Carmela, en Florencia seremos como una pareja de burgueses, los dos pasearemos cogidos del bracete, y cuando tengas a tu hijo...».

—A nuestro hijo —le corregía.

Me apretaba el brazo.

—Eso, a nuestro hijo, lo..., lo...

Aquí se terminaban sus esfuerzos para imaginar una situación que no había vivido nunca, y era yo la que lo hacía remontarse con las alas de mi imaginación en constante movimiento.

—Lo cuidaremos los dos juntos..., dormiré con nosotros y yo le daré el pecho.

Y él me acariciaba y protestaba un poco:

—Que no te lo vaya a estropear, que tengo entendido que... —Como no podía comentarme nada de los pechos de sus amantes y menos de la reina, se armaba un lío—: Lo he leído por ahí..., que se agarran y luego los tienes flácidos como odres vacíos, y yo quiero a mi gigantona igual que cuando la conocí, sin ninguna merma.

Le daba golpes con el puño.

—Cállate, so caribe, cromañón.

Oí un ruidito, tap, tap, y era Viana dando golpecitos con el pie en el suelo. Serio y correcto, esperaba mi respuesta. No tuve más remedio que preguntar, porque ahora que estaba tan encumbrada, como decía doña María Guerrero, a educada no me ganaba nadie:

—Ah, sí, claro. ¿Cuándo han venido?

—Llegamos ayer; uno de los coches tuvo una avería en Marsella y hubo que detenerse.

¿Uno de los coches? El plural me mosqueó y allá se fueron mis buenos propósitos de finura sin parangón.

—Será arrastrao, el tío, ime había prometido que íbamos a estar solos!

Viana me preguntó arrugando la nariz, aunque me había oído perfectamente:

—¿Cómo?

Di un bufido y me levanté con enfado porque los coches representaban varias personas; ¿dónde estaba esa tranquilidad que

necesitaba, esos días felices que teníamos que pasar Alfonso y yo como si fuéramos un matrimonio normal?

El botones y un conserje ataviado con un uniforme tan rutilante y estrambótico como el que sacaba don Fernando en el teatro vinieron a buscarnos.

—La *signora*... —se detuvo, me observó con admiración y dijo en un aparte como un cómico malo de teatro bufo—: *Bella signora! Che occhio! Che labbra!*

Y prosiguió:

—... y la *sua mamma* tienen la habitación 24, en el *secondo* piso.

El ascensor era tan lujoso como un salón de palacio. Viana miraba el techo, mamá se quejaba y decía que no veía la hora de acostarse, pero yo ahora, por uno de esos terremotos en el ánimo que traen los embarazos, me sentía tan llena de energía como una dinamo de las que mueven los automóviles. El ascensorista manejaba la manivela como si se tratara del timón de un barco y nuestro aspecto de grandes señoras no le impresionaba porque en el Grand Hotel se había alojado la reina Victoria de Inglaterra y todos los marajás de la India, además del káiser y el zar de Rusia. Antes de morir, por supuesto.

—Piso segundo. *Prego*.

Mamá me miró dubitativa, y el botones, esgrimiendo una llave provista de una pesada bola de bronce, le hizo un gesto para que lo siguiera. Formé con mis labios un beso silencioso. Se fue pasillo adelante, caminando patosamente con unos zapatos nuevos que le había hecho comprar: de tacón y con una tira en el empeine.

Hubiera corrido tras ella para llenarla de besos, pero no me atreví y me limité a sentirme un poco huérfana. Miré a Viana, que estaba con la nariz apuntando a la lámpara de Baccarat que colgaba del techo del ascensor y que oscilaba levemente.

Distraída, le di una ojeada al ascensorista que, irrespetuosamente, me guiñó un ojo; ¡ah, estos italianos! ¡No desperdiciando ninguna ocasión para demostrar que ellos, y no los franceses, habían sido los grandes amantes de la historia!

Llegamos al último piso, se abrieron las puertas y cuando yo creía que Viana iba a seguir conmigo, se limitó a hacer una seña para incitarme a salir.

Un pasillo, corto, con una única habitación. El ascensor empezó a descender.

Vacilé..., me puse a caminar. Llegué frente a una elegante puerta de madera de roble, sin número. Estaba entornada. La empujé y allí, apoyado en el alféizar de la ventana, con un cigarrillo entre los dedos, como si fuera lo más natural del mundo, estaba Alfonso.

Me dirigí hacia él tratando de recobrar el paso grácil que había tenido siempre, pero resultando pesada y torpe. Hacía un mes que no lo veía y en este tiempo mi aspecto había cambiado bastante, pero él me abrazó con dulzura y me dijo:

—Parece mentira, Carmela, pero todavía estás más guapa.

Sentí con asombro que temblaba. Se separó y empezó a mirarme con una intensidad que daba miedo, leyendo en mis ojos, en mi boca, en mi cuerpo, y luego volvió a abrazarme y me susurró, su voz enronquecida en mi oído:

—Yo no sé decir esas cosas bonitas que soltáis en un escenario... Pero... eres la única persona por la que renunciaría a todo.

Me asustó la enormidad de lo que confesaba y le pregunté, la boca hundida en la franela de su chaqueta:

—Pero ¿a todo? ¿Qué quieres decir? —y me atreví a preguntar con voz apagada—: ¿A España, a la corona?

Se apartó, me miró con asombro, rio:

—Mujer, a eso no puedo, es como si me pidieras que renunciara a ser..., no sé, ¡hombre! ¡Como si quisieras que me volviera pájaro o piedra! —me volvió a abrazar, y me dijo sin solemnidad en tono corriente—: Yo soy la corona..., yo soy España.

Aunque entonces no lo entendí, ahora, en el mes de junio de 1936, me doy cuenta de que él lo creía sinceramente. Que era España. Por eso Alfonso no puede concebir lo que le ha pasado y vaga por todo el mundo, de palacio en palacio, de cacería en cacería, de país en país como un espectro.

Sobre la cama, tirados de cualquier manera, estaban su gabardina y un sombrero de fieltro, Alfonso se enfadó y lo lanzó al suelo de un manotazo porque era muy supersticioso.

—Mierda.

Sobre la mesa, unos termos con tapadera de plata y unas fiambreras.

—Toma un vasito, se llama vino santo y le sentará muy bien al chaval.

Y con ademanes de propietario, empezó a enseñarme la habitación.

—Mire, señora duquesa, aquí en esta cama grande haremos nuestras cosas y luego, para dormir, yo tengo esta otra... —Se sentaba en una sencilla y endeble cama de campaña—. Viaja siempre conmigo, Carmelilla, perdóname, pero no soporto la blandura de los colchones de hotel y además me gusta dormir solo. Aquí, ¿ves? —abrió un armario panzudo—, está mi ropa... No me he traído ni un uniforme porque el duque de Toledo es un aristócrata español, pero no un militar, y así no necesito ayuda para vestirme —porque se había inscrito en el hotel con el nombre de duque de Toledo—. Mira, para pasear con la señora duquesa por Florencia me pondré este canotier, ¿cómo me queda?

—¡Pareces Carlos Gardel! —no pude menos que exclamar entre risas, al verlo con el sombrero ladeado como un tanguista argentino.

Se arrimó a mí tocando una guitarra imaginaria:

*Percanta que me amuraste
en lo mejor de tu vida
dejándome el alma herida
y espina en el corazón.*

Y luego se quitó el sombrero y me dio con él un azote en el culo, «percanta, percanta»; me puse a correr por la habitación y estuve a punto de tropezar con sus maletas de cuero fino y el baúl de Vuitton que estaban a los pies de la cama; me agarró cuando estaba a punto de caer al suelo y se disculpó:

—Ahora vendrá Paco a recoger todo esto.

Me llevé la mano a la boca y se me llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Paco, también? Oh, Alfonso, me habías prometido...

Me agarró por el talle y me besó en el cuello.

—Mi amor, te prometo que solo vendrá cinco minutos por la mañana para afeitarme y traerme el perborol. —Para distraerme abrió una cómoda—. Y esto es para ti, duquesa, para tus cosas, ahora te las subirán. Por cierto, que ya he apuntado a mi suegra a unas lecciones de dibujo en una academia.

Me emocioné, era uno de esos detalles encantadores e inesperados de Alfonso solo achacables a su buena crianza y la amabilidad de su

naturaleza.

—Qué gesto más precioso, mi vida, le hará mucha ilusión.

—Sí —respondió muy satisfecho de sí mismo—, la he apuntado cuatro horas por la mañana y cuatro horas por la tarde.

Me quedé desconcertada, sospechando que mi madre no iba a agradecer tan intensa dedicación al arte, pero él ya me hacía callar pasando la mano por el exquisito tocador de palisandro.

—Aquí podrás poner tus puñetas, los cepillos, los ungüentos y esas cosas que usáis las mujeres; en este espejo se reflejará tu belleza sobrenatural.

Con ademán pomposo, porque todos los reyes llevan un actor dentro, abría una puertecita disimulada en el empapelado de la pared.

—¡El cuarto de baño, *amore!* En esta bañera nos bañaremos y nos frotaremos, y —tocaba los radiadores— ¡calefacción central!, porque por las noches refresca aún.

Suspiraba.

—Lo que daría yo por vivir siempre en hoteles; no sabes lo incómodos que son los palacios, ¡en Barcelona me acaban de regalar uno y le he dicho a Portago que me hacían polvo porque cuesta un dineral mantenerlos! —Ponía expresión suplicante y se volvía los bolsillos del revés—: ¿Quieres un palacio, Carmelilla? ¡Te lo regalo! ¡Tengo siete!

Y luego corría las cortinas y abría de par en par el enorme ventanal sobre el Arno. La noche, fosforescente y primaveral, se iba adueñando de todo, aunque aún quedaba una línea tenuemente malva en el horizonte, más allá de las cúpulas abiertas como conchas y de las torres altísimas que atrapaban un chispazo de fuego y parecían celebrar nuestro amor, el goce de los sentidos y esa nueva vida que habitaba en mí. No pude evitar decir con arrobamiento:

—¡Qué bonito es esto!

Me abrazó.

—Somos unos burgueses muy felices esperando el nacimiento de nuestro *bambolo...*, *bambino...*; será italiano como Bellini, como Caruso... —se le acabaron a mi soldadito sus referencias culturales—, como el Papa..., como Mussolini..., como el tartufo...

—¿El de Molière? —preguntaba yo algo preocupada—; sí, es una buena comedia, pero no tiene ningún papel femenino que valga la pena.

—Mi amor, el tartufo es la trufa blanca —se llevó los dedos a la boca—, lo más bueno que hay en el mundo; mañana iremos a..., ¿pero no lo hueles?, ¡todo Florencia huele a tartufo!

Yo me reí, aunque enseguida le pregunté con aprensión:

—Pero ¿podrás quedarte?

Porque la situación del país era crítica, sobre todo en Cataluña, donde los movimientos separatistas habían sido aplastados de forma sangrienta por el Directorio militar, y otra vez se había recrudecido la guerra de Marruecos. A pesar de la dureza con la que actuaba, Primo de Rivera aún no había cumplido su promesa de reflotar la economía, pacificar Cataluña y acabar con el conflicto de África.

Y él me contestó con amargura:

—Si yo ya no pinto nada allí... ¿Sabes que los catalanes querían poner una bomba a la altura de Sitges en el tren en el que viajaban mis hijas? Soy una molestia para todos, cuanto menos me vean, mejor. —Se acercó a mí y me dirigió una mirada de perro apaleado—: La única persona que me quiere de verdad eres tú.

Por el pasillo se oían gritos, se sentía el paso del Arno por el subsuelo, una risa de mujer, escandalosa y sensual, subió desde la calle, las voces de los noctámbulos, lentas y nítidas, se pasearon por la habitación ya sumida en sombras... Nos anudó la pena primero, después la ternura, vino y se extinguió con rapidez la pasión, después sus labios buscaron los míos en el beso leve y virtuoso de los casados.

—Buenas noches, gigantona.

—Buenas noches, soldadito.

Florenia era una ciudad hecha para nosotros. Cuando Alfonso me había propuesto tener a nuestro hijo allí, yo me había quedado callada, sin saber qué decirle. Él no me miraba a los ojos, jugueteaba con mi collar, un largo hilo de platino con brillantes intercalados que me había comprado en Mellerio, indiferente al hecho de que tanto la reina como las infantas se abastecieran allí de alhajas. Fue un detalle que me extrañó primero y me conmovió después, no el que me comprara una joya tan valiosa, sino que se arriesgara a que su mujer pudiera averiguarlo. Claro que, como todas las fantasiosas retorcidas, seguí dándole vueltas al asunto hasta que concluí entristeciéndome porque pensé que ya lo habría hecho otras veces y que lo que pasaba en realidad era que la opinión de la reina había dejado de importarle.

Y aquí me daba cuenta de que nuestra forma de amar era distinta: mientras él se entregaba a mí sin ninguna suspicacia, como el que se tira

al río sin saber si habrá profundidad suficiente, confiado en su baraka, que es como los moros llaman a la suerte, mi amor estaba entreverado de sospechas, recelos, desconfianzas y reproches, como esas gemas muy puras que, sin embargo, cuando las miras con una lupa, presentan pequeñas imperfecciones que no se ven a simple vista, pero que rebajan su calidad y su precio.

Le pregunté:

—¿Florencia está arriba de la bota?

—Sí.

El silencio, pesado y ominoso, invadió el pisito de la calle Alcalá que tan antipático se nos había hecho; un churrero había instalado su barraca al lado del portal y nos atufaba el olor a fritanga y aceite malo que me revolvió las entrañas. Yo iba a decir algo, seguramente ofensivo, y él se apresuró a cortarme:

—Así podré estar contigo en el hospital y asistiré al nacimiento de nuestro hijo; ite cogeré la mano y me la dejaré morder, te lo prometo, Carmela! —Me retiró un pelo de la cara, me abrochó y me desabrochó el primer botón de la blusa—. Eso aquí, en Madrid, mi vida, ya sabes que sería imposible hacerlo.

Me vino a la boca una réplica achulada y despreciativa, pero me mordí los labios porque lo vi tan triste y tan disminuido; comprendí que, a pesar de lo irresponsable y ligero que era para las cosas materiales, se había tomado su trabajo para preparar el complicado viaje y el parto de su hijo ilegítimo, y entendí que esa era una prueba de amor más importante que un simple collar de platino y de brillantes.

Que también me gustaba, eh, que quede claro. ¿Qué mujer no se vuelve loca con las joyas?

Aún simulando enfado, pregunté:

—Pero no me fío, ¿estará todo listo allí?

Sonrió; isonreía tan bien Alfonso! Sus ojos vivísimos chisporroteaban, me dirigió una mirada ladina y maliciosa y me dijo abrazándome:

—Sí, mujer mía. Cuando llegue el momento ingresarás en una clínica muy buena que está cerca del hotel y te atenderá el doctor Aldo Castellani; es el médico personal de Donna Rachele, la mujer de Mussolini. —Carraspeó—. El Duce me ha dicho que todo irá como la seda porque el sistema sanitario que han instaurado es el mejor del mundo.

En Italia el cargo de primer ministro había ido a parar a Benito Mussolini, un dictadorzuelo que se había cargado la Constitución de un

plumazo y al que el rey Vittorio Emanuele había dado plenos poderes para enfrentarse a comunistas y socialistas. Su partido, el fascista, estaba convirtiendo Italia en un Estado policial en el que ningún disidente podía encontrarse a salvo, aunque no todos tenían una visión tan negativa del nuevo régimen. Sin ir más lejos, mi soldadito.

Alfonso parpadeó soñadoramente:

—Si yo tuviera un Mussolini, Carmela...

Me puse a reír.

—Primo de Rivera es tu Mussolini.

Cerró el puño y golpeó la palma de la otra mano.

—¡Le faltan arrestos al andaluz!

El primer día bajamos al *hall* del hotel después de tomar la *prima colazione* en la habitación; un *carabiniere*, ataviado como un soldado de opereta, se llevó respetuosamente la mano al llamativo sombrero bicorne rojo y azul, y Alfonso me susurró:

—Este hombre tan discreto y que tendría que pasar desapercibido está al cuidado de nuestra integridad física —mostró preocupación—, pero no sé yo si este payaso habrá desenfundado un arma en su vida.

Yo, que reconozco a los de mi gremio a la legua, le dije:

—Es un actor.

Y Alfonso rio:

—¡En Italia todos son actores, mi vida, desde el Duce hasta el conserje!

Y como dándole la razón, frente al hotel, casualmente en ese momento se exhibía un grupo de *camicia nera*, la milicia creada por Mussolini para tomar el poder y vigilar, espiar y combatir a los rebeldes. Pagados de sí mismos, la mirada al frente, con la raya de los pantalones hecha con tiralíneas y cuidadosamente arremangados hasta los aceitados antebrazos para dejar ver la musculatura en tensión, caminaban al paso de la oca mientras un instructor les daba órdenes a gritos. Una chica con boina y falda de cuadros le gritó:

—*Bella voce, capitano!*

Mamá nos esperaba impaciente. Provista de un sombrero de paja de alas anchas, una enorme carpeta con hojas en blanco, una bolsa con lápices y acompañada por Paco Fuentes, el ayuda de cámara de Alfonso, que era andaluz como ella, estaba a punto de salir para acudir al Palazzo Gherardi a empezar sus clases en una academia de pintura llamada muy apropiadamente Michelangelo. Iba contenta como una chiquilla. Alfonso

la llamó suegra y le plantificó dos besos en las mejillas mientras le decía lo guapa que estaba y que no parecía abuela, sino estudiante de arte.

Yo le advertí que no se mezclara en política y que si veía a los *camicia nera* no se quedara mirándolos como una pueblerina. Mamá me contestó con el rostro risueño:

—Hijita, con la cantidad de belleza que hay aquí no voy a perder el tiempo con esos monigotes. No te preocupes por mí, tú a lo tuyo, me lo voy a pasar muy bien.

Alfonso y yo nos lanzamos a las calles a la aventura. Como decía mamá, estábamos rodeados de belleza por todas partes, pero solo nos mirábamos a los ojos, borrachos de poder estar juntos, solos y caminar libremente. Alfonso sentía el mismo placer que yo, pero duplicado; iestar conmigo y, sobre todo, poder comportarse como un ciudadano normal! El duque de Toledo se había colgado unos gemelos de campo del cuello, iba con canotier, americana ligera, pantalones claros y se empeñaba en que me agarrase a su brazo como si fuéramos a la verbena de la Paloma. Me decía:

—Gorda, pareces una de esas gigantas que van en las procesiones en los pueblos —yo iba a protestar porque la moda, que apenas marcaba la cintura, disimulaba mi estado y yo veía por las miradas de los hombres que el Caballero Audaz no llevaba razón en eso de que aquí nadie admiraría mi palmito, pero él ya estaba en otros asuntos—. Eh, un vendedor de manzanas, vamos a coger una. ¡Y observa estos lirios!, ite voy a regalar un ramo! ¡Mira! ¡Helados!

Todo le hacía gracia; fuimos a parar al mercado de San Lorenzo y compró tantos animales hechos de paja —perros, gatos, burros, ovejas, palomas—, para que no echara en falta a la Greñúa, que tuvimos que encargar a un chico que los llevara al hotel en un carretón.

Cuando desembocamos en la Piazza della Signoria, los dos nos quedamos boquiabiertos y estupefactos porque esa es la sensación que produce ver las estatuas en pie de igualdad con nosotros, mezcladas con la gente como ciudadanos florentinos, solo que hechas de mármol, cuatro veces más grandes y con una perfección que no hay ser humano que la iguale. Alfonso se apenó acomplexado.

—Coño. Somos enanos.

Pero cuando me acerqué tímidamente a ver el David de Miguel Ángel, se enfurruñó:

—Deja de mirar, que ya me ha dicho Viana que es una copia, y además tu soldadito te va a parecer una mierda en comparación. ¡Sí,

mucho músculo, pero luego tiene la polla pequeña! Y mira este otro de bronce, con esa asquerosidad en la mano, ¿cómo se llama?

Yo lo había aprendido en los libros que me había dejado Carretero y le contesté con un punto de pedantería:

—Es Perseo con la cabeza de la Medusa, de Bellini..., Cellini... Bueno, acaba en ini eso sí.

—Pues esta noche me voy a poner igual; como no tenemos medusas a mano, te cogeré a ti y ya verás qué guapo estoy.

Y yo me reía porque me imaginaba su escuálido culo peludo, sus piernas tan delgadas que en Cataluña su mote era «Cametes» (piernecitas), y sus brazos sin forma sosteniendo los ochenta kilos de la Moragas, y me tronchaba, pero él, incapaz de seguir mucho rato con el mismo tema, ya se había detenido delante de las únicas estatuas femeninas de la plaza, El rapto de las Sabinas, a las que denigró con desgarrado achulapado:

—Menudas tales serían las Sabinas. ¡Pero esto es una estafa porque aquí solo hay una!

Y se le fue la mano para tocar los pezones fríos del mármol y yo empecé a pegarle con la sombrilla.

—Sí, hombre, ponme los cuernos en mis propias narices.

El rumor de un surtidor presidido por una sobrecogedora estatua de Hércules nos llamó la atención. La miramos en silencio sin saber si era horrorosa o una gran obra de arte, hasta que Alfonso decretó con desenfado:

—Parece que en vez de músculos le hayan metido melones ahí dentro. ¡Cuánto mármol desperdiciado!

Nos reíamos, reímos tanto que la gente nos miraba y reía a su vez con complicidad; el rostro de Alfonso les sonaba: ¿era un cantante de ópera?, ¿sería un actor de cine? Porque Alfonso se movía como un artista; sin darse cuenta tenía que ser el centro, y si no lo conseguía de forma natural, hacía algún movimiento extravagante, levantaba la voz, soltaba una carcajada incongruente, todas esas monadas que los actores realizamos en público inconscientemente para llamar la atención, aunque de boca afuera digamos que lo que queremos es pasar desapercibidos.

De pronto acercaba su cara a la mía y me besaba golosamente. Hasta los mendigos tenían aspecto distinguido y nos miraban con simpatía. Uno se aproximó arrastrando una pata de palo y en lugar de pedir se puso a recitar con voz honda de tenor:

*Bocca baciata non perde ventura;
anzi rinnova come fa la luna.*

Alfonso le tendió la mano y el pordiosero se la besó con tal señorío que no se sabía cuál de los dos era rey.

Pero él ya se había cansado de piedras y cultura y tiraba de mí.

—Vamos a sentarnos en la Giubbe Rosse, que tengo los pies molidos.

Era una cervecería que estaba en la plaza Vittorio Emanuele, que era el nombre del rey de Italia, un señor muy bajito del que decía Alfonso que era tonto, débil, cobarde, y que la lista y buena era la reina. El dueño era un alemán, el signore Andrea, que iba con un apretado redingote de color negro mientras los camareros llevaban chalecos rojos, y pronto nos trataron con familiaridad y deferencia: nos guardaban la misma mesa, nos traían los periódicos sujetos con una barra de hierro, incluido el *Abc*, y nos servían los aperitivos y la botella de agua sin necesidad de pedirlos.

Fue el primer sitio en el que vi una máquina especial para preparar lo que se llama café exprés.

Yo había guardado un bollo del desayuno, lo desmigaba y se lo daba a las palomas, que también cada día nos esperaban ya a la misma hora. Estábamos tan bien que podíamos permanecer callados largo rato. Alfonso leía pasando el índice por las letras y de vez en cuando se giraba a la mesa vecina.

—Viana, ¿has visto esto?

Declamaba a grito pelado una crónica del *Figaró*: «El excelso escritor español Blasco Ibáñez, que se acaba de casar por segunda vez, da a conocer en Menton su manifiesto “Una nación secuestrada: el terror militarista en España”».

—Pero ¿tú has visto a este cabrón? ¡Espero que cuando ponga un pie en España lo metan en la cárcel! —Aunque a continuación se encogía de hombros con fatalismo—: Con el parné que tiene, vive como un pachá en la Costa Azul, para qué carajo va a querer entrar en España.

Viana trataba de tranquilizarlo:

—Señor, esos libelos no los lee nadie. En *Abc* dicen que el ayuntamiento de Vilasar del Mar ha decidido bautizar con su nombre una nueva modalidad de rosa.

—Ah, ¿una rosa? —comentaba Alfonso sin mucho entusiasmo, volviendo a su periódico—, ¿y dónde está eso de Vilasar del Mar?

—En la laboriosa Cataluña.

Viana. Porque Viana siempre estaba con nosotros. Y no solamente Viana, sino dos personas más, vestidas de calle, enviadas por el cónsul de España en Florencia para garantizar la seguridad de mi amorcete. Él me lo dijo el primer día razonándolo con sensatez:

—No es por mí, Carmela, que yo ya estoy acostumbrado... La gente normal muere de enfermedad y los reyes morimos de enfermedad o atentado —yo grité aburridamente a la par que él—: ¡son gajes del oficio! Es por España, figúrate que me pasara algo en estos momentos tan convulsos; ¿qué harían los españoles si yo les faltara?, la patria se iría al infierno irremisiblemente...

Lo miraba con asombro porque me parecía increíble que todavía tuviera la ingenuidad de creer semejante patraña cuando a la monarquía ya no la apoyaba casi nadie, pero él interpretaba erróneamente mi expresión y se apresuraba a consolarme:

—Y también por ti y por nuestro hijo; podría ocurrirte algo, ya sabes que yo no podría vivir sin mi gigantona.

Me arrimaba a él y le preguntaba con voz de niña:

—¿Ya no podrías vivir sin mí?

Y él me contestaba apurando su vermut:

—Supongo que podría..., pero no quiero.

Se señalaba el pecho con el pulgar.

—A este gato, ¡ojo!, ¡del foro!, ¡de Madrid! A este menda no le da la santísima ni la realísima gana de vivir sin su grandullona.

Y después, con esa rara clarividencia que mostraba en ocasiones, musitaba como para sí mismo:

—Mientras los españoles estén dedicados a atacarme a mí, no se matarán entre ellos. ¡Al menos les puedo prestar este último servicio!

Le pregunté angustiada:

—¿Qué quieres decir?

Pero el momento había pasado y ya era mi Alfonso de siempre, que me besaba la punta de la nariz.

—Que estoy muerto de hambre.

Comíamos a veces con mamá, que llegaba arrebolada porque se había pateado la galería de los Uffizi de arriba abajo con el profesor y un grupo de discípulos de todas las nacionalidades, o había estado bajo el sol inclemente pintando las Puertas del Paraíso que están frente al Duomo. Se le había despellejado la nariz, tenía las manos tan morenas como un jornalero y llevaba la carpeta llena de dibujos. Mientras nos los enseñaba, nos contaba que le daba mucha vergüenza pintar hombres desnudos y

que ella les ponía pantalones o túnicas. Nos mostraba aquellos adefesios y Alfonso se reía hasta que se le caían las lágrimas.

Nos tomábamos una botella de *chianti* envuelta en paja y por las tardes nos quedábamos en la habitación, dormíamos y después, en la oscuridad íntima de nuestra cama con olor a sexo y perfume, tan proclive a las confidencias, cometí la torpeza de volver a hablar de la reina. Pero la sonrisa de Alfonso se desvaneció como una luz que se apagara y una palidez mortal que el crepúsculo convirtió en lividez invadió su rostro. Hundió la cabeza en la almohada y tuve que acercarme para oír su respuesta:

—Ya te dije que no volvieras a nombrármela.

Por la noche cenábamos en las *trattorias* del otro lado del río, cruzábamos el Arno por el Ponte Vecchio y mirábamos distraídamente las pequeñas joyerías que ofrecían su género en sencillas mesas de madera cubiertas por manteles de seda de llamativos colores. Un día vimos unos brazaletes de oro articulados en forma de serpiente con un rubí como ojo. Eran muy caros, pero la mirada fija de ese ojo encarnado me fascinó. Alfonso se dio cuenta.

—Te gustan, ¿verdad?

Asentí arrobada y, antes de percatarme, ya los había comprado, claro que había tenido que pagar Viana porque Alfonso nunca llevaba dinero encima.

Nos los pusimos en el restaurante Peppino y el mecanismo de cierre era tan complicado que decidimos no quitárnoslos nunca.

Los hicimos chocar como si fueran copas brindando:

—Por nuestro amor eterno.

Y Alfonso, que se había quedado con el nombre de los portones frente al Duomo, me dijo en un susurro emocionado:

—Hemos cruzado juntos las puertas del paraíso.

Después de comer los macarrones con tartufo, la ternera con tartufo, las berenjenas con tartufo de los restaurantes para turistas, habíamos aborrecido la tan preciada trufa blanca y, callejeando, habíamos descubierto el sitio donde los indígenas iban a comer *bistecca fiorentina*, *pesce* del día traído *direttamente de Viareggio o lampredotto*, tripa preparada con tomate, que me encantaba. Era una *trattoria* situada en un sótano húmedo con las paredes ahumadas y olor a especias, a la que

bajabas por una escalerita pequeña y empinada. Era incómoda y tétrica, pero estaba abarrotada de gente y ruido y era lo que mi soldadito necesitaba: movimiento y algarabía, porque la soledad de dos, aunque me quisiera tanto, empezaba a pesarle. El camarero nos conocía y nos hacía grandes reverencias y decía en voz muy alta para que le oyera el resto de los clientes:

—*Signore le duca de Madrid y de Toledo, ezcellenzia, per qui... Permesso, mille grazie...*

Nos ponían mantel de cuadros, una *garaffa* de vino y una vela y ya estaba Alfonso observando al personal, porque no había cosa que le gustara más que meter las narices donde no le llamaban. Y decía con voz que quería ser disimulada, pero que no lo era porque al estar algo duro de oído gritaba ya que no se oía a sí mismo:

—Mira esos.

Con la barbilla me señalaba la mesa de al lado, donde una institutriz inglesa con cara de poca salud, nariz roja de resfriado crónico y modestamente vestida intentaba poner orden entre unos chiquillos italianos maleducados y gritones que la trataban con despotismo. Alfonso la observaba con compasión mientras comía unas aceitunas gordas y negras con sabor a romero.

—¿Sabes? Me dan pena estas pobres chicas... Son de familias nobles y arruinadas, no saben hacer nada, pero tienen que ganarse la vida y se emplean cuidando niños que no las respetan. No tienen autoridad, ni los padres se la dan.

Yo lo miré con suspicacia.

—¡Tú te acostaste la primera vez con tu institutriz! Oye, qué asco, no pongas el hueso en mi plato, mira que eres cochino.

Él cogía los huesos de aceituna que iba dejando yo y se los metía en la boca.

—Pues a mí tus huesos me gustan el doble —se relamía—; mmmh, qué ricos los huesos de mi gigantona.

—Va, no cambies de conversación; ¿te acostaste o no?

Se echó a reír, encendió un pitillo, pasó el brazo por detrás del respaldo de su silla de madera y dijo, los ojos brillantados por el recuerdo:

—No... —dudó antes de continuar, pero la reminiscencia debía ser tan entrañable que reventaba por contarlo—, la primera mujer con la que estuve fue Sol Santoña, la hermana de la heladora. Entonces era Sol Teba, claro, aún no se había casado.

Arrugué el ceño.

—¿La heladora?

Río.

—Sí, los chicos le han puesto ese mote, como es tan estricta en todo... Jimmy Alba —asentí; recordaba aquel hombre demacrado que había venido a Cestona en esos días en que fui tan desgraciada—. Los gentilhombres me hicieron una encerrona y me dejaron con Sol en la habitación; decían que tenía mucha experiencia porque era seis años mayor que yo.

—¿Y lo era?

—¿El qué?

—Experimentada, bruto.

Hizo oscilar la mano a un lado y a otro.

—Así, así... Aunque a mí entonces me pareció una odalisca. Pasamos la noche juntos y, luego, por la mañana, ientraron todos a aplaudirme!

Intenté tomármelo a broma, aunque la verdad es que me daba pena y no risa.

—Pero ¿qué edad tenías?

Dejó caer la ceniza del cigarrillo Tre Stelle al suelo y, sin darle importancia, dijo:

—Catorce años.

Y en ese mismo instante, por una de esas casualidades de la vida que si las ves escritas en los libros protestas porque parecen fantasía, entró en el comedor nada más y nada menos que el duque de Alba.

Y esto no fue todo.

Tuvo que bajar la cabeza para no tropezar con el dintel. Llegó en dos zancadas hasta nosotros, juntó los talones, se inclinó ligeramente, se volvió un poco y dijo:

—Señor, mirad quién viene conmigo.

De detrás de él surgió una figura vestida a la última moda. Era su hermana, Sol Santoña.

—Qué coj...

Alfonso se levantó, cayó su silla, Sol se inclinó para hacerle la reverencia, pero él la abrazó cariñosamente y le dio dos besos tan sonoros que despertaron el asombro de los otros comensales.

Las miradas que se cruzaron no solamente tenían historia, sino una biblioteca entera.

La encontré mayor; era muy menuda y morena, aunque con el cutis pálido, tenía la forma del rostro triangular con la barbilla afilada y el labio

inferior abultado como el de Alfonso. Me llamó la atención que llevara colorete: yo, que era cómica, fuera del escenario no me pintaba nunca.

Bueno, un poco los labios y me ponía polvos, ¡pero no se me notaba!

Alfonso no le soltaba las manos y ella se puso a sonreír, pero una de esas sonrisas tristes en las que las comisuras de los labios se ponen hacia abajo, y creo que se le llenaron los ojos de lágrimas.

Fueron unos instantes seguramente, pero se me hicieron larguísimos. Yo estaba sentada sin saber qué hacer: ¿meterme debajo de la mesa?, ¿cavar un agujero en el suelo con el cuchillo de postre y escaparme por el túnel? ¿Fingir que pasaba por allí?

Pero fue Alfonso el que dijo con desenvoltura:

—Carmela, son mis grandes amigos Jimmy y Sol. —Y luego se volvió a ellos—. Os presento a Carmen Ruiz Moragas.

Sol inclinó graciosamente la cabeza y el duque me besó la mano, no hizo ninguna alusión a nuestro encuentro en Cestona y me observó con ojos de hombre experimentado.

—He tenido el placer de verla muchas veces en el Español, no sabía si disfrutar más de su actuación o de su belleza.

Alfonso le dio un golpe en el hombro.

—Déjate de requiebros, Jimmy, que aún te voy a tener que retar a un duelo; pero sentaos... —Chasqueó los dedos en dirección al camarero—: *Prego*, traigan sillas, o mejor, nos pasamos a esta mesa más grande.

Todos hablaban a la vez quitándose la palabra de la boca: estaban invitados en casa del duque de Aosta, habían pasado por el hotel y les habían dicho que cenábamos cada noche en el mismo restaurante:

—Emanuele y Elena quieren que vengáis a cenar... Viven entregados a la causa de Mussolini, a él lo van a nombrar mariscal; ¡están ofendidísimos porque os han dejado varios recados en el hotel y nunca habéis contestado!

Alfonso hizo un gesto vago:

—Hombre, me daba pereza. ¿El sábado entonces?

Yo permanecía callada y sentía sobre mí la mirada de Sol, evaluándome. Tosí, crucé las manos por debajo de la mesa, parpadeé, no sabía qué más hacer. ¿Que fuéramos todos? Estaba confusa, no entendía esa familiaridad, ¿me incluía ese todos?, ¿no se daban cuenta de que yo era la querida del rey y encima estaba esperando un hijo suyo?

Alfonso se volvía hacia mí todo el rato y me consultaba:

—Iremos, ¿verdad, Carmela? Está muy cerca, verás qué pedazo de finca tienen, se llama Il Borro, cogemos el coche más cómodo; la

duquesa de Aosta es prima segunda mía... —Yo sonreía estúpidamente—. Contad con nosotros; con ropa informal, ¿no? No me he traído el frac.

Y de pronto se ensombrecían sus ojos y preguntaba casi con timidez: —¿Y qué me contáis de España?

Y ponía en esta palabra toda la nostalgia del exiliado, eso que solo llevaba unas semanas fuera. Alfonso era como una de esas mujeres que no pueden vivir alejadas de su marido, aunque las maltrate.

Luego, en la habitación, yo no sabía poner en orden todos estos pensamientos inconexos y estas emociones tan nuevas, y él silbaba una melodía mientras les sacaba brillo a sus zapatos repitiendo:

—Es muy fácil, no sé por qué Paco le concede tanta importancia a esto de darle al cepillo... Verás qué divertido lo que te voy a contar... Emanuele de Aosta fue príncipe de Asturias porque su padre Amadeo fue rey de España durante dos años después de mi abuela. Habla el español mejor que tú y que yo y fuma tabaco de picadura que le envió todos los meses. —Extendía el zapato con la mano dentro y se lo acercaba al rostro—. Observa, te puedes mirar como si fuera un espejo, ¡qué listo soy!

Ponía caras feas para divertirme porque el encuentro con sus iguales le había animado. No quería ser aguafiestas, pero le pregunté, porque me sentía sobrepasada por la situación y me atemorizaba hacer el ridículo:

—¿Estás seguro de que yo deba ir también? Si quieres te puedo esperar aquí, de verdad que no me importa.

Me miró sonriendo y se puso a cepillar vigorosamente el otro zapato.

—¡Preciosa! Yo no quiero ir sin ti a ninguna parte. Eres mi mujer y vendrás conmigo, claro —y bromeó—: con lo que me ha costado que dejaras de poner el dedito meñique enhiesto como un palo de bandera, quiero lucirte.

Lo vi tan desenvuelto que no pude evitar preguntarle:

—¿Pero a las otras te las llevabas también?

—¿Qué dices? Claro que no —dejó cepillo y zapatos, me cogió, me sentó en sus rodillas y me abrazó estrechamente—, no sé qué te imaginas, no ha habido ninguna como tú, ¡a nadie he querido como a ti!

Levantó dos dedos.

—Te doy mi palabra de *camicia nera*.

Y lo creí.

Al final no estuve mal del todo.

Casi metí la pata cuando nos pusieron de primero unos enormes espárragos, de la finca, como todo lo que comimos esa noche. Los iba a cortar con el cuchillo cuando vi que Alfonso, supongo que para advertirme, se apresuró a metérselos en la boca con los dedos y yo lo imité.

Y no, no hice como Pastora Imperio, que se había bebido el recipiente con agua y una rodajita de limón que le habían puesto delante, sino que comprendí que era para lavarse las manos, aunque más tarde Alfonso me reprendió entre risas: «Hija, es para la punta de los deditos, solo te faltó arremangarte y lavarte el sobaco».

Yo le había comprado directamente a Mariano Fortuny uno de sus vestidos plisados; era una túnica griega que caía de los hombros a los pies, lo que iba muy bien para ocultar mi estado. Alfonso llevaba un traje normal con un *foulard* de Hermès en lugar de corbata. A pesar de que habíamos avisado de que íbamos a ir de *sport*, me sorprendió el lujo con el que se había vestido Sol. Llevaba pulseras de oro en los tobillos como las otomanas y una cruz de esmeraldas puesta al revés que caía sobre su escuálida y huesuda espalda desnuda. Miraba a los hombres, a todos sin excepción, incluido su hermano, de forma seductora y fuera de lugar y corroboraba las tonterías que decía el duque de Aosta como si fueran las frases más sensatas del mundo.

—Mussolini será el salvador de nuestra patria, yo he aconsejado al rey que se ponga en sus manos... No podemos fiarnos de Europa, ya veis cómo nos agradecieron que lucháramos a su lado en la guerra —se golpeaba el pecho—, *porca miseria!*, inos trataron como perros!, itengo cuarenta condecoraciones por mis actos de guerra y no me pongo ninguna de vergüenza que me dan!

Nadie le llevaba la contraria por educación, Alfonso se reía y me picaba:

—Mira, Carmela, Mussolini les quiere dar el voto a las mujeres. ¡Voy a decirle a Primo de Rivera que haga lo mismo!

Yo bajaba los ojos avergonzada de este protagonismo no buscado, y el duque de Alba me echaba un capote:

—Pues la cocinera que tengo en Liria es más inteligente que muchos ministros.

Y yo argüía con voz débil:

—Bueno, en España ya no hay ministros.

El duque de Aosta me observó con la misma expresión de pasmo que tendría Balaam al oír hablar a su burra: ¡una mujer comentando un tema

político! Y para disimular su fría y hosca desaprobación apuró su vasito de aceite, que bebía en lugar de vino porque decía que era mejor para las arterias. Todo el mundo se puso a comentar a la vez lo buena que estaba la comida, y el vino, qué cuerpo tenía.

Que el aceite estaba muy bien, sobre todo si provenía de cosecha propia como era el caso, pero mejor el vino.

En el espléndido comedor, con frescos en las paredes que representaban cortinas y ventanas y enormes candelabros de plata sobre la mesa que nos impedían vernos, éramos pocos y, sin ser una experta en la crónica de salones, me di cuenta de que los invitados no dejaban de ser de segunda categoría: un matrimonio chileno multimillonario que lucía con desahogo un ducado pontificio recién adquirido; una tal duquesa de Giordano, norteamericana viuda de noble romano; lady Grace Churchill, prima del político inglés; y unos aristócratas italianos con aspecto de imbéciles, parientes empobrecidos del duque de Aosta, que vivían en la inmensa propiedad en calidad de eternos invitados. Había un chico joven de uniforme, de ojos oscuros y cavernosos, hijo de los anfitriones, que se retiró a descansar, pues estaba prestando servicio en Libia como aviador y acababa de regresar después de dos semanas de viaje.

La duquesa, Elena de Orleans, solo presentaba los vestigios muy remotos de una antigua belleza, ya que tenía cerca de sesenta años. Más alta que yo, bien formada, aunque algo encorvada de espaldas, tenía unos ojos rasgados, como somnolientos, y todo en ella estaba descolorido, borrado, como si tratara de empequeñecerse y pasar desapercibida, pero me observaba con triste benevolencia a través de unos impertinentes que la envejecían y la afeaban. Nos hizo una seña para que nos retiráramos a su gabinete mientras los hombres se iban a tomar un oporto a la biblioteca. Me sirvió ella personalmente y me preguntó con timidez:

—¿Le gusta Florencia?

Respondí que me entusiasmaba.

—¿Ha subido el *campanile* del Duomo? Tiene 441 escalones y es tan angosto que no pueden estar dos personas a la vez.

Me asombró que le preguntara eso a una mujer en avanzado y evidente estado de gestación, pero me supuse que sería de mal tono darse por enterada de estos aspectos de la biología femenina y comenté sobriamente:

—Debe ser muy bonito y debe tener una vista preciosa.

A lo que me respondió desconcertándome con su brusquedad:

—No lo sé, no he subido nunca. No voy nunca a Florencia.

Se estableció un largo silencio que vino a quebrantar la duquesa norteamericana con desenfado:

—El año pasado vimos a Raquel Meller en el Olympia de París, ¿está bien con el marido?

Y la chilena recién ennoblecida comentó debidamente horrorizada:

—¡No! Nos han contado que su matrimonio con Gómez Carillo fue un desastre.

De lo que deduje que aquí y en Sebastopol, entre las esquimales y las reinas, lo que más captaba la atención de los seres humanos eran los chismes de las celebridades. Porque hasta Sol, aunque me miraba de soslayo a través de sus negras pestañas y fumaba en boquilla, estaba pendiente de mis palabras.

¿Y qué iba a hacer? ¿Darme humos y fingir que no sabía de lo que hablaban? ¡En estos temas, la reina era yo! ¡Paso a la autoridad!

Me acodé en la mesa, las obligué a brindar.

—Por España.

—Por España.

Apuramos las copitas de vino santo, yo creo que alguna de ellas hasta babeaba, y les conté:

—El marido no tenía ni un duro, y ella se lo gasta todo en la ruleta; se ha comprado una casa al lado del casino de Montecarlo... Raquel es la artista que más dinero ha ganado y dicen que no solamente con su trabajo. El príncipe de Gales...

—¿Bertie? —preguntó la Churchill.

—Sí, Bertie —confirmé con desenfado—. Le regaló un reloj de esmalte y oro con una cadena de platino, diamantes y perlas que valía como una casa entera. El hijo del pintor Sorolla...

La chilena dijo:

—¡Joaquinito!

Bajé la voz, todas arrastraron sus sillas para escucharme; hasta los lacayos con libreas rojas del siglo XVI que hacían guardia contra las paredes tendieron la oreja, y los perrillos de la casa, unos carlinos con patitas como alfileres, corrieron para no perderse nada.

—Se intentó suicidar por ella... El padre le tuvo que regalar un retrato de Raquel para salvarlo y al final se murió abrazado a él.

La parienta gorrón, que se daba más humos que la reina de Inglaterra, me preguntó con ansiosa curiosidad:

—¿Pero a usted le parece que canta tan tan bien como dicen?

Me puse de pie y la imité aflautando la voz:

*Hay que ver, hay que ver, hay que ver
las cosas que hace un siglo usaba la mujer.*

Me cogí el borde del vestido y lo hice ir de un lado a otro mientras ellas coreaban «hay que ver, hay que ver»:

*Creo yo, creo yo, creo yo
que de una de esas faldas salen al menos dos...*

Y concluí con una reverencia cursi, como las que hacía Raquel.

Todas se echaron a reír y, cuando entraron los señores, las sorprendieron aplaudiéndome. Alfonso frunció el ceño, pero ya Sol se dirigía hacia él de una forma que me ofendió: posesiva, como si fuera de su propiedad. Alfonso se puso a escucharla embelesado, y empezó a reír a carcajadas con un suceso de Madrid que le contaba ella.

Las señoras, pasado el entreacto de varietés con la cómica, se volvieron a sus maridos, a lo sucios y ladrones que eran los italianos, sus dificultades con el servicio y a sus conversaciones sobre personas que no conocía, y yo me quedé un poco corrida. Jimmy se dio cuenta de mi malestar y me preguntó si quería ver los jardines.

Salimos. La luna llena iluminaba con su luz resplandeciente los macizos de alegres flores de colores diferentes formando dibujos. Los setos de boj, cuidadosamente recortados, bordeaban una amplia avenida de hierba que llevaba a una placita con una gruta artificial en la que el agua caía de un jarro que sostenía un Cupido regordete con un sonido cantarín y refrescante.

Nos sentamos en un banco de piedra, a ambos lados teníamos unas estatuas barrocas bastante estropeadas, la suave brisa movía las hojas plateadas de los álamos que hacían ruido leve de castañuelas.

Por decir algo, comenté:

—La duquesa de Aosta es muy simpática.

Jimmy, fumando su eterno cigarrillo, miró hacia el surtidor de agua, que tenía un efecto hipnótico, y empezó a hablar lentamente:

—Sí, y con una historia singular. ¿Sabe ese aspecto que tiene, así como triste? —asentí—. Está enferma de amor.

Levanté la mirada vivamente; ¿así que estos boquerones en vinagre conocían las pasiones desatadas que sufríamos los seres de carne y hueso

como yo?

—¿Sí? ¿Qué quiere decir?

—Era una muchacha guapísima; es nieta de los Montpensier y tenía una fortuna inmensa. Se enamoró locamente del duque de Clarence, el nieto mayor de la reina Victoria de Inglaterra, pero, como era católica y él protestante, la abuela les prohibió casarse y el príncipe se murió de pena, aunque los médicos dijeron que había muerto por la gripe española.

—¡Qué horror!

—Elena estuvo muchos años sin querer salir de casa, sin comer apenas, vestida de negro como una viuda.

—¿Pero por qué se casó entonces con el duque de Aosta?

Jimmy se rio con amargura. Yo sabía que su matrimonio con Totó Hajar tampoco era feliz, ya que su mujer, aun siendo dama de la reina, se aburría en la corte y con su marido, y prefería la compañía de toreros y gitanos. Ni siquiera habían tenido hijos; la duquesa abortaba en el primer mes de embarazo.

—¿Por qué se casa uno? ¡Yo qué sé! Por la descendencia, para no estar solo, porque es lo que hace todo el mundo... —y añadió después de un momento de duda—: después de tener a sus dos chicos, dicen que los Aosta únicamente se hablan cuando hay personas delante, aunque vete a saber si es verdad, ila gente inventa tanto!

Asentí distraídamente porque en el fondo no era el matrimonio de la duquesa lo que me inquietaba, y él se dio cuenta. Me cogió la mano y me dijo:

—No se preocupe, Carmela... Aunque quizás se ha enterado de lo que hubo entre ellos, Sol es para el rey la hermana que perdió.

—¿María Teresa? —pregunté. Alfonso casi nunca me hablaba de su familia.

—Sí, la pobre María Teresa, que se murió a los treinta años y que adoraba tanto a su hermano que cada día le escribía una carta. Era todo lo contrario de Sol: dulce, bondadosa, incapaz de pensar nada malo de nadie; hay gente que la encontraba aburrida, pero para mí era simplemente una santa. ¿Sabe que el rey tiene en su mesa de noche un retrato de ella?

—No, no lo sabía.

—Su majestad es muy sensible, ile ha fallado tanta gente! Tiene pocos puntales en la vida de los que fiarse. Uno de ellos es su madre y el otro...

Pensé que iba a decir su mujer. Pero me apuntó con su cigarrillo y me sorprendió:

—¡Usted! Desde que está con usted ha rejuvenecido, tiene más confianza en sí mismo, ya no cae en aquellos pozos de neurastenia que nos preocupaban... Le hace mucho bien, Carmela.

Me llevé la mano al pecho y noté que enrojecía.

—¿Yo? ¡No sé cómo!

—Le ofrece sinceridad, cariño desinteresado, honestidad y seguridad, cuatro cosas de las que nuestro rey no anda muy sobrado.

Sonreí emocionada y le quise dar las gracias:

—Señor duque..., duque...

Él rio, una risa que en su rostro serio y macilento brilló como un diamante en una charca.

—Vamos a dejarnos de tratamientos, ¿no te parece? Yo te voy a llamar Carmela y tú a mí, Jimmy, así lo hacen mis amigos...; y yo creo que tú y yo vamos a serlo.

Cuando volvimos a entrar en la casa, Alfonso me estaba buscando ya por todo el palacio mientras Sol apuraba desdeñosamente una copa. Cuando me vio mi soldadito, se le desarrugó el entrecejo.

—Carmela, qué susto, pensaba que te había pasado algo, ¿quieres que nos vayamos? Está empezando a hacer frío.

Trajeron los abrigos, los coches; los criados eran tan apuestos como las estatuas de la Piazza della Signoria y llevaban unos pantalones blancos muy apretados; el camino hasta la verja de salida estaba flanqueado de hachones de luz.

El duque me despidió con cierta reserva, pero su mujer me dirigió una mirada compasiva e inteligente, me apretó las manos y tartamudeó:

—Mire, Carmela, si... lo más importante...

Y como no supo cómo continuar, me dio un beso, lo que hizo que Alfonso levantara una ceja y me comentara cáusticamente:

—Parece que le has caído bien. Y tiene mérito, porque Elena es muy estirada y nunca sabes lo que piensa.

No volví a verla, pero nuestras almas se habían entendido.

En el trayecto hasta Florencia me recosté en su hombro y me fui quedando dormida... Cuando llegábamos al hotel, Alfonso empezó a tocar el asiento.

—Pero, Carmela, ya me parecía...; está mojado, ite has hecho pipí!

Me desperté bruscamente con un dolor espeluznante, y era que había roto aguas, y el *chauffeur* nos llevó directamente al Ospedale San Giovanni di Dio mientras Alfonso soltaba incoherencias, aunque ya había tenido nueve hijos, seis legítimos y tres naturales:

—Respira hondo, no, no, tanto no, mejor no respire, no te me canses, Carmela, Carmela, vive, joder, no te mueras, ay, que me muerdes la muñeca, sí, bonita, muerde lo que quieras, pero por qué cojones tarda tanto este hombre, déjeme conducir, no, no, que con lo nervioso que estoy... y ¿si nace aquí? Giovanni, Pepe, Peppino, que llamen a Viana, no, al doctor Pérez de Petinto, ay, no, a Castellani, que esta mujer se me muere...

Las enfermeras lo apartaron bruscamente para ponerme en una camilla; yo trataba de estirarme el vestido de Fortuny para no enseñar los muslos, quise impedir que me quitaran la pulsera y lo último que vi fue un galán de cinematógrafo disfrazado de médico poniéndose unos guantes de caucho y diciendo:

—Va usted a dormir mucho, no podemos permitir que una mujer tan guapa... *bellísima, che bella, per la madonna!*, no podemos permitir que sufra, ¿verdad? ¡El Duce quiere que haya muchos *bambinos* en Italia!

Cuando nació nuestra hija, era enorme, calva y cerraba los puñitos como si quisiera boxear con el mundo entero. Donna Rachele, la mujer del Duce, nos envió una cesta de fruta.

Estuve dos semanas en el hospital y Alfonso durmió las dos semanas en su catre de campaña, a los pies de la cama. Se afeitaba él mismo en un espejito que yo llevaba en el bolso y se aseaba en el pequeño cuarto de baño del personal... Sin lugar a dudas, el instante más feliz de mi vida, ese momento que se guarda en el corazón para calentarnos a sus brasas en los días de invierno, desdichados y solitarios, fue cuando me dijo:

—Carmela..., me gustaría que se llamara María Teresa.

Y me besó.

Quiero morirme con ese beso en los labios.

Era el nombre de la hermana adorada y comprendí cuánto me quería. En mi interior se abrió un pozo de amor inmenso.

—¡Alfonso!

—¡Las puertas del paraíso!

Y los dos nos reímos un poco avergonzados de esas palabras tan grandilocuentes, aunque fueran sinceras.

Alquilamos una villa no muy grande pero muy hermosa, de aspecto señorial y, lo mejor de todo y muy raro en Italia (también en España), provista de un cuarto de baño completo. Estaba encima de Florencia; desde sus terrazas se veía el delicioso paisaje toscano, simple y encantador. Pero Alfonso tuvo que irse a España: Primo de Rivera había decidido al fin aliarse con los franceses para terminar con el conflicto de África y debía entrevistarse con el enviado de París.

—Volveré en cuanto me dejen estos pesados.

Además, asistió a las regatas en el Abra de Bilbao y entregó las copas a los ganadores junto a la reina. Lo vi en el *Blanco y Negro* que me subió desde Le Giubbe Rosse uno de los *carabinieri* que continuaban de guardia en la villa. Estaba en el Club Sporting e iba con el sombrero panamá que había comprado en Florencia. Y me di cuenta de que, a pesar de llevar siempre los puños de la camisa muy largos, en esa ocasión se había doblado el derecho y pude atisbar la pulsera de oro que habíamos comprado juntos.

Pasé la lengua por la mía. Sonreí con satisfacción.

Todos los días salía a la terraza, que tenía una vieja balaustrada de piedra sobre la que había unas macetas desportilladas repletas de flores. Me sentaba en un descolorido sillón de mimbre con mi hija entre los brazos y el ambiente me provocaba una sensación de bienestar y serenidad como nunca creí que pudiera sentir.

Le daba el pecho, a pesar de que mamá había insistido para que contratáramos a un ama de cría, pero yo me negué. Me habían dicho que la reina lo había intentado y que no podía porque no tenía suficiente leche, y este pequeño e íntimo triunfo sobre ella me llenaba de orgullo.

Le decía bajito a mi hija:

—Ella, la Otra —porque, en mi imaginario particular, la otra no era yo, sino ella—, no ha podido y tu mamá sí.

Papá nos escribía cartas lacrimógenas pidiendo que regresáramos a Madrid, nos chantajeaba hablándonos de sus supuestas enfermedades: «Me queda poco tiempo de vida...».

Carajo, a la que le queda poco tiempo de vida es a mí...

A la pobre Carmela, enferma de cáncer a los treinta y nueve años.

Ayer oí a Juan departiendo con el doctor Luque en el vestíbulo. Con la enfermedad se me ha afinado el oído y escuché las palabras del médico

como los martillazos que se dan sobre un ataúd:

—La enfermedad ha atacado ya los órganos vitales... Háganse a la idea de que no hay solución y vayan tomando las decisiones pertinentes.

Y papá asentía, vivo, completamente vivo, más vivo que yo. Y seguirá vivo cuando yo me muera. Y ese pájaro que canta en el jardín seguirá cantando, el mismo, el mismo...

Pero mi padre nos decía que se moría y que él y la Greñúa querían conocer a su nieta antes de irse al otro barrio. Mamá me secreteaba, sonriendo con su poquito de burlona ternura:

—Pobrecito, nos echa a faltar.

También me había escrito Ricardo Calvo, que tenía una obra inédita de don Jacinto para estrenar en otoño y que a ver si me animaba y formábamos compañía de nuevo. Porque, a pesar de mis cosas, me añoraba. Que en el Fontalba estaban interesados y que me pagarían treinta duros diarios.

¿El teatro? ¿Yo era actriz? ¡Yo era madre y solo madre!

¡Que el mundo exterior, hostil y agresivo, me dejara revolcarme en mi papel de madre!

*Madre, madre, tú me besas, pero yo te beso más,
y el enjambre de mis besos no te deja ni mirar...*

Sin terminar de leer la carta, la metí en mi maleta y juro que la olvidé.

Yo no quería moverme de Florencia. Me gustaba el trascurrir perezoso de los días con el único aliciente de ver la sonrisa desdentada de mi hija. Ese olor a leche y colonia y polvos de talco, esas piernas que se agitaban al aire, la desesperación con la que se agarraba al pecho eran mil veces mejores que mil obras de don Jacinto Benavente.

Mamá me preguntaba cada mañana:

—¿Sabes algo del rey?

Yo contestaba que no, y era verdad. No me importaba. Nos queríamos, teníamos una hija, eso era suficiente. Llevaba el canotier de Florencia. Y mi pulsera.

Yo era la ganadora.

Hasta que un día se presentó inopinadamente, sin avisar. Oí su coche derrapando en la grava de la entrada y que le decía a Viana:

—Vete al obispado a recoger el sombrero y el bastón, me los debo haber dejado allí.

Me extrañé, ¿el obispado? Me recogí el pelo apresuradamente con una peineta porque parecía la Greñúa, me pellizqué las mejillas para tener un poco de color, me humedecí los labios... Pero él ya venía a mí con grandes espavientos, fingió que no reconocía a María Teresa, decía:

—La has cambiado, tú no me la pegas, me has dado el cambiazo, me has hecho la pirula, esta gigantona es otra... —Y se volvía a mi madre—: Suegra, a que no es...; dígame la verdad..., tráigame la otra...

Mi madre reía también y hasta la niña abría su bocota en una risa descomunal y daba chillidos de gozo.

Alfonso se arrodilló en el suelo y me abrazó tiernamente. Después arrastró una silla de mimbre hasta donde yo estaba y me dijo eligiendo cuidadosamente las palabras:

—Carmela, yo te quiero de verdad. Te quiero y te respeto. Y acabo de hablar con el padre jesuita Ulpiano López, es una eminencia, profesor de la Universidad Gregoriana de Roma y...

—¿Y?

—... habría posibilidades de...

Yo no entendía de qué.

—No entiendo —Me pareció que la piel de la niña estaba fría y la abrigué con la toquilla—; a ver si se va a constipar, es tan pequeñita aún.

Él se impacientó:

—Escucha, esto es importante. —Me extrañó el tono de su voz, y alcé la mirada—. Los matrimonios se pueden anular por la Iglesia.

Yo entendí que se refería al mío con Gaona y le dije con indiferencia, porque el tema me era muy desagradable:

—Creo que ya está anulado, ¿no? Él se ha vuelto a casar con esa pelotari y tienen dos hijos.

Me cogió del brazo y me apretó hasta hacerme daño.

—Digo el mío..., ¡el mío con Ena!

¿La boda real?, ¿el atentado?, ¿los caballos muertos, las veinticinco víctimas? ¿Todo eso no había existido?

Me pareció que hasta el aire se detenía, me quedé muda. Prosiguió con un trémolo en la voz:

—Mi mujer, Ena, quiero decir, la reina, joder, me mintió, no me contó nada de su enfermedad, me casé engañado y eso es motivo de

anulación..., ¡estoy decidido! No puedo vivir así, escondido, como si estuviéramos haciendo algo malo.

Me emocioné, pero al mismo tiempo me entró un miedo espantoso. ¿Anular? ¿Decir que ese matrimonio con seis hijos no había existido nunca? Por un prurito de honradez que aún ahora no sé cómo explicar, me indigné porque Alfonso me estaba mintiendo.

—Pe..., pero eso sería una indecencia..., ¡tú sí sabías la enfermedad, te casaste con ella aun sabiendo que iba a traer la hemofilia a los hijos!

Me miró sobresaltado.

—¿Cómo? ¿De dónde has sacado eso?

Titubeé. Me acordé perfectamente de Tamames diciendo en el piso alto de doña María Guerrero: «Lo avisó su tía Eulalia; le dijo, ten cuidado con las Battenberg, que están enfermas, pero aun así...».

—Lo he oído comentar.

Casi escupió sulfurado:

—¡Tú qué sabes! Eso no es verdad... y, aunque lo fuera, nadie la va a apoyar porque todos la odian —y repitió ferozmente, levantando el puño —: ¡todos!

Bajó la cabeza y creo que sollozó, no lo sé, porque nunca había visto llorar a Alfonso y no sabía cómo lo hacía.

Luego me observó entrecerrando los ojos.

—Pero, Carmela, ¿no te gustaría? Dime, parece que no quieras.

Me parecía tan desatinado el asunto que le dije con mordaz amargura:

—¿Qué? ¿Ser reina de España?

Se recostó en el asiento. No había una sola nube en el cielo y la ciudad cercana se bañaba en la claridad vibrante pero algo melancólica del verano que estaba a punto de acabarse. Pero yo sabía que Alfonso no miraba nada de eso. Encendió un cigarrillo, el humo se elevó verticalmente sin que la más ligera brisa lo agitara. Luego dijo con tono de cansancio:

—No lo sé, sinceramente te lo digo, Carmela, pero de momento quiero dejar de estar casado con ella y después ya veremos... Me han dado ciertas esperanzas, el papa Pío XI estaría de acuerdo. —La niña, sintiéndose olvidada, se puso a llorar y él la miró tristemente—. ¡No poder darle mis apellidos! La he tenido que inscribir como María Teresa Ruiz Moragas y «de padre desconocido», ¡como si fuera una expósita! ¡Me ha dolido mucho porque es carne de mi carne!

Sin darme cuenta me empezaron a caer unos lagrimones salados y ardientes por las mejillas; mi cabeza se había convertido en un torbellino de emociones, me parecía una burla, temí que salieran unos comparsas disfrazados de los personajes de la *Commedia dell'Arte* recitando:

Questo è una menzonga, Policinella!

No tenía a nadie con quien consultar: el Caballero Audaz estaba lejos; si se lo contaba a mi madre, sus sueños de gloria llegarían hasta la punta del *campanile* del Duomo; papá, ¿por qué no estás aquí?, con tu sentido de la honradez, con tu falta de ambición, lo desaprobarías.

La niña lloraba con desesperación; sin saber qué hacer, inconscientemente, me limité a sacarme un pecho de la blusa para alimentarla. ¡Demonios, qué daño hacía! ¿Por qué ninguna mujer me había advertido del dolor que causa una criatura cuando se agarra al pezón y se pone a chupar como si en ello le fuera la vida? ¿Era un secreto que se ocultaba para que ninguna mujer desistiera? ¡Juro que yo tampoco se lo contaré a nadie! ¡Palabra de *camicia nera*!

Creo que sonreí un poco con estos pensamientos fuera de lugar y Alfonso malinterpretó mi gesto.

—¿Cómo te has quedado, Carmela? Te hace ilusión, ¿verdad? Ya ves que tu soldadito es un hombre de honor.

Le di la razón como el que habla con una criatura; desde que había sido madre me sentía imbuida de una sabiduría y una experiencia muy superiores a las de cualquier hombre, porque ellos no pueden parir y, ah, amigo, ¿hay algo más importante que eso en la tierra?

—Oh, qué tonto soy..., me olvidaba de darte mi regalo de nacimiento.

Ah, vale, una joya, como siempre.

Y me puse a pensar en esa pobre princesa inglesa, enferma y pobre, que había recalado en este país brutal y atrasado, que se divertía torturando animales, y que ahora era despedida como una criada infiel, por la puerta de atrás. Mi hija tenía las pestañas tan largas que le sombreaban las mejillas, y mamaba mirándome de reojo la cara, vigilando recelosamente que no le apartara la teta.

Cuando esperaba que Alfonso me tendiera un estuche con alguna alhaja, de su cartera extrajo un sobre, yo le sonreí plácidamente y le dije:

—Ábrelo tú y léemelo.

¿Me iba a hacer marquesa? ¡Como la Pompadour!

Con una sonrisa pícaro, sacó un papel y se puso a leer con su voz algo campanuda:

—Documento de propiedad de una parcela de veinticinco mil pies en la avenida del Valle en el parque Metropolitano a nombre de doña Carmen Ruiz Moragas, y licencia de obras para un hotel de dos mil pies que realizará el arquitecto Otamendi.

¡En el parque Metropolitano me había reclamado un terreno Catalina Bárcena! Me lo había pedido con aire arrogante y altivo, la burra esa. ¡Pues achanta la mui, Bárcena, que la que va a vivir allí es la hija de mi madre!

Me pasé la lengua por los labios.

Alfonso, con puerilidad algo infantil, presumió:

—¡Me ha costado sesenta y ocho mil duros!

Y luego se inclinó a mi oído y me dijo:

—Mientras no puedas serlo de verdad, quiero tenerte como una reina.

—Taxista, haga el favor de llevarme a la avenida del Valle número 30.

—¿Y eso dónde queda, señora?

—Usted vaya al parque Metropolitano y ahí le indico.

Abrí la verja de mi casa empujándola con el hombro porque llevaba los brazos llenos de paquetes envueltos en papeles de colores brillantes, mientras el taxi se alejaba avenida abajo en medio de una nube de polvo. Los cuatro cipreses que rodeaban la fuentequilla de mármol que había hecho colocar en memoria de los días felices en Florencia parecieron inclinarse para saludarme mientras el chorro de agua sonaba alto y claro:

—¡Bienvenida al hogar, Carmela!

Caminaba tan ligera sobre mis zapatos planos que estuve a punto de resbalar con la arena que recubría el caminito de entrada. Había sido una de las últimas tontunas de Alfonso:

—Yo quiero que sea arena del Sardinero.

Y desde Santander había venido un remolque con la dichosa arena.

El jardín era muy amplio, tenía seis bancos de mármol de Carrara, un toldo con un balancín y unas sillas de reja en forma de medio huevo, una pérgola recubierta de parra de la que colgaban racimos de uvas, una zona con columpios y un tobogán para Teresita, flores de todos los colores, un nogal, árboles frutales y detrás un huerto que nos abastecía de verduras y tomates.

Por el porche trepaba un rosal con rosas blancas.

Toda la casa estaba llena de detalles riquísimos, porque a mi soldadito a espléndido no le ganaba nadie. En el *hall* había un impresionante reloj de pie de esmalte, más del doble de mi estatura, de madera, cristal y oro que había sido del último zar de Rusia y que me trajo un día un camión de mudanzas. Sin darme ninguna explicación, habían depositado el bulto enorme tapado con una manta en el jardín.

Pregunté con cierta prevención:

—Pero ¿de dónde viene esto?

El hombre, con la colilla apagada en la oreja y tirantes sobre su exigua camiseta, me había contestado con cierta impertinencia:

—No lo sé, porque el sindicato exige que uno lo recoja y otro lo deje, y no puedo darle una explicación a su señoría.

Cuando se lo conté, Alfonso se puso a reír:

—Sí, es cosa de Primo de Rivera; dice que si hacemos unos sindicatos fuertes, en los que estén representados patronos y obreros, se habrá acabado el pistolero y el problema social.

Mi padre, que estaba cogiendo un puro de la caja que tenía en mi gabinete para los invitados, le dijo con ironía esgrimiendo *El Sol*:

—Sí, el general acaba de declarar que para qué necesitamos elecciones si ya tenemos técnicos, abogados y hasta un socialista como Indalecio Prieto en los sindicatos... Que para qué contar con un Parlamento formado por vagos, ladrones y caraduras, y que no vamos a resucitar nunca más esa antigualla.

Alfonso, que no quería discutir con nadie y menos con mi padre, le dio la razón, aunque no se sabía muy bien a quién apoyaba, si a él o a Primo, porque cuando quería era muy cuco.

—Ahí le has dado, suegro. —Y luego se volvía a mí mientras papá, seguido por la Greñúa, se iba a un despachito que se había arreglado en el segundo piso a escuchar la maleta radio que le habíamos regalado el día de su jubilación—. Pues ese magnífico reloj de péndulo que cuesta un huevo se lo dio el primo Niky a Ena cuando nos casamos, estaba en el desván del palacio, nadie le hacía caso.

Al ver que lo miraba arrobada y que pasaba la mano por el cristal biselado y la delicada filigrana de caoba y marfil con las armas de los Romanov, porque el ansia por las cosas bellas se va despertando poco a poco y cuando te das cuenta ya estás metida en el lujo a cuatro patas, me preguntó ufano como un pavo real:

—¿Te ha gustado? Pues te traeré más cositas.

Y trajo. Un piano que había pertenecido a Mozart, un arlequín de porcelana y unos grabados ingleses de cabezas de caballos de colores fueron los primeros objetos de valor que empezaron a llenar las amplias habitaciones vacías. Las paredes enteladas de seda del inmenso *hall* se fueron cubriendo de cuadros de Casas, Rusiñol, un Romero de Torres, dos Regoyos y un Sorolla; en mi gabinete puse un retrato de tamaño natural que me había hecho Rafael de Penagos, y después llegó la mesa de

comedor de caoba centenaria, unas sillas francesas con el respaldo capitoné; llegaron unas mesitas de mármol rosa con el pie de oro y unos sofás bastante incómodos, pero de un brocado muy antiguo hecho en la Savonnerie que, por cierto, te destrozaba las medias. Pero era lo que decía Alfonso:

—Mejor que no sean muy cómodos, que si no la gente no se va.

La gente, la gente. ¿Ya habrían llegado?

¿Qué hora sería? El aire, en este desierto inmenso que era entonces el parque Metropolitano, tenía la transparencia del cristal límpido. Miré mi relojito de Cartier, me miró a su vez el ojo rubí de la serpiente de oro que ceñía mi muñeca y sonreí soñadoramente.

Pero, va, Carmela, no nos pongamos melancólicas ahora; subí de un salto los dos escalones, tres, cuatro, y no me dio tiempo a golpear la puerta con la aldaba en forma de mano de bronce porque ya me abría Filomena, con la cofia torcida y su aire apagado de siempre. Le tendí los paquetes mientras le decía:

—No te entretengas, que van a venir a merendar.

—Sí, y...

—¿Ha pasado el repartidor de la Granja Poch? Supongo que habréis hecho el chocolate a muñeca..., ¿y os habéis puesto de acuerdo a ver quién usa la máquina exprés de café?

—Señorita, que...

—Filomena, no me llesves la contraria, tienes que modernizarte, el café de calcetín no es bueno y además es antihigiénico; ¿la señorita Teresa está arriba?

Al final la mujer, tomándose unas confianzas que no le tocaban, pero que yo toleré porque sabía lo leal que era, me susurró cogiéndome del brazo:

—Está ahí esa señorita..., doña Colombine.

Solté una exclamación de alegría y me deslicé por los pasillos sin ruido, lo cual era fácil por lo bien alfombrados que estaban los suelos. En la sala principal, tendida lánguidamente en un sofá turco, leyendo el *Vogue*, estaba mi amiga Carmen de Burgos, que era de Almería y firmaba en los periódicos con el seudónimo de Colombine.

Sí, la misma que me había hecho una crítica sanguinaria diciendo que imitaba a doña María Guerrero, pero se había disculpado con

desfachatez cuando me la había presentado el Caballero Audaz: «En realidad no fui a ver la obra porque no me apetecía, pero me eras antipática». Y luego me había mirado con su cara regordeta, había parpadeado varias veces con sus ojillos tan negros como botones y, rodilla en tierra, me había besado la mano.

Era una de esas mujeres que despertaban más admiración que agrado. Carretero me había contado que, separada de su marido, su hija se fue a América y ella luchaba en cuerpo y alma para que a las mujeres se les concediera el derecho a voto. Era la amante del escritor Ramón Gómez de la Serna, con el que compartía una casa en Estoril y del que se había quitado un hijo hacía años.

Se lo contaba a todo el mundo:

—Me dieron unos sellos, una inyección, una botella entera de agua de Danzig y angelitos al cielo.

Me desembaracé de la chaqueta y le dije:

—Chica, ¿ya has venido? No os esperaba hasta las seis.

Hizo un gesto con la mano mientras se ponía de pie:

—No te apures. He tenido que escribir un artículo sobre el aviador Ramón Franco, otro sobre la última espantada de El Gallo y otro sobre los premios de las casas de obreros que han entregado la reina y las augustas infantas, y me he escapado antes de que a mi director se le ocurriera encargarme algo más.

Fingí enderezar un enorme cuadro cubista que ocupaba la pared entera y que estaba perfectamente derecho, mi última adquisición, y pregunté como quien no quiere la cosa:

—¿Y... has ido allí? ¿La has visto?

—¿A quién?

—A la reina.

Se rio porque era muy intuitiva, me hizo dar la vuelta y me dijo:

—Sí, y cada vez está más ausente, más estropeada, más hundida...; me han dicho que toma veronal y que la mayor parte del día está en la luna de Valencia... —Me dio un empujón—. Tonta, ahora la reina eres tú.

Me reí, pero fue una carcajada falsa, en el fondo tenía una mezcla muy rara de sentimientos, aquella reina dolorida se me clavaba en el costado como un rejón, pero al mismo tiempo no podía evitar sentir orgullo por la pieza cobrada; disimulé:

—Sí, soy la reina en zapatillas, mira qué facha llevo; he ido a los almacenes Madrid-París de la Gran Vía a comprar baratijas para las criadas.

—Lo que disfrutaría Ramón con estas porquerías... No hay nada que le guste más que ir a revolver al Rastro; hasta piojos trae a veces de sucio que está todo aquello.

—¿Sigue en Estoril?

—No aguanta al dictador. —Tenían unas relaciones muy libres y estaban meses enteros sin verse—. Pues va, cámbiate, luego vendrán Edgar y los Rivelles.

Edgar Neville era conde de Berlanga del Duero y diplomático, por eso Alfonso toleraba su presencia en casa, pero estaba loco por el mundo de la farándula. Era un bohemio auténtico, tenía una conversación maliciosa y divertida y, aparte del mundo del cinematógrafo, tenía una pasión: comer. Era un glotón inconmensurable y estaba gordo como una ballena.

—Haces bien en avisarme porque diré que saquen el doble de todo.

—Vete, que yo te espero aquí. —Se paseaba por el salón y toqueteaba todos los objetos—. Tus padres han venido a despedirse, se iban a cenar a Fornos y al teatro..., o sea, que mientras estés arreglándote yo haré de anfitriona; ¡qué ilusión, en medio de este lujo asiático!

Le di dos besos y la admiré: iba vestida de hombre, a lo George Sand, con americana, chalina y una falda pantalón de las que se ponían las aristócratas para patinar. Aunque era gruesa y de la edad de mi madre, tenía tal energía en el rostro y tal ligereza en los ademanes que parecía una chica joven. Le dije sinceramente:

—Estás estupenda, Carmen.

Fingió horrorizarse y se llevó la palma de la mano a la boca.

—¡La mujer más guapa de Madrid piropeando a la más fea! —iba a protestar, pero me cortó—: oye, ¿has visto la patochada que ha hecho tu romeo?

Estaba ya en la puerta, pero me detuve porque todo lo que se le reprochaba a Alfonso me lo tomaba como ofensa propia; tenía «borbonitis», según definición del Caballero Audaz, que, por cierto, estaba en París rodando *films* en Joinville y me había escrito una carta rarísima en la que me contaba que, a partir de ahora, las películas iban a arrancar a hablar. No entendía cómo se podía hacer tal cosa y pensé que mi amigo llevaba una copa de más o estaba cloroformizado como la reina.

Colombine encendió un cigarrillo haciéndose la longuis y le pregunté con voz desabrida:

—¿Qué ha hecho ahora el rey, según tú?

—Eso de lavar los pies de doce pobres el día de Jueves Santo, él y la reina, y luego servirles la comida, menuda mascarada, se quieren hacer los humildes y lo único que consiguen es que los veamos ridículos y trasnochados.

Yo lo defendí ardorosamente:

—Pues a mí me parece precioso; una ceremonia que recrea a Jesús lavándoles los pies a sus apóstoles y, además, es una obra de caridad porque se socorre a esos desgraciados y a sus familias.

—¡Qué ingenua eres, Carmela! No son pobres, son empleados de palacio cuidadosamente escogidos. Y esa comida que les dan la venden luego a los restaurantes de Madrid, es todo un paripé.

Me sulfuré:

—Pero de eso Alfonso..., el rey, no tiene culpa... Es cosa de la tradición, seguro que no sabe nada.

—Tiene la culpa de vivir de espaldas a las necesidades de la gente y es un pobre idiota si no sabe nada de lo que pasa en este país, de que la gente se muere de hambre y que los que no se mueren de hambre están uncidos a un trabajo tan embrutecedor como el de las mulas girando en la noria.

Volví a defenderlo con la voz cada vez más alta:

—Sí lo sabe, fue a Las Hurdes y...

Colombine puso todo el desprecio del mundo en sus palabras y empezó a pasearse por la sala haciendo grandes espavientos:

—¡El célebre viaje a Las Hurdes, la zona más pobre de España! ¡Por primera vez un ser humano normal, y encima rey, pone el pie en la región! ¡Enanismo, bocio, idiotismo! ¡Pasen, señores, y vean los monstruos! ¡El Circo Las Hurdes, en exclusiva para su majestad!

Se detuvo y vino hacia mí.

—Todo amañado, Carmela; aquellas pobres gentes tenían orden de no tocarlo para no contagiarle ninguna enfermedad repugnante, y por las noches él y ese doctor Marañón, el tío más hipócrita de todo Madrid, dormían tan ricamente en sus tiendas de campaña con todo tipo de lujos, illevaban hasta *champagne* francés! Ahora, eso sí, el fotógrafo siempre estaba ahí para inmortalizarlos, sacarlos en las portadas de los periódicos y transmitirnos una película tan falsa como las que hacen en Hollywood.

Las palabras se me atropellaban en la boca, me subió una onda de sangre del corazón al cerebro y, como hacía siempre, me preguntaba por qué era amiga de una persona que odiaba todo lo que me rodeaba. Me

encendí de ira, ya iba a soltar un disparate muy gordo, cuando se echó a reír, como si todo fuera una inmensa broma:

—Carmela, yo no digo que él no sea buena persona, pero reconoce que representa lo más podrido de la sociedad, aunque ni él mismo se dé cuenta.

Suspiré con cansancio. Desde que estaba con Alfonso me había convertido en su caballero de la tabla redonda: yo era su Lancelot y él era mi Ginebra, y ni siquiera lo sabía porque albergaba la idea equivocada de que todos mis amigos lo tenían por persona campechana y lo adoraban.

—¡Si supieras lo difícil que es su papel, no hablarías así!

Colombine bajó la cabeza, pero, sin poderse reprimir, me soltó con saña:

—¡Cuando caiga la dictadura, él también caerá!

Aunque añadió al ver mi desconsuelo y porque al fin y al cabo estábamos en mi casa:

—Perdóname, Carmela, sé que te duele, pero yo soy republicana.

Moví la cabeza con derrotismo.

—Él tiene buenas intenciones, no sabéis cómo es, por eso lo denigráis.

Me puso una mano en la nuca y me miró con tal intensidad que pensé que iba a besarme, cosa que no me hubiera extrañado, pues se contaba que le gustaban las mujeres.

—Mira, Carmela, dejemos la esfera pública y atendamos solo a lo privado: es un hombre que te ha obligado a dejar lo que más querías, que era el teatro, para tenerte en esta jaula, de oro, sí, pero jaula al fin.

Yo le dije con ceñuda ironía:

—No se ha perdido nada..., según tus críticas, yo lo hacía muy mal.

Me dio un golpe travieso.

—Calla, ¿cómo te acuerdas ahora de eso? —Nos reímos las dos, aunque ella pronto se puso seria—: Querida, por mucho que él sea el rey y tú una actriz célebre, no deja de ser un apaño, la típica aventura del hombre casado. Él te ha puesto casa, ite ha comprado! Creo que tú vales demasiado para eso.

La miré y tuve una idea malvada porque sabía que en el fondo era fatua y vanidosa. Inventé sobre la marcha:

—Y pensar que tú le gustas mucho... Siempre me dice, pues esa Colombine tiene mucho pesquis... —Tragué saliva para deglutir una bola muy gorda—. Dice que eras muy guapa, que pareces francesa, a veces tengo celos y todo.

Como dice el poema, *se le mudó la color*. Se le iluminó la cara, levantó las cejas, primero torció la boca y luego puso morritos, le brillaron los ojos y su rostro expresó tal complacencia que tuve que aguantarme para no soltar la carcajada. ¡Caray, que estábamos hablando de un rey y no de un escritor de tres al cuarto! ¡Y la encontraba atractiva!

Enrojeció de placer, tartamudeó, se olvidó de sus maneras varoniles y se volvió más femenina que nunca.

—No te creas, que a mí me gusta también... Si no estuviera contigo, claro..., mejorando lo presente. —Ella, que tanta facilidad de palabra tenía, se armaba un lío—. ¿Francesa, eh? El duque de Almodóvar del Río un día me llamó al periódico y me quería invitar a los toros... Luego él no pudo porque tuvo que irse a cazar osos a Finlandia... No, si a mí don Alfonso me parece... Oye, ¿y le gusto entonces? ¿Con qué palabras te lo dijo exactamente?

Alfonso nunca me había hablado de ella, no creo que supiera ni siquiera cómo se llamaba, pero me callé. Pasaron uno, dos, tres segundos y supongo que Colombine advirtió algo en mi mirada porque carraspeó, tiró hacia abajo las puntas de la chaqueta y puso voz campanuda:

—Oye, maja, que todo esto no tiene nada que ver con lo que digo. Es un moro que te prohíbe trabajar, cuando el trabajo es lo único que dignifica a las mujeres.

—Pensaba que el trabajo embrutecía.

—Cállate y no te hagas la tonta, que no te pega.

Di un bufido y rezongué mientras me iba escaleras arriba a ver a mi hija y a cambiarme:

—Y tú no te hagas la lista, que en el fondo no sabes nada.

Es cierto que había dejado el teatro. ¡En realidad, había sido el teatro el que me había dejado a mí! Cuando volví de Florencia, mientras nos construían la casa, me metí en el pisito de la calle Lagasca con la niña y mis padres y me pasaba semanas enteras sin ver a Alfonso porque el fin de la guerra de África lo había cubierto de honores y estaba muy subidito. Tenía que recibir agasajos y homenajes, orar por los caídos en misas interminables en lugares remotos, entregar medallas, honrar a la duquesa de la Victoria por su trabajo en Marruecos al frente de la Cruz Roja y mil cominerías más que salían puntualmente en la primera página

de los periódicos, porque Primo de Rivera había establecido una censura férrea y solo se publicaba lo que le daba la gana.

Miraba la foto de Alfonso en los periódicos y le pasaba la mano por encima; decía, es mío, reina Victoria, pueblo de Madrid, españoles, es mío. Debajo de este uniforme hay un cuerpo que yo he acariciado y he amado.

Nuestros cuerpos.

Lo echaba a faltar, pero no solo a él, sino la pasión que nos había anudado. Me notaba regañona como una esposa y me reconcomía añorando los días de Florencia y nuestras noches de pasión, cada vez más lejanas.

¡Las puertas del paraíso!

Pero mi cuerpo no vibraba, solo mi corazón.

¿Se trataba de escoger entre ser amante o madre?

Ajeno a mis cuitas, contento por sentirse útil, Alfonso pasaba apresuradamente por casa trayéndome el aire fresco de la calle en las mejillas, olor a lugares ajenos, embutido en uniformes que eran como una segunda piel porque cada día le iban más apretados, y cogía a la niña, que lloraba porque le hacían daño las condecoraciones. Alfonso reía:

—Mira, le molesta la chatarra; a ver si se me va a hacer pipí encima, que tengo una recepción ahora. —Me la tendía, Teresita pataleaba en el aire como un pelele—. Qué pena, Carmela, no puedo quedarme, pero todo cambiará cuando tengamos nuestra casa.

Al ver mi expresión de congoja, volvía a abrazarme.

—Te adoro, rubiona.

Yo trataba de retenerlo con mi tristeza y con caricias que en otro tiempo habían sido eficaces, pero él se reía, huía de mis brazos y me decía:

—Aquí no estoy cómodo, Carmela, con tus padres, la niña, las criadas... Al piso de Alcalá no hay ni que pensar en ir. Ya verás en la casa nueva, ya sé que las obras van muy bien.

La única que sabía si las obras iban bien o mal era yo, que acudía a la avenida del Valle todos los días. Cuando los albañiles me veían, parecía que trabajaban con más entusiasmo. El arquitecto Miguel Otamendi me lo comentaba:

—Ayer, que usted no vino, no adelantamos nada.

El edificio se levantaba elegante y señorial en una avenida aún desierta, con unos arbolitos delgados y ateridos de frío. Era un palacio en

miniatura..., aunque no tan miniatura: tenía dieciocho habitaciones repartidas entre el sótano, dos plantas y el torreón.

¡Siendo repipis, el perfecto nido de amor para un rey!

Me sentía amada de una forma profunda y sincera, como quieren los maridos y no los amantes de paso, mis padres tenían salud, papá canturreaba y mamá disfrutaba pensando en el servicio al que iba a poder mangonear a su antojo, iba a trasladarme de un piso oscuro y pequeño a una vivienda palaciega con la única obligación de estar guapa y cuidar a nuestra hija... ¡La vida me sonreía! ¿Por qué, entonces, me ponía a llorar sin saber por qué? ¡Las noches de Florencia, con la claridad de la luna entrando en la ventana! ¡Que vuelvan las estatuas, el jardín con naranjos, el canotier, las palomas florentinas!

Quería lo imposible. Ser yo el año pasado.

Me sentía tan sola.

A veces me acompañaba a la obra el Caballero Audaz. Cuando acabaron el torreón con el que se remataba la casa, subimos corriendo a poner nosotros mismos la bandera que indicaba que la construcción estaba finalizada. Por una ventana se veía Madrid, por la otra la mole gris del Palacio Real, por la otra la Casa de Campo y por la última la quinta del Pardo: ¡Alfonso en los cuatro puntos cardinales!

—Mujer, no te quejarás por paisaje, esto es como vivir dentro de un cuadro de Velázquez.

—Me he comprado una enciclopedia Espasa y la pondré aquí, ¿ves?, en esa pared, los cien volúmenes.

—Pues cuando te aburras, empiezas por la a y no termines hasta la zeta. —Me miraba de arriba abajo admirativamente—. Hija mía, lo que has aprendido desde que te conocí..., ahora pareces una señorona ilustrada y no aquella catetilla que se hacía la finolis en la compañía de doña María Guerrero.

—La voy a invitar un día... Y a Don Fernando también. —Suponía que al ser marqués gozaría del favor de mi soldadito—. Les daré una merienda.

—Pues entonces no invites a Carola Fernán Gómez.

Me sulfuré:

—¡La hija de mi madre invita a quien le da la gana!

Lanzó una carcajada y se puso a aplaudir:

—Sí, señor, que te salga la entraña castiza... Ay, a la que rascas un poco surge el humilde latón.

Yo me encogí de hombros porque sus pullas ya no hacían merma en mí, y él suspiraba:

—¡Lo que daría por tener un sitio así para escribir!

—Pues vente siempre que quieras y así te puedo echar una mano, no te creas que se me ha secado la imaginación... Mira, te pongo un escritorio ahí, al lado de esa ventana, la que da al Pardo, para que te inspires.

Sin querer, sin ningún motivo, se me quebró la voz y vino hacia mí, me cogió por los hombros y leyó en mis ojos. Con paso tranquilo, regresó la vieja camaradería de los tiempos del Regina cuando escribíamos sobre los veladores de mármol y Carretero le daba bollos a la Greñúa. Me dijo después de unos segundos de silencio:

—Roína, acepta la proposición de Ricardo Calvo, vuelve al teatro, es lo tuyo, no seas boba. ¿Cuántos años tienes?

—A ti qué te importa.

—Los treinta ya no los cumples.

Le di un coscorrón en la nuca, pero él prosiguió impertérrito:

—Demasiado joven para enterrarte en vida. Demasiado mayor para volver a tener otra oportunidad.

¡Y así fue como me decidí!

Me preparé para una lucha a muerte con Alfonso, pero sorprendentemente lo aceptó sin espavientos.

—Carmela, ya sabes lo que pienso y, además, fíjate bien, tu nueva situación te va a perjudicar; en este país de envidiosos te van a hacer pagar que seas mi...

—¿Tu qué, cenizo?, ¿un *flirt*? —le pregunté con cierta chulería.

—¡Mi gran amor! —Como vio que me entristecía porque no me agradaba disgustarle, me hizo una caricia—. Va, solo te pongo una condición: nada de *cochinerías* sobre el escenario... ¡Que tienes una hija, pioja!

Consiguió que me riese.

Y es que debió darse cuenta de que mi decisión estaba tomada y creo también que en el fondo lo aceptó por egoísmo, para que estuviera entretenida mientras él se iba convirtiendo poco a poco, y pasado el momento de euforia por el fin de la guerra de África, en un figurón desamparado, defraudado y desbordado por las circunstancias. El monstruoso coqueteo de Primo de Rivera con los socialistas le obligó a visitar incluso la Casa del Pueblo. Lo sacaron en el periódico rodeado de hombres con mono y uno le cogía del brazo. Era una foto retocada porque

la visita había sido muy distinta. Y muy dura para él, que estaba acostumbrado a las acarameladas cortesías y melifluas gratitudes de sus cortesanos.

Cuando me lo contó, recuerdo que estaba pintándome las uñas en una de las últimas tardes que pasamos en el piso de la calle Lagasca rodeados de bultos, de cajas, los cuadros habían sido descolgados de las paredes, los bibelots estaban envueltos en papel de periódico y metidos en canastas, los rollos de alfombra se apoyaban contra la pared. Solo quedaba el sofá en el que estábamos sentados. Su voz era oscura y áspera:

—Me recibieron a gritos de muerte al bobón y los reyes extranjeros a la guillotina.

Traté de consolarlo:

—¡Pero si más pueblo de Madrid que tú no hay nadie!

Se animó por un momento:

—Sí, claro, e intenté decírselo, Carmela, te lo prometo, pero no me dejaron porque me tiraron tomates podridos y una gallina.

Me extrañé tanto que dejé de soplar sobre las uñas para acelerar el proceso de secado.

—Lo de los tomates lo entiendo, pero ¿una gallina? —de pronto me acordé de lo de Marruecos y le dije—: ah, ya, por lo de qué barata está la carne de gallina.

Se quejó enfurruñado:

—No hace falta que me lo recuerdes a cada momento... Y no sé por qué lo de los tomates podridos te parece natural.

El de las mudanzas pasó trasportando el altar con la Virgen de la Victoria y el Jesús del Gran Poder de la habitación de mi madre, y se inclinó peligrosamente ante el peso descomunal.

—¡Eh, oiga, *cuidao*, que lleva usted a la madre de Dios y al hijo!

El hombre, muy musculoso y metido en una camiseta apretada como las de los gimnasios, me contestó sobriamente mientras salía rumbo al camión que estaba a la puerta de casa:

—Soy librepensador.

Volví a mi soldadito y me apresuré a cambiar de conversación:

—Pero tú, lo de poner a Primo, lo has hecho con buena intención. —Le tendí el frasquito de laca—. ¿Me lo aguantas, amor?

—Trae..., pero que no se vaya a caer y manche el uniforme. —Y, sin transición, suspirando—. ¡Yo creía que la dictadura iba a durar un año!

—Pues destituye al general, mi vida. Tú eres el que manda.

—¡Pero si no tengo recambio! Lo destituyo y qué hago, ¿te pongo a ti? —Le cogí la laca porque se agitaba tanto que ya lo veía manchado de arriba abajo—. La dictadura es mi bicicleta: si me paro, se cae la bicicleta y yo también.

—Oye, mira qué bien pensado, en la avenida del Valle tendremos bicicletas para ir a pasear, aquello es tan campo...

Se le iluminó la cara, porque eso sí que lo tenía mi soldadito, pasaba de un estado de ánimo a otro en cuestión de segundos.

—No escatimes gastos, mi amor, quiero que tenga el empaque de un palacio —aunque pronto se arrepentía—. No, un palacio no que son tremendos, menudas pulmonías se cogen en los pasillos del palacio de Oriente; este mes la han espichado tres lacayos y dos grandes... Que sea cómodo como un hotel de lujo, ¡y sobre todo evita las corrientes de aire, mi vida!

Quedó establecido entonces que volvía al teatro. ¡Ah, subirme a un escenario me proporcionó un sentimiento de placer tan intenso que por un momento me creí mala madre! ¡Yo pensaba que teniendo una hija no iba a desear nada más en la tierra, y resulta que continuaba añorando las tablas como un animal añora su madriguera!

Cogí para criarla un ama de leche del valle del Pas que se comía la mitad de la pensión de dos mil duros al mes que me pasaba Alfonso porque tenía gustos refinados:

—Hoy tengo un *sincio* de eso...

Se señalaba el costado, mamá le decía:

—¡Hígado! Ahora mismo envío a la criada al mercado de San Miguel.

Pero la pasiega arrugaba el hocico:

—No, joder, hígado no..., fuagrás —y añadía con descaro— y percebes.

Y allí íbamos a Lhardy a traerle todas las exquisiteces que se le antojaban, no fuera a retirársele la leche y Teresa quedarse desnutrida y anémica como una niña de Las Hurdes.

Me estrené con una obra inédita de don Jacinto Benavente, *Los nuevos yernos*. Al final no pude contar con Ricardo porque había tardado tanto en decidirme que ya se había comprometido con su tío, pero el Fontalba me dijo que formara compañía yo sola.

Alfonso me envió un ramo de rosas blancas con una tarjeta en la que no aludió a sus negros presagios. Don Jacinto, cuando se olió por dónde iban los tiros, «sufrió una indisposición que le hizo irse del teatro». No hubo mutis, se aplaudió con desgana y la obra solo duró una semana en cartel. El «padre» dio unas declaraciones muy simpáticas a la prensa:

—Qué guapa está Carmela, no se le notan los años y se acepta perfectamente que represente el papel de una damita joven, aunque ya no lo sea desde hace mucho... Después de su estancia en el extranjero, ha perdido los modos y maneras con que se dice el teatro en España y entonces el público no ha entrado porque aquí estamos muy atrasados. Aunque en realidad no puedo decir nada porque no he visto la obra, ya que me he indispuerto.

Me hubiera gustado meterle el periódico por la boca o por el culo, para el caso era lo mismo, pero agaché la cabeza, parpadeé y aún tuve que escribirle una notita para desearle un pronto restablecimiento.

Como iba como empresa y cabeza de cartel, perdí bastante dinero y tuve que recurrir al repertorio clásico. Ahí me sentía segura y las críticas fueron muy elogiosas, casi todas, no obstante, dedicadas a mi vestuario: «La deliciosa Carmen Ruiz Moragas, en *La nave sin timón*, saca tres trajes a la escena: el primero, sobre todo, es un exquisito hallazgo de gusto muy atrevido..., y nos han dicho de buena tinta que los tres se los ha confeccionado Juana del Molino con diseños de D’Hoy...».

Aparentemente todo iba como la seda... Pero, como esos muebles de reluciente madera que van siendo devorados por las termitas sin que nadie se aperciba, así mi carrera teatral se iba desmoronando sin que nadie, ni yo misma al principio, se diera cuenta. Y es que Alfonso tenía razón, ¡estaba marcada como una res!

Con desaliento se limitaba a constatar:

—¡Ser rey está pasado de moda!

¿Y ser la amante del rey? ¡Aún peor!

Ya podía recitar como Sarah Bernard, bailar como la Paulova, cantar como la Patti. ¡Tener la belleza de Elena de Troya y la Garbo! ¡Era igual! ¡Daba lo mismo! ¡Todo quedaba anulado por el hecho de que era la querida del rey y nadie me lo iba a perdonar! Ciertos críticos se permitían incluso el lujo de anotar despectivamente: «Las señoras españolas aún no ven con buenos ojos ciertas posturas sociales... Carmela Ruiz Moragas

tiene en su contra, para nuestro público femenino, que tanto influye en los hombres, su historia íntima».

Y si solo fueran los críticos... Ay, el sindicato de actores, cómo me hizo la puñeta. ¡Tan vigorizados por Primo de Rivera que ellos solos podían paralizar no únicamente una función, sino todos los teatros de Madrid, y no un día, sino semanas o meses! En el sindicato estaban representados empresarios y empleados del teatro, desde actores a tramoyas, y como estos eran aplastante mayoría, la tendencia del sindicato era socialista.

Los socialistas apoyaban a Primo de Rivera, pero no dejaban de conspirar contra la monarquía y el dictador, aunque lo hacían desde dentro. Los anarquistas preferían luchar desde fuera de las instituciones y a ver al final quién se llevaba el gato al agua.

Papá, que era el que me ponía al tanto de la política y sus intrínquilis, me aclaraba que el gato era mi amorcete y el agua era la guillotina o el destierro. Yo le replicaba con guasa:

—Qué animadito estás hoy, papá.

¡Los malditos socialistas me hicieron la vida imposible!

Aún ahora, cuando lo recuerdo, me enciendo toda, eso que apenas me debe quedar sangre en el cuerpo, ¡qué sensación de injusticia, qué impotencia, qué ganas de entrar un día en la Casa del Pueblo con una bayoneta y ensartarlos a todos como aceitunas!

Lo del Arriaga de Bilbao, por ejemplo, representando el Tenorio. Terminamos la función de tarde a las nueve. El sindicato nos obligaba a disponer de dos horas para la cena, pero como la función de noche debía terminar a la una por prescripción gubernativa, supliqué a los actores que no se cambiaran y cenaran en el teatro.

—Mandamos traer unas tortillas de patatas y queso.

Todos aceptaron, se pusieron toallas y sábanas encima de los trajes para no mancharlos, se sentaron en las escaleras, en el suelo, en las cajas, en los baúles... Sí, así lo hicimos todos... Menos el apuntador.

El apuntador se fue al puerto a chiquitear y al cabo de dos horas no había vuelto. ¿Qué hacer? El teatro estaba lleno, la gente empezó a patear y a silbar.

Venía el eléctrico retorciéndose las manos:

—¿Qué hacemos? Empiezan a amotinarse.

Venía la Cancio, que hacía de doña Brígida:

—No podemos terminar más tarde de la una... Nos tendremos que saltar alguna escena, pero ¿cuál?

Al final tomé una decisión drástica.

Como yo no salía hasta el tercer acto, me metí en la concha del apuntador con las tocas de novicia y estuve ahí, soplando a mis compañeros, los dos primeros actos.

Al día siguiente el sindicato me denunció por intromisión ilegal, ya que en mi carnet no constaba que pudiera ejercer de apuntador, y me impuso de multa todo lo que habíamos recaudado esa noche. Me quedé sin dinero para pagar a mi compañía y al empresario del teatro y tuve que recurrir a los ahorros que tenía en el banco.

¿Y lo de los ensayos? El sindicato dictaminó que una obra solo se podía ensayar durante diez días, pero yo llevaba varias comedias del repertorio clásico bastante complicadas y como los actores estaban cesantes les pedí doce días de ensayos, pagando lo estipulado, claro está. ¡Porque este es el gran hándicap de los artistas españoles, no ensayan lo suficiente porque prefieren estar en los cafés chismorreando, y luego van dando traspiés en el escenario fiándose solo del apuntador! ¡No se toman en serio nuestro oficio!

Me denunciaron mis propios compañeros por sobreexplotación, y multa al canto. ¿Y lo de Mallorca? Se hundió un vapor con las cajas de los trajes y tuve que retrasar el estreno de *Reinar después de morir*. Por dos días sin función aboné a los actores la mitad de su sueldo. Pues de nuevo me denunciaron y tuve que pagar una multa que intenté resolver llamando a Pepa la prendera para que corriera las joyas que me había regalado Alfonso.

Vino al pisito de Lagasca y se las di todas. ¡Todas, menos la pulsera con forma de serpiente!

Cuando Alfonso se enteró, porque en este pícaro Madrid no había secretos, sobre todo si eran asuntos que no me favorecían, se enfadó:

—¿No ves que así me desacreditas? Dime cuánto necesitas y te lo doy.

Tuvo la elegancia de no recordarme que él ya me lo había advertido. Es más, al verme tan desanimada, me abrazaba.

—Carmela, si tú quieres te financio la compañía y es igual que vengan a verte o no.

Negaba con la cabeza y la mirada baja; ¡me habían derrotado!, ¡ya no tenía fuerzas para luchar! ¡Yo lo achacaba a que me tenían manía, pero quizás lo que pasaba es que era mala!, ¡mala actriz, mala empresaria, mala persona!

—Mi vida, no quiero verte así... —Yo meneaba la cabeza, hacía pucheros, el fracaso me ponía melindrosa, gruesas lágrimas brotaban de mis ojos, qué más daba todo—. Mira, te propongo lo mismo de antes, que ahora que vas a tener tu casa y vas a estar como una sultana mora, te dediques a la niña, a tus padres y a mí... Y más adelante, Dios dirá.

Levanté la mirada:

—¿Más adelante? ¿Cuándo?

Y a sus ojos asomaba esa alma oriental y melancólica, lúcida y resignada que tan pocas veces mostraba, y se encogía de hombros esbozando una media sonrisa vulnerable y delicada.

—Lo máximo de más adelante que le puedo garantizar a la señora duquesa es mañana.

Iba a decir muchas cosas, romper objetos y alborotar, pero lo vi tan hondamente herido que enterré mi rostro en su hombro y opté por el silencio.

Yo le contaba mis cuitas a Colombine porque el Caballero Audaz estaba tan empingorotado que se pasaba la vida viajando por el extranjero; el escritor norteamericano Ernesto Hemingway se lo llevó a China y a Japón y me escribía postales que tardaban tres meses en llegar a mis manos. Total para decir, esto es muy bonito. Gracias, podía vivir sin saberlo.

Colombine me entendía y no me entendía.

—Hija, a mí me parece mal, porque uno ha de ganarse el pan sin esperar que nadie nos mantenga, pero es lo que quisieran muchas, no trabajar en este perro mundo del teatro... No ves que todas están con el agua al cuello, Catalina, Irenita, la Bárcena. ¡La pobre doña María Guerrero tiene los riñones reventados y sube cada día al escenario porque viven de ella una multitud de parásitos! Hasta Raquel Meller...

Yo respondía con suficiencia:

—Raquel no es actriz.

Y Colombine me cortaba:

—Pero puede permitirse el lujo de vivir no de un hombre, sino de muchos hombres, que es como no vivir de ninguno.

Bah, pues me retiré. Sin alharacas, sin despedidas, sin funciones de beneficio. Sin anunciarlo.

Y el ansia de teatro, porque eso no se quita por mucho que te retires, me la curaba haciendo recitales caritativos, actuando a beneficio del montepío de actores, diciendo versos en la universidad. El sindicato de

estudiantes me invitó a recitar la «Oda a España» de *En Flandes se ha puesto el sol* de Eduardo Marquina:

*¡Por España; y el que quiera
defenderla, honrado muera;
y el que, traidor, la abandone,
no tenga quien le perdone,
ni en tierra santa cobijo,
ni una cruz en sus despojos,
ni las manos de un buen hijo*

Pausa dramática, trémolo, el público entregado, los ojos al techo:

para cerrarle los ojos!

Los estudiantes me dedicaron una cerrada ovación, vinieron al entarimado y quisieron levantarme en hombros. Me defendí como una pantera, les tuve que propinar algún bolsazo y al final acabaron acompañándome en procesión a casa. Fingí no darme cuenta de que llevaban en andas un espantapájaros muy parecido a Alfonso con un cartel en el pecho que ponía «muerte al rey».

Uno de los líderes, de ojos verdes, muy moreno, me besó galantemente la mano y me dijo:

—No sé qué ha recitado porque no he dejado de mirarle ese lunar que tiene en el cuello.

Instintivamente me llevé la mano a la garganta, sentí un fagonazo, como si me hubieran besado, noté esa respiración ardiente que me quemaba el rostro y que hacía tanto que no sentía, y me di cuenta de que el muchacho debía ser catalán, por el acento.

Advertí que les llamaba la atención y les decepcionaba lo modesto de mi vivienda de la calle Lagasca, supongo que esperaban algo más de la amante del rey.

El acto en la universidad hizo bastante ruido, los estudiantes consiguieron que fueran otros artistas y los recitales organizados por la FUE, que así se llamaba su sindicato, se hicieron famosos, sobre todo

porque acababan a palos con las fuerzas del orden, los estudiantes gritaban:

Primo es un borracho y el rey loco.

Adquirí entonces cierta notoriedad como persona influyente, por eso no me sorprendió que un día me llamara una tal vizcondesa de San Enrique. Quería verme. Le pregunté a Alfonso quién era y me contestó vagamente:

—Ah, sí, una sabihonda, escribe y yo qué sé... El otro día le impuse la laureada de San Fernando a su hijo Juan Antonio Ansaldo, un héroe de África.

—Ya, pero a mí ¿qué me debe querer?

—Mujer, creo que está organizando un homenaje a Primo de Rivera para agradecerse... —Con lo que me demostró que estaba más al tanto de lo que quería dar a entender—. Vete, nos conviene.

Todavía estaba en mi antiguo piso e hice pasar a la vizcondesa al comedor, la mejor habitación de la casa. Estaba muy nerviosa, pero se me pasó cuando me di cuenta de que ella lo estaba más que yo.

—Vamos a hacerle un homenaje al general..., es un gran amante de la mujer.

Yo contesté prudentemente, ya que había oído que Primo, que era viudo, mantenía una fulana llamada La Caoba en Villa Rosa:

—¿Ah sí?

Ella se ruborizó:

—No se crea usted todos los infundios de sus enemigos. Lo decía en el sentido de que cree que las mujeres valemos tanto como los hombres y quiere favorecernos.

Miró alrededor buscando una silla, se sentó en el extremo por si acaso había que salir corriendo, empezó a rebuscar en su enorme bolso.

—Fuimos un grupo de amigas a pedirle unas mercedes y él nos las ha concedido casi todas. —Sacó al fin un pliego y me lo tendió—. Mire usted qué le parecen.

Leí distraídamente: podrán votar en las elecciones municipales las mujeres viudas o solteras, ¿yo entraba ahí? ¿Qué era? Ni soltera, ni viuda, ni casada. ¡Era la malcasada! Tan malcasada que hasta Linares Rivas había hecho una obra de teatro que se llamaba así y estaba basada en los

amores de un torero célebre y una artista de fama. Pero decía que no era yo.

Iba a preguntarle a la de San Enrique:

—¿Las malcasadas podremos votar?

Pero bastante corrida estaba la pobre por haber entrado en la casa de la amante del rey; se removía nerviosamente en la silla y miraba todo el rato su relojito. ¡Si le preguntaba eso, la vizcondesa era capaz de cagarse!

Seguí leyendo con circunspección: la enseñanza estará al alcance de todas las niñas, incluso en la universidad, y habrá un sistema de becas, lo mismo que para los chicos. Se ayudará a las madres solteras... Todo me parecía bien, iba a devolverle el papel cuando la última cláusula me llamó la atención. La señalé:

—¡Quieren prohibir las corridas de toros!

La mujer se aturulló y tartamudeó, recordando que yo había estado casada con un torero:

—Sí, bueno, nos ha dicho que esto es imposible porque está acendrado en el espíritu del alma española, pero que al menos humanizará las corridas. Pondrá petos a los caballos, los niños no podrán ir a las plazas y tomará otras medidas.

Me puse a pensar. Ella esperaba dirigiendo miradas angustiosas a la puerta, quizás creyendo que iban a venir las damas de la reina a paraguazo limpio contra las dos.

Espera, chica, que no se ha hecho el mundo en un día.

Al final resolví:

—Pues mire, iré con mucho gusto si puedo solicitar una gracia particular.

Noté que se amoscaba un poco:

—¿Qué es? Casos personales no tratamos, para ellos hay otras vías. — No sé si la vizcondesa pensó que quería solicitar bula para casarme con Alfonso—. El pliego ya está elaborado y...

Cogí a la Greñúa en brazos y empecé a acariciarla.

—Me gustaría que hicieran un refugio para animales abandonados, como hay en Francia e Inglaterra.

La otra se extrañó:

—Ah, ¿un refugio antiaéreo para bestias? Nunca lo había oído.

Le aclaré:

—Un albergue, un lugar para alojar a esos cientos de perros sin dueño que corretean por las calles de Madrid. Si el general accede, colaboraré con ustedes en todo lo que precisen.

Y tuve una idea luminosa:

—E incluso le pediré a Raquel Meller que asista. Le gustan con locura los animales.

La vizcondesa, que tenía el aspecto algo caballuno, cabeceó de satisfacción dando grandes risotadas.

Primo de Rivera accedió a mi petición. Raquel Meller estaba en Nueva York y no pudo asistir al homenaje, pero envió una carta de adhesión que publicaron todos los periódicos e incluso tuvo el gesto de envolverse en una bandera española en el escenario y gritó:

—¡Viva España! ¡Viva el general Primo de Rivera!

El día de marras me vino a buscar para llevarme a Presidencia del Gobierno un gran Packard con un conductor de maneras desenvueltas que me observaba minuciosamente por el espejo retrovisor. Como estoy acostumbrada a que me miren desde que era niña, no hice caso. El muchacho tenía una frente amplia, llevaba el pelo hacia atrás con mucha brillantina, iba con la cara completamente afeitada, sus labios eran muy finos pero bien dibujados y tenía ojos grandes de color castaño. No iba de uniforme, sino con una americana gris, buena pero arrugada.

Por el camino tuvimos que parar a recoger a la vizcondesa de San Enrique; se ve que a lo máximo que llegaban en el homenaje era a vizcondesa, y solo con un ejemplar, ¡de ahí para arriba ningún pájaro había picado!

El mecánico salió del coche, abrió la portezuela con impaciencia y resolución y la vizcondesa entró dándole una cariñosa bofetada en la mejilla:

—Hola, José, ¿te has metido a *chauffeur*?

—Papá me ha dicho que había que garantizar la seguridad de las damas principales y aquí estoy.

Ya desde el asiento de atrás y después de haberme dado un apretón de manos, le preguntó:

—¿Qué tal está tía Ma?

El chico rio:

—Ayer me dejó sin postre porque llegué tarde.

—¿Y tú cómo reaccionaste?

Hasta para hablar de naderías el muchacho lo hacía con apasionada convicción y movía una mano arriba y abajo enérgicamente.

—Se quedó muy planchada porque le dije que de todas maneras no iba a tomar nada porque no tenía hambre.

Se rieron los dos como unos imbéciles.

Fingí que no me interesaba el tema y miraba por la ventanilla. La vizcondesa me puso la mano en la rodilla y me contó en voz no demasiado baja:

—Es el hijo del marqués de Estella, José Antonio Primo de Rivera; es abogado, pero vive con su padre, sus cuatro hermanos y su tía porque no tiene madre. Está ennoviado con Pilar de Azlor, la hija del duque de Villahermosa, pero la cosa va para largo porque es muy inquieto y tiene muchos proyectos.

Lo miré con interés. Él me estaba mirando también, sus ojos eran muy grandes, varoniles, casi severos. Ojos seductores, sombríos y enigmáticos, un pozo de reserva y poder.

Me estremecí. Un hombre con esa arma en la cara era muy peligroso.

Luego, el general, que no se parecía en nada a su hijo, estuvo muy simpático y me lisonjeaba con donaire jerezano:

—¿Usted es «la» Carmela Ruiz Moragas? Muchas gracias por lo de Raquel, ella ha armado gorda en Nueva York! —Me miró apreciativamente—. Caramba, es usted guapísima, supongo que ya se lo habrá dicho ese chico mío que es un piropeador tremendo.

José Antonio movió la cabeza y se abrió de brazos como dándolo por imposible. El general, sin prestarle atención, prosiguió:

—Ah, lo del refugio delo por hecho, intentaré encontrar un terrenito en Carabanchel y le otorgaré una subvención. A ver si podemos traer a Raquel para inaugurarlo, sería una gran cosa para mí..., para el refugio digo, ¿no cree usted?

—Sí, claro, pero...

—No diga más, habrá que pagarle el viaje y el hotel; lo haré de mi bolsillo porque será un gasto particular mío.

El hijo protestó, porque yo sabía que era una familia sin dinero:

—Pero, papá...

La gente, en su mayoría mujeres medianamente vestidas y algunas pocas con pretensiones de señorita bien sin llegar a serlo, se iba reuniendo a nuestro alrededor, y el general alzó aún más la voz:

—José, a mí también me da mucha pena ver como tratan a los pobres animales en este país de brutos —de pronto levantaba una ceja y me señalaba—, pero ¿usted no estaba casada con un torero?

Aunque inmediatamente hacía un gesto tocándose su oronda barriga aludiendo, supongo, al hecho de que yo tenía una hija del rey:

—Antes de lo de..., claro, me refiero a...

José Antonio puso los ojos en blanco y se llevó cómicamente las manos a la cabeza, las señoras cloquearon observando mi reacción, pero yo me eché a reír:

—Sí, pero nunca he ido a una corrida de toros y las aborrezco.

Se dio una palmada en el muslo.

—Yo también, ¡y voy a prohibir el juego, que es la ruina de tantas familias y además una ordinariez aquí y en Pompeya!

El hijo intervino con cariño burlón:

—Bueno, padre, como usted no juega...

—¡Y me he propuesto abrir tres escuelas al día!

Y ya estaba la vizcondesa de San Enrique diciéndole coquetonamente:

—Y ni usted ni yo estamos ya para ir a clase, mi general.

Primo de Rivera se reía a carcajadas:

—¡Misericordia, alguna cosa aprenderíamos!

Y sus grandes bigotazos se agitaban como si tuvieran vida propia.

Me dijeron que ni la reina Cristina ni la reina Victoria habían querido acudir al acto porque ninguna de las dos apoyaba la dictadura y no tragaban a Primo de Rivera. En consecuencia, tampoco había ido ninguna aristócrata de primera fila, ni ninguna grande de España, ni damas de la reina, ni señora alguna que pintara en la Corte.

La duquesa de Dúrcal, que había confirmado su presencia, llamó diciendo:

—No voy para no coincidir con cierta persona que le está haciendo mucho daño a la reina de España.

Perra sarnosa, Leticia Bosch Labrús. Como Alfonso se había cansado de ti, ahora venías con esas. ¿Daño a la reina de España? ¡Que la reina de España, cuando yo intervine, ya venía muy dañada! ¡Por chinches y sanguijuelas como tú!

Alfonso me contó luego medio enfadado y medio divertido:

—¡Menos mal que a última hora Viana se enteró de que iban a acudir las compañeras de la Caoba en Villa Rosa y logró disuadirlas! Al final tuvimos que echar mano de las mujeres de los funcionarios municipales

porque las de los militares se negaron a ir, ya que el general se ha enfrentado hasta con sus propios compañeros por lo cicatero que es concediendo medallas y ascensos... ¡Maldito homenaje! ¡Qué hartos hemos terminado todos!

Y se frotaba la frente en un gesto muy suyo.

—Primo es un hombre honesto y una buena persona, pero, *ozú*, como dice él, es como un elefante en una cacharrería... Por cierto, que ayer estaba en el pasillo frente a mi cuarto como Grande de guardia su chico, ese José Antonio, y me dijo que le habías dado mucho realce a la cosa.

Me estremecí.

Me había parecido oscuramente atractivo. Como el estudiante que me había besado la mano, como el mozo de mudanzas. Todos ellos me producían una sacudida íntima que debía reconocer que ya no sentía con Alfonso.

La profundidad de este sentimiento adúltero me causó vértigo.

¿Cómo? ¡Alfonso era mi vida! ¡Lo mío con él era para siempre! ¡Hasta la consumación de los siglos!

Se trataba únicamente de que no teníamos un lugar para vernos y poder estar juntos. Cuando estrenemos la casa de la avenida del Valle volveremos a cabalgar en el corcel de nuestro deseo loco y las noches serán delirantes y arrebatadoras.

Alfonso me interpretó mal y se atusó los bigotes.

—Es guapete, no te lo niego, pero no creo que le interese la política, ¡la política es un asco, Carmelilla!

Me acerqué a él, puse la voz gemebunda de una tierna criatura lastimada y le supliqué que, cuando nuestra casa estuviera para ir a vivir, la primera noche la pasáramos los dos juntos. Toda la noche. Solos.

Le tuve que insistir mucho.

—Va, Alfonso.

Accedió, pero con la cabeza puesta en otro sitio.

Eché a los últimos albañiles casi a empujones porque el escenógrafo celestial había pintado sobre el firmamento una luna llena solo para nosotros.

Recité asomándome a la ventana poniendo voz hombruna:

Señora, juro por esa luna bendita, que corona de plata esos árboles frutales...

Cambié al tono agudo:

¡Oh! No jures por la luna, por la inconstante luna...

La inconstante luna era gorda y mantecosa y se paseaba por el cielo extraordinario dejando un riel de plata. Se habían desleído los radiantes colores de las flores en las sombras oscuras y en el jardín imperaba la noche cerrada, que para mí estaba perfumada de amor, melancolía y nostalgia; sentía una sensación rara en el estómago, iesta noche, esta noche escucharemos juntos la música maravillosa de nuestro amor y volveré a sentir las entrañas abrasadas!

Un momento. ¿Dónde está la vaselina? Al hacerlo tan pocas veces, el acto me causaba un escozor insoportable.

Había instalado nuestra habitación en el primer piso y de momento tenía tan solo una cama inmensa. Dejé las cortinas abiertas para que entrara la cálida noche de primavera; la majestuosa copa del nogal era una mancha negra que la ligera brisa mecía lentamente.

Arrastré una caja de madera y puse sobre ella un cubo con trozos de hielo, una botella de *champagne* de la Viuda Clicquot y dos copas anchas. Y una taza con su azucarillo, porque desde que habíamos estado en Florencia Alfonso deliraba por el café exprés. A última hora añadí un bote de marrón glacé por si a mi soldadito le entraba hambre; iel desgaste sexual le despertaba el apetito y teníamos que ir a saquear la cocina y acodarnos en la mesa comiendo pedazos de chorizo de cantimpalo con pan duro y tocino salado!

Me vestí traviesamente con una camisa de seda muy corta, un liguero y medias. Me perfumé. No mucho, que a Alfonso no le gustaba y le hacía estornudar. Le había entregado una llave de la puerta de entrada y le había dicho que subiera directamente a la habitación.

Bailé sobre las puntas de los pies para animarme, me sentí ridícula y me acosté imitando las estatuas yacentes de la galería de los Uffizi. Pero me levanté de nuevo para cerrar las cortinas, no fuera a ser que la luz del amanecer me mostrara despeinada y ojerosa como una bruja, que ya no era una muchacha de quince años como Julieta, cuando los excesos y el insomnio prestan aún más gracia y atractivo a las fisonomías femeninas.

Estaba a punto...

Ya...

Procuré pensar algún tema erótico para irme preparando.

Los dos, ahí, desnudos, acariciándonos, sabiendo que por un agujerito en la pared nos están mirando... Se me empezaron a dormir las piernas. ¿Tendría mal la circulación? Era un fenómeno que me había acaecido después de dar a luz. Me senté, puse una pierna sobre la otra y me froté la pantorrilla agarrotada.

Mamá también se quejaba de que le dolían. Ella se tomaba una tacita de flor de malva; tendría que pedirle que me hiciera a mí también. Después de comer, ¿o mejor después de la cena? Las dos sirvientas que había cogido, Paca y Filomena, parecían buenas chicas. Creo que son parientas, pero nunca se lo he preguntado.

Pero ¿qué es esto? ¡Estaba esperando a mi amante! ¡Teníamos que vivir una noche de pasión desatada! ¿Por qué solo me venían a la cabeza problemas domésticos?

Debería estar temblorosa, hambrienta de caricias, mojada, tiritando de excitación; me estaría encontrando tan mal que la cabeza se me perdiera de impaciencia y lujuria. ¡Yo sé lo que es eso!

A ver, volvamos, ¿cómo era? Un agujero en la pared...

Ah, se oía un ruidillo...

No, eran las patadas al cercado de un burro. En la parcela de al lado habían puesto una especie de granja con animales, la Greñúa se iba a meter el morro en la reja a olisquearlos con asco de perra de lujo. La Greñúa..., ¿se acostumbrará a la nueva casa?

A los viejos les cuestan los cambios más que a los jóvenes.

Plaf, un mosquito. Muerto. Otro zumbaba alrededor de mi oreja, zzzz, otro más me mordía en el pie.

Pero ¿qué hora era? Encendí la luz, me rasqué el empeine, el pelo me caía sobre la cara, bostecé de sueño...

En ese momento entró Alfonso:

—¡Amor!

Intenté trocar mi rostro cotidiano por una expresión apasionada. Sí, lo quería. Mucho.

Mucho más que antes, ¡mil veces más que al principio!

¡Me dolían sus desgracias! ¡Hubiera dado un riñón para socorrerle!

¡El hígado!

El hígado no, que solo hay uno.

¡Teníamos una hija!

Se sentó en la cama y empezó a desnudarse.

—Estas malditas botas... Las podían hacer con corchetes. No te creas que no me ha costado disponer de toda la noche, que no sé si al final podré... Vaya caprichos tienes...

Yo le iba acariciando la espalda, tratando de calentarlo y calentarme.

—Quita, que tengo que quitarme el chaleco, carajo, esto de no poder contar con Paco en tu casa no deja de ser una pejiquera y una manía tuya que no entiendo, Carmela... Piensa que el hombre también se siente inútil si no lo traigo conmigo... A ver qué tal el colchón, que me parece que es demasiado blando.

Se estiró en la cama boca arriba, desnudo y pálido, solo tenía morenas las manos y el rostro, como si el cuerpo fuera de trapo. Dio un par de botes.

—No sé..., yo lo prefiero más duro, pero para ti está bien.

Me quité la camisa. Bostezó. Las ligas, las medias. Él observaba el techo.

Los dos desnudos. Me miró, lo miré. Momentos de silencio.

Me senté de golpe:

—¿Una copa?

Él se sentó también, animado.

—Venga.

Una copa no, la botella entera. Los dos buscábamos recuperar ese resorte secreto que diera paso al deseo, la locura y la voluptuosidad.

¿Dónde estaba?

Hurgué en mí. Se había ausentado. El deseo era un cadáver yerto que estaba ahí, tumbado entre nosotros.

Pero quizás, de momento, solo lo veía yo.

Suspiré hondo, va, Carmela, te toca trabajar.

Empecé a acariciarlo. Mi mano bajó por el pecho hasta el sexo, tan conocido. Yacía a un lado, flácido, oscuro, arrugado.

Me acerqué, lo introduje en mi boca. Arriba y abajo. Fue creciendo. Alfonso levantó su cabeza para mirarme, yo lo cogí por la base y solo chupé la punta para que tuviera una vista completa. Mordía con los labios, estiraba la piel, con la lengua rodeaba el prepucio, ya brillantado... Era un trabajo de precisión; bajé a los testículos, blandos y peludos, los mordí. Se me quedó un pelo en la boca, me aparté para escupirlo, no lo encontraba, hacía gárgaras silenciosas con mi propia saliva, luego lo busqué con la lengua por toda la cavidad bucal, después traté de tragarlo... Malhumorado, desde las alturas, Alfonso me espetó:

—¿Qué coño haces, Carmela? —gruñó—. Sigue, cojones, ahora que ya estaba a punto.

Volví otra vez cerrando los ojos porque así me parecía que me concentraba más, el roce del pene en la campanilla me causaba arcadas, traté de disimularlas e iba carraspeando casi sin ruido para desalojar lo que ya me parecía fleco de tela más que pelo.

—Cof, cof.

Empecé a menear el miembro arriba y abajo como el que agita un cubilete de dados; él ahora había echado la cabeza hacia atrás y respiraba angustiosamente, su pecho se tensaba... Me puse a sudar, me corría el agua por la frente, tenía un calambre en el codo sobre el que me apoyaba.

Claro, eso era mala circulación, no solo tenía las piernas mal, sino los brazos... Le tendré que preguntar a nuestro médico de cabecera, el doctor Jiménez Encinas... ¿Dónde vivía? En la Castellana, sí, pero no sé si en la parte de Recoletos; me perdí calculando dónde empezaba Recoletos y terminaba la Castellana, aunque seguía meneando el aparato, claro está, hasta que al final Alfonso rodeó mis dedos con su mano e imprimió al movimiento un ritmo tan frenético que pensé que no lo aguantaría mucho tiempo. El colchón crujía, mis huesos crujían, creí que la casa, quizás no suficientemente cimentada aún, se vendría abajo.

¡Pero todo esfuerzo tiene su recompensa!

Primero salieron unas gotas intermitentes y enseguida un chorro menguado y anémico mientras él emitía unos «Oh, ah» apagados y débiles como vagidos de bestia recién nacida. Y como yo aún continuaba moviéndole el instrumento por si acaso quedaba algo más, se quejó:

—Deja, que me haces daño.

Me subí hasta la almohada a darme masaje con disimulo en la mano, hice gárgaras con el poco de *champagne* caliente y asquerosamente dulce que quedaba en el fondo de una copa mientras él jadeaba hasta que su respiración se fue apaciguando. Permanecimos callados, un gallo rompió con su canto estridente el silencio de la noche.

Mi soldadito gritó.

—*Bella voce, capitano!*

Nos reímos, fui a por una toalla, se secó y dijo:

—Creo que me voy, Carmela, si me quedo a dormir llegaré tarde a la audiencia de las diez y no es plan.

Sí, vete. Te amo, pero vete; quiero la cama para mí sola, estirarme en diagonal, darle la vuelta a las almohadas para que estén más frescas, reptar, envolverme en las sábanas como una momia. Se vistió, me dio un

beso distraído, encendió un cigarrillo y lo siguiente que oí fueron voces de hombres, risas y un coche arrancando.

Me levanté y estuve a punto de tirar al suelo con el codo la taza de café que no se había tomado.

Mirándola tuve un chispazo de ingenio y se me ocurrió una frase digna de una novela del Caballero Audaz, íse la ofrecería!

—El terrón de azúcar de nuestra pasión se ha disuelto en el café del hastío.

La botella boca abajo en la cubitera exhibía con crudeza la desesperación del suicida.

¿Cuánto hacía desde esa noche, la primera que pasé en esta casa?
¿Un año? ¿Vidas enteras? ¿Generaciones?

—¡Carmela! ¡Carmeeelaaaa!

Colombine estaba berreando en el hueco de la escalera al tiempo que sonaba el timbre de la puerta y se oían otras voces, histéricamente animadas, hablando de esa forma afectada que tienen los actores.

Me asomé. Rafael Rivelles, con capa española a pesar de que hacía más bien calor, las palmas de las manos abiertas y la cara vuelta hacia mí con su bigotito a lo John Gilbert, declamaba:

*Esta que me dictó rimas sonoras,
culto, sí, aunque bucólica Talía...*

Y otra vez Colombine con voz chillona:

—Carmela, baja, que aquí está la bucólica Talía en pleno.

Me eché a reír y respondí:

*¡Oh, excelso conde!, en las purpúreas horas
que es rosas la alba y rosicler el día...*

—¡Mami!

Demonios. ¡Mi hija!

Entré en su cuarto riéndome aún:

—Princesa, ¿sabes que mami se había olvidado de que era una señora mayor y que tenía una hija?

Teresita estaba en una silla alta comiendo la papilla que le daba su institutriz, miss Gaynor, mientras estrechaba contra su pechito uno de los muñecos de paja que su padre y yo habíamos comprado en Florencia. El resto del rebaño, más o menos deteriorado, estaba en unas estanterías a lo largo de la pared de su cuarto infantil. A media altura, habíamos pintado a Peter Pan, Wendy, Campanilla y todos los personajes del libro de Barrie, que Irenita pretendía llevar al teatro. La Greñúa, inmóvil como un perro de porcelana, esperaba que cayera alguna gota de aquel excelso manjar al suelo para devorarlo y no me hizo caso.

La niña apartó la cuchara para decirme:

—Qué guapa estás, mami.

La abracé tanto que la *nanny* me dijo reprobadora:

—No son buenas ni saludables tantas demostraciones de cariño; mi anterior patrona, lady Montagu, y todas las señoras de las casas en las que he servido, solo le tendían la mano a los hijos para que la besasen... — y con expresión rencorosa, proseguía—: aquí, los príncipes reales hacen lo mismo con sus majestades.

Puse los ojos en blanco, miss Gaynor era una imposición de Alfonso, que se la había robado a una familia muy empingorotada de Inglaterra por una indecente cantidad de dinero que no se merecía. Ella ni por un instante dejaba de indicar con maniobras sutiles que al venirse conmigo había descendido de categoría y yo oscilaba entre darle una patada en el culo o tirarla por la ventana del aborrecimiento que le había cobrado.

¡Ella, como las dos muchachas de servicio, hasta como mi madre si me apuran, estaba enamorada de Alfonso!

—Miss María Teresa hoy se ha portado muy mal.

La niña me miraba avergonzada avanzando el labio inferior igualito que su padre, y yo me la hubiera comido a besos.

—¿Qué ha hecho?

—Ha venido a jugar místico Fernandito y miss María Teresa le ha pegado una patada y le ha tirado del pelo.

—Mami, es que quería pisar las flo..., flores —aquí se ponía a dar largos suspiros y sollozar—, y yo las oía llorar a las pobrecitas flores...

—¿Y qué decían, mi amor?

—Decían, no me pises, que tengo papá y mamá y abuelitos.

Mi hija tenía una imaginación tan ardiente y una sensibilidad tan agudizada que se pasaba todo el día sufriendo por el dolor del mundo entero. La abracé de nuevo. La miss suspiró y miró a otro lado, cuchara en alto.

- Mami quiere mucho a Teresita.
—Teresita también.
—¿Teresita quiere mucho a mami?
—No, Teresita quiere mucho a Teresita.

La volví a estrujar tanto que la Greñúa se puso a cuatro patas muerta de celos y tuve que abrazarla también. Miss Gaynor se volvió de espaldas en un gesto de desprecio tan supremo como un insulto; su espalda tensa y huesuda de solterona era lo más indignado del mundo y no pude contenerme: me puse el pulgar en la nariz y le hice burla. Mi hija se echó a reír locamente y se tapó la cara mirándome con pillería entre los dedos.

Fingí reñirla:

- Señorita, cuando termine de cenar, a la cama directa.
—Antes deberá rezar sus oraciones, ¿no? —me dijo la inglesota con aviesa intención. «Claro, claro», me apresuré a contestar.

Qué dinero tirado el que le pagaba Alfonso. Una pequeña fortuna.

Me fui a mi habitación.

A la cama le había añadido unos pocos muebles y un espejo enorme, pero Alfonso me había obligado a prescindir de cortinajes, cretonas en las paredes y doseles porque decía que los ornamentos retenían las miasmas y ya no se llevaban en ningún lugar civilizado.

Me puse frente al espejo y dejé caer la ropa al suelo.

No se me notaba ni un hueso, la carne era mullida, blanca y excesiva como nata montada. Me pasé la mano por el vientre, blando y hundido exageradamente en el ombligo, los pechos se me habían hecho más grandes y pesados, el izquierdo tenía unas estrías blancas en forma de estrella alrededor del pezón. La que estaba frente a mí en el espejo, con una pierna adelantada y la mano en la cintura, era una mujer en el ecuador de la vida. El vello, más oscuro que el de la cabeza, me llegaba a medio muslo y era suave y rizado como astracán.

¿El deseo?

Hundí mis dedos, desaparecieron en esa selva oscura. Me acaricié pensando en José Antonio.

Quiero decir, en Alfonso.

Lo quería. Mucho.

Pero mientras mi cabeza me hablaba de cariño y fidelidad, mi cuerpo solo sentía fastidio y desgana como único residuo de lo que fue un amor apasionado.

Apareció Filomena:

- ¿La ayudo a cambiarse, señorita?

—Me voy a poner el vestido de seda aguamarina que me ha acertado la modista.

—¿Perlas?

—Sí, el collar largo.

Justo cuando estaba calzándome, recibí una llamada de Alfonso.

—¿Quién hay?

—Aún no he bajado..., no sé, María Fernanda, Rafael, Edgar Neville... Los de siempre... ¿Vas a venir?

—Sí, quiero estar contigo.

—No te preocupes, que ahora me los quito de encima.

Al principio había intentado reunir a mis compañeros con los amigos de Alfonso, pero la mezcla había resultado un fracaso. Los nobles se aburrían cuando hablábamos de chismes teatrales o de lo poco que se cobraba o de cómo los sindicatos intentaban instaurar una función única diaria y entonces de qué iban a vivir los empresarios, y a nosotros sus conversaciones sobre caza o deporte nos importaban un pimiento.

Además, tenían la idea de que en el mundo del arte todo el monte era orégano. María Fernanda me había venido un día indignada:

—Oye, que Alburquerque me ha dicho que quería venir a buscarme al teatro y llevarme a cenar a Fornos.

—¿Y tú qué le has contestado? —le pregunté asustada porque sabía cómo se las gastaba.

—Que vaya a buscar a la puta de su madre.

Así, cuando venía Alfonso, yo despejaba el salón; todos lo sabíamos y no importaba.

Colgué la bocina. Bajé. Colombine había puesto un charlestón en el fonógrafo:

Al Uruguay, guay, yo no voy, voy, porque temo naufragar...

Los recién llegados brillaban como deslumbrantes fuegos de artificio porque antes de venir habían pasado por Maxim's y le habían comprado un frasquito de cocaína al negro de la puerta. La rapsoda argentina Berta Singerman, amiga de Colombine, que llevaba las cejas afeitadas y se había dibujado dos semicírculos tan altos que daban a sus ojos una expresión de perpetuo asombro, bailaba animadamente haciendo girar su collar de perlas como si jugara a la comba, y Edgar Neville, gordo y sudoroso, intentaba seguir el ritmo uniendo y separando las rodillas con un *crêpe*

suzette en cada mano, que goteaban sobre la alfombra. Y, tomando cócteles, María Fernanda y Rafael hablaban con Catalina Bárcena, que al final había conseguido su terrenito muy cerca, en el número 42, y había levantado una casa copiada de la mía.

Detuve la música, di un par de palmadas y les dije:

—Chicos, va a venir... su majestad..., lo siento. Hoy se cierra la sesión.

Ninguno protestó. Habían bebido, comido, y mañana volverían.

María Fernanda me dio un beso de refilón.

—Qué guapa te pones, roína, para tu sultán —me reí y le di un codazo —, y si viene el duque de Alba, acuérdate de felicitarlo.

—¿Por qué?

—Su mujer está preñada..., aunque dicen que el papá de la criatura es ese torero rubio, ¿cómo se llama, Edgar?

—El Algabeño.

Y aun la Bárcena remataba con su cantarín acento cubano:

—Pues a mí me han dicho que es de Carlos Beistegui, que tiene mucha platita, pero yo no me lo creo porque es pájaro.

—¿Pájaro? —preguntó Rafael Rivelles.

—¡Maricón! —aclaró Edgar, que era muy cosmopolita—. ¿Qué? ¿Nos vamos al Lion d'Or o no nos vamos?

Colombine, ya todos alborotando en la calle, consiguió verter en mi oído una gota de veneno:

—Te chista con los dedos y bailas como los perros amaestrados del circo. ¡Qué poca dignidad tienes!

Iba a contestarle, pero ya se metía con todos en el coche de Rafael que conducía María Fernanda, pero llevaba el sombrero tan calado sobre los ojos que era un milagro que no chocaran contra las escasas farolas que además no se encendían casi nunca. Con el auto dando bandazos, se iban diciéndome adiós por la ventanilla de atrás, como en las películas.

Agité la mano derecha imitando ese curioso movimiento de rotación que hacen los reyes cuando saludan; sentí pena y un poco de añoranza. ¡Para bien o para mal, odiándolos o amándolos, eran mi gente!

Totó Alba no iba a venir nunca a mi casa, por mucho que Jimmy se acercara a menudo, ligero y simpático, acompañado por su dachshund Jacobo. Decía señalándolo:

—Es muy buena persona.

Sol aparecía a veces a caballo, lo dejaba en el jardín, me embarraba las alfombras con las botas, tiraba la ceniza de los cigarrillos al suelo, se

tomaba una copa y se iba sin pronunciar palabra. El caballo se comía las flores y las uvas de la parra. Ahora pienso que venía porque se lo pedía Alfonso, para que no me sintiera agraviada.

Un día hasta se acercó Bee, la prima inglesa de la reina. Yo sabía que se llevaba muy mal con su prima. Bee le tenía envidia porque Ena se había casado con un rey y ella «solo» con un príncipe, y encima arruinado, y además corrían rumores de que en algún momento de sus vidas se había acostado con Alfonso.

Si se lo preguntaba a mi soldadito, me contestaba malhumorado:

—No es verdad, y además no me acuerdo.

Dijo que quería ver mi Regoyos porque le interesaba mucho la pintura. Ni siquiera se desenguantó, pero cuando se iba, sacó del coche una muñeca enorme, alemana, que parecía una niña de verdad. Y me dijo en un castellano bastante aceptable:

—Para su hija.

Se quedó esperando a que le hiciera la preceptiva reverencia a la que tenía derecho por ser princesa real, pero yo me limité a darle la mano como un hombretón; el tiempo de los súbditos y las genuflexiones empezaba a estar tan caduco como una cosa que yo me sé.

Esa noche le pedí a Alfonso que no se molestara en enviarme a nadie más, y se hizo el sorprendido.

Colombine se había dejado en el diván su largo echarpe de seda, lo guardé, mandé que retiraran las copas vacías y abrí las ventanas para que se fuera el olor a tabaco, porque todos mis amigos fumaban como chimeneas, aunque yo había dejado de hacerlo porque se me ponían los dientes oscuros. Estaba preparando los martinis cuando llegó Alfonso, seguido como siempre de Viana. Mientras se instalaba cómodamente en el sofá, le hablé de nuestra hija y me escuchaba con una sonrisa.

—Si vieras qué rica está, cuando vengas más pronto podrás verla. — Hizo un gesto de disculpa—. Hoy ha venido a jugar Fernandito, el hijo de Carola Fernán Gómez, y...

Él arrugó el ceño:

—¿Ese ilegítimo? No me gusta que alterne con Teresita.

Protesté afligida:

—Tu hija también es ilegítima, Alfonso.

Vi la flecha penetrando en sus carnes.

Apuró su copa, la dejó a un lado y, mientras sacaba de su pitillera un cigarrillo que Viana se apresuró a encender, me dijo:

—Mi amor, estoy haciendo lo que puedo, es lo que te quería explicar, que la cosa está a punto... —se frotó los ojos con gesto de cansancio—. Viana está tomando las medidas necesarias y dentro de muy poco... se romperá el lazo que me une a Ena.

Miré al marqués, pero estaba tan imperturbable como siempre. Tenía un rostro anodino, cutis pálido, mofletes, y su única cualidad era serle al rey tan adicto como uno de los cien perros ingleses de caza que tenía en su finca de Córdoba.

Volví a Alfonso, no sabía si creérmelo y, en caso de creérmelo, no sabía si debía alegrarme.

—Pero ella ¿sabe algo?

Sonrió con amargura.

—¡En España no hay secretos! Y se ha rodeado de un grupo de damas que me detestan... —Dudó antes de proseguir—. Figúrate si está al tanto de todo que les ha prohibido a Sol y a Bee la entrada en palacio porque le fueron con el soplo de que te habían visitado.

Yo iba a protestar, cuando sin atenderme miró el reloj y dijo:

—Es tarde, Carmela, hoy tengo a cenar a los embajadores de Italia y de Alemania... Solo quería venir a comunicarte nuestros planes y darte un beso.

Le tendí la mejilla, donde depositó sus labios blandos y húmedos.

Viana, por primera vez desde que lo conocía, me miró de una manera singular, un reflejo pálido de la mirada de veneración que solía dirigirle al rey.

Se inclinó sobre mi mano y me dijo inesperadamente con su ligerísimo acento andaluz:

—Gracias por todo, señora.

Al cabo de dos días, por la mañana temprano, me llamó Alfonso por teléfono. Estaba muy alterado, me comunicó apresuradamente: «Se ha muerto Viana».

Me quedé estupefacta. Le pregunté:

—Pero, cómo, habrá sido un accidente de caza, ¿no? ¡Estaba perfectamente!

Colgó. Vino al cabo de una hora con el rostro demudado. Detrás de él, una figura nueva. Me lo presentó:

—Es mi ayudante, Torres de Mendoza —carraspeó—, quiero decir, Emilio de Torres, marqués de Torres de Mendoza.

El hombre se rio y dijo:

—No os preocupéis, señor, hasta yo me confundo.

El nuevo marqués y nuevo secretario me miró con curiosidad no exenta de admiración, lo que me hizo comprender que era más de carne y hueso que su antecesor.

—Os espero fuera, señor.

Esto también era nuevo. Viana no se separaba del rey ni con disolvente.

Alfonso apuró una copa de coñac antes de que volviera algo de color a su rostro y así poder explicarse.

—Ayer por la mañana Viana fue a hablar con Ena para plantearle lo de la anulación. El papa había dado el visto bueno para que se iniciase el procedimiento...

Me quedé atónita.

—¿Cómo? ¡No me habías dicho nada de que todo era tan inminente!

Él levantó la mano pidiéndome calma.

—Sujeto a varios exámenes y pruebas que deberían realizar los sacerdotes de la Sacra Rota... Empezarían el mes que viene, pero el cardenal Segura me había asegurado que la reina había incurrido en varios supuestos que invalidarían de raíz el matrimonio.

Junté las manos, me las llevé a la boca, olvidada por un momento de la muerte de Viana.

—¿Pero tus hijos, entonces...?

—Quedarían apartados de la sucesión porque ya no serían legítimos... En realidad les haría un gran bien no tener esa responsabilidad: ya sabes que el príncipe de Asturias está tan enfermo que la mayoría de los días no puede levantarse de la cama, Jaime es sordo y debo reconocer con pesar que algo tonto, el pequeño, Gonzalín, es listo, pero también tiene ese veneno en la sangre que trajo ella. ¡Las chicas no cuentan!

—Pero Juan sí que...

Sonrió pálidamente.

—Uno entre seis, qué mala estadística. ¡Acierto más en el tiro de pichón! En fin, no te voy a aburrir porque nada de eso tiene ya importancia.

—¿Qué quieres decir?

Se levantó de su butaca y se sentó en el sofá a mi lado, me cogió las manos.

—Cuando el pobre Viana fue a comunicarle a la reina que se debía dejar examinar... —movi6 la cabeza, me soltó las manos, se echó atrás en el respaldo, no podía continuar—, no sé cómo decírtelo...

—Sigue, ¿qué pasó?

—Ella reaccionó de una forma horrible, Carmela, profirió unas injurias espantosas, nos maldijo a él y a mí de tal manera que, según ha contado el lacayo que estaba en la puerta, Viana salió caminando de espaldas del salón con la cara de color ceniciento mientras se oían las carcajadas de la reina; se desplomó en medio del pasillo y por la noche se murió en su casa de un ataque al corazón sin haber recobrado el conocimiento.

Yo no entendía, mi cabeza se negaba a aceptar lo que Alfonso me contaba, pregunté:

—Pero ¿cómo ha podido ser eso? ¡Ha debido suceder algo más!

Alfonso negaba con tozudez infantil.

—No sé qué le dijo, no había nadie con ellos... Visi, su mujer, me ha contado que no estaba enfermo del corazón, que era fuerte como un roble, ¡tenía cincuenta y siete años! No, Carmela, ha sido ella.

Puso los codos en las rodillas, hundió la cabeza en las manos mirando fijamente al suelo.

—Ha sido Ena, es una bruja con poderes maléficos, ¡es un ser infernal!

Y luego:

—Pobre Pepe, ha muerto por mi culpa.

No hubo otra oración fúnebre para ese hombre que le había servido durante veinticinco años. Solo ese simple «pobre Pepe». Aunque, eso sí, cayeron una a una las lentas campanadas de las doce en el reloj de Niky como doblando a muerto.

Las manos expertas de Antoine me recogieron el cabello flojo en la nuca y lo ahuecaron:

—¿Entiende, doña Cagmela? Así se ve mejor el efecto, como si lo llevara corto y vaporoso —aplastó con sus dedos ágiles y blancos, de largas uñas, una mecha sobre la frente—, y aquí le haríamos unas ondas al agua, como las que lleva Clara Bow.

Giré la cabeza a un lado y a otro para tratar de verme de perfil, y él se alejó para observar su obra, nuestras miradas se cruzaron en el espejo, puso los ojos en blanco.

—Madame estaría... *merveilleuse*...

De pronto dio un grito y se puso a hurgar en mi cabeza como si buscara piojos.

—*Madame, madame, c'est terrible*... Tendremos que darle un ligero tinte de color castaño dorado, porque usted tiene algunos... *cheveux blancs*...

Filomena, que lo miraba todo con la nariz arrugada mientras aguantaba cepillos y horquillas, preguntó:

—¿Lo qué?

Fui yo la que contesté, sin mostrar sorpresa porque ya me las había visto e incluso había intentado arrancármelas, y contenta de reverdecer el francés que había aprendido con mi Marcel hacía miles de años.

—Que tengo canas, Filomena.

La mujer se puso a rezongar:

—¿Y por qué este hombre no habla en cristiano como todos nosotros?

—Porque este hombre es francés... —le respondió el Caballero Audaz, que estaba en la puerta, con su capa española y un cigarrillo entre los dedos—, y los franceses, Filomena, se empeñan en hablar en gabacho.

Antoine se emocionó cuando vio al Caballero Audaz que entraba en mi tocador con la confianza que da la amistad de tantos años, y juntó las manos.

—*Oh, la, la, monsieur* Cagetero... ¡El más grande escritor español de nuestro tiempo!

José María le dio un golpe ligero en el hombro.

—Hombre, estando vivos Valle Inclán y Pío Baroja, no me atrevería yo a tanto. ¿Qué tal, Antoine?, ¿todo va bien por París?

Antoine ya se apresuraba a recoger sus cosas porque yo sabía que tenía una cita en palacio con la reina.

—Muy bien, pero mi gran placer es venir una vez al mes para ver a mis clientas españolas.

El Caballero Audaz se inclinó sobre mí y me dio un beso en la mejilla.

—Qué guapa estás, Carmela, la gente aún recuerda el golpe que diste antes de navidad en el Fontalba; ¡fue un magnicidio!, ¡la reina y tú frente a frente!

Bromeé:

—Sí, la próxima vez iré con esta capa papal. —Me quité el peinador y me levanté—. Adiós, Antoine, hasta mañana, y que vaya muy bien... en palacio.

Recogió unas sombrereras, que yo adivinaba que trasportaban los postizos que traía de París para la reina, que se estaba quedando calva: unos decían que por los nervios, otros que por las sustancias que consumía. Pero, hombre dicharachero e indiscreto, aunque forzado a la reserva por necesidad de su trabajo, se puso rojo por el gran esfuerzo de callarse y se limitó a inclinarse sobre mi mano tan rígido como un maniquí de madera.

Filomena me dirigió una mirada que Carretero no interfirió y salió tras Antoine. Mi criada sabía que estaba esperando una llamada y que el Caballero Audaz no debía enterarse. Ni él, ni mis padres, ni, muchísimo menos, el señor que lo pagaba todo, incluido su sueldo.

Al quedarnos solos, José María volvió a la carga:

—¿Y qué te dijo la reina cuando os encontrasteis? Lo mínimo arrearte con el cetro y que la Lécera te rematase.

—Estuvo muy amable.

—¡Qué mal mientes! —No me daba la gana de darle ninguna explicación del comportamiento de esa reina altiva y desgraciada que me producía más pena que rabia, aunque a veces tenía pesadillas de un océano blanco en el que flotaban como peces muertos las aguamarinas de

sus ojos—. En todo Madrid no se habla de otra cosa... Primo de Rivera ha mandado retirar un suelto que iba a salir en *El Sol*.

Declamó histriónicamente:

—«¡Una fémina arrebatadora, satisfecha de ser mujer, de enormes ojos que refulgen como gemas al sol, frente a una dama cansada de su país, de su papel, de su marido y de ella misma...».

Me reí con desprecio.

—Es tan cursi que deduzco que lo has escrito tú.

Levantó la mano.

—Espera, que no he terminado: «A la salida del teatro le pregunté a la dama vencedora de este singular match: “¿Hoy ha sido el día más feliz de su vida?”. Y me respondió: “No, ese día fue cuando escuché de unos labios adorados la palabra amor”».

Le di una palmetada.

—Pero ¡cómo inventas! Pues ha hecho muy bien Primo suprimiendo esa porquería.

—¿Ahora te has vuelto crítica literaria, además de gruñona, carca y retrógrada? Ni haciendo méritos de esta manera delante del rey, Primo va a aguantar... Tu amorcete está de él hasta los cojones y a punto de decirle que se largue, con esa ingratitud típicamente borbónica que tantos enemigos le ha granjeado. Pero Gutiérrez es tan inconsciente que no sabe que detrás de Primo irá él.

No tenía ganas de ponerme a discutir y lo corté:

—No digas tonterías, el rey está perfectamente tranquilo.

—Sí, sí, Gutiérrez baila mientras el Titanic se hunde. Nadie va a verlo ya a palacio, el libro de audiencias está vacío y el pobre iluso se lamenta de que está pasado de moda; ¡lo que está es desahuciado!

—¿Pero quién es ese tal Gutiérrez?

—El rey. Sí, bonita, así lo llaman en la calle, ¿no te habías enterado? Sales tan poco...

Rehuí la mirada de mi amigo y fingí estar muy ocupada.

—Hoy no puedo estar por tí, José María, ¡como nunca avisas cuando vienes!

—Caramba, a ver si también te voy a tener que pedir audiencia. —Me miró atentamente—. No me extrañaría, qué endiosada estás... He visto muchos cambios, ¿y esa garita a la entrada?

Hice un gesto de impaciencia.

—Es una casita que hemos hecho para el chofer, que a la vez es el portero, ya sabes que Alfonso se empeñó en comprarme un coche, pero

prefiero conducirlo yo.

—Sí, y ya me he enterado de que te has convertido en un peligro público. ¿Y esos soldaditos en la puerta?

Me inquieté, miré de reojo la hora, no quería que Carretero estuviera delante cuando me llamaran.

—Son los soldados de la escuela de policía que está ahí al lado, cada día envían dos guardias. Por mi seguridad, dicen...; tal como están las cosas...

Se instaló una arruga en la frente de mi amigo.

—¿Es que has tenido amenazas?

—¡Qué voy a tener! Anda, vete, que tengo trabajo.

—Recibir al peluquero, a la modista, al decorador, qué vida más ocupada la de la favorita real. —Me miró con sospecha—. Oye, estás muy guapa y muy nerviosa.

Me señalé la barriga.

—Es natural que esté nerviosa, por si no te habías dado cuenta, estoy esperando un hijo, solo me faltan dos meses para salir de cuentas.

—A mí no me la das, Carmela, que te conozco demasiado. Amores tenemos, me parece.

Me hice la digna.

—Claro que no... Quiero decir que sí, Alfonso y yo...

—¡Lo del rey y tú está más muerto que Tutankamon! Tu Alfonsete, imenudo pinta está hecho! —Dudó, jugueteó con el fleco del mantel que cubría mi tocador—. ¿Sabes quién es la princesa Ileana?

Se despertó mi interés porque no había perdido el gusto por los chismes y Juan Chabás no llamaba.

—Sí, lo he leído en *La Esfera*, una princesa rumana muy mona que ha venido de visita a España.

—Es sobrina de la reina, que tenía la remota esperanza de colocársela al pobre príncipe de Asturias, que vive sumido en el más absoluto analfabetismo en la Quinta del Pardo, donde se dedica a criar gallinas... ¿Sabes que lo llaman María Antonieta?

Sabía quién era María Antonieta porque la había interpretado.

—¡Por la granja que se construyó en el Trianón!

Carretero fingió descubrirse admirativamente con un gesto exagerado.

—La piara real al completo fue a verlo; él trató de levantarse para saludar a la rumana y no lo consiguió, solo pudo tenderle sus manos vendadas. Ella se quedó tan aterrorizada por su aspecto que se puso a

llorar hasta que él se desmayó y el doctor Elósegui le tuvo que practicar una transfusión allí mismo. A la vuelta, la princesita, gimiendo desconsoladamente, regresó con el rey en su coche.

—Pobre, la compadezco, dada la forma alocada de conducir que tiene Alfonso.

—Roína, cállate, que ahora viene lo bueno... Ileana, que solo tiene diecinueve años, estaba alojada en casa de la princesa Bee, en la calle Quintana, y como a las doce de la noche no había regresado, Bee la denunció a la policía por si habían tenido un accidente.

Me puse a reír dándome golpes en los muslos de forma muy ordinaria.

—Sí, hombre, esa perra la denunció para que la reina se enterara del *flirt* y fastidiarla. —Me bajé el párpado inferior con el dedo—. ¡Si conoceré yo a estas tías retorcidas y envidiosas!, ¡que soy del foro!

Carretero me miró con recelo, sacudió la cabeza y luego siguió en voz normal:

—Sí, pero la policía se puso a buscarla; ¡es la hija del rey de Rumanía, no una golfanta cualquiera!

Se calló porque, como buen escritor, sabía dónde debía poner el suspense de sus argumentos. Le pregunté, al fin, con impaciencia:

—Bueno, ¿y qué pasó?

—Nosotros ya teníamos la crónica preparada para darla en el periódico, pero otra vez Primo volvió a censurarla. Porque habíamos descubierto por un elemento de la policía que Ileana estaba con el rey; se habían detenido en cierto pisito de la calle Alcalá, no sé si tú lo conoces.

Enrojecí, me detuve un instante antes de darle la réplica que se merecía, pero retumbó el timbre del teléfono y grité histéricamente:

—Filomena, ahora voy.

Oí la voz ahogada de la chica:

—No, señorita, era para su señor padre de parte de la librería San Martín, que ya tienen los libros que encargó y puede pasar a recogerlos.

Cerré de un portazo. Bendito papá, me llenaba el torreón de libros y yo ahora necesitaba espacio para poner todos los que me recomendaba...

Cómodamente sentado en la única butaca de la habitación, contrastando su evidente virilidad con el delicado dibujo de flores inglesas del papel de la pared y la moqueta de color malva, envuelto en esa mezcla de aromas femeniles, polvos de arroz, perfume, y el olor «a peo» según decía Filomena, de los líquidos de depilar, el Caballero Audaz cruzaba una pierna sobre la otra y me señalaba guiñando los ojos.

—O sea, que son ciertos los toros..., lo del rey no te importa, ¿verdad?

—Es que no me lo creo.

Impertérrito, prosiguió como si no me hubiera oído:

—No te importa porque estás con... —punteó en el suelo con el bastón— Ju-an-Cha-bás.

Al oír este nombre me detuve y toda la sangre me subió primero a la cabeza y luego me bajó a los pies. Se me escapó una sonrisa. Me dejé caer sobre el diván, no se me ocurría qué decir y preferí no pronunciar palabra. Mi amigo prosiguió entre conmisericordioso y acusador:

—Si no hay más que verte, hija mía, te ha vuelto el brillo a los ojos, a la piel, a todo, irevientas de gusto! Estás hecha un pimpollo y encima tienes un aire de culpable que dan ganas de llevarte presa. —Me propinaba pataditas con la punta del pie—. Va, cuéntamelo, soy tu hermano; ¿no necesitas que te narre alguna diablura sicalíptica para tenerlo ardiente y enganchado?

No pude evitar enrojecer de indignación y contestar con suficiencia:

—¡Él no! No necesita nada de eso, tiene solo veintinueve años y es un torete.

Escondí la cara entre las manos, ya que sin querer me había delatado, pero me puse a reír alocadamente porque en el fondo no me importaba y me sentía liberada. Además, como todos los enamorados, no había tema que me fuera más dulce que el objeto de mis desvelos.

Ay, Juan, Juan Chabás, era la primera vez que hablaba de ti. Y las confidencias se me venían solas a la boca. Que eras el estudiante que se me había acercado a besarme la mano cuando fui a la universidad a recitar a Marquina. Que no eras catalán, sino alicantino. Que me habías enviado un libro de poemas que se llama *Espejos*, que cuando nos volvimos a ver me besaste otra vez la mano y te pusiste a hablar del lunar que tengo en el cuello.

Luego te acercaste a mi oído y me recitaste:

*Un espejo de agua en los ojos puros
de la ciudad, estaba
invirtiendo la imagen de las calles
las aceras calcaban
la desnudez mojada de las cosas.
Y todos los paraguas
eran las cúpulas buenas
para nuestras palabras.*

Yo, desconcertada, te pregunté:

—Pero ¿yo soy esa?

Me preguntaste extrañado:

—¿Cuál?

—La desnudez mojada.

Te pusiste a reír de mi ignorancia, porque yo entonces estaba pez en poesía moderna en la que tanto me has instruido ahora, querido Juan. Pero fue una risa impregnada de ternura, me dieron ganas de hacerme pequeña (sí, soy más alta que tú), refugiarme en tus brazos y que me enseñaras el nombre nuevo de las cosas.

Me dijiste:

—Le voy a escribir un poema al olor de tu pelo.

Y me enamoró tu descaro, la osadía que tuviste al acercarte a la querida del rey, tu juventud apabullante, el calor que despertaste en mí, ¡fueron elementos tan poderosos y hechiceros que no pude resistirme!

¡Carne joven contra carne vieja!

¿Y la primera noche? ¡Nos embriagamos de alcohol malo y de confesiones! Te vacié mi alma y fui a ti tan pura y desnuda como un recién nacido.

Fue en tu piso de estudiante, aunque ya no lo eras, sino abogado sin ejercer. Lleno de libros, botellas vacías, montones de periódicos, compartido con dos poetas andaluces, García Lorca y Rafael Alberti, que se me habían acercado con recochineo:

—¡La amante del rey en nuestra humilde vivienda!

Pero Juan me dijo que no les hiciera caso, mientras no dejaba de besarme y el mundo se desvanecía en un remolino que lo arrastraba todo, presente, pasado y futuro.

¡Me pudo el deseo, ese tren desbocado!

¡Estuve tres días sin poder caminar, ni sentarme, ni orinar!

Me echaba a oscuras en mi cama, que tú aún no conocías, y repetía tu nombre, Juan, Juan. Juan... Repasaba cada una de las caricias, cada una de las palabras; ¡los silencios, los gemidos, el sabor de tu boca! El de tu semen, tan abundante que podía llenar un vaso.

Mi cuerpo era distinto porque lo habías tocado tú, aquí, en este pliegue te habías detenido; yo había montado a la amazona encima de tu sexo y me había dejado caer sobre tu pecho, sacudidos ambos por un placer interminable que no se acababa nunca.

Y trataba de excusarme, de engañarme, de tender añagazas para que mi falta fuera menor. Los hombres, ¿no tienen asuntillos puramente sexuales y no por eso dejan de querer a sus esposas? ¿Por qué yo no podía hacer lo mismo?

Mis armarios estaban repletos de ropa que solo podía lucir en casa porque no iba a parte ninguna, ¡una vez me atreví a acudir al tiro de pichón y Leticia Dúrcal había maniobrado para que me expulsasen! Mi casa era la más lujosamente amueblada de Madrid, no me superaba ni el palacio de la princesa de Hohenlohe, en mis joyeros ya no cabían más alhajas, tenía un cocinero que había estado en el Maxim's de París, un lacayo que había servido en Liria, criadas, jardineros, guardias, chofer, niñeras para Teresita, el médico y la comadrona mejor pagados de España para atender mi parto, con mis padres viajando a tomar las aguas cuatro veces al año y con mi futuro y el de mis hijos cubierto para siempre por una cuenta en Suiza. ¿Podía quejarme?

Pero era una mujer sola, sola recibía a mis amigos.

En verano se iban de gira, o a la playa con su familia. En Navidad sus casas se llenaban de gente. Se peleaban, se querían o se odiaban, se enamoraban, se anudaban o desanudaban. Me llamaba María Fernanda:

—Nos vamos a Hollywood; nos ha liado Edgar Neville, dice que allí el dinero corre por las calles y que nos va a presentar a Charlot, ¿qué te parece?

Como cada vez que se hablaba de mi profesión, sentía un pellizco en el alma, pero lo disimulaba:

—¿Charlot? Es un genio.

Me llamaba Colombine:

—Me voy a Estoril, Ramón me necesita.

Me llamaba Carola:

—Desde que se murió doña María, Fernandito se empeña en darle el apellido a nuestro hijo, pero yo le digo que...

—¿Qué?

—Que a la mierda.

Porque las egregias también se morían y la Guerrero lo hizo con las botas puestas. Estaba ensayando *Doña Diabla*, se puso amarilla y era que sus riñones habían reventado. Tardó una semana en morir y todas las noches le decía a su marido:

—Vestidme y vamos al teatro.

Yo escuchaba y no tomaba partido, ninguna de mis amigas me preguntaba sobre mi vida.

¡La serenidad y el hermetismo de la mujer sola! Y es que cuantas más comodidades me ofrecía, cuantos más caprichos me concedía, menos veía a Alfonso.

Si protestaba, gruñía de forma ofensiva:

—En mi vida existe el pequeño detalle que quizás tú aún no has descubierto y es que tengo que gobernar un país de trogloditas.

¡También lo gobernaba cuando tuvimos a María Teresa, y se estuvo dos meses a mi lado en Florencia! ¡Como si alguien necesitara al rey!

Después de mi rasgo en el Fontalba, cuando fui presentada a la reina, Alfonso pasó la noche en casa, encendido de nuevo porque en el teatro había visto que los hombres me deseaban, aunque yo pensaba en Juan Chabás y no sentía remordimiento, sino añoranza y deseo brutal por el ausente. Pero, como si esa noche se hubieran lanzado las últimas salvas, las de despedida, mi soldadito tardó mucho en regresar. Y si lo hacía era únicamente para sentarse en el gabinete encendiendo un cigarrillo con la colilla del otro, hablando con nerviosismo de la situación, confesándome con lengua torpe que me costaba entender miedos inexplicables, pensamientos tortuosos:

—Me quieren envenenar, quieren poner a Juan en el trono, que solo tiene diecisiete años... ¡Y Ena de regente! —Ahora, cada vez que nombraba a su mujer, extendía el meñique y el pulgar para anular la *jettatura* que, según él, llevaba la reina—. Claro que Romanones ha dicho que el rey ideal sería Jaime, que, sordo, mudo y tonto, nunca se metería en nada, ¡y se cree gracioso el enano narigudo!

Yo trataba de consolarlo, pero mis palabras no tenían convicción y él apenas me escuchaba. Una vez, esa sí que fue la última, me llevó a la habitación, nos desnudamos, se puso de rodillas a mi lado sobre la cama y se masturbó hasta que eyaculó encima de mi pecho. Fue un acto silencioso, mecánico, absurdo. Después cayó abatido a mi lado en un silencio lleno de angustia, la habitación convertida en el vasto y frío sepulcro de nuestros sentimientos.

Se vestía con ademanes tan fatigosos como si en vez de traje se pusiera una armadura de un centenar de kilos. Alfonso había perdido la prontitud airosa de sus ademanes, la mirada vivísima que lo escudriñaba todo, la simpatía castiza, aquella dignidad natural que lo convertía en el centro de todas las miradas. ¡Chasqueaba los dedos como un chulillo de

los Madriles produciendo en la gente un deslumbramiento de fuego fatuo que hacía reír aun sin quererlo!

Ahora era un hombre tan gris y vulgar como un chupatintas de ministerio, era ya una planta marchita recién arrancada del suelo. De pronto Torres llamaba a la puerta y le pedía:

—Señor, deberíamos irnos, hay elementos anarquistas sueltos por Madrid y no conviene que vuestra majestad esté en la calle.

Aún venía a mí y me preguntaba con la voz rota:

—Tú me quieres, ¿verdad, Carmela?, ¿quieres a tu soldadito?

Porque a pesar de los ostentosos uniformes y de sus largos años en el poder, a pesar de su corte de aduladores, Alfonso llevaba un niño dentro. Y un niño muy asustado.

El Caballero Audaz me informaba puntualmente de su lento descenso a los infiernos:

—Los peores son la camarilla que lo rodea... Le ponen una cara delante, le dan la razón en los mayores disparates y luego todos conspiran para quitarlo del trono y expulsarlo de España porque dicen que ha perdido la cabeza. Mira, los guías turísticos de Madrid, cuando enseñan el Palacio Real explican: «Aquí vive el último monarca».

Mi tocador, con tanto hombre —porque Carretero mide casi dos metros—, tanto humo, tanta palabrería, se había hecho pequeño, diminuto, y me asfixiaba. Fui a abrir la ventana y en ese momento, cuando ya había olvidado que Juan tenía que llamarme, sonó el teléfono. Mi amigo me dirigió una mirada de conmiseración.

—Va, cógelo, hetaira.

Salí al pasillo y ya iba a decir: «¿Juan?», poniendo esa voz especial que solo tienes para el enamorado, cuando oí lo que parecían unos sollozos a través del auricular. Alarmada pregunté:

—¿Quién es? Alfonso, ¿eres tú?, ¿qué pasa?

Se puso Torres de Mendoza y me explicó con serenidad:

—Su majestad quería avisarla de que esta madrugada se ha muerto la reina.

Yo grité sin querer y se me pasaron por la cabeza un millón de cosas, pero, sobre todas las cosas, una: ¡la compasión! Sin darme cuenta se me llenaron los ojos de lágrimas.

—¡La reina! Pero ¿cómo ha sido? ¿Un atentado? ¿Un golpe de Estado? De enfermedad no puede ser, es joven aún...

El hombre me contestó con extrañeza:

—Bueno, tiene..., perdón, tenía setenta años. Ha sido un ataque al corazón.

Solté el teléfono como una sonámbula.

Se había muerto la reina de su Bubi. No hay dolor más grande para Alfonso.

Se acercó Carretero con expresión preocupada:

—Carmela, ¿qué pasa? ¡No te irás a desmayar!

Así consiguió el Caballero Audaz la exclusiva de la muerte de la que fue reina de España durante diecisiete años, Cristina de Habsburgo Lorena, y fue el primero en publicarlo.

No sé cuánto tiempo estuve sin ver al rey. Miento. Vino al cabo de una semana, pero ya no era el rey. Era la sombra de sí mismo, en el punto más bajo de su melancolía negra, con todos los síntomas de una enorme y opresora pasión de ánimo tan lúgubre como la muerte. Estaba pálido y descompuesto, su bigote parecía pintado.

No dejó que lo abrazara, como si tuviera el cuerpo herido se movía forzosamente. Se sentó en una silla, olía mal.

—Le puse una inyección directamente en el corazón, ¿sabes, Carmela?, no sé cómo pude hacerlo. —Se miraba las manos con horror, como si fueran las manos de un asesino—. Se le arqueó la espalda, iera como dar patadas a un caballo muerto!

Me estremecí.

Rompió a llorar de forma intermitente, como los que no tienen costumbre de hacerlo, con lágrimas viejas, ilas lágrimas de toda una vida! Todas sus penas estaban saliéndole por los ojos, pero ni aun así podía calibrarse la dimensión de su dolor; yo solo sabía que era infinito.

Y yo también lloraba, un llanto pequeño y avergonzado. Porque no era por la reina, ni siquiera por Alfonso. ¡Lloraba por mi leal compañera la Greñúa! Esa mañana se había ido sin molestar y su muerte no era importante para nadie, excepto para mí. A los pies de mi cama, tenía las patas tiesas, y el hocico entreabierto dejaba ver la doble fila de blancos diente-cillos. ¡Un perro muerto es lo más muerto de todo! Me abracé a ella y no me avergüenza confesar que la estuve acunando como si se tratara de un hijo.

Alfonso no vino al nacimiento de Leandro, el 21 de abril de 1929, pero sí estuvo Juan Chabás, nervioso como un padre primerizo. Fumaba en el jardín y esperaba que mamá le llevara la noticia de que el trance había pasado. Cuando le dijo que era un chico, Juan entró en la habitación, se arrodilló en el suelo a mi lado y me dio las gracias.

La comadrona y el doctor Gutiérrez Balbás, hijo del conde de San Diego, que había atendido a la reina en sus partos, intercambiaron una mirada de asombro y el médico reflexionó en voz alta:

—Hum, yo creía que... —Cogió su maletín para irse, pero antes, por lo que pudiera ser, se acercó a Juan tendiéndole la mano—. Muchas felicidades, es un chico precioso.

Juan, creo que inconscientemente, estrechó la mano con fuerza y agradeció la felicitación, y como papá lloraba a moco tendido, el médico se volvió a él y preguntó con delicadeza, temiendo meter la pata en aquella situación familiar que no acababa de explicarse:

—Usted es...

—¡El abuelo! ¡Eso sí que no tiene vuelta de hoja!

Me reí silenciosamente desde la cama y los puntos internos me tiraron horrorosamente hasta hacerme saltar las lágrimas.

Alfonso no vino a ver al niño hasta después de nueve meses, acababa de destituir a Primo de Rivera y había formado un nuevo gobierno «de saldo», según decía él mismo, formado por muchos condes y duques bajo las órdenes de otro general, Berenguer.

Solo subió a la habitación de Leandro por insistencia mía.

—Ya sabes que los bebés me aburren.

Pero tampoco preguntó por la niña, Teresita, que ya tenía cuatro años y vigilaba tímidamente desde la puerta a aquel señor de piernas largas que era su papá, pero que le daba un poco de miedo.

Pasamos a mi gabinete. Yo iba a hacerle algún reproche, más por costumbre que por que tuviera motivo, cuando él se adelantó:

—Carmela, ya sé que estás con otro... —Iba a negar, a protestar, pero me callé porque me di cuenta de que lo sabía a ciencia cierta y de que no iba a enfadarse—, no te lo reprocho, pero no te alabo el gusto; un poeta sin un duro te cansará porque tú te has acostumbrado a todo esto.

Miró a su alrededor, al rico mobiliario, a los cuadros caros, a mi ropa de París, la casa entera, en suma, que, con todas las luces encendidas, parecía un auténtico palacio real. Se calló y aquí hubiera podido reprocharle sus relaciones con Neneta Valencia o el *affaire* con Ileana que me había contado el Caballero Audaz, pero la verdad es que no me

atreví. Y no me atreví porque, por primera vez desde que lo conocía, pensé que eso pertenecía al pasado y que, quizás por primera vez también, me era fiel aun sin pretenderlo.

Los muertos en vida son fieles porque no tienen más remedio.

Como si me adivinara el pensamiento, confesó con una leve sonrisa:

—No consigo dormir desde que se ha muerto la reina..., mi madre, aunque le pida morfina a Florestán. —Era su dentista, al que apreciaba tanto que incluso lo había ennoblecido con el título de conde—. Solo me siento tranquilo cuando voy a rezar sobre su tumba al pudridero del Escorial. ¡Está tan sola allí!

Callé y bajé la cabeza. No sabía qué decirle. Prosiguió con voz átona:

—Estoy marcado por la maldición de Ena, ya sé que no es ni científico ni racional, pero lo siento así.

Le cogí las manos apenada.

—Pero, Alfonso, ¿por qué no hablas con los médicos?

—El doctor Marañón dice que tengo una enfermedad del alma llamada depresión, pero yo sé que es una *jettatura* de mi mujer y que mi vida está señalada. Solo me queda apurar hasta el fin mi copa de dolor e infortunio.

Intentó sonreír y me miró con cariño.

—Ha habido muchos tiempos buenos, ¿no, gigantona?

Me emocioné al escuchar el apelativo íntimo y le contesté:

—Ha sido más que eso, Alfonso..., yo te he querido mucho.

—Hablas en pasado y me entristece porque yo te sigo queriendo.

No pude contenerme, me puse a llorar con un llanto suave, expresión de dolor verdadero, y en un gesto que tenía mucho de simbólico, me arrojé a sus pies, le cogí las manos largas y blancas, tenía las uñas planas y el índice curvado y amarillento de los grandes fumadores, abrí las palmas como un libro y hundí mi rostro en ellas.

—Yo también te quiero, Alfonso, cómo no voy a quererte, itodo lo que tengo te lo debo a ti!

Se echó a reír con amargura.

—Tú me has dado más a mí que yo a ti, pero dejemos eso, no quiero arrastrarte en mi desgracia, Carmela, pero me gustaría seguir cuidando de ti y viéndote. Espero que no le moleste a tu... trovador.

Y yo, para que su orgullo se sintiera en igualdad de condiciones, le dije:

—Y yo espero que no se moleste tu... Neneta.

Pero a él se le ensombreció el semblante, no solamente porque quizás no era verdad lo que contaban, sino porque se dio cuenta de que ya no me importaba y que fingía celos por compasión.

Me dolió que no hiciera alusión ni a Teresita ni a Leandro, pero me apresuré a asentir sin palabras.

Al final, para borrar el mal efecto de la dictadura y, sobre todo, por la presión de la prensa y de los políticos, el Gobierno no tuvo más remedio que convocar elecciones municipales para el día 12 de abril de 1931.

Se enfrentaban dos grandes grupos, la coalición republicana-socialista y los monárquicos. Dos días antes, Jimmy Alba me llamó por teléfono.

—No te preocupes, Carmela, ganaremos como siempre.

En broma pregunté:

—¿Y tú, a quién votarás?

Se rio.

—A nadie, porque hoy me voy a Saint Moritz, pero dejo el pabellón muy alto; al rey no le faltarán apoyos, como no le han faltado en ningún momento.

¡Qué gran ceguera, qué error más estúpido!

Como las mujeres no podíamos votar, pero tenía curiosidad por ver cómo se desarrollaba la jornada, me tuve que limitar a acompañar a papá a su colegio electoral en la Casa de la Moneda en la plaza Colón, porque él seguía empadronado en la calle Lagasca.

Fuimos a las ocho de la mañana para que no me reconocieran, aunque la votación empezaba a las nueve. Ya había colas impresionantes. Chicos con mono, oficinistas de corbata, funcionarios, obreros, un abogado que conocía papá, incluso delante de nosotros estaba el hijo del conde de Romanones con una bandera tricolor prendida en la cinta de su sombrero.

Todos ondeaban orgullosamente la papeleta republicana, que los interventores de la coalición no daban abasto a repartir.

—Compañero, ¿tienes tu papeleta?

Un anciano le explicaba a su nieto:

—Todos los males de España desaparecerán cuando se vaya Alfonso XIII.

Había un clima excitante de euforia y verbena, un perro meó contra la puerta, la chiquillería jugaba a perseguirse, un hombre de aspecto extranjero tocaba una cancioncilla irreconocible con una armónica y las muchachas libertarias, que no podían votar porque eran mujeres y además se lo prohibía su sindicato, fumaban cigarrillos con las piernas desnudas sentadas en los parterres de la plaza. Llevaban pañuelos rojinegros al cuello y cantaban:

*Alirón alirón
Alfonsito es un ladrón.*

Los interventores monárquicos, que llegaron tarde porque no estaban acostumbrados a madrugar, no tuvieron apenas trabajo, ya que nadie quería sus papeletas, y se limitaron a observar con indolencia el rumbo de los acontecimientos. Y es que Jimmy no era el único noble que había desertado de su obligación de votar. Como era un domingo claro y soleado, muchos se fueron a cazar a sus fincas en la sierra, a sus cigarrales en Toledo, de excusión con sus coches a la Granja o al Escorial, o a jugar al golf al Club Puerta de Hierro.

Un sacerdote que paseaba agitando nerviosamente la papeleta republicana le comentó a un compañero suyo:

—En el distrito de palacio los propios servidores palaciegos están votando contra Gutiérrez.

Cuando ya casi nos tocaba el turno, me rozaron el codo. Me volví con miedo, creyendo que alguien me había reconocido a pesar de que me había puesto una gorra con visera que me había traído Antoine de París. Era el hijo del general Primo de Rivera, el José Antonio que nos había hecho de *chauffeur* en aquel célebre homenaje, que me estrechó la mano y me presentó al grupo de amigos que lo rodeaban con cierto aire de guardia pretoriana. Llevaba un brazalete negro de luto por su padre, que había muerto en París a los dos meses de exiliarse. Le di el pésame y me dijo en voz alta, dirigiendo una mirada retadora a su alrededor:

—Se murió triste y, todo hay que decirlo, se murió pobre.

Luego me acarició seductoramente con sus grandes ojos castaños.

—Lástima que usted no pueda votar, yo soy partidario del sufragio femenino.

Le pregunté si se presentaba, y me informó:

—Por la Unión Monárquica Nacional. —Se dirigió a mi padre y alzó la voz—. ¡Si es usted un hombre de orden, debería votarnos!

En la cola, un mecánico con uniforme le dijo a otro en tono perfectamente audible:

—Mira, es el hijo del sifilítico, del generalito de la Caoba.

José Antonio lo oyó, se desvanecieron sus maneras caballerosas, emitió un rugido de fiera iracunda y se abalanzó sobre el hombre lanzándole un gancho boxístico que le hizo sangrar por las narices. Los amigos del operario se lo llevaron mirando torvamente a José Antonio que, sujetado a su vez por sus compañeros, gritaba:

—Cobarde, si tuviera aquí una pistola, verías.

Y el otro, trasportado en andas, trataba de evadirse y galleaba:

—¡Señorito, marqués!

—Marqués sí, ide Estella! ¡Y Grande de España! ¡Pero señorito nunca!

Papá me apartaba con miedo y evitábamos mirar a José Antonio, mientras el otro, rabioso, desde la calle daba coces para que lo soltasen y rugía:

—Chulo como su padre, desgraciado.

Como una bestia rabiosa consiguió zafarse José Antonio de la tenaza de sus amigos dejando la americana en sus manos, y en mangas de camisa le sacudió al primero que se le puso por delante. La fila se desbarató, mi padre y yo nos refugiamos detrás de una mesa, hubo refriega, puñetazos, gritos, hasta que apareció un guardia de asalto y dispersó porra en mano a los alborotadores.

El herido, el que sangraba por las narices, no tardó en reincorporarse a la fila, papeleta en alto, proclamando rencorosamente:

—Para luchar contra estos canallas es por lo que hay que votar republicano.

Hubo un conato de aplauso y uno gritó:

—¡Viva la República!

Papá me susurró:

—Hijita, creo que tu Alfonso está perdido.

A pesar de que Juan nos había hecho prometer antes de irse a Denia que votáramos a los republicanos, le supliqué con un último miedo en el vientre y como si eso sirviera de algo:

—Papá, vota a la monarquía.

Pero mi padre se sulfuró y me dijo con altivez:

—Carmela, seré tu padre, pero ante todo soy un hombre libre.

Y esgrimió orgullosamente su papeleta a favor de la candidatura republicana.

Fue un triunfo completo y aplastante. La República ganó en todas las capitales de provincia menos en nueve, ien Barcelona, en Madrid y también en los lugares de veraneo de la familia real, Santander y San Sebastián! Tan solo apoyaron las candidaturas monárquicas Ávila, Burgos, Cádiz, Lugo, Orense, Palma de Mallorca, Pamplona, Soria y Vitoria, y ocho mil ayuntamientos rurales de menos de diez mil almas.

El martes día 14, la bandera republicana se alzó en el balcón principal del Ministerio de la Gobernación de Madrid. A las seis de la tarde, la puerta se abrió de par en par y un piquete de la Guardia Civil apareció en el zaguán con las armas desenfundadas. El comité revolucionario, presidido por Azaña, Alcalá Zamora y Largo Caballero, con la Puerta del Sol detrás repleta de una masa vociferante que les daba vivas, entró y les ordenó con voz de mando:

—¡Señores! ¡Paso al Gobierno de la República!

Se hizo el silencio, todos se inmovilizaron, como una fotografía. Fueron unos segundos de tensión en los que se mascaba la tragedia y que aquellos políticos, en su mayoría intelectuales que no habían salido apenas de sus despachos, cátedras o bibliotecas, aguantaron a pie firme, sabiendo que la Historia estaba de su lado. Después, lentamente, los guardias civiles bajaron los fusiles, abrieron el paso en dos filas, presentaron armas y así se murió la monarquía.

Papá oyó por radio que Alfonso debía salir de España antes de que se pusiera el sol.

Me llamó Juan Chabás desde Denia. Estaba eufórico, lleno de planes, les había hablado a sus padres de mí y querían conocerme.

—Empezaremos una nueva vida, Carmela, ¡ha llegado nuestra hora! Tú harás obras de teatro revolucionarias que escribiré para ti y en verano vendremos a mi casa, cuando veas el mar...

Yo le decía que ya lo había visto y él me respondía con fiereza:

—¡Este no!

El personal masculino de casa, que había votado por la república, se quitó uniformes y todo signo de servidumbre y se fue a Madrid a celebrarlo, ebrios de entusiasmo, sin dar ninguna explicación. Filomena y

Paca se cruzaron de brazos y se negaron a realizar ninguna tarea. Miss Gaynor hizo sus maletas y desapareció.

Teresita jugaba con su muñeca gigante en el jardín, mamá le ayudaba a darle chocolate, que era el barro que se formaba alrededor de la fuentequilla. A Leandro lo encontramos tratando de encender fuego en la alfombra del salón. Papá le dio una tunda y sus berridos ascendían hasta la torre, donde subí a refugiarme. Me tendí sobre un diván con los oídos tapados. Mi mundo, como el rey, también se desmoronaba. Me sentía demasiado vieja para los nuevos tiempos.

A las seis y media de la tarde sonó el teléfono. Era Alfonso. Su voz sonaba tan nítida como si estuviera a mi lado. Iba a decirle algunas palabras de consuelo, pero me interrumpió:

—Déjate de bálsamos, Carmela, no los necesito, no olvides que nací rey, que lo soy... —una pausa—, que lo era...

—Sigues siéndolo.

Me cortó sin prestarme atención, con frases tan precisas como pedradas:

—He dejado el trono, ya he escrito mi carta de renuncia y no hay tiempo que perder porque los acontecimientos se precipitan; me voy al extranjero y quiero llevarte conmigo.

Enmudecí. Tartamudeé. Solo pude preguntar:

—¿Y la reina?

—Me voy solo, es decir, contigo. La he dejado para siempre. Se irá mañana por su cuenta con los chicos, nuestras vidas a partir de ahora van a estar separadas.

Se instaló un largo silencio entre los dos, crepitaba la línea y la operadora decía:

—¿Hablan? ¿Se ha cortado?

Alfonso levantaba la voz, que se le quebró en un gallo casi adolescente:

—Por favor, ven, Carmela, es nuestra oportunidad; tener la vida que siempre has querido, viajaremos, nos estableceremos donde tú quieras.

—Pero...

—Te necesito, Carmela, por favor —se le rompía la voz, volvía a elevarse en un falsete que no le conocía, trataba de que me apiadara de él—. Ya sé que no soy tan buen partido como antes, pero te necesito, ven, por favor. No puedo pensar en otra persona que no seas tú, solo confío en ti.

Quiso tomar mi silencio como aquiescencia y me advirtió sin dejarme hablar:

—Prepara algunas cosas, luego ya dispondrás del resto... Hemos preparado tres coches, yo voy con mi primo Ali y con Torres de Mendoza; en media hora te recojo y luego vamos a Cartagena, nos está esperando el *Príncipe Alfonso* para llevarnos a Marsella.

Me hacía daño escucharlo, quería que se callara, pero proseguía alocadamente:

—¡Y luego a París! ¡París es nuestra ciudad!

Yo argüí con voz débil, tratando de ganar tiempo:

—¿No era Florencia?

—Pues Florencia, mi amor, compraremos una villa en la Toscana, tengo parné... Florencia, sí, ¡las puertas del paraíso!

—¿Y los chiquis?

—¿Cómo?

—Los niños, Alfonso.

Se quedó desconcertado, calló unos segundos que para mí fueron siglos, océanos, fueron precipicios insondables, fueron territorios, fueron muros infranqueables, y luego respondió vagamente:

—Ah, sí, los chiquis... —Los había olvidado, y eso fue una cuchillada en mis entrañas—. Que se queden con tus padres y luego ya mandaremos a por ellos.

Colgó.

Me senté a oscuras en la habitación.

No podía ser. Las agujas del reloj no podían ir hacia atrás. Yo tenía a Juan, a mis hijos, ¿y mis padres? ¡No quería renunciar a ellos! ¡Irme, de noche, dejándolos a todos, como abandonan esos desalmados a los perros que luego recogemos en el refugio de Carabanchel!

Me levanté y miré a través de las persianas el jardín, pero en realidad no lo veía. Lloré con sollozos tranquilos y sin esperanza, sabiendo que, por muchos acontecimientos que me ocurrieran en el futuro, lo mejor de la existencia quedaba a mis espaldas. ¡Los horizontes que había tenido hasta entonces ahora quedaban atrás!

Fue atardeciendo, se oía la algarabía lejana del lejano Madrid. Himnos, bocinas de automóviles, trompetas, tambores, hacia el Palacio Real se veía un fulgor amarillento, pero no sé si eran fuegos artificiales u hogueras.

Pasó un coche pequeño y descapotado, seguramente perdido, abarrotado de muchachos, haciendo sonar el claxon. Una chica puesta de

pie, con camisa de hombre y gorro frigio, hacía ondear una enorme bandera republicana.

Gritaban:

—No se ha ido, lo hemos echao.

Y también:

—Viruta, viruta, la reina es una puta.

Haciendo eses, desaparecieron en dirección a la ciudad.

La casa permanecía a oscuras, nos habían aconsejado no encender ninguna luz para no provocar un ataque de elementos incontrolados contra la amante del rey. Dos soldados hacían guardia frente a la puerta y se paseaban arriba y abajo, fusil al hombro.

Por la mañana obedecían al rey, por la noche, al volver a la escuela de policía, al Gobierno de la República.

De pronto, horadaron la oscuridad las luces de varios automóviles. Ninguno de ellos llevaba las armas reales, tenían los cristales tintados. Se detuvieron sin ruido delante de la verja. Hubo un momento de indecisión y al final se abrió lentamente la portezuela del más veloz y moderno, el Duesenberg, y bajó Alfonso.

La luna iluminó su rostro cadavérico, con manchas vinosas en el hueco de los ojos y en los labios. Iba con traje de franela. Nunca más se vestiría de uniforme.

Avanzó a tientas por el jardín en sombras. Abrí la puerta, que proyectó una raya de luz en el suelo, descendí los cuatro escalones arrebujándome en un chal porque hacía frío. Las rosas impregnaban el aire de un olor tan fuerte que parecía podredumbre.

Era una escena fantasmal, unas nubes oscuras se paseaban a jirones por el cielo, donde todavía había un resto de luz.

Y con el tono de voz más triste del mundo, Alfonso afirmó más que preguntó, le temblaba el labio inferior:

—Así, no vienes.

Denegué mudamente.

Se tambaleó. Bubi se había quedado solo.

Inesperadamente, me cogió una mano blanda y se acarició con ella la mejilla. Varias veces, arriba y abajo, del ojo a la boca, de la boca al ojo, y la dejó caer.

Se dio la vuelta, oí un sollozo, pero quizás era el canto de un pájaro.

Se cuadraron los soldados a su paso, él se irguió, pareció crecer unos centímetros y se llevó desenfadadamente dos dedos a la frente. Fue rey todavía unos segundos más.

Y esa fue la última vez que lo vi.

Juan. Juan. Juanito.

Me faltan tres meses justos para cumplir cuarenta años.

Ven, por favor. Ya sabes que no puedo moverme de la cama, ¡he perdido tanta sangre! ¡Ríos de sangre brotándome de entre las piernas! ¡Cuánta, cuánta sangre!

¡Fuera, fuera, maldita mancha!

¡El infierno es sombrío!

¿Quién iba a pensar que un viejo tuviera tanta sangre?

Me ahogo, cuando toso me duelen las costillas. Ay, ayuda para lady Macbeth. ¡Al final, no voy a interpretarla nunca!

¿Sigues ahí, Juan?

Estás moviendo el visillo, ¿verdad? Haces sombras chinescas para que nos divirtamos los chiquis y yo. Nos tumbábamos en el jardín de noche, de cara al firmamento, y tú movías ramas, movías dedos, ponías las manos en forma de pato, de mariposa, de perro que ladraba...

¡Los perrillos! ¿Dónde están Romeo y Julieta?

Ya no quieren entrar en la habitación. Oigo sus patitas correr por la casa, oigo que se detienen en la puerta, los llamo:

—Romeo, Julieta...

No son novios, no son hermanos; los traje del refugio de Carabanchel, son pequeños y feúcos, pero si no los quiero yo, ¿quién los va a querer?

(Acordarme de llamar a Raquel para agradecerle el último envío: la corona que le había regalado el príncipe Orloff, la ha comprado Piedita Hohenlohe por ochocientos duros. Decirles a las dos que se ocupen de mis animales cuando yo ya no esté.)

Juan. Ah, ven, siéntate aquí.

Mírame. No, mirarme no, que ya sé que estoy fea. Esta enfermedad empezó a derrotarme hace un año por dentro, ¿te acuerdas? Primero se comió los ovarios, yo dije:

—Me han vaciado.

Y tú me reñiste:

—No eres una vasija.

Después fue la matriz y después ya no cortaron más porque no había nada que cortar. ¡No me iban a sacar el corazón, digo yo!

Claro que ya no me quedaba entero porque un trozo se había ido con Alfonso cuando salió de España. Esa noche hubiera podido marcharme con él, ¡cantaba un pájaro! ¡Es de lo que más me acuerdo!

Ya sé que soy una cursi, no me lo repitas.

Sí, Juan, en esta hora suprema en la que uno se muere te lo confieso: lo he amado, a Alfonso. Lo he amado más que a nadie. Queriéndote mucho, más que a ti.

Pero no lo has notado, ¿verdad? He procurado ser una buena compañera. ¡Tenías tantos planes conmigo! Hacer Racine, Berstein, Ibsen..., lady Macbeth...; al final no fuimos más allá de la inevitable doña Inés y del inevitable Lope de Vega, pero los planes estaban ahí. ¡Queríamos dar a luz el nuevo teatro revolucionario, digno de la nueva República, y no pasamos de Arniches y los hermanos Quintero! Pero estábamos llenos de buenos propósitos. Y lo que cuenta es la intención, ¿no? O eso dicen.

Aquí entre tú y yo y ahora que no nos oye nadie, nunca supe qué era el teatro del absurdo.

Tus amigos me animaban:

—Juan te convertirá en la Duse, en Mariana Pineda...

Para ellos no he sido otra cosa que una curiosidad, una debilidad tuya, un fenómeno de feria. Esa María Teresa León se burlaba a mis espaldas y a lo que no eran mis espaldas: «¡La querida del rey es una pobre ignorante! ¡Hace méritos para ser uno de nosotros!». Venían a casa y lo miraban todo, como si fueran los hombres de los embargos. Y luego contaban en los cafés el lujo trasnochado en el que vivía la Moragas y qué suerte Juan Chabás, que se la ha camelado a base de poemas y ojos verdes.

¡Horteras! ¡Se las dan de proletarios y ninguno de ellos sabe lo que es trabajar de verdad! ¡Ya los quisiera ver haciendo cuatro funciones diarias y aprendiéndose una obra nueva cada semana!

Eso que yo me esforzaba, Juan, te lo juro; Madrid era distinto y yo también traté de serlo. Prescindió de joyas, de vestidos lujosos, de peluquero francés y de lacayos. Me hice de la UGT e iba a las reuniones del sindicato con boina y calcetines, pero un día una «camarada» me empujó y caí al suelo, no me ayudaron a levantarme. No te dije nada, pero no volví.

Vino un periodista de *La Voz* a hacerme una interviú:

—¿Carmen Ruiz Moragas vuelve al teatro por impulso soberano?

Yo contesté, en un raptó de ingenio que se me ocurrió en aquel momento:

—¡No, vuelvo por impulso republicano!

Tus amigos me aplaudieron desdeñosamente, decían que se notaba que la respuesta me la había dictado Juan Chabás.

¿Y el día en que acepté ser jurado del certamen de belleza Primera Señorita Republicana y le coloqué una banda y una corona de cartón a una obrerita de Lavapiés?

Un gracioso le quitó la corona y la puso en mi cabeza, y esa foto salió en todos los periódicos:

*La corona de cartón
no será para ningún Borbón.*

No te enfades, Juan, por favor, pero me duele recordar cómo tus amigos venían y escudriñaban las habitaciones buscando a mis hijos. Un día me encontré a Zenobia, la mujer de Juan Ramón Jiménez, mirándolos mientras dormían. ¡Los hijos del rey!

¿Se parecerían a él?

Odiaban a Alfonso, pero al mismo tiempo les fascinaba. María Teresa llevaba una pistolita con las cachas de nácar y decía que le gustaría apuntarle al corazón.

Juan, Juanito, no me lo niegues..., déjame hablar, ya estaré callada para el resto de la eternidad. Figúrate tú cuánto tiempo será eso, será tan largo y tan tedioso como una obra de Echegaray por lo menos.

Sí, mi amor, pásame por los labios un algodón con agua... No, no te acerques tanto.

Espera, Juan, ino te vayas! Mira qué gracioso, te vas a reír, voy a tocar las castañuelas, tirin, tirin, como le hacía a... No, no puedo mover los dedos, los tengo agarrotados. Ni siquiera puedo contar las

campanadas del reloj de los zares que están sonando ahora. ¿Ha llamado? No me lo ocultes por unos celos mal entendidos, piensa que ahora nuestras almas son tan puras como las de los ángeles. Es que he oído el teléfono y me ha parecido que Filomena decía que estaba descansando.

¿Era la López Heredia?

Ja, ja, ja, esa mala puta, la importancia que se daba en América, ¿te acuerdas?

¡Es verdad, chico, tú no estabas!

Pero, sí, hombre, me regalaste a Titán. Juan, Juanito, Titán tenía las patas finas como palillos. No, a la Greñúa la encontré en el Lion d'Or, que no se me ha ido la cabeza aún.

¿No eras tú? Era el tauricida, ¿cómo se llamaba? Rodolfo Gaona.

Tenía los ojos negrísimos y quería mucho a su madre. Tú también quieres a mis chiquis y sé que vas a cuidar de ellos y de mi padre porque eres una buena persona. Menuda carga pongo sobre tus hombros, Juan.

¡Dame las manos!

Mamá se marchó antes, para abrirme camino; sé que vendrá a buscarme, debe haber montado su altar allí arriba, pero de carne y hueso. ¡Se cansarán los santos de estar inmóviles para que ella les rece! ¡Con lo pesada que es!

Ja, ja, ja.

Ah, no te ríes, ¿no entiendes lo que digo? No tienes sentido del humor, Juan. Nunca me he reído contigo como me reía con Alfonso.

No te enfades, Juan, Juanito... No te vayas, por favor.

Sé que ya has encargado la caja.

(Hablar con el administrador de Jimmy para que siga enviando los giros todos los meses, pero a nombre de papá.)

Una cosa más, Juanito. Pero deja de llorar, *ridiós*, como decía Paquita Escribano... Paquita Escribano, ¿quién era? El caso es que me suena. Qué cosa más tonta no acordarme.

Morales. ¿Se oye o no se oye?

No jures por la luna, no.

La luna inconstante que cambia cada mes su órbita redonda.

No sea que tu amor, como ella,

se vuelva caprichoso.

Deja de llorar, puñetas, que no es para tanto morirse, ¡son gajes del oficio! Mira, algo bueno tiene, no veré la guerra que está a punto de empezar. ¡Os dejo esa papeleta!

¡El teléfono! ¡Oye, el teléfono!

¿Qué pasa que esas malditas mujeres no lo cogen? ¡La casa llena de gente y nadie atiende a lo importante! ¿Será él?

No te enceles, Juan, es natural, querrá despedirse, han sido muchos años de estar juntos... Ah, era el Caballero Audaz...

No, Alfonso no ha llamado en estos cinco años que han trascurrido desde que se fue, y desearía que no me lo restregases por el morro.

¿Qué hora será? ¿Escucharé los relinchos del caballo que trae la leche a primera hora de la mañana? El hombre dirá: «Aaaarreee, Lucero», y yo ya no lo oiré. ¡Ya no oiré nunca más los ruidos cotidianos con los que se despierta la casa! No me daba cuenta de cuáles eran, pero ya los estoy echando a faltar. ¿Podrías adelantarlos, como se celebran los reyes magos en junio para los niños con cáncer?

Mira qué bien, ahora no me duele nada. Después de tantos meses de sufrimiento, ahora no me duele nada, ¡estoy como una rosa de Alejandría!

¡Señora Moragas, a escena!

No me he vuelto loca aún, Juan, no te preocupes, es que estaba pensando que la situación tiene algo de salida a escena. ¡La última función! Mamá, ven a buscarme ya, por Dios, que esto se está haciendo muy largo; Cristo de la Buena Muerte, ayúdame.

Un momento, Juan, me confieso a ti, porque te he dicho que no quiero curas cerca. Absuélveme, por favor.

Voy a ponerme de rodillas. ¡No puedo! Ya ves que no puedo moverme. Me pongo de rodillas por dentro.

Persígnete tú también. En el nombre del Padre y del Hijo, perdóname, Ena, el mal que te he causado. Y del Espíritu Santo, te ofrezco mi dolor, aunque tú nunca vayas a enterarte. Ena, ¿hemos merecido este castigo?

¿Te pusiste las cremas que te envié?

¿Cuánto, cuántos padecimientos puede aguantar un cuerpo humano? Pero tú me ganas: un marido infiel, un país que te aborrece y unos hijos lisiados. ¡Si el sufrimiento ennoblece, has ascendido de reina a emperatriz!

Ena, Ena. Tú en una orilla y yo en la otra, con el abismo de la muerte de por medio, me gustaría darte un abrazo.

Por los siglos de los siglos. Jesús de la Pasión, ayúdame.

Amén. Juan, Juanito, una última cosa. Ten mis manos, que es lo único que la muerte no ha devorado aún. La caja..., esa caja que ya habéis comprado. ¡Quiero que la lleves sobre tu pecho!

La gigantona no debe pesar mucho ahora, porque mira qué pequeña me he quedado. ¿Son las puntas de mis pies las que asoman allí lejos?

Qué pálidos están mis pies. Ya están muertos. La muerte llega desde abajo, va subiendo volviendo corcho lo que hace unos segundos era carne, ¡fuera sábanas!

¡Ponme rosas blancas dentro de la caja, Juan!

¿Cantas? ¿Eres tú? ¿Es tuya esa voz llena de mimos?

Dónde vas triste de ti

Vienen del jardín, las voces, ábreles la ventana.

*Cuatro duques la llevaban
por las calles de... Madrid...*

(Apuntar la fecha, 11 de junio de 1936.)

AGRADECIMIENTOS

Me he tomado la libertad, común a todos los que escribimos biografías, desde Herodoto a Stefan Zweig (perdón por la inmodestia), de poner palabras en los labios de mis personajes que nunca les he oído, y recrear situaciones en las que yo no estaba presente, para dar vida y verosimilitud al relato.

De todas formas, esta biografía novelada de Carmen Ruiz Moragas no podría haber sido escrita sin contar con la inestimable ayuda de las siguientes fuentes documentales. En primer lugar, quiero mencionar la Biblioteca Digital Hispánica, de la que forma parte la Hemeroteca Digital, donde se pueden consultar sin moverte de casa 143 títulos de revistas y periódicos de estos últimos tres siglos. Vaya para su directora, Ana Santos, y todos los que han hecho posible este esfuerzo monumental, mi más profundo agradecimiento. En segundo lugar, quiero dejar constancia de la ayuda que representa la tan injustamente denostada enciclopedia virtual Wikipedia, Premio Princesa de Asturias 2014, para todos los que nos dedicamos a escribir sobre temas periodísticos o históricos. Solo puedo atribuir a esnobismo intelectual mal entendido que a algunos de mis colegas les avergüence confesar que la utilizan, yo la tengo en el más alto concepto, aunque reconozco que contiene errores, pero también los tenían aquellas viejas enciclopedias de 154 volúmenes que manejábamos en el siglo pasado.

A continuación, en orden alfabético, incluyo los libros y autores a los que he recurrido para tratar de elaborar el retrato íntimo y también público de Carmen Ruiz Moragas, de ella, de su circunstancia y del mundo que le tocó vivir. Como es una biografía novelada, ruego que no se me reprochen las inexactitudes y no se me tengan en cuenta las libertades que me he tomado para elaborar este libro, para el que he seguido la misma pauta con la que he escrito mi docena larga de novelas históricas:

documentación e imaginación. Espero que los autores que voy a nombrar a continuación, tanto los que viven como los que se han ido ya al otro mundo, juzguen mi trabajo con esa generosa benevolencia que es patrimonio de los grandes de espíritu.

BIBLIOGRAFÍA

- ALFONSO XIII: *Diario Íntimo*. Recogido por J. L. Castillo Puche. Madrid: Biblioteca Nueva, 1960.
- ALMAGRO SAN MARTÍN, Melchor: *Ocaso y fin de un reinado*. Madrid: Afrodisio Aguado, 1947.
- ANSON, Luis María: *Don Juan*. Madrid: Plaza & Janés, 1994.
- AUB, Max: *La calle de Valverde*. Madrid: Cátedra, 1961.
- BALANSÓ, Juan: *La familia real y la familia irreal*. Barcelona: Plaza & Janés, 1993.
- BAVIERA, SAR princesa Pilar de: *Alfonso XIII*. Barcelona: Editorial Juventud, 1959.
- BORBÓN, Infanta Eulalia de: *Au fil de la vie*. París: Société Française d'Imprimerie et de Librairie, 1911.
- BORRÁS, Rafael: *El rey de los rojos*. Barcelona: Los libros de abril, 1996.
— *El rey perjuro*. Barcelona: Ediciones B, 2007.
- CANSINOS ASSENS, Rafael: *La nueva literatura*. Madrid: V. H. de Sanz Calleja, 1927.
- CARRANQUE DE LOS RÍOS, Andrés: *Nómada*. Madrid: Librería Fernando Fe, 1923.
- CIERVA, Ricardo de la: *Victoria Eugenia. El veneno en la sangre*. Barcelona: Planeta, 1995.
- CORROCHANO, Gregorio: *Cuando suena el clarín*. Madrid: Revista de Occidente, 1947.
- CORTÉS CAVANILLAS, Julián: *Alfonso XIII en el destierro*. Madrid: Librería San Martín, 1943.
- DOUGHERTY, Dru: *Palimpsestos al cubo. Práctica discursiva de Valle Inclán*. Madrid: Editorial Fundamentos, 2003.
— y M^a Francisca VILCHES: *La escena madrileña entre 1926 y 1931*. Madrid: Fundamentos, 1997.

- EL CABALLERO AUDAZ: *Lo que sé por mí*. Madrid: Ediciones Mundo Latino, 1916.
- *La sin ventura*. Madrid: Editorial Mundo Latino/Ediciones Caballero Audaz, 1921.
- *¿Alfonso XIII fue buen rey?* Madrid: Colección al servicio del pueblo, 1934.
- ESLAVA GALÁN, Juan: *El sexo de nuestros padres*. Barcelona: Planeta, 1993.
- FERNÁN GÓMEZ, Fernando: *Puro teatro y algo más*. Barcelona: Alba Editorial, 2002.
- FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor: *Alfonso XIII*. Barcelona: Montaner y Simon, 1977.
- FERNÁNDEZ ONRUBIA, Carmen (ed.): *El dramaturgo y los actores. Epistolario de Benito Pérez Galdós. María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1984.
- GÓMEZ-SANTOS, Marino: *Mujeres solas*. Barcelona: Editorial Juventud, 1957.
- GONZÁLEZ CREMONA, Juan Manuel: *Mis amores reales*. Barcelona: Plaza & Janés, 1997.
- GONZÁLEZ RUANO, César: *Mi medio siglo se confiesa a medias*. Madrid: Fundación Cultural Mapfre, 1951.
- GORTÁZAR, Guillermo: *Alfonso XIII, hombre de negocios*. Madrid: Alianza Editorial, 1986.
- GULLÓN, Ricardo: *Galdós, novelista moderno*. Madrid: Taurus, 1960.
- INSÚA, Alberto: *Memorias*. Madrid: Tesoro, 1952.
- MARQUERÍE, Alfredo: *Memorias informales*. Barcelona: Dopesa, 1971.
- MARSILLACH, Adolfo: *Tan lejos, tan cerca*. Barcelona: Tusquets Editores, 1998.
- MATEOS, Ricardo: *Los desconocidos infantes de España*. Barcelona: Thessalia, 1997.
- MONTERO ALONSO, José: *Sucedió en palacio*. Madrid: Agencia Europea de Ediciones, 1973.
- MORA, Constanca de la: *Doble esplendor*. Barcelona: Crítica, 1939.
- NOEL, Gerard: *Ena: Spain's English Queen*. Londres: Constable, 1999.
- PELLETTIERI, Osvaldo: *Dos escenarios: intercambio teatral entre Argentina y España*. Buenos Aires: Galerna, 2006.
- PÉREZ BAZO, Javier: *La Borbona*. Madrid: Izana Editores, 2015.

- PÉREZ DE AYALA, Ramón: *Divagaciones literarias*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1958.
- RACIONERO, Luis: *Floencia*. Barcelona: Planeta, 1990.
- RUIZ MORAGAS, Leandro Alfonso: *El bastardo real*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2003.
- SAGRERA, Ana de: *Ena y Bee: en defensa de una amistad*. Madrid: Velecio Editores, 2006.
- SENCOURT, Robert: *Alfonso XIII*. Barcelona: Tartessos, 1946.
- SIMÓN, Ada, y Emilio CALLE: *La rival de la reina*. Barcelona: Planeta, 2007.
- VILALLONGA, José Luis de: *La Caída*. Barcelona: Plaza & Janés, 1982.
— *Allegro bárbaro*. Barcelona: Plaza & Janés, 2003.
- ZAVALA, José María: *Bastardos y Borbones*, Barcelona: Plaza & Janés, 2011.

Carmen, la rebelde
Pilar Eyre

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, José Luis Paniagua
© de la ilustración de la portada, ES29067.ADPM/LC 24-1-3
Archivo General, Diputación Provincial de Málaga

© Pilar Eyre, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2018

ISBN: 978-84-08-18300-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!

NARRATIVA CONTEMPORÁNEA



¡Síguenos en redes sociales!

